

DIANA A.
HICKS



CUERVO
CAÍDO
— LIBRO UNO —

Cuervo Caído

LIBRO UNO

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

LIZ GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es meramente coincidencia.

Cuervo Caído (Dúo del Cuervo, Libro 1)

COPYRIGHT © 2024 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Historial editorial

Impreso ISBN

Diseño de portada: The Author Buddy

Editora: Becky Barney

Traductora: Elizabeth Garay

[Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones]

Índice

[Prefacio](#)

I. [Belleza Misteriosa](#)

Dúo Cuervo, Precuela

1. [Sé amable con la dama dragón](#)
2. [Extraños en Tiffany](#)
3. [Casa Alfera](#)
4. [¿Quiénes son ellos?](#)
5. [Aquí todo brilla](#)

II. [Cuervo Caído](#)

Dúo Cuervo, Libro Uno

6. [Espero que sobrevivas](#)
7. [¿Qué viste?](#)
8. [Presta atención](#)
9. [El lugar de la virgen](#)
10. [Autos rápidos, alcohol y conductores arrogantes](#)
11. [¿Te lastimé?](#)
12. [Besas como dice el manual](#)
13. [El ganador se lleva todo](#)
14. [Casi me la creí](#)
15. [El sexo y el asesinato califican como épicos](#)
16. [¿Alguna vez has visto jugar a un gato con un ratón?](#)
17. [Los dos, tú y yo, ángel](#)
18. [Ella estaba conmigo](#)
19. [No más que yo](#)
20. [La guarida del dragón](#)
21. [La venganza es un plato que se sirve mejor frío](#)
22. [El concurso de las camisetas mojadas](#)
23. [El amor y el deber no combinan bien](#)
24. [¿Para esto viniste?](#)
25. [¿Estamos aquí para decir adiós?](#)
26. [Te pertenezco](#)
27. [Hablemos, pero sin ropa](#)
28. [Los problemas pueden ser divertidos](#)
29. [Perdóname](#)
30. [Hicimos un pacto](#)
31. [Jugar a los mafiosos](#)
32. [Este es el teléfono de Rory](#)
33. [Huye conmigo](#)
34. [Este chico era un problema](#)
35. [Sueños convertidos en planes](#)
36. [Vete a casa, hermano](#)
37. [Hasta que la muerte los separe, ¿eh?](#)
38. [La vida es sufrimiento](#)

39. [Entonces, cástate conmigo](#)
40. [Lo lograremos](#)
41. [Él lo sabe](#)
42. [Donde nadie pueda encontrarlos](#)
43. [El rey ha muerto](#)
44. [Mentirosa tan hermosa](#)
45. [El descenso](#)
46. [Epílogo](#)

[El Ascenso del Cuervo](#)

Libro Dos

1. [Nunca más](#)
2. [Ese es el precio](#)

Queridos lectores:

Estoy muy emocionada de poder finalmente compartir con ustedes “Cuervo caído”, Libro Uno. Esta próxima entrega de la serie la Sociedad del Crimen presenta a Enzo y Aurora. Brevemente conocieron a Enzo en el Rey de las Bestias y en el Gran Lobo Feroz.

No es necesario leer los dúos anteriores para seguir esta nueva historia. Sin embargo, leer primero los libros del uno al cuatro ayudará a comprender un poco mejor el mundo de la mafia y los conflictos.

El orden de lectura es el siguiente:

Rey de las Bestias Dúo (libros 1 y 2) - Rex y Caterina

Gran Lobo Feroz Dúo (libros 3 y 4) - Santino y Luce

Cuervo Caído Dúo (libros 5 y 6) - Enzo y Aurora

Caballero Malvado Dúo de (libros 7 y 8) - Luca y Donata

Ahora es el turno de Enzo de encontrar el amor. Aunque para él, el camino hacia la felicidad será largo y lleno de obstáculos. La historia de los desafortunados amantes Enzo y Aurora comienza en la escuela secundaria, donde ambos descubren que, en un mundo mafioso de ángeles y demonios, nadie está a salvo.

Si en febrero leyeron la precuela **Belleza Misteriosa**, no duden en pasar a la Parte II de este libro.

Una última nota: Cuervo Caído es un romance de matones de 120,000 palabras en un entorno de un bachillerato. Es el libro uno del dúo Caídos y es parte del mundo de la Sociedad del Crimen. Contiene escenas explícitas con situaciones controvertidas que algunos lectores podrían considerar ofensivas y/o perturbadoras. Esta no es una novela juvenil. Se recomienda discreción al lector.

¡Bienvenidos a Midtown High!

Besos y abrazos,

Diana

PARTE UNO

Belleza Misteriosa

DÚO CUERVO, PRECUELA

CAPÍTULO 1

Sé amable con la dama dragón

AURORA

Hoy, mi madre pensó que sería una buena idea mandarme por café. Ella tenía buenas intenciones. Por alguna razón, pensó que cuanto más tiempo pasara en la ciudad de Nueva York, antes me enamoraría de ella y renunciaría a la idea de volver a casa.

Casa. Hogar. Extrañaba Las Vegas. Extrañaba las calurosas noches de verano. Extrañaba a la abuela.

Me abrí paso entre la acera llena de gente, mientras chocaban conmigo como si fuera invisible. No ayudaba el hecho de que mi cerebro todavía estuviera en el tiempo de la costa oeste. Park Avenue seguía estando demasiado despierto y se movía demasiado rápido para mí.

«¿Qué va a ordenar, señorita?», el barista detrás del mostrador de la cafetería me señaló con la barbilla. El tatuaje en su brazo se asomaba por debajo de su camisa de manga larga mientras alcanzaba detrás de él para agarrar una taza de café expreso y colocarla sobre el mostrador. «Clara», gritó.

«Eh...», dudé porque no había ningún menú publicado.

«¿Usted, señorita?», se dirigió hacia la mujer detrás de mí.

La morena con un corgi en brazos dio un paso adelante. Aunque era más baja que yo, logró mirarme antes de ordenar. «Capuchino matcha con leche de avena, mantén el edulcorante y agrega dos cucharadas de proteína».

«¿Grande?», preguntó el barista.

Me quedé allí como idiota y los vi interactuar entre sí. Otro recordatorio de que aquí, yo era la forastera. La ciudad parecía empeñada en recordármelo.

«¿Señorita? ¿Estás lista ahora?», su profunda voz me hizo regresar.

«Dos de lo que ella dijo», contesté. Principalmente porque reconocí la palabra capuchino y no quería hacerle perder más tiempo.

«Serán dieciséis en total».

Demonios. ¿Por dos cafés?

Busqué en mi bolso y le entregué un billete de veinte dólares. Cuando no hizo el esfuerzo de darme el cambio, agregué, «Quédate con el cambio».

«Gracias», continuó atendiendo al chico que estaba detrás de mí.

Veinte minutos más tarde, encontré el camino de regreso a nuestro nuevo y elegante apartamento, todavía esperando que mis padres cambiaran de opinión y nos regresáramos a Las Vegas. La ciudad de Nueva York no era para todos. Sin mencionar que la repentina suerte de

papá en los negocios parecía demasiado buena para ser verdad. Nadie pasó de sobrevivir de sueldo en sueldo a, de repente, conseguir un apartamento de tres millones de dólares en Park Avenue.

¿En qué nos había metido papá esta vez?

Mamá insistió en que todo estaba bien. Que yo solo extrañaba demasiado mi antiguo hogar. Pero yo estaba muy consciente de todo. No había olvidado la última vez que, durante todo un semestre, papá y “sus negocios” nos llevaron a los cinco a habitar un motel después de que perdimos nuestra casa. Nunca había sido del tipo presuntuoso, pero me había sentido muy avergonzada cuando mis amigos me veían salir del motel todas las mañanas para ir a la escuela. No hace falta decir que dejaron de ser mis amigos durante mucho más tiempo después de eso.

Con un suspiro, abrí con el hombro la amplia puerta de nuestro nuevo hogar.

«Ahí está», mamá corrió hacia mí con la mayor sonrisa y me abrazó. «Sé amable con la dama dragón», me susurró al oído, tomó mi bandeja de café y la dejó en la mesa auxiliar.

Cada vez que actuaba así de alegre y alerta, era porque deseaba desesperadamente algo.

«¿Tres?», la dama dragón estaba en medio de la habitación, mirándome de arriba abajo como si pudiera ver mi alma. «No tenía conocimiento de ningún hijo».

Algo en el timbre de su voz de fumadora hizo que se me erizara el vello de la nuca. No necesitaba ser neoyorquina para saber que la mujer pertenecía a este mundo. Rezumaba riqueza y poder. Cuando terminó de inspeccionarme, sus rasgos se oscurecieron como si la presencia de mi madre fuera un insulto para ella. Mis dos hermanos no estaban subiendo y bajando escaleras corriendo como lo habían hecho cuando me desperté esta mañana. Sin duda la dama dragón los había asustado.

«Señora Vittoria». Mamá puso su mano en mi espalda y me hizo avanzar. «Esta es nuestra hija, Aurora».

«Encantada de conocerla», le ofrecí una sonrisa nerviosa. Mi corazón se aceleró bajo su escrutinio. «Y soy Rory».

«Supongo que lo hecho, hecho está», ella hizo un gesto de desdén con la mano. «¿Cuántos años tienes?».

«Diecisiete».

«Cumplirá dieciocho en unos meses». Mamá se puso más erguida a mi lado.

«¿A dónde vas a la escuela?».

«Midtown High», respondió mamá por mí. «El señor Alfera tuvo la amabilidad de darnos una recomendación».

«¿Es eso cierto?», la Signora Vittoria respiró hondo. Después de un momento, abrió su bolso de mano y sacó una tarjeta de presentación. «No puedo imaginar que hayas hablado de los negocios de tu marido con tus hijos adolescentes».

Hijos adolescentes. Supuse que se refería a mis hermanos gemelos.

«Pero Aurora tiene edad suficiente para entenderlo».

«Así es, pero por supuesto no hemos dicho nada». Mamá me agarró del brazo para advertirme que no dijera una palabra. «Ella no sabe nada».

«Bueno, si va a ir a Midtown High, necesita saberlo», lo dijo sacudiendo su cabeza. «Tendrá que firmar un acuerdo de confidencialidad». En ese momento, hablaba principalmente sola mientras marcaba un número en su teléfono. «Charles. Necesito documentos para la familia Vitali». Ella fijó su mirada en mí. «Tienen una hija». Esperó un momento más y luego colgó la llamada.

«¿Hay algún problema?» pregunté, y luego hice un gesto cuando mamá clavó sus uñas en mi

brazo.

Y ahora sabía sin lugar a dudas que papá estaba involucrado en algo turbio. De alguna manera, aceptaba lo ilegal. Papá vendía autos de lujo usados en Las Vegas. Siempre tuve la sensación de que no todos esos vehículos eran suyos para poder venderlos. Pero al mirar a la Signora Vittoria con su ropa de diseñador, sus zapatos Prada y todos esos diamantes alrededor de su cuello, solo podía suponer que papá se había metido en algo demasiado sospechoso, mucho más de lo que podía imaginar.

«Michael Alfera me pidió personalmente que los introdujera a nuestro círculo. Los niños tienden a complicar las cosas. Pero yo me encargaré de todo según lo acordado». Le entregó a mamá la tarjeta de presentación que tenía entre los dedos. «Llama a mi diseñadora de interiores para que te ayude con el apartamento. Estaré en la tienda Chanel a las cuatro. Asegúrate de estar allí con tu hija».

Di un paso atrás cuando la Signora Vittoria se acercó a nosotras y se dirigió hacia la puerta principal. La cerradura hizo clic detrás de ella y prácticamente me giré para mirar a mamá. «¿Qué pasa, mamá? Quiero decir, ¿esa mujer es real? Parece salida de una de esas películas de mafia, como “Los Soprano”. Dios mío. ¿Qué hizo papá?».

«Nada», se encogió de hombros. «Supongo que a ella no le gustó nuestra sala. ¿Qué opinas?».

A decir verdad, el sofá con reposabrazos gruesos, las patas de madera y las mesas auxiliares a juego contrastaba con la arquitectura moderna y las altas ventanas del apartamento. Nuestras cosas pertenecían a un motel barato, no a un rascacielos del Upper East Side. No es que conociera mucho sobre decoración, pero incluso la cafetería dos cuerdas más abajo tenía muebles más bonitos que estos.

«No cambies de tema, mamá».

«Te contaré todo. Pero ya escuchaste a la Signora Vittoria. Primero debes firmar el Acuerdo de Confidencialidad. Lo prometo, no es nada malo. Vamos, Rory, esta es una oportunidad única en la vida. Finalmente podremos tener todo lo que queremos». Ella dio un pequeño grito y me abrazó. «Podrás asistir a una escuela de élite que prácticamente garantiza que también te aceptarán en Columbia. ¿No es eso lo que siempre quisiste?».

Sí, mamá tenía razón. Columbia siempre había sido mi sueño. Este traslado a la ciudad podría hacer que todo eso se convirtiera en realidad. Pero los sueños rara vez eran lo que parecían. Yo era lo suficientemente mayor para saber eso. «La dama dragón me asusta».

«Sí, a mí también. Pero escuchaste lo que dijo. Está aquí para ayudarnos a introducirnos en su círculo. Ahora, prepárate para que podamos encontrarnos con ella a las cuatro. Tengo una llamada que hacer». Movié la tarjeta de presentación frente a mí con la sonrisa más grande que nunca había visto en su rostro.

El dinero le provocaba eso. La promesa de más dinero era la forma en que papá siempre la convencía para que hiciera casi cualquier cosa. Como ser amable con la gente rica en los casinos para poder salir de allí con las llaves de su auto, la única vez que se acostó con el jefe de papá porque papá se lo pidió, o atravesar el país para mudarnos a Nueva York.

«Mamá, no hay manera de que esto termine bien para nosotros».

«Piensas demasiado», ella besó mi mejilla. «Estamos haciendo esto por ti y tus hermanos. Para que puedan tener una vida mejor. No lo arruines».

«Tal vez no sea demasiado tarde. Entreguen a Michael Alfera el dinero que papá le haya recibido y vámonos a casa. No pertenecemos aquí, mamá. Este mundo no es para nosotros».

Mamá dejó escapar un suspiro y tomó mis manos entre las suyas. «Le prometimos a tu papá

que le daríamos una oportunidad a este lugar. Ponte algo bonito para que podamos firmar los papeles de la Signora Vittoria y luego, cuando escuches todos los detalles, podrás decidir si quieres quedarte».

«Espera. ¿Me estás dejando elegir?», levanté ambas cejas con sorpresa.

«Sí. Por supuesto».

«Mamá, no me iré sin ti y los gemelos», me froté la sien mientras varios escenarios pasaban por mi mente.

Papá no era un mal tipo. Simplemente tenía un terrible sentido para los negocios. El dinero fácil siempre era su objetivo final. Y sus amigos eran los peores. Sabían exactamente cómo manipularlo para que hiciera malos negocios en su nombre, lo que generalmente terminaba con él perdiendo más dinero.

«Ahí vas pensando lo peor de tu papá», mamá sacudió la cabeza.

«¿Papá te pidió que lo hicieras de nuevo?», me alejé de ella.

No dejaría pasar que papá pidiera a mamá que se acostara con su reciente jefe. Principalmente, porque lo había hecho antes. No sabía cuántas veces mamá había tenido que salvar a papá. Pero sí conocía con seguridad de al menos un incidente. El año pasado, había visto lo suficiente como para no confiar en papá cuando se trataba de sus negocios.

Recordé a la Signora Vittoria preguntándome por mi edad. Sí, tenía edad suficiente para ser vendida al mejor postor. Desearía poder decir que papá nunca caería tan bajo, pero honestamente no podía. Miré la cocina de última generación y los brillantes suelos de mármol. ¿Qué había hecho papá para ganarse todo esto de la noche a la mañana?

«Rory, lamento que hayas tenido que ver eso. Que hayas entrado y me vieras de esa manera».

Había sido sólo un segundo, pero la escena estaba tatuada en mi mente. Mamá estaba teniendo sexo con el exjefe de papá en la habitación de nuestro motel mientras papá tomaba una cerveza en el estacionamiento, y mis hermanos jugaban fútbol al otro lado de la calle.

Lo que más vi fue la cabeza calva del anciano, sus brazos y su trasero caídos. No la vi exactamente, pero supe que era ella. Era su mano en su cadera derecha mientras él la inmovilizaba contra la pared. Sacudí la cabeza para ahuyentar el recuerdo.

¿Sería suficiente este elegante apartamento para compensar lo que ella había pasado para que papá se recuperara?

«Vámonos a casa, mamá. Papá puede quedarse. Y que haga lo que quiera con ese Michael Alfera».

«Este es nuestro momento. Te prometo que estás a salvo. Y estoy a punto de convertirme en una socialité», ella me sonrió. «Nuestra antigua vida en Las Vegas se acabó. Solo queda como un vago recuerdo». Ella tomó mi cara. «Eres tan hermosa, Aurora, como un ángel. No quisiera tenerte allí ni un segundo más».

Esas palabras me rompieron el corazón porque mamá hablaba muy en serio. Ella amaba a su familia. Todo lo que ella había hecho o sacrificado había sido para salvarnos. De vuelta en el motel, no solo estaba en juego el sustento de papá, también estaba el mío y el de mis hermanos. Si a papá finalmente se le había ocurrido una solución para pagarle por todo lo que había pasado, le debía a ella quedarme y apoyarla, incluso si todo el asunto me provocaba el peor presentimiento. Los mafiosos tenían una reputación por su racionalidad.

«Está bien. Iré a prepararme». Agarré mi capuchino matcha y subí las escaleras.

Horas más tarde, mamá me arrastró fuera del edificio exactamente a las tres y media. Aunque estábamos a un corto trayecto en taxi, ella no quería correr el riesgo de llegar tarde. Encajar en el círculo de la Signora Vittoria significaba mucho para ella. Le seguí el juego, aunque tenía

esperanzas de que ella lo reconsiderara antes de que tuviera que comenzar la escuela en el otoño, para lo cual solo faltaban dos semanas.

«Llegamos». Mamá le pagó al taxista en efectivo y se bajó. «Por favor, haz lo que ella diga. Somos nuevas aquí. Y ella sabe lo que se debe hacer».

«Ya estoy aquí. Me comportaré lo mejor posible». Miré hacia el letrero de Chanel y la hermosa ropa en los altos ventanales.

Tuve que admitir que era difícil resistirse al atractivo de todo esto. Incluso ahora, sabiendo que nada bueno podía salir de los tratos de papá con estas personas, no podía evitar sentirme emocionada de que me dieran la bienvenida a una tienda como esta.

«La Signora Vittoria está esperando junto a los vestidores. Soy Alana». Una mujer nos recibió en la puerta.

Mamá miró rápidamente su reloj antes de seguir a Alana por los perfumados pasillos de los diseños más actuales.

Al fondo, la Signora Vittoria estaba sentada en una silla de cuero con una carpeta delante. «Justo a tiempo», sonrió. «Pedí a Alana que sacara algunos vestidos para que te los pruebes». Miró a mamá, luego se volvió hacia mí y señaló el asiento junto a ella. «Siéntate. Alana también tiene algo para ti, pero primero debemos ocuparnos de nuestro negocio».

Mamá me sonrió y meneó un poco los hombros antes de desaparecer en el primer vestidor.

«¿Sabe? No soy abogada», me dejé caer sobre el suave cuero. «Tengo diecisiete años. Este documento no es legalmente vinculante».

«Si incumplen nuestro acuerdo, la policía o el tribunal no vendrán por ustedes. Seremos nosotros. ¿Lo entiendes?». Abrió la carpeta y me pasó los papeles. «Tómame tu tiempo para leerlo».

El acuerdo de confidencialidad era básicamente una orden de mantener completo silencio. Lo que mis padres discutieran en casa o lo que yo escuchara en la escuela, no se me permitía comentarlo con nadie. En verdad, el acuerdo no pedía nada malo, como un riñón o favores sexuales. Firmé en la línea de puntos porque, aunque la Signora Vittoria lo hizo parecer una elección, en realidad no lo era. No me habría amenazado ahora si mi silencio no fuera importante.

«¿Ahora qué? ¿Me dirá en qué se metió papá?».

Tan pronto como dejé el bolígrafo, un hombre apareció de la nada y me quitó la carpeta. Le fruncí el ceño. ¿Había estado oculto detrás de los estantes todo este tiempo? Miré su figura alejándose mientras salía de la tienda y subía a una limusina negra que esperaba afuera. El auto no se movió después de que cerró la puerta. Sin duda estaba esperando que la Signora Vittoria se reuniera con él.

Alana regresó y puso tres copas de champaña frente a nosotras. «Avísame si necesita diferentes tallas». Se dirigió hacia el segundo vestidor.

La champaña estaba deliciosa. En casa, la licorería a la vuelta de la esquina nunca revisaba mi identificación. Estaba acostumbrada a beber todo tipo de bebidas alcohólicas, pero este vino espumoso no se parecía a nada que hubiera probado antes. Brillaba y chisporroteaba y me hacía sentir muy bien.

«¿Nos darías un minuto, querida?», la Signora Vittoria tomó un sorbo de su vaso. Cuando Alana estuvo fuera del alcance del oído, la Signora Vittoria continuó, «¿alguna vez has oído hablar de las cinco familias originales del crimen?».

CAPÍTULO 2

Extraños en Tiffany

AURORA

Las familias del crimen se parecían demasiado a la mafia. Me hizo pensar en bodas sangrientas, apéndices amputados y ametralladoras. Apoyé los codos en las rodillas y dejé que mi mirada recorriera el camino hacia el mostrador de cristal brillante. Las luces centelleantes del techo hacían que todos los vestidos resplandecieran en un bonito color azul y rosa. Cambié mi atención a la elegante mujer sentada a mi lado. A pesar de su tez perfecta y su ropa elegante, sus secretos eran tan sucios como los de mi familia. ¿Era parte de la mafia?

«No», respondí honestamente, «¿usted? Quiero decir, ¿es eso lo que es usted?».

Ella asintió. «Tu padre hizo un trato con Don Michael Alfera. No conozco los detalles de su arreglo. Lo único que sé es que ahora Stefano Vitali es el segundo al mando de Michael. Esa es una posición importante dentro de nuestra organización, por eso estoy aquí para ayudarlos con su transición».

«He visto suficientes películas para saber que acostarse con la mafia nunca termina bien para la gente común. ¿Es demasiado tarde para que papá se vaya? Quiero decir, acabamos de llegar». Debería haber luchado más cuando papá anunció que nos mudaríamos a la ciudad de Nueva York para su gran ascenso laboral. Pero me había distraído demasiado la idea de Columbia como para protestar demasiado.

Pero ahora que lo pienso, ¿de qué trabajo había estado hablando papá? No había trabajado en meses.

«Me temo que sí», echó un vistazo detrás de ella a la limusina que la esperaba en la acera. «Eso te incluye a ti. Firmaste el acuerdo y, como dicen, ahora sabes demasiado. Asistirás a Midtown High y permanecerás bajo nuestra vigilancia».

«Se refiere bajo su control».

«Son la misma palabra, querida. No hay un lugar en el mundo donde nuestra organización no los pudiera encontrar a ti o a tu familia; si alguno de ustedes decide traicionarnos». Se puso de pie y se alisó la falda de tubo, luciendo muy elegante y apropiada, como si no acabara de amenazar a toda mi familia.

Una voccecita en el fondo de mi cabeza me decía que corriera, que me alejara de ella. Esta mujer no solo era aterradora. Era letal. Creía que nos haría daño si no cumplíamos. Pero era, como ella había dicho, demasiado tarde para salir.

Tenía un millón de preguntas. Por ejemplo, ¿había un límite de tiempo para la promoción laboral de papá o estaríamos en ello de por vida? ¿Qué pasaría con mis hermanitos? Eran

demasiado jóvenes para entender lo que sucedía, pero con el tiempo serían lo suficientemente mayores para darse cuenta de las cosas.

Cuando ella hizo ademán de irse, me puse de pie. «¿Es esto como algo para siempre?».

«Dulce niña», tocó mi barbilla con su dedo frío, «al igual que tus padres, te lo prometo, pronto no querrás irte. Todo lo que siempre quisiste, ahora es tuyo. Incluyendo Columbia», arqueó la ceja, «tu madre lo mencionó esta mañana. Estaré encantada de darte una recomendación. Estás atrasada en el proceso de solicitud, pero puedo ayudarte».

«Rory, mira este vestido», mamá prácticamente saltó hacia el salón fuera de los vestidores. «Deberías ver lo que la Signora Vittoria eligió para ti».

El brillo en la mirada de mamá derriñó mi corazón. Estaba feliz. Tal vez era la iluminación perfecta o el perfume caro en el aire, pero parecía más joven, mucho más joven de lo que parecía el año pasado cuando estábamos los cinco hacinados en esa habitación de motel.

La Signora Vittoria tenía razón. Mamá quería esto. Todo ello. ¿Dónde me dejaba eso? «Te ves hermosa, mamá».

«Es una pena que no tenga adónde ir».

«Ese fue el motivo original de mi visita anterior. Es decir, antes de que descubriera que tenías hijos». La Signora Vittoria meneó la cabeza con desaprobación. «Michael Alfera organizó un coctel de fin de verano en los Hamptons. Es este sábado. Enviaré un auto a las dos de la tarde», ella me miró, «únete a nosotros. Allí habrá chicos de tu edad».

«Gracias», mamá cerró el espacio entre ella y la Signora Vittoria. «No puedo creer que finalmente conoceré al Sr. Alfera. Ha sido muy amable con mi esposo».

«Por supuesto. Usa el vestido rosa dorado. Te queda mejor». La Signora Vittoria señaló hacia los probadores. «Las veré pronto».

Mamá pasó su brazo alrededor de mi cintura. Juntas, vimos a nuestra benefactora caminar con gracia a lo largo de la tienda y luego subir a la limusina que la esperaba.

«Me gusta más este», dijo mirando la tela sedosa. «El azul hace que mis ojos se vean azules». Ella se rió. «Me siento como si estuviéramos en una de esas películas de los ochenta. ¿Ya sabes cuál? *‘Mujer Bonita’*. Cuando todos los vendedores la rechazan, ella regresa para restregárselos en la cara».

¿Quién no querría este nivel de aceptación? Tuve que estar de acuerdo con ella en eso. En casa, la familia Vitali no tenía nada. Es más, no éramos parte de nada. Aquí, aunque las circunstancias fueran dudosas, en el mejor de los casos, éramos bienvenidos.

Me volví para mirarla. «Mamá, son mafiosos».

«Shh», puso su mano sobre mi boca, «aquí no». Su rostro se puso rojo brillante y, de repente, parecía como si no pudiera respirar de puro pánico.

«Está bien», tomé su mano y la apreté. «Podremos hablar cuando lleguemos a casa».

«Rory. Ten cuidado con lo que dices». Se liberó de mi alcance y me condujo hacia el vestidor con mi nombre escrito. «Firmaste los papeles, ¿verdad?».

«Sí».

«Oh, Dios. ¿Eso significa que decidiste quedarte?».

«Tuve la impresión de que pasarían cosas malas si no firmaba. Así que sí, lo hice. No tenía opción», crucé los brazos sobre mi pecho. El acto indiferente de mamá me asustó muchísimo porque era obvio que no entendía lo peligrosas que eran estas personas. O tal vez sí, y no le importaba. Estaba demasiado cegada por todas aquellas cosas brillantes. «Incluso si quisiéramos salir, ya es demasiado tarde. ¿Te das cuenta de eso?».

«¿Por qué querríamos irnos?» me agarró por los hombros y me giró para mirar toda la ropa

bonita que colgaba de la pared: faldas, vestidos, chaquetas y abrigos de piel. «A caballo regalado no le mires el diente, Rory. Vamos», ella me mostró la sonrisa más brillante.

«Nunca te había visto tan feliz».

«Tu padre finalmente lo logró. Por fin puede darnos la vida que merecemos. No se lo reproches».

Me burlé. «Eso es lo que estoy tratando de decirte, mamá. No creo que se me permita reprochar nada».

«Piensas demasiado», ella sacudió su cabeza. «Tú sigues. Haré que Alana te ayude».

Hice lo que me pidió y probé todos los artículos que la encargada de la tienda me sugirió. Cuando le entregué el último conjunto, una falda corta plisada con una blusa a juego con un estampado rosa y verde, mamá entró con un par de sandalias de tiras. Me las puse también y me volví hacia el espejo. Ni siquiera me inmuté cuando Alana entró y me puso un cinturón que me ceñía la cintura. ¿A quién no le gustaba jugar a disfrazarse?

«Este es mi favorito para ti», añadió una diadema en rosa claro y luego procedió a cortar las etiquetas de la falda y la blusa.

«Espera. No creo que podamos llevarnos todo esto a casa».

«Sí lo haremos», mamá recogió mis jeans y mi suéter viejo del banco de cuero. «Tú te quedas con eso y yo tiraré estos. Termina, mientras pago».

Alana hizo un rápido trabajo recogiendo todo del vestidor para luego acompañar a mamá hasta el mostrador. Me apresuré detrás de ellas, pero seguí hacia la entrada de la tienda. Cada paso que daba, los zapatos nuevos se amoldaban a mis pies como mantequilla. La Signora Vittoria sabía lo que hacía cuando nos trajo aquí para que firmara su acuerdo.

Afuera, me encontré sonriendo a los extraños que asentían cortésmente al pasar. Ellos también estaban de acuerdo en que esta era una mejor versión de mí.

Cuando levanté la vista, reconocí la joyería al otro lado del camino. La película favorita de mamá era *'Breakfast at Tiffany's'*. Por capricho, crucé la calle y entré. No es que pudiera permitirme comprar nada allí, pero el conjunto de Chanel me hacía sentir audaz, como si me pudiera permitir ingresar a Tiffany.

La sala de exposición era más grande de lo que esperaba, con pisos más altos visibles desde el área principal. Todo brillaba, hasta los artículos para el hogar y las diferentes chucherías diseñadas para perros y gatos. Paseé por las diferentes exhibiciones durante unos minutos antes de detenerme frente a una vitrina con un precioso collar de zafiros.

«Jesús», dije en voz alta, apoyando mis dedos en el cristal.

«¿Le gustaría verlo?». Una mujer salió de la nada. Su postura educada y su sonrisa me indicaban que trabajaba aquí.

«Oh, no, gracias. Solo estaba mirando».

«A ella le encantaría probárselo».

Me volví para enfrentar la voz profunda al lado mío y me quedé boquiabierta. ¿Por qué este chico maravilloso hablaba conmigo? Parecía de mi edad, tal vez un poco mayor. Pero sus ojos mostraban toda clase de pensamientos pecaminosos. Intenté sonreír, pero en realidad no podía dejar de mirar sus hermosos rasgos.

«Es un zafiro azul aterciopelado rodeado de brillantes diamantes redondos engastados en platino». La vendedora abrió el estuche y sacó el collar. «Soy Chloe. ¿Lo compraría para una ocasión especial?».

Miré mi ropa y luego al chico que estaba a mi lado. Llevaba un traje entallado y un reloj que me pareció muy caro. Que un vendedor de Tiffany creyera que alguien como él sería mi novio

hizo que mi estómago revoloteara con mariposas. Los tipos como él no existían en mi mundo.

«No», respondí. Pero antes de que pudiera decirle que no compraría nada en absoluto, intervino el chico misterioso.

«Deja que te ayude», le hizo un gesto a Chloe y tomó la cadena, manejándola con destreza.

Apuesto a que tipos como él compraban joyas caras todo el tiempo. En un día normal, ya me habría ido. En un día normal, ni siquiera estaría dentro de este lugar. Pero mi vida ya no era normal. No hacía dos horas que había firmado y aceptado convertirme en una adolescente mafiosa. Lo que sea que eso significara. Suponiendo que debía asistir a su exclusiva escuela preparatoria, usar su ropa de diseñador y guardar todos sus secretos.

Entonces, cuando mi chico misterioso, con profundos ojos color avellana, caminó detrás de mí y colocó el collar en mi cuello, me quedé allí e hice lo único que tenía sentido para mí en ese momento. Aparté mi cabello y dejé que se acercara. Sus dedos rozaron mi nuca. Y entonces me di cuenta de que nunca me había tocado un chico. Y ciertamente no así, con tanta habilidad y amabilidad.

«El color azul te queda bien». Dispuso el zafiro para que quedara en medio de mi pecho.

Su mirada se encontró con la mía. Cuando bajó a mis labios, los latidos de mi corazón se aceleraron. ¿Le agradaba? Por alguna razón, solo porque mi vida últimamente había sido tan caótica, quería gustarle, que me encontrara agradable. Quería perderme en la intensa serenidad de su energía.

Miré sus largos dedos descansando sobre el zafiro. Si bajaba la mano unos centímetros más, me rozaría el pecho. Tan pronto como el pensamiento cruzó por mi mente, la sangre caliente subió a mis mejillas. ¿Podría él sentir los golpes en mi pecho?

No era la chica sofisticada que esa ropa nueva me hacía parecer. No tenía idea de cómo actuar con calma, ni cómo detener mi respiración errática, ni siquiera cómo hablar con él. Por Dios, todavía seguía aquí. Eso significaba que quería tener una conversación conmigo, ¿verdad?

«¿Qué opinas?», Chloe me sonrió, luego miró a mi chico misterioso y me preguntó en silencio si estaba lista para comprarlo.

Abrí la boca para decir que no estábamos juntos, pero él se me adelantó. «Creo que deberías llevártelo».

«Oh no, solo estaba mirando». Me estiré hacia atrás y me quité la cadena alrededor de mi cuello, torpemente devolviéndole la pieza a Chloe. «Gracias. No».

«Por supuesto. Déjame saber si te gustaría ver algo más». Volvió a colocar el collar dentro de la vitrina.

Con un gesto cortés, nos dejó. Solos.

«Eh», me aclaré la garganta, «debo irme».

«Fue un placer conocerte», dio un paso atrás y señaló hacia la puerta.

Quería preguntarle su nombre. Pero si no se había molestado en preguntarme el mío, eso significaba que no le importaba. ¿No? ¿Cuál era el protocolo al encontrarse con extraños en Tiffany? La suavidad nunca había sido uno de mis puntos fuertes. Yo no era como él. Apuesto a que todo el tiempo conocía chicas ricas en tiendas de diseñadores.

Con un gesto rápido e incómodo, me alejé de él. ¿Viviría cerca? Parecía como si fuera dueño de un penthouse en la ciudad en algún edificio elegante con portero. Me pasé una mano por el pelo, pensando que mi familia y yo también vivíamos en un lugar así ahora. ¿Eso significaba que podría tener un novio como él?

Me detuve para inhalar. Haciendo acopio de todo el valor que pude reunir, me di vuelta para preguntarle su nombre, pero ya se había ido. Por supuesto que lo había hecho. Menos mal. Entre

la nueva escuela y el nuevo trabajo de papá, no necesitaba más complicaciones. Frotándome la nuca, salí.

Cuando mis pulmones se llenaron de aire fresco, me di cuenta del calor que había sentido por dentro y de lo sensible que sentía mi piel donde él me había tocado.

Durante los últimos años, había estado tan concentrada en ayudar a mamá con los gemelos y las malas decisiones comerciales de papá que no consideré la idea de tener un novio. No me había dado cuenta de que ansiaba tanto la conexión física hasta ahora.

«Ahí estás», mamá corrió hacia mí con dos grandes bolsas de compras. «¿A dónde fuiste?».

«Oh, entré a Tiffany para echar un vistazo. Lamento haber perdido la noción del tiempo».

«Está bien», ella se encogió de hombros y me entregó una de las bolsas. «¿Estás listo para volver a casa?».

«Seguro», perdí el equilibrio mientras tomaba sus bolsas. No esperaba que fueran tan pesadas.

Cuando levanté la vista, lo vi de nuevo. Aunque esta vez no me notó. La puerta de cristal de Tiffany se cerró detrás de él mientras cruzaba el camino hacia una limusina que lo esperaba. Llevaba consigo una pequeña caja azul. Sin duda había venido a comprarle algo bonito a su novia.

La limusina se alejó y no podía dejar de pensar en su mirada intensa y su voz sexy.

«Tierra a Rory». Mamá se interpuso en mi campo de visión y me bloqueó la vista, por lo que no pude ver en qué dirección iba el vehículo.

«Sí, tomemos un taxi», levanté la mano para parar un taxi, aunque no había ningún auto amarillo por ahí.

¿Qué importaba el camino que tomara? Aparte de su afinidad por las joyas, no sabía nada más sobre él. Las posibilidades de que él y yo volviéramos a cruzarnos eran exactamente nulas. Sin mencionar que mi vida ya no me pertenecía.

Estábamos bajo las órdenes de Don Michael Alfera y su organización.

CAPÍTULO 3

Casa Alfera

AURORA

Me acosté en la cama mirando el reluciente candelabro de mi nuevo dormitorio, rodeada de almohadas de seda y un edredón de terciopelo. Llevaba casi dos horas despierta, pero no tenía ganas de levantarme. La vida al otro lado de la puerta se estaba volviendo demasiado extraña.

Ayer, mamá y yo regresamos a casa con ropa por valor de miles de dólares de una sola tienda. Luego llegaron varios otros paquetes con más ropa de diferentes diseñadores, zapatos, bolsos, vestidos de coctel y vestidos de noche, y sí, incluso una tiara con piedras brillantes.

¿Lo valían nuestras vidas? Cuanto más tiempo permaneciéramos en Nueva York, en esta vida de mafiosos y tiaras, más difícil sería volver a ser lo que éramos antes. ¿O era ese el punto, no volver nunca a Las Vegas?

Me puse de lado y miré mi nuevo armario lleno de ropa nueva. Mamá insistió en que me deshiciera de todo lo que había traído conmigo, lo cual no era mucho, para ser honesta. Tal vez mamá tenía razón. No debería desperdiciar esta nueva vida que papá había conseguido con tanto esfuerzo. Todos esos tratos que le habían salido mal, todas esas veces que habíamos terminado sin nada, finalmente todo ahora valía la pena para él. No podía seguir adelante y fingir que nuestra vida anterior era perfecta.

La Signora Vittoria con su riqueza y poder me asustaba muchísimo. Pero una vez que empezara la escuela, dedicaría la mayor parte de mi tiempo a la tarea. En cuanto a mamá, no parecía importarle los métodos autoritarios y condescendientes de la Signora Vittoria.

«¿Rory?», mamá llamó varias veces y luego irrumpió. «¿Ya estás despierta?».

«Sí», me senté.

Estaba parada al pie de la cama con los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando. Estaba familiarizada con la decepción y el dolor escritos en todo su rostro. Aparecía cada vez que papá cometía un error. ¿Qué había hecho él? ¿Lo habían despedido al tercer día? Por mucho que me doliera verla así, al menos ahora regresaríamos a casa.

«¿Qué pasó? ¿Dónde está papá?».

«Está en el trabajo y no devuelve mis llamadas. Rory, los chicos se han ido». Se llevó una mano a la boca y lloró.

«Mamá. ¿Qué?», salté de la cama y corrí a abrazarla. «¿Qué quieres decir con que se han ido? Les encanta estar aquí».

«La Signora Vittoria envió un auto esta mañana. Los han ingresado en un internado». Ella se secó los ojos. «Quiero decir, ella lo mencionó ayer y pensé que sería una buena idea, ¿sabes?»

Para que reciban una educación elegante. Pero no me di cuenta de que me los quitaría tan pronto».

«Ni siquiera pude despedirme», me dejé caer sobre el colchón.

La Signora Vittoria alejaba a mis hermanos pequeños porque no le gustaba que mamá y papá tuvieran hijos. Aunque tuve que preguntarme, ¿se los llevaron porque ella estaba molesta con los niños o mis hermanos se habían convertido en una especie de daño colateral? Para así asegurarse de que mamá y yo cumpliéramos nuestra parte del trato y guardáramos todos sus secretos de la mafia.

Esto era una locura. No sabía nada sobre sus tratos, ilegales o no.

«La casa se siente tan tranquila sin los niños corriendo por ahí. Te llamé, pero no bajaste. El conductor dijo que tenía un horario y que tenía que marcharse».

«¿Cómo se tomaron ellos la noticia? ¿Estuvieron de acuerdo en irse?».

«Sí, lo estaban. Deberías haberlos visto. Estaban seguros de que iban camino a Hogwarts». Una sonrisa apareció en sus labios. «Sé que esto es algo bueno. Simplemente pensé que tendría más tiempo con mis bebés para acostumbrarme a la idea del internado».

«¿Sabes adónde los llevaron?».

«Sí, dejó un paquete abajo. Es algún lugar elegante en Cornwall».

Todo esto estaba sucediendo demasiado rápido. La semana pasada, los gemelos y yo estuvimos cenando en ‘Denny’s’, peleándonos por una ración de papas fritas. En ese momento, lo único que pensaba era en cómo no tendría que aguantar sus alborotos y sus locas travesuras cuando me fuera a la universidad. ¿Cómo se suponía que iba a saber que todo cambiaría en cuestión de días?

«Tal vez esta noche podamos hablar con ellos por FaceTime y ver cómo les va». La rodeé con mi brazo. «Lo siento. Lo resolveremos, ¿de acuerdo?».

«Comenzarás tu último año en unos días. No tienes que preocuparte por mí. La Signora Vittoria mencionó que hay algunos comités a los que quiere que me una. Ya sabes, ¿para estar ocupada?».

«Ahí tienes», le sonreí. «Vas a convertirte en una gran socialité».

Solo esperaba que papá no le arruinara esto. La mafia italiana era un asunto serio. Todos eran despiadados y asesinos.

«Mamá, ¿crees que papá está chantajeando a Michael Alfera? Quizá descubrió algún oscuro secreto. Quiero decir, ¿de qué otra manera explicas todo esto?», señalé el apartamento y la vista ridículamente hermosa fuera de mi ventana.

«Por supuesto que no», ella se burló. «Papá ha estado trabajando duro. El señor Alfera notó su esfuerzo y decidió darle un trabajo dentro de su organización. Eso es todo».

«Lo que hizo o no hizo para traernos aquí no es asunto tuyo». Papá se acercó a la habitación. Levantó su teléfono y se lo mostró a mamá. «Tengo diez mensajes de pánico tuyos. Te llamo y no contestas. Entró y de repente la habitación se sintió más pequeña».

Con un metro ochenta de altura, superaba el metro sesenta y cinco de mamá. Las líneas en su frente se hicieron más profundas mientras su mirada oscura oscilaba entre mamá y yo. Cuando mamá lo miró con lágrimas en sus ojos azules, sus rasgos se suavizaron. A pesar de todas las asperezas de papá, mamá siempre sabía cómo calmarlo.

«¿Qué pasó?».

«Papá, la Signora Vittoria envió a los gemelos a un internado en Connecticut».

«¿Es por eso que estás llorando?», se pasó una mano por el cabello, aparentemente molesto porque la situación no era tan grave como parecía.

Pero era muy importante que la Signora Vittoria tuviera ese tipo de voz en nuestras vidas.

«Hablamos de esto anoche, Lia. Estuviste de acuerdo con eso».

«Simplemente no sabía que sucedería tan rápido. Eso es todo», mamá resopló un poco.

«Ese es el punto, papá. ¿Por qué el apuro? Toda mi ropa vieja se ha ido. Los chicos se han ido».

«Así es como trabaja esta gente. Necesitan que estemos completamente integrados».

«¿Qué hiciste?», le pregunté de nuevo, ya que no se veía tan molesto como cuando entró. «¿Cómo es que de repente somos ricos?».

«Salvé la vida de Michael Alfera. No me preguntes cómo. Pero así es como decidí recompensarme. Dándome un trabajo como su mano derecha». Exhaló ruidosamente e intercambió una mirada significativa con mamá. «Tú también eres parte de esta familia, Rory. Es hora de que empieces a actuar así. No vayas a estropear lo que tenemos solo porque no te gustan mis métodos».

«Esa no era mi intención». Me froté el costado del brazo y me mordí el labio inferior.

«Tu madre me dice que quieres volver a Las Vegas. ¿Para qué?», apoyó las manos en las caderas. «Tenemos la oportunidad de empezar de nuevo aquí. Y recibir lo que me corresponde».

Me había aferrado a la idea de Las Vegas porque esa era mi casa. Pero tenía que admitir que papá tenía razón. Allí no quedaba nada para nosotros. La casa había desaparecido y mis amigos también.

«Lo sé. Es solo que todo este asunto de la mafia requiere mucho que procesar. Lo único que quiero es saber la verdad».

«Ahora la tienes». Al salir, se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y se volvió para encontrarse con la mirada de mamá. «Iré a ver si podemos programar una llamada con los gemelos esta noche, para saber cómo les va».

«Gracias», ella le sonrió. Tan pronto como papá se fue, ella centró su atención en mí. «Todos los muebles también desaparecieron. Recibiremos una entrega mañana por la mañana».

«Vaya, la diseñadora de interiores de la Signora Vittoria trabaja rápido». Decidí no molestar a mamá con más teorías de conspiración. «Estoy segura de que hará un gran trabajo. No puedo esperar a verlo».

«Me reuní con ella esta mañana. Trajo algunas obras de arte que parecen muy caras», suspiró y se sentó a mi lado. «Sus diseños son hermosos».

«Bueno, soy toda tuya hasta que empiecen las clases. ¿Qué deberíamos hacer hoy? ¿Qué te parece ir a comer?». Pensé que una comida y un paseo la animarían.

«Me encantaría, pero el conductor de la Signora Vittoria te dejó un mensaje. Una joven se reunirá contigo hoy para ayudarte con las cosas escolares». Ella miró su reloj. «Dios mío, es casi mediodía. Estará aquí pronto. Y mírate, parece que acabas de levantarte de la cama».

«Acabo de levantarme de la cama».

«¿Qué tal si te metes en la ducha y yo bajo y la espero?».

«Eh. Bueno». Me puse de pie cuando mamá salió corriendo por la puerta. «Vaya. Supongo que saltaremos cuando la dama dragón diga que lo hagamos», le dije a la habitación vacía.

Caminé hasta el baño de mi suite y me detuve para leer todos los botones digitales en el panel de control al lado de la puerta. Había uno para cada servicio: los pisos con calefacción, el toallero, los vaporizadores en la ducha y los chorros en la bañera de hidromasaje. Tenía que admitirlo. Me podría acostumbrar a esto.

Me di una ducha rápida, me envolví el cuerpo con una toalla esponjosa y caminé hacia mi vestidor. Como no tenía idea de lo que la Signora Vittoria tenía planeado para mí hoy, no sabía

qué ponerme.

«Ay, qué bien, no eres un sapo».

«¿Qué?», me giré para mirar a la extraña en mi habitación.

«Hola, soy Penny Conti», dio un paso adelante con la mano extendida. «La Signora Vittoria me envió. Dijo que necesitabas ayuda. Me imaginé lo peor, pero te ves decente».

«Soy Rory», le estreché la mano. «No soy un sapo».

«Me alegro», pasó junto a mí y rápidamente revisó todos los artículos del armario. «La Signora Vittoria tiene un gusto impecable. ¿Qué tal este?». Sacó un vestido entallado y un par de zapatos de tacón. Cuando no me moví, frunció el ceño. «Vamos. Tenemos mucho que cubrir antes de que comiencen las clases».

«Bien». Saqué ropa interior y un sostén de la cómoda en el otro extremo del armario e hice lo mejor que pude para ponérmelos sin soltar la toalla. Cuando estuve lista, me volví y ella me entregó el vestido. «¿A dónde vamos?».

«Primero, el almuerzo, para que podamos conocernos. Me asignaron ser tu enlace estudiantil».

«¿Como una niñera?».

«No te desanimes. La Signora Vittoria no confía en nadie, especialmente en los adolescentes». Se rió. «Hay cierta manera en que hacemos las cosas por aquí. Te guiaré a través de todo para que no estés tan perdida en el primer día».

«OK».

«Olvida esa palabra».

Abrí la boca para decir que sí, pero luego la cerré y me moví para ponerme los zapatos. Ella permaneció allí todo el tiempo, esperando pacientemente, pero al mismo tiempo pidiéndome en silencio que me diera prisa. Seguramente lo aprendió de la Signora Vittoria.

La ropa de diseñador de Penny y su forma de comportarse me recordaban a la Signora Vittoria. Aunque no era tan intimidante y algo en su comportamiento amistoso me tranquilizó.

«La Signora Vittoria. ¿Es tu mamá o...?».

«Oh no, ella no tiene hijos propios. Es mi madrina. Nuestros padres son buenos amigos. Bueno, hay más que eso. Pero te lo explicaré a medida que avancemos». Ella me miró de arriba abajo. «¿Estás lista?».

«Creo que sí», respiré profundamente.

Tan pronto como salimos del edificio y me subí a la parte trasera de su SUV negro, ella comenzó con lo que llamó mi adoctrinamiento en Midtown High. Los estudiantes utilizaban un servicio de automóvil para llegar a la escuela. Aquí no existía el autobús escolar. Y el transporte público estaba fuera de discusión. Para el almuerzo, 'Adaline Hall' ofrecía excelentes opciones, pero como estaba en el último año, salir del campus también era una opción. También me informó que la Signora Vittoria y mamá se habían encargado de los uniformes escolares.

«¿Tengo que usar uniforme?».

«Sí. Pertenece a la Casa Alfera, por lo que tu suéter y chaleco serán azules». Abrió la puerta de un pequeño restaurante que olía a pan recién horneado y café. «Aquí tienen el mejor quiche de verduras», ella me sonrió mientras la anfitriona nos acompañaba a una mesa en la esquina cerca de la ventana.

«¿Puedo traerles algo de beber?», el mesero apareció tan pronto como Penny dejó su gran bolso de diseñador en el suelo junto a ella.

«No estaremos aquí por mucho tiempo. ¿Podrías traernos un poco de todo y una botella de champaña?».

«Por supuesto», el mesero ni siquiera se inmutó ante la orden de Penny.

«Sabes que tengo diecisiete años, ¿verdad?».

«Sí, claro. Yo también», sonrió.

«¿Aquí sirven a menores de edad?», levanté las cejas con sorpresa.

«Aquí sirven a la Sociedad. ¿Tus padres no te lo explicaron?», se burló. Y por primera vez desde que llegó, parecía impaciente. «Te mostraré los alrededores para que sepan quién eres. Pero Aurora, ahora eres parte de la Sociedad».

«¿Qué es la Sociedad?».

«¿Alguna vez has oído hablar de las cinco familias originales del crimen?». Se reclinó y esperó hasta que el mesero sirvió dos copas de champaña.

La Signora Vittoria las había mencionado cuando nos invitó a mamá y a mí a un día de compras. Pero realmente no me había explicado nada más que confirmar que eran de la mafia.

«No precisamente. Sé que eran mafiosos».

«Lo son. Tiempo presente», ella tomó un sorbo de su copa.

Hice lo mismo porque tenía la sensación de que este día estaba a punto de volverse más extraño que un día de compras con la dama dragón. «¿Qué son realmente?».

«Hace más de un siglo, las cinco familias originales formaron un enclave para protegerse mutuamente. Con el tiempo, se hicieron más fuertes y más grandes. Durante la Prohibición, hicieron un pacto para pasar a la clandestinidad y gestionar toda actividad ilícita desde las sombras. Nuestras familias son las más poderosas». Se detuvo para estudiar mi rostro. «Ya conoces sobre la familia Alfera. También están Valentino, Buratti, Salvatore y Gallo».

«Mi padre trabaja para Don Michael Alfera».

«Lo sé. Él es tu patrocinador en la escuela, por eso estarás en la Casa Alfera».

Me reí porque lo que Penny estaba hablando era descabellado. Claro, sabía del crimen organizado. En cierto modo crecí alrededor de esto en Las Vegas. ¿Pero este nivel de crimen organizado? Una sociedad secreta con su propia escuela de mafiosos...

«Pensé que asistiría al bachillerato. ¿Qué hago con una carrera en la mafia?».

«Sé que sabes que eso no es lo que hacemos. Aprenderás los temas habituales. Pero, por ejemplo, la Casa Alfera también ofrece una vía destinada a la industria del automóvil».

Papá vendía autos de lujo en casa. ¿Era esa su conexión con Michael Alfera? ¿Había sido así como se conocieron e hicieron este trato que cambió nuestras vidas?

«¿A qué casa perteneces tú?».

«A la Casa Salvatore, por eso la Signora Vittoria me pidió que te mostrara los alrededores», puso los ojos en blanco, «en realidad, mamá me ofreció de voluntaria para el trabajo. Ella ha estado tratando de volver a agradar al tío Michael desde hace un tiempo. Se dio cuenta de que la familia de su nuevo protegido podría ser la manera de hacerlo. Te digo esto porque quiero que entiendas que tu éxito está ligado al de mi familia».

«¿Éxito de qué?».

«Mantenerse en línea, conservar el nombre de Alfera y, sinceramente, en general, no hacer que maten a tus padres».

«Estás bromeando, ¿verdad?».

Arqueó una ceja y bebió un poco más de su copa mientras esperaba que yo considerara mi propia pregunta. Pensé en los documentos de confidencialidad que había firmado, en cómo enviaron a mis hermanos a un internado y en cómo casi todos los pequeños detalles de nuestras antiguas vidas habían sido eliminados.

Por supuesto que no estaba bromeando. ¿Quién se tomaría la molestia para establecer a una

familia en una nueva ciudad y un internado elegante, con ropa de diseñador y un apartamento amueblado, solo para que fuera una broma? «No tengo planes de contarle a nadie lo que sé. Solo quiero que mi familia esté a salvo. Quiero terminar el bachillerato y asistir a Columbia».

«Y puedes tener todo eso. Siempre y cuando cumplas con las reglas del acuerdo que firmaste. Y mezclarte con el cuerpo estudiantil de Midtown High». Ella frotó mi brazo. «No te sientas tan mortificada». Esto es lo mejor que te pudo haber pasado. A muy pocas personas se les permite unirse a nuestras filas. Tu padre debe haber hecho algo enorme por Don Alfera».

Cogió uno de los quiches pequeños del plato y lo mordió con gracia. Yo hice lo mismo. Luego, me detuve para saborear la explosión de exquisitos sabores en mi boca cuando la masa se derritió en mi lengua. Nunca había comido algo tan delicioso.

Todo en este mundo era embriagador y adictivo. Hoy era solo mi segundo día y, por mucho que temiera por la seguridad de mi familia, quería ser parte de ello. Quería tener una amiga como Penny. Quería todo.

«¿Estás lista para irnos? Tenemos que hacer una parada más».

«¿A dónde vamos?».

«Te haré un recorrido privado por nuestra escuela. Termina tus bocadillos y luego nos iremos», me sonrió.

Intenté actuar con calma y no dejar que una risita escapara de mis labios. ¿Estaba lista para ver más de *su* mundo? Corrección: este era mi mundo ahora. Papá tenía razón. No había vuelta atrás.

CAPÍTULO 4

¿Quiénes son ellos?

AURORA

Después de pasar buena parte de la tarde con Penny, me encontré en su SUV negro, rumbo a Midtown, emocionada por ver la escuela con mis propios ojos. El ajetreo y el bullicio de la ciudad un viernes por la tarde se desvanecieron en un segundo plano mientras consideraba todo lo que Penny me había dicho mientras almorzábamos, hacíamos algunas compras y visitábamos los diferentes lugares de reunión de los estudiantes de Midtown High.

El auto se detuvo junto a la acera delante de una puerta alta. Con la boca ligeramente abierta, me incliné hacia delante para poder ver bien por la ventanilla del auto. Más allá del alto escudo de la sociedad de hierro forjado y los escalones de piedra, se alzaba lo que parecía una antigua iglesia. En nuestro camino hacia aquí, Penny había mencionado que hace unos noventa años los terrenos solían tener una iglesia y una mansión que ahora habían sido reutilizadas para servir como escuela.

Solo se invitaba a asistir a familias con vínculos y buena reputación con las originales cinco familias del crimen. Este lugar era más que una escuela privada. Era un símbolo de estatus, reservado para la élite. Inspiré para aliviar las palpitaciones en mi pecho. Mi corazón latía tan rápido con una mezcla de nervios y miedo. Este lugar podría formarme o deshacerme. Por muy intrigada que estaba por la oportunidad de estar aquí, no había olvidado que no pertenecía a este lugar. Seguía siendo ajena a todo esto.

Penny había dejado muy claro que un movimiento en falso y toda mi vida se desmoronaría como un quiche demasiado cocido. Eran sus palabras, no las mías.

Las puertas se abrieron y Penny se acercó a mí. «La Signora Vittoria llamó con anticipación. Podemos entrar». Se movió para que yo saliera del vehículo y luego le hizo un simple gesto de asentimiento a su conductor. «Empezaremos con Adaline».

«¿Con qué?».

«El comedor y lugar de reunión general. ¿No escuchaste el tema de nuestra tarde?». Puso los ojos en blanco. «Vamos. Solo tenemos acceso hasta las seis».

«OK».

«Mmm». Se inclinó sobre mí para abrir la puerta del auto. «Asegúrate de utilizar palabras cultas cuando hables con nuestros profesores».

«Claro, lo olvidé». No estaba segura de qué había de malo en la palabra “OK”, pero supuse que en este caso tenía que confiar en ella.

La seguí a través de las puertas, subí las escaleras y atravesamos el patio. La zona tenía setos

bien cuidados con plantas en flor, mientras que los arcos proporcionaban mucha sombra. Solo podía asumir que las pequeñas flores rojizas que colgaban de las ramas eran la razón del dulce aroma en el aire. A medida que avanzábamos, tuve que mirar hacia atrás para asegurarme de que todavía estábamos en la ciudad.

«Ya llegamos», Penny caminó delante de mí y abrió las puertas dobles.

Pasamos por debajo de la torre y entramos a un corredor que conducía al gran salón. Los ventanales me recordaron que este lugar solía ser una iglesia. En mi antigua escuela no teníamos comedor. Teníamos una cafetería donde servían comida que salía de enormes recipientes de plástico. ‘Adaline’ contaba con una cocina con un chef ejecutivo, un sous chef y un pastelero.

«Como dije, el menú es de la granja a la mesa, por lo que cambia según las estaciones. Siempre hay sushi disponible y es para morirse». Ellaladeó la cabeza para mirarme y luego siguió mi línea de visión hacia arriba. «Oh, el techo y las ventanas. A mí también me impresionaron la primera vez que los vi. Creo que se llama arquitectura Didáctica». Señaló a ambos lados del edificio. «A través de los vitrales, esculturas y tapices, los estudiantes pueden conocer la historia de la Sociedad. Así es como las iglesias enseñan estudios bíblicos».

«¿La Sociedad?», fruncí el ceño. Probablemente debería haber estado tomando notas.

«La Sociedad está compuesta por las cinco familias originales del crimen. Se organizaron por primera vez cuando comenzó la Prohibición como una forma de proteger a nuestra comunidad», ella se burló. «Dije todo esto antes. Presta atención».

«Claro. Lo recuerdo». Repasé toda la información que ella había metido en mi cerebro en las últimas cuatro horas y pensé en los diferentes apellidos y las industrias que controlaban las familias. Los tapices de las paredes tenían esos nombres bordados, junto con otros símbolos y animales.

«La mascota de tu casa es un cuervo». Penny señaló el tapiz realizado en diferentes tonos de azul. La palabra ‘sabiduría’ estaba bordada sobre una mano que sostenía tres engranajes flotantes de diferentes tamaños. «Por cierto, eso está hecho en oro real».

«¿Por qué no eres de la Casa Alfera si Don Alfera es tu tío?», era una muestra de que había estado prestando atención.

«Nací en la familia Alfera, por parte de mi madre. Mis padres y Don Alfera tuvieron una pelea hace varios años. Casi no vengo a Midtown High en mi primer año. Afortunadamente, mamá pudo conseguir el patrocinio de Don Salvatore. Tú la conociste».

«¿La Signora Vittoria es un Don?».

«Sí», sonrió. «Bien, finalmente lo estás entendiendo». Caminó hacia el tapiz hecho en dorado intenso con una pantera como mascota y la palabra ‘guardián’ sobre un símbolo que parecía un templo griego.

Me sorprendió que no hubieran elegido un dragón. Supuse que todos estos símbolos y mascotas habían sido elegidos hace un siglo, mucho antes de la época de la Signora Vittoria.

«No me imagino yendo a ninguna otra escuela. ¿Tú? Oh, en realidad puedes, porque lo has hecho». Ella se apretó la mano con incredulidad. Como si la idea de la escuela pública fuera un auténtico horror. Dejó escapar un suspiro y luego miró el reloj. «Si tenemos suerte, apuesto a que aún podremos asistir a las pruebas de fútbol universitario. Este día, los estudiantes de último año están poniendo a prueba a los de segundo año. Debería ser divertido verlos».

Finalmente. Un equipo de fútbol del bachillerato era algo que entendía. El año pasado, antes de que dejara de ir a la escuela porque habíamos perdido nuestra casa, había formado parte del equipo de animadoras. Los rumores sobre mamá prostituyéndose en un motel se difundieron rápidamente. Aunque solo lo había hecho una vez, todos asumieron que se había convertido en

puta. En una semana, las mamás de la Asociación de Padres y Maestros encontraron una manera de echarme de la escuela por mala conducta.

Estaba bien con eso. Después del incidente del motel, no tenía amigos y los chicos asumieron que yo también me dedicaba a lo mismo que mi mamá. Me acorralaban constantemente fuera de la cafetería y me ofrecían duplicar la tarifa de mamá. Algo que ellos inventaron, por supuesto. La tarifa de mamá por acostarse con el jefe de papá había sido la perdición de papá. Un tipo incluso me ofreció quinientos dólares. Ese día llegué a casa y lloré hasta quedarme dormida. No porque me hubiera sentido insultada por su suposición. Me había enojado conmigo misma por haberlo considerado.

No tenía nada en contra de las trabajadoras sexuales. Simplemente, odiaba que mis compañeros de clase hubieran supuesto esa situación por mí debido a algo que papá había provocado; y todo porque mamá había intervenido para salvarlo.

«¿Hola?», Penny me apretó el brazo y me sacudió un poco. «¿Escuchaste lo que dije? ¿Qué opinas?».

La había seguido por un pasillo y una serie de escalones, casi a ciegas. No me había dado cuenta de que ahora estábamos afuera, frente al campo de fútbol. Suspiré. Incluso si mi carrera como animadora hubiera sido breve y dolorosa, el césped verde intenso y la pizca de sudor en el aire me hacían sentir como en casa.

«Esto es hermoso. Ni siquiera puedo decir que sigamos estando en la ciudad».

Ella me acompañó hacia las gradas, donde nos sentamos a ver a los chicos realizar los ejercicios. Los jugadores llevaban camisetas de práctica y cascos, por lo que no podía verles la cara. No es que importara. De todos modos, no conocía a nadie.

«Entonces, ¿son buenos?».

«¿Estás preguntando eso en serio? Son campeones estatales. Tenemos los mejores entrenadores que el dinero puede comprar».

«Por supuesto que sí». Me reí y dejé que mi mirada regresara al campo, donde el entrenador había empezado a organizar a los estudiantes de segundo año en tres equipos.

Las pruebas de fútbol definitivamente no eran para los pusilánimes. Los muchachos parecían bastante golpeados y listos para tirar la toalla. Un puñado de ellos se unió a sus equipos asignados y luego cayeron al césped formando un montón de huesos agotados.

Tan pronto como el equipo universitario entró al campo, la mayoría de los estudiantes de primer año se pusieron de pie de un salto, excepto uno. Penny arqueó las cejas y se sentó más alto para tener una mejor vista. Uno de los miembros del equipo universitario se separó del grupo. Con zancadas largas y seguras, se dirigió hacia el estudiante de segundo año que aún estaba en el suelo y se cernió sobre él.

Entonces me quedé boquiabierta porque reconocí esa cara. El zumbido en mis oídos hizo imposible escuchar lo que dijo a continuación. “*El azul te queda bien*”. Sus palabras resonaron en mi cabeza. Mi chico misterioso de Tiffany estaba aquí.

«Levántate». Su voz profunda se extendió por todo el campo. «El entrenador no dijo que pudieras tomar un descanso». Atizó un puntapié a los zapatos del chico más joven. Después de respirar, intercambió una mirada con el entrenador, quien simplemente se encogió de hombros. «Pensándolo bien. Estás fuera. Coge tu equipo y vete».

El estudiante de segundo año se puso de pie e hinchó el pecho, con la cara roja y la mandíbula apretada como si las palabras “vete al infierno” estuvieran en la punta de su lengua. Sus cejas fruncidas dejaron en claro que no creía que nadie más que el entrenador pudiera despedirlo, especialmente no así, delante de todos.

Otros dos estudiantes de último año se unieron y flanquearon a su amigo, mirando al estudiante de segundo año. Fue excesivo ya que todos eran mucho más altos que el otro chico. Después de algunos momentos de enfrentamiento, el estudiante de segundo año finalmente aceptó y salió furioso del campo.

«¿Quiénes son ellos?», pregunté a Penny. Aunque en realidad solo me importaba el extraño de Tiffany. Él estaba aquí. Y estaba bastante segura de que era un estudiante.

«Los Reales. Nadie se mete con ellos. Creo que ese niño estaba demasiado cansado para darse cuenta de con quién estaba tratando. Quiero decir, ese es nuestro mariscal de campo o QB».

Mi chico misterioso se movió para que el primer equipo de estudiantes de segundo año se apiñara a su alrededor, mientras el entrenador caminaba por la banda con los brazos sobre el pecho. Así que era estudiante de último año en Midtown High y mariscal de campo del equipo universitario. Por supuesto que lo era.

El equipo escuchó atentamente mientras el mariscal de campo los dirigía durante la jugada. Su voz tenía un tono confiado, como si hubiera hecho esto miles de veces.

Cada una de sus palabras pegó en mi pecho como gotas de lluvia sobre un techo de hojalata. Me encontré sentada en el borde de mi asiento, para no perderme lo que diría o haría a continuación. De vuelta en Tiffany, no tuve la oportunidad de mirarlo. Lo hacía ahora. Su físico era impresionante y exactamente como debería verse un mariscal de campo: hombros altos, anchos y un estómago plano que estaba segura era todo músculo. Con cada movimiento que hacía, sus pantalones ajustados se estiraban para revelar más planos y valles sobre sus muslos y trasero.

Dios, el tipo tenía la constitución de una estatua griega.

«¿Qué quieres decir con *los Reales*?». No podía dejar de mirarlo. No podía dejar de pensar en esos ojos color avellana y en el tirón que sentí cuando rozó mi nuca.

«Son los siguientes en convertirse en Don».

¿Un Don? ¿Mi chico misterioso era un futuro Don?

«¿Ves algo que te guste?», Penny se inclinó y codeó mi brazo.

«¿Qué? No». Fruncí el ceño y sacudí la cabeza rápidamente.

Ella sonrió y luego volvió su atención al campo. Todo el día había tenido una gran cantidad de información, inundando mi cerebro con datos inútiles sobre los colores de cada familia, el escudo de la Sociedad y fechas importantes. ¿Por qué tenía que parar ahora? Cuando no me ofreció ningún detalle, decidí que no me importaba si Penny pensaba que estaba enamorada del mariscal de campo.

«¿Quién es el mariscal de campo?». Mis mejillas se calentaron. No estaba aquí para coquetear con chicos. Todo mi futuro dependía de la oportunidad de asistir a su prestigiosa escuela. No debería importarme quién era el mariscal de campo de nuestro equipo, excepto que a mí me importaba. Tenía tantas ganas de conocer su nombre.

«¡Ja! Lo sabía», se rió.

«¿Qué sabías? No importa. No importa».

«No te avergüences. No eres la única». Penny señaló con la barbilla al grupo de chicas que estaban a nuestro lado. «Todas estamos de acuerdo contigo. Nuestro mariscal de campo es de ensueño».

No me había dado cuenta de que en los diez minutos transcurridos desde que llegamos, más estudiantes, principalmente chicas, se habían reunido para mirar.

«Su nombre es Enzo Alfera. Es el hijo de tu amable padrino, Michael Alfera. Ella se volvió

hacia mí. «Es un atractivo mariscal de campo que también es una especie de príncipe. Puedes imaginar la cantidad de acosadoras que tiene. Eso incluye a las madres que buscan la mejor pareja para sus hijas». Se mordió el labio inferior mientras estudiaba mi rostro. «¿Quieres mi consejo? Borra tu mirada con estrellas. Y mantente alejada de Enzo. Él te traería todo tipo de problemas que no necesitas. Y odia a las acosadoras».

La miré fijamente. ¿Penny hablaba por experiencia? Alguien tan hermosa como ella y con tal pedigrí seguramente podría salir con alguien como Enzo. Un futuro Don no perdería el tiempo con alguien como yo: la hija de una puta, que según creía, era el término que usaban mis supuestos amigos cuando me echaron del equipo de animadoras.

«¿Ustedes tuvieron una relación o algo así?».

«Dios, no. Mi mamá y su papá son primos hermanos. Qué asco».

Volví mi atención al campo. Enzo y el equipo universitario habían pasado al siguiente grupo de pruebas. Nuevamente, reunió a los chicos a su alrededor y gritó la jugada, señalando a cada jugador a medida que avanzaba. Todos se dispersaron para encontrar sus posiciones asignadas, mientras Enzo encontró la suya detrás de ellos. Verlo ejecutar la jugada con precisión fue una gran emoción. Siempre me había gustado el fútbol. La combinación de fuerza bruta y tácticas inteligentes me resultó fascinante.

Al final de la hora, la mayoría de los estudiantes de segundo año habían sido enviados a casa. Los pocos que quedaron se reunieron alrededor del entrenador cerca de las bancas, mientras Enzo y sus amigos estaban a varios metros de distancia. Tenía su brazo alrededor de los dos chicos que lo flanqueaban antes. Sus cejas se fruncieron mientras hablaba con ellos.

«Rex Valentino está a su derecha y Santino Buratti a su izquierda. Esos tres han sido inseparables desde su nacimiento».

Consideré decirle que había conocido a Enzo ayer. Pero, ¿cuál sería el punto? Enzo y yo no éramos amigos. Ayer no se había molestado en preguntar mi nombre y mucho menos en ofrecerme el suyo. Incluso si ahora estuviéramos asistiendo a la misma escuela, todavía estaríamos en mundos separados. Era el hijo del nuevo jefe de mi padre, el que ahora controlaba nuestras vidas: un Don.

«De todos modos, tal vez podamos verlos mañana en la velada de fin de verano de los Alfera».

«¿Espera? ¿La fiesta de mañana la organizan los Alfera?».

«Sí, por eso la Signora Vittoria quiere que tu familia esté allí. Para que ella pueda incorporarte al redil, por así decirlo». Ella me dio unas palmaditas en la pierna. «Anda. Vamos a buscarte algo que ponerte. Antes vi algunas piezas geniales en tu armario».

«Seguro». Me puse de pie y, como un imán, mi mirada volvió a él.

Se sentó en el banco quitándose las hombreras, mientras se reía de algo que había dicho Santino. Sonreí ante su hermoso rostro, las cejas pobladas y los labios carnosos. Esta versión tranquila de él era tan encantadora. Existía la posibilidad de que me demorara demasiado, mirándolo con los ojos como una colegiala loca por los chicos porque dejó de tirar de los cordones de sus zapatos y desvió su mirada hacia mí.

La forma en que esos intensos ojos verdes se clavaron en los míos me indicaba que me había reconocido. Aunque no esperaba la otra reacción que obtuve de él. Frunció los labios como si no le gustara verme aquí, como si mi presencia fuera un insulto.

CAPÍTULO 5

Aquí todo brilla

AURORA

La limusina de la Signora Vittoria llegó exactamente a las dos. Aunque mamá nos hizo llegar al vestíbulo media hora antes para asegurarse de que no perdiéramos el viaje a los Hamptons. No estaba segura de qué esperar de ese lugar. Sabía que nos dirigiáramos a la playa, pero también íbamos a una fiesta en una mansión organizada por Don Alfera.

Dos semanas atrás, no tenía ni idea de quién era el tipo. Ahora estaba en todas partes. Parecía que pasara lo que pasara, no podíamos escapar de él. Él era nuestro dueño, no sólo de papá, sino de todos nosotros.

«No necesitaba enviar su limusina», se quejó mamá a medias mientras subía al interior con una gran sonrisa en el rostro.

«Pues sí lo hizo», papá la siguió. Luego se ajustó la chaqueta del traje. «Ahora somos importantes».

Me acomodé frente a ellos, dejándome boquiabierto ante el tamaño del vehículo junto con el suave cuero de los asientos. Nunca había estado en una limusina. Algunos chicos de mi clase del penúltimo año habían alquilado una para el baile de graduación. Para entonces ya me habían echado por presunta mala conducta, por lo que no me habían invitado. Pero sí los vi mientras pasaban por el restaurante ‘Denny’s’.

Mi mirada se dirigió a la ventana y al tráfico de primera hora de la tarde. Sin ningún motivo, buscaba a Enzo en las calles concurridas o cada vez que otra limusina se detenía junto a nosotros. Desde que Penny me dijo que la velada sería en su casa de la playa, no había dejado de pensar en qué haría si lo volviera a ver. Después de la mirada malvada que me lanzó anoche después de la práctica de fútbol, lo mejor sería evitarlo tanto como fuera posible.

Y así, volví a caer en la madriguera del conejo Enzo. Había pasado toda la noche analizando y pensando en exceso sobre su reacción al verme y sus razones para ello. ¿Pensaría que después de que lo conocí en Tiffany salí corriendo para descubrir quién era, que me haría amiga de su prima y luego procedería a acosarlo? No era así en absoluto como sucedió, pero carajo, seguro que lo parecía. No era de extrañar que se enojara cuando me vio entre la multitud, rodeada de otras chicas que también estaban allí para espiarlo.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la ventanilla del auto. En la tarde soleada, rodeado por un exuberante césped, sus ojos parecían tan verdes, en contraste con lo oscuros que parecían bajo las luces halógenas de la joyería.

Dios, realmente necesitaba salir más si estaba completamente obsesionada con un chico que

había hablado conmigo una vez. Obviamente me odiaba. Tal vez si le explicara que no estaba ahí por él, cambiaría de opinión.

Detente.

Anoche ya había pasado por varios escenarios, en los que me acercaba a él y le explicaba, o le pedía a Penny que le aclarara en mi nombre. De cualquier manera, el resultado era el mismo. Enzo no podía ser mi amigo y mucho menos mi novio. Lo que había sentido cuando me tocó en Tiffany no importaba. No era algo real. Sin mencionar que él era el futuro Don de la Casa Alfera. Era un mafioso. O iba a serlo. Eso era un gran problema. Su mundo era peligroso y definitivamente malo para mi salud. Y odiaba a las acosadoras.

Así que tuve que ceñirme al plan original de mantener la cabeza gacha y pasar el último año sin ser notada. El año siguiente estaría en Columbia y Enzo y sus amigos mafiosos serían cosa del pasado.

«Creo que Rory es una chica inteligente». La dulce voz de mamá se filtró a través de la infinidad de pensamientos que revoloteaban por mi mente y atravesó la última imagen que tenía del rostro enojado de Enzo.

Su tono empalagoso era el que solía reservar cuando hablaba con papá. Tuve que adivinar que estaban hablando de mí, así que me volví hacia ella para hacerle saber que tenía mi atención. Por supuesto, ella podía ver a través de mi expresión en blanco. Me había distraído poco después de que llegamos a la interestatal y no tenía idea de qué estaban hablando.

«Tu padre tuvo una gran idea». Ella arqueó la ceja, su movimiento característico para llamar mi atención. Y también, seguir el juego.

«Oh, ¿sí?», sonreí a papá.

«La fiesta de esta noche es importante. No estamos aquí para divertirnos. Estamos aquí para hacer conexiones y ver qué oportunidades surgen».

Papá había tenido la misma idea muchas veces antes. La última vez había estafado a su jefe cinco mil dólares. Por supuesto, lo atraparon. Y luego su jefe tomó represalias y se quedó nuestra casa como pago. Y como beneficio adicional por “herir sus sentimientos”, el jefe también pidió a mi mamá, para humillar a papá, sin duda. Después de la paliza que recibió papá la noche en que su jefe lo encontró escondido en un motel en las afueras de Las Vegas, habría dicho que sí a cualquier cosa, incluso vender a sus propios hijos. Afortunadamente, no había llegado a eso. Gracias a mamá.

Jesús, habíamos cerrado el círculo. No sabía mucho sobre el nuevo trabajo de papá, pero estaba cien por ciento segura de que si papá alguna vez se cruzaba con Don Alfera y su organización, ninguno de nosotros viviría para contarlo. Don Alfera podría hacernos desaparecer y nadie se inmutaría. Era mucho más poderoso que el antiguo jefe de papá.

«Deberías hacer lo mismo», señaló mi vestido. «Te limpias bien. Estoy segura de que lo notarán».

«¿Qué quieres decir?».

Inhaló y parpadeó lentamente al mismo tiempo. «Pronto cumplirás dieciocho años. Casarte con alguien del círculo de Don Alfera sería una buena combinación».

«Estoy segura de que hay muchos chicos lindos en la escuela». Mamá lo interrumpió y se acercó para apretar mis dedos.

«¿Chicos? No, necesita a alguien que ya esté conectado, no un niño estúpido que viva del dinero de sus padres». Chasqueó los dientes. «Tu madre y yo te encontraremos a alguien adecuado. A los Trajes elegantes les gustan jóvenes. Lo harás bien». Se agachó para tener una mejor vista del intenso tráfico que había más adelante. «Me lo agradecerás más adelante»,

añadió.

Mamá apretó mi mano con más fuerza y me dijo en silencio que no dejaría que papá llegara tan lejos, que no dejaría que me vendiera a un anciano que tenía lo que él consideraba conexiones mafiosas apropiadas y dinero. O tal vez eso era solo una ilusión. De cualquier manera, toda la idea me hizo sentir mal del estómago.

No estaba segura de lo que significaba su gesto tranquilizador. Tal vez simplemente sentía lástima por mí porque si papá realmente quisiera casarme, ella no podría detenerlo. Mamá amaba este nuevo mundo, donde era respetada e incluida, y no haría nada que pudiera costarle su estatus recién establecido.

Pensé en lo desconsolada que había estado ayer, cuando tuvo que dejar que los gemelos fueran a una escuela que nunca había visto. Pero luego se recuperó rápidamente porque sabía que, si armaba demasiado escándalo, la Signora Vittoria encontraría una manera de enviarnos a todos de regreso a Las Vegas.

Mamá había mencionado que quería seguir adelante. Olvidarse de Las Vegas y comenzar de nuevo en Nueva York. A sus ojos, todo este glamour borraba el momento en que perdimos nuestra casa y ella tuvo que acostarse con el jefe de papá para pagar su deuda. Quizás ella ya se había olvidado de esos meses, pero yo no.

Podría decirle a papá que su plan apestaba. Pero eso solo lo haría enojar. Lo mejor que podía hacer era ignorarlo y esperar el momento oportuno hasta que cumpliera dieciocho años y pudiera seguir adelante por mi cuenta. Estoy segura de que no necesitaba un esposo para eso.

«Quiero ir a Columbia el año que viene, papá. La Signora Vittoria dijo que podía ayudarme a entrar».

«No la necesitamos. Haz lo que te digo y lo lograremos aquí». Me sonrió como si supiera algo que yo no sabía. «Lo haremos en grande».

Dejé caer la cabeza hacia atrás y luego giré hacia un lado para poder mirar por la ventana nuevamente. Esto aquí era el problema con papá. Siempre estaba buscando lo siguiente. Apenas dos semanas después de comenzar su nuevo trabajo y ya quería algo mejor.

«Stefano, lo habíamos acordado», mamá le frotó la pierna. «Nuestra hija necesita tiempo para adaptarse a su nuevo entorno. Prometiste que la dejarías terminar el bachillerato».

Vaya, ¡gracias mamá!

«No le hace ningún daño pensar en el futuro». Chasqueó los dedos en dirección al conductor. «Tú, ¿cuánto tiempo falta?».

«Alrededor de una hora, señor».

Setenta y cinco minutos después, el conductor se detuvo en la mansión Alfera. No se parecía a nada a lo que había visto antes. No solo por su gran tamaño, sino también por su césped y jardín meticulosamente cuidados al costado de la casa. Las Vegas era un gran desierto. Todavía no me había adaptado del todo a la exuberante vegetación de la costa este.

«Señor y señora Vitali, bienvenidos». Un chico vestido con un traje oscuro les abrió la puerta a mamá y papá.

Los condujo hacia la entrada principal y yo los seguí de cerca. Cuando llegamos al vestíbulo, hizo un gesto a uno de los meseros. Mamá rápidamente intervino y tomó dos flautas, una para ella y otra para mí. Me quedé allí con una copa de champaña en la mano, mirando el candelabro y el reflejo brillante en el suelo de mármol.

«Aquí todo brilla», le susurré al oído a mamá.

«Lo sé» ella se rió.

«Lo hicieron. Bienvenidos». La Signora Vittoria saludó a mamá con un beso. Se volvió hacia

mí por un momento, solo para saludarme rápidamente. «Vayan a socializar». Acompañó a mis padres a una habitación fuera de la sala de estar.

Excelente. Estaba en una casa llena de extraños y completamente sola. Bebí un sorbo de mi copa y fui a buscar a Penny. Había dicho que llegaría temprano y la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Tenía que estar por aquí en alguna parte.

A mi derecha, la gran escalera tenía una cuerda roja que bloqueaba el acceso, así que giré a la izquierda y terminé en la cocina y luego en otra sala de estar enorme con muebles lujosos y una pantalla plana. Más allá de las paredes de cristal de la habitación, el agua del océano brillaba bajo el Sol moribundo.

«Guau». Terminé mi bebida y tomé otra de un mesero sonriente.

El alcohol ya se me había subido a la cabeza, lo que hizo que no me importara no tener amigos aquí. Vagué por los jardines durante un rato, todavía buscando a Penny. Aunque cada vez que un tipo alto con cabello oscuro doblaba la esquina, mi corazón se subía a mi garganta.

Sorbiendo las últimas burbujas de mi copa, regresé al interior de la casa, con la esperanza de encontrar un rincón tranquilo donde poder pasar el resto de la noche. Había conocido a Penny hacía poco, pero esta noche realmente la extrañaba. Ella me hizo sentir incluida, como si pudiera pertenecer aquí.

Todavía estaba tratando de decidir si debería esconderme en el baño o en el pequeño banco tapizado escondido debajo de las escaleras, cuando vi a Enzo entrar por la puerta principal. Su mirada se posó en un grupo de chicas que estaban en la sala de estar. Miró hacia arriba y metió las manos en los bolsillos de sus jeans. No lo conocía en absoluto, pero parecía molesto por la fiesta y las chicas que le lanzaban miradas furtivas.

Examinó la habitación rápidamente y luego subió las escaleras, evitando la cuerda roja que claramente estaba destinada a mantener alejados a los invitados. Ciertamente, Penny había dicho que ésta era la casa en la playa de Don Alfera. Eso significaba que Enzo también vivía aquí.

Tal vez fue la champaña. O tal vez dejé mi cerebro en la limusina. Pero en cuanto llegué al rellano, pasé bajo la cuerda y lo seguí. La ironía no pasó desapercibida para mí. Estaba acosando al chico porque quería dejar claro que en realidad no lo estaba acosando.

Tan pronto como llegué arriba, desapareció en una de las muchas suites. Reduje el paso y me detuve para escuchar la primera puerta a la derecha. Cuando no escuché nada, abrí la puerta lentamente para mirar adentro. El lugar estaba vacío. Ahora estaba en plena modalidad de chica espía. Seguí avanzando por el pasillo hasta que el parloteo de abajo no fue más que un zumbido animado.

«Santino». Una voz femenina con un tono ronco llamó desde la habitación a mi izquierda.

La puerta había quedado entreabierta. Por un momento, no supe qué hacer, así que me quedé allí congelada, escuchando a la mujer gemir y llamar a Santino. Pronunciando una maldición, caminé de puntillas hacia la puerta para cerrarla y darles algo de privacidad.

Tan pronto como estuvieron dentro de mi campo de visión, me di cuenta de mi error. Ambos estaban desnudos. Nunca había visto algo así en la vida real. La chica, que tenía más o menos mi edad, estaba extendida sobre la cama mientras Santino tenía la cara enterrada entre sus piernas. En cierto modo la reconocí de la práctica de fútbol.

Sangre ardiente subió a mis mejillas y oídos. De repente, la imagen de ellos dos se volvió brillante y nítida. Podía ver cada detalle: los músculos duros de sus muslos y espalda, sus tetas rebotando suavemente mientras él las derretía y sus mejillas rosadas.

No me había dado cuenta de que el sexo podía ser así. La verdad es que nunca había visto a una pareja tener relaciones sexuales; el incidente de mamá no contaba. Estaban completamente

vestidos y mamá no emitió ningún sonido. Esta chica se estaba divirtiendo. No se cansaba de Santino y de lo que fuera lo que le estaba haciendo.

Santino se puso de pie y, con un movimiento rápido, empujó sus rodillas hacia el colchón y luego se subió encima de ella. Ella gimió más fuerte, arañando su espalda y tocándolo por todas partes. Me froté el pezón para aliviar la picazón y jadeé de sorpresa cuando cintas de deseo se hincharon a través de mí.

«Todas las veces». Una voz profunda resonó detrás de mí.

Pasé un tiempo y me encontré cara a cara con el otro amigo de Enzo, Rex Valentino. Sus ojos azules bailaban con diversión y algo más que no reconocí.

«Estaba abierto», espeté. «No era mi intención...».

«¿Mirar?». Él se rió entre dientes. «Eso está bien. A él le gusta. Por eso siempre se “olvida” de cerrar detrás de él». Se inclinó hacia adelante hasta que su aliento rozó mi mejilla y luego se estiró para cerrar la puerta. «Soy Rex». Me ofreció su mano.

«Oh. Mmm». Miré sus largos dedos. Entre el espectáculo erótico y que me atraparan, mi corazón latía fuera de control. «Lo... lo siento. Soy... soy Rory». Genial. Ahora estaba tartamudeando.

«Bueno, Rory, no se permiten invitados arriba». Me dedicó una sonrisa de complicidad, todavía agarrando mi muñeca. «A menos que quieras acompañarme a una de las suites».

«¿Qué?», me aclaré la garganta. Su toque provocó una descarga de adrenalina a través de mí. No conocía a Rex en absoluto, pero algo me decía que él significaba problemas, que yo estaba en problemas. «Me tengo que ir».

No esperé su respuesta. Corrí hacia el rellano y bajé por los escalones lo más rápido que pude. Detrás de mí, Rex se rió entre dientes, como si mi reacción hubiera sido la cosa más divertida jamás vista.

Abajo me encontré con Penny. Estaba borracha y súper feliz de verme. «¡Rory! Ahí estás. ¿Has probado la sangría?». Me abrazó y luego me miró con los ojos entrecerrados. «¿Estás enferma? Parece que has visto un fantasma».

«No un fantasma. Los Reales». Apunté con la barbilla hacia el rellano donde estaban Enzo, Rex y Santino, cerniéndose sobre nosotras.

Eran parte de este mundo. Eran devastadoramente guapos. Brillaban con belleza y encanto. Pero al igual que el resto de su círculo, también eran igual de letales. Lo peor era que me estaban mirando directamente.

«¿Qué hiciste?», Penny me atrajo hacia ella y salí por la puerta principal. No se detuvo hasta que llegamos a una de las limusinas estacionadas afuera. Sus mejillas estaban teñidas de rojo, pero ahora parecía sobria. «Te dije que te mantuvieras fuera de su camino. Mantener un perfil bajo. ¿Qué pasó?».

«Nada. Subí las escaleras y me encontré con ellos. Luego te encontré a ti». Omití algunos detalles de mi viaje al segundo piso de la mansión. «No fue gran cosa».

«¿Alguna vez has visto a un gato jugar con un ratón?» Hizo un gesto hacia la dirección en general de los Reales. «Nunca termina bien para la pequeña criatura. Incluso si es solo un juego».

PARTE DOS

Cuervo Caído

DÚO CUERVO, LIBRO UNO

CAPÍTULO 6

Espero que sobrevivas

AURORA

El-mejor-día-de-todos.

Mi amiga Penny estaba parada junto a una limusina Lincoln Town estacionada frente a mi edificio. Tan pronto como me vio a través de las puertas de cristal, hizo un gesto hacia el vehículo, haciendo su mejor imitación de una modelo del programa *'The Price Is Right'*. Le sonreí, sacudiendo la cabeza por lo exagerado que era todo esto. Llegar en una limusina a mi primer día de clases era algo que solo pasaba en el Upper East Side.

Hacía tan solo un mes que nos habíamos mudado a la ciudad de Nueva York. Al principio, no me atrevía a confiar en nuestra buena suerte. Pero después de pasar horas y horas con Penny y aprender todo sobre el enclave centenario al que ahora pertenecía mi familia, no pude evitar enamorarme de este mundo. ¿Eso me convertía en una adolescente mafiosa? Probablemente. Y estaba bien con eso.

Lo que no te mata... o quien sea, como era el caso en este mundo de la mafia.

El portero me abrió la puerta y se puso en posición de firmes. Le hice un gesto con la cabeza y luego me volví hacia Penny. «No puedo creer que hayas hecho esto. ¿Una limusina? ¿No es demasiado?».

«Es el primer día de clases. Es una tradición», se encogió de hombros.

Su uniforme de Salvatore era el mismo que el mío: falda plisada, blusa blanca impecable con botones, chaleco, corbata y un abrigo con el emblema de la Sociedad en el pecho, justo encima del corazón. La única diferencia eran los colores de su familia patrocinadora, que eran oro viejo y negro, mientras que lo mío mostraba los colores de Alfera, azul real.

Cuando Penny me habló por primera vez de los colores de la familia, pensé que era excesivo. Ya estábamos uniformadas, ¿qué importaban los colores? Al final resultaba que era un gran problema. Todos los chicos eran leales a sus familias patrocinadoras. Con cincuenta mil dólares por semestre y una carta de recomendación de don Alfera, también sentí que debía hacer lo correcto con mis benefactores. Solo aquellos con vínculos con la Sociedad del Crimen y gozaban de buena reputación con los Don eran invitados a asistir a Midtown High, una escuela de fundadores de reyes fundada por la Sociedad. Cualquiera que asistiera a la escuela tenía prácticamente su futuro asegurado.

«No hay manera de que esto pueda ser real». Subí a la limusina y me moví para hacerle espacio.

«Después de todas estas semanas conmigo, ¿realmente estás tan sorprendida? La señora

Vittoria insistió. Ella realmente quiere que des una buena impresión».

«Lo sé. Ha sido una especie de madrina para mí y para mamá. Ella nos ha tomado bajo su protección. No sé dónde estaríamos sin ella». Dejé que mi mirada recorriera el interior del elegante vehículo.

«Lo sé», me dio unas palmaditas en la mano. «Siento lo mismo por ella. La forma de pagarle es mantener la cabeza gacha y pasar nuestro último año sin incidentes».

«Puedo hacer eso. La escuela es mi prioridad. Lo único que quiero es graduarme con las mejores calificaciones y llegar a Columbia». Ese siempre había sido mi sueño. No hay nada de malo en servir bebidas en el casino de Las Vegas, pero quería algo diferente para mí, y de lo que había tenido mamá. Gracias al nuevo trabajo de papá dentro de la Sociedad, ahora tenía una oportunidad real de lograrlo. «Eh, una pregunta, ¿por qué hay una botella de champaña en un cubo de hielo?». Me reí, señalando la barra ubicada al lado del largo asiento de cuero debajo de la ventana.

«Oh, eso». Ella se acercó a mí. Su mirada cambió entre el conductor y yo, como si estuviera a punto de contarme un gran secreto. «Tenemos una parada más antes de ir a la escuela».

«¿Qué quieres decir?».

«Compartiremos la limusina con la sobrina de la Signora Vittoria». Penny se frotó la sien como si intentara encontrar las palabras para explicarse. «Ella acaba de regresar de París. Ella es una real. Y, además, una perra real. No te preocupes. Esta es la limusina de su tía, por lo que se portará lo mejor posible. Simplemente no hagas contacto visual».

Me reí. «¿Hablas en serio? ¿Sin contacto visual?».

Ella se encogió de hombros como diciendo, “*Ya lo verás*”.

La limusina se detuvo. Unos minutos más tarde, el conductor salió y abrió la puerta del lado de Penny. Una rubia de pelo largo, piel perfecta y piernas tonificadas subió al interior. «Buenos días, señoritas». Se sentó en el asiento junto a la ventana frente a nosotras.

No necesitaba que Penny me explicara esto. Esta era la abeja reina de nuestra escuela, y miembro de la realeza, lo que significaba que era la siguiente en la fila para ser Don. Una Don mujer no me sorprendía ya que su tía era Don Salvatore. Pero esta diosa frente a mí tenía un aire de verdadera realeza; la forma en que se sentaba con la espalda perfectamente recta y se movía con gracia y confianza.

«Donata». Penny hizo una pausa durante unos segundos hasta que Donata terminó de servir champaña en una copa y se volvió hacia ella. Penny se aclaró la garganta y continuó, «me gustaría presentarte a Aurora Vitali. Rory. Ella es, eh, es nueva».

«Puedo verlo», Donata sonrió majestuosamente mientras apoyaba el codo en el asiento trasero y tomaba un sorbo de su copa, porque ¿por qué no tomar una copa justo antes de ir a la escuela?

Estaba vestida con el mismo uniforme escolar que nosotras, con los colores de Salvatore, pero de alguna manera parecía más rica. Supuse que era el dinero antiguo y su pedigrí familiar.

«Tía Vittoria me habló de ti. Bienvenida a Midtown High. Espero que sobrevivas». Su sentimiento tenía un tono agradable, como si realmente quisiera que me fuera bien.

O tal vez me estaba imaginando todo el asunto. Como que una chica así podría ser mi amiga. Era una tontería siquiera pensar en ello. No tenía motivos para hacerlo.

«Gracias». Tragué profundo y por un momento pensé en pedirle un vaso de valor líquido. Hacía veinte minutos, había pensado que hoy iba a ser el mejor día de mi vida. Ahora, no estaba tan segura. Estaba fuera de mi liga aquí. Desví mi atención hacia Penny y articulé en silencio un “Guau”. A lo cual ella hizo lo mismo formando con la boca un “lo sé”.

El teléfono de Donata sonó. Miró la pantalla y luego sonrió mientras lo tocaba para poner la llamada en el altavoz.

«¿Dónde estás?». Una voz profunda que sonaba familiar resonó a nuestro alrededor.

«Limusina. Casi llegamos» Casualmente movió su cuerpo para mirarme. Tuve la sensación de que tal vez la habíamos hecho llegar tarde para reunirse con sus amigos. «¿Me apartas un asiento?».

«Siempre».

La llamada terminó.

Pensé que debería ser amable con la sobrina de la persona que había hecho que todo esto sucediera para mi familia. Don Alfera era nuestro patrocinador, pero la Signora Vittoria se había propuesto asegurarse de que fuéramos bienvenidos en su círculo. Cuando abrí la boca para preguntarle a Donata si se lo había pasado bien en París, recibí un mensaje de Penny.

Penny: Ese era Enzo Alfera.

Penny: Ella solo sale con los otros miembros de la realeza.

Penny: 'Obvi'.

Le fruncí el ceño. Entonces mi teléfono volvió a vibrar con un nuevo mensaje de texto.

Penny: No te involucres.

«Oh». Asentí, mirando el nombre de Enzo en mi pantalla.

Conocí a Enzo a finales del verano. Nuestro encuentro fue breve, pero aún no había dejado de pensar en el excelente mariscal de campo, que también estaba en la fila para ser el próximo Don Alfera. Era el hijo de mi familia patrocinadora. Su padre era el jefe de mi padre y la razón por la que nuestras vidas habían dado un giro de ciento ochenta grados. Pasando de un motel en Las Vegas a un rascacielos en la Quinta Avenida. Era increíblemente sexy, con cabello oscuro, ojos verdes intensos y muy, muy, muy, muy fuera de mi alcance.

El resto del camino continuamos en silencio. Tan pronto como la limusina se detuvo frente a la escuela, Penny puso su mano sobre la mía y me dirigió una mirada significativa. Claro, deberíamos dejar que la abeja reina saliera primero.

«Que tengan un buen día, señoritas». Salió e inmediatamente soltó una carcajada. «Dios mío, chicos. Los extrañé». Abrazó a Enzo, Santino y luego a Rex.

«Esperemos un minuto más». Penny era la reina del protocolo. Una vieja escuela como Midtown High tenía muchas tradiciones que me daban vueltas la cabeza, había demasiadas cosas que tener en cuenta o estropear. «Ya está. Vamos».

La seguí a través de las altas puertas y hacia los jardines que conducían a Adaline, el comedor. Durante el verano visité la escuela e hice un recorrido rápido, pero nada me preparó para la locura que era el primer día de clases. Escaneé a la multitud en busca de uniformes azules y me propuse sonreírles. Pensé que cualquiera en la Casa Alfera podría estar interesado en ser un amigo. Descubrí que no todo el mundo era tan amigable o tan acogedor como Penny.

Dios, apuesto a que todos se darían cuenta de que yo no era una de ellos. Y en ese momento entendí la vacilación de Penny cuando me presentó a Donata. Ella dijo que yo era *nueva*. Ese era el código para *forasteros*. Aquí todos se conocían porque habían crecido en el mismo mundo mafioso. Todas sus familias eran amigas. Yo era una don nadie. Yo venía de la nada.

Si la Signora Vittoria le habló a Donata sobre mí, entonces era seguro asumir que los otros padres habían hablado con sus hijos sobre mí y sobre cómo la familia Vitali se había ganado el favor de Don Alfera.

«Oye», jalé a Penny de la manga.

Se detuvo en seco justo afuera de las altas puertas dobles de madera del comedor. «¿Qué

pasa?».

«¿Todos aquí saben que soy...?», puse los ojos en blanco porque no me atrevía a decir forastera. «Este es mi primer año».

«Yo diría que sí».

«Parece que no les agrado».

Ella dejó escapar un suspiro. «Eso llevará tiempo. Los recién llegados no son nada para nosotros, si sabes a lo que me refiero».

«¿En serio? ¿Como en los últimos cien años que nadie nuevo había sido invitado a la Sociedad?».

«Estoy segura de que eso sucedió, pero eres la única que conozco así». Ella se encogió de hombros. «No les hagas caso. Solo haz lo tuyo. No necesitas amigos para sobrevivir en tu último año. Me tienes a mí».

«Gracias». Pasé una mano por mi cabello. «Simplemente no esperaba esto. Has sido muy amable conmigo».

Ella frunció los labios y volvió a encogerse de hombros.

Entonces recordé que no era exactamente mi amiga. La Signora Vittoria le había pedido que hiciera de enlace estudiantil para mí. La familia de Penny había caído en desgracia recientemente. Estaba segura de que hacer aquel favor a la Signora Vittoria podría ayudar a sus padres a volver a estar con Don Alfera y formar parte de su círculo íntimo nuevamente. Era como ella lo había dicho anteriormente; su éxito este año estaba ligado al mío.

«Lo entiendo». Miré mi teléfono para comprobar mi agenda. Ni siquiera sabía dónde estaba Química. «¿Tenemos alguna clase juntas? Quería preguntarte antes».

«Oh, sí, deberíamos tener todas las clases juntas. Pensé que eso nos facilitaría las cosas». Ella revisó su agenda. «Tengo Matemáticas. ¿Es eso lo que tienes ahora?».

«No. Tengo Química», le mostré mi teléfono como prueba.

«Eso no va a funcionar». Las líneas entre sus cejas se hicieron más profundas. «Esta nueva administradora no es muy brillante. Sabía que arruinaría esto». Miró a su alrededor. «¿Por qué no vas a clase mientras yo me ocupo de esto? Me aseguraré de que coincidan con nuestros horarios».

«Sí, por supuesto». Debí haber puesto cara de horror ante la idea de quedarme sola porque ella se rió y me apretó el brazo.

«Estarás bien. ¿Qué tal esto? Ve adentro». Señaló las altas puertas de ‘Adaline’. «Espérame en el restaurante. Aprovecha el tiempo para serenarte. Iré a buscarte en unos diez minutos. ¿Eso está mejor?».

«Gracias, pero no te preocupes por eso». Nunca había sido una cobarde. ¿Qué diablos me pasaba? Podría maniobrar por la escuela por mi cuenta. «Te espero en clase. Tengo un mapa». Moví mi teléfono frente a ella nuevamente.

«Te veré en un momento entonces». Ella se fue y rápidamente se perdió en el mar de cuerpos.

Miré a mi alrededor y de repente me costó respirar. Tal vez refugiarme en la seguridad del baño sería una buena idea. Me dejé llevar por la multitud hasta el pasillo que conducía al comedor. El diseño del edificio parecía diferente de lo que recordaba. Los baños no estaban donde pensé que estarían. Cuando estuve aquí antes, el corredor no había estado tan congestionado y caótico. La gente siguió empujándome fuera del camino hasta que encontré una mesa vacía cerca de la entrada de lo que era la cafetería propiamente dicha.

Al final de la larga sala rectangular, vi a Donata sentada en una de las mesas con los pies

apoyados en una silla. Estaba enfrascada en una conversación con Santino, hablando con las manos y riendo. Santino mantenía su atención en ella mientras ella le contaba una historia. Ella era vivaz y muy hermosa.

Alisé la falda de mi uniforme. En el siguiente momento, Donata dejó de hablar para mirar en mi dirección. Cuando Santino también se giró, agarré mi bolso y salí. De alguna manera, terminé en el área de los casilleros. Giré en el lugar para tratar de orientarme, pero en realidad no tenía ni idea.

«Hola». Detuve a una chica que se dirigía hacia mí mientras escribía mensajes de texto en su teléfono. Llevaba un uniforme azul real, así que pensé que era mi mejor oportunidad.

«Hola», me sonrió.

Oh, bien, alguien amigable. «¿Podrías mostrarme dónde está el baño?».

Sus cejas se alzaron con sorpresa. Luego ella se rió entre dientes. «Seguro». Dio unos tres pasos y luego abrió una puerta para mí. «Aquí está, cariño».

Mis mejillas y orejas ardían. Los baños estaban donde había pensado; simplemente no había reconocido las elegantes puertas.

«Gracias», hice una señal con la mano para despedirme y entré.

Me di la vuelta justo cuando la puerta se cerró detrás de mí y ahugué sus carcajadas. Confundida, me presioné la frente con la mano y me apoyé en la pared. ¿Qué tenía de divertido no conocer este enorme campus? No me había dado cuenta de lo difícil que sería empezar una nueva escuela. Aunque debería haber sabido que sería complicado navegar por una escuela de élite. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. El momento de partir había llegado y pasado y ahora tenía que hacerlo funcionar. En unos meses, mi último año sería solo un recuerdo. Y estaría donde debía estar: Columbia.

Con una inhalación profunda, escaneé el baño para asegurarme de que estaba sola. Cuando la cadena del urinario se escuchó, me quedé paralizada. Me quedé allí mientras Enzo Alfera me miraba, guardándose lentamente el pene.

CAPÍTULO 7

¿Qué viste?

AURORA

Antes de que pudiera reaccionar, mi mirada bajó. No solo una vez. Dos veces. Esto no podría estar sucediendo ahora mismo. Miré hacia abajo otra vez, esperando que el suelo debajo de mí se hubiera abierto y estuviera listo para tragarme entera. Para siempre.

«Nada original». Caminé hacia el lavabo con una expresión en su rostro que decía que ya estaba aburrido de mí.

«Yo...», señalé hacia la puerta mientras intentaba encontrar las palabras para explicarle que me habían engañado para entrar en el lugar. ¿Por qué yo? «Saldré».

«Detente». Agarré con fuerza la manija de la puerta. Por miedo o tal vez por curiosidad, hice lo que me pidió y me di la vuelta lentamente. «Ya me voy». Me encontré con sus ojos increíblemente verdes.

«Puedo ver eso». Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo. «Estás en mi casa».

Se refería a la Casa Alfera. «Sí. Don Alfera ha sido muy generoso. Gracias».

Su mirada se oscureció ante la mención de su padre. ¿Por qué? ¿No le gustaba que su padre ayudara a los demás?

«Sí, mi padre, el magnánimo». Exhaló y se acercó más. «¿Por qué estás aquí?».

«Una chica, afuera», señalé detrás de mí, «ella dijo que este era el baño».

«Y lo es».

«Sí. Pensé que este era el baño de chicas».

La sonrisa en su rostro no podía significar nada bueno. ¿Sabía que lo había visto? ¿Le importaba? No parecía tan mortificado como yo. Todo mi cuerpo me gritaba que corriera. Pero no podía moverme. Me quedé allí y lo vi acechar hacia mí con una mirada curiosa en sus ojos, como un depredador cazando a su presa.

«¿Qué viste?».

«¿Qué?».

«Antes», hizo un gesto hacia los urinarios.

«Nada. Lo juro», mis ojos cayeron hasta su entrepierna y una ola de calor se disparó a mis mejillas. ¿Qué me pasaba? ¿Y qué si nunca había visto un pene? ¿Y qué si era grande? Sí, era hermoso, incluso allí abajo.

«Viste mi polla. Admítelo», apoyó una mano grande en un costado de mi cara. Olía a ropa limpia y a menta.

Presioné mi cuerpo contra la pared y traté de no hacer contacto visual. «Yo...».

«No mientas, Aurora».

Mi mirada se alzó para encontrarme con sus ojos. ¿Sabía mi nombre? ¿Cómo? Me derretí contra la pared ante la idea de que Enzo Alfera pensara en mí lo suficiente como para preguntar quién era. No solo eso, sino que también recordaba mi nombre. Por supuesto, eso no podía ser cierto. La explicación más lógica era que la Signora Vittoria le contó a su sobrina Donata acerca de su obra de caridad. Y Donata, a su vez, se lo contó a sus amigas; como broma, algo divertido que escuchó ese día, no porque pensara que yo fuera alguien importante.

«¿Qué tal si jugamos el juego de toma y daca?», golpeó con su dedo índice mi esternón. Lo mismo que había hecho en Tiffany cuando me pidió que me probara el colgante de zafiro.

Miré hacia el lugar donde su toque quemó mi piel. ¿Qué quería de mí? Si lo había visto, ¿eso significaba que quería verme? Mi corazón latía con tanta fuerza contra la yema de su dedo que era imposible que no lo hubiera notado. El lugar entre mis piernas tembló, solo de pensar en dejarle verme allí. O dejar que me tocara.

Por un momento, lo imaginé levantándome la falda lentamente hasta que quedara expuesta, bajándome la ropa interior para tener una mejor vista. ¿Qué haría si él decidiera tocarme? ¿O meterme sus dedos? ¿Qué haría si supiera que ya estaba mojada? No, no podía dejarle ver. Sería demasiado embarazoso. Dios, ¿por qué estaba pensando en esto?

«Mis amigos me dicen que te gusta mirar». Se inclinó hasta que nuestras narices estuvieron a centímetros de distancia. «Dime qué viste».

Negué con la cabeza. Aunque en mi mente tenía una imagen clara de su miembro. Me pareció pesado, grande y grueso. No tenía ninguna referencia al respecto, pero diría que era agradable. Y me gustó lo varonil que parecía al manejarlo cuando se lo metió dentro de los pantalones.

Espera. ¿Qué? No podía permitirme pensar en eso.

«No te irás hasta que me lo digas».

«Tengo clase de química. No puedo llegar tarde». Mi pecho se elevaba con cada inhalación forzada.

«Primer día de escuela. Definitivamente deberías llegar a tiempo. Contesta». Me miró fijamente como si estuviera tratando de leer mis pensamientos.

«Parecía grande». Antes de que pudiera detenerme, volví a mirar su entrepierna.

Se lamió los labios y luego me dedicó una sonrisa sexy. «Eso no es lo que quise decir. Rex me dijo que estabas espiando a Santino cuando viniste a mi casa en los Hamptons.

«No vi nada». Toqué mi mejilla ardiente con mi mano fría.

Me di vuelta para irme, pero antes de abrir la puerta, irrumpió un chico. Se quedó allí congelado, mirando a Enzo. Tenía la sensación de que el chico tendría problemas más tarde por interrumpir el juego de Enzo, pero no me importaba. Con una rápida mirada de “disculpa”, intenté dar un paso, pero Enzo me agarró la parte superior del brazo.

«No tan rápido, ángel». Miró al tipo, que todavía no había movido un músculo, y señaló con la barbilla hacia el corredor. «Danos un minuto».

El chico centró su atención en mí y luego en Enzo antes de asentir y marcharse.

Enzo se inclinó y cerró la pesada puerta.

«¿Hablas en serio?», miré su mano, todavía agarrándome fuerte. «Fue un accidente. Te dije. Una chica me dijo que este era el baño. No sabía que estabas aquí. No vine aquí para ver tu pene».

«Mmm».

Ay, mierda. En el momento en que dije la palabra, la energía en la habitación cambió.

Crepitó y chisporroteó hasta que creó un zumbido justo en la cúspide de mi sexo.

«¿Quieres salir de aquí? Sabes lo que necesitas hacer», apoyó su mano en el costado de mi cabeza. «¿Qué viste esa noche, Aurora? Dime».

Cerré los ojos con fuerza porque mi nombre en sus labios sonaba muy sensual. Cuando los abrí de nuevo, me concentré en el arco de sus labios. Inmediatamente, el recuerdo de la fiesta de fin de verano en su casa volvió rápidamente. Mis pezones se tensaron de nuevo, como lo habían hecho esa noche cuando encontré a Santino desnudo y acurrucado entre las piernas de su novia.

Desde donde estaba junto al umbral, no podía decir realmente qué estaba haciendo. No quería saberlo. Enzo se tocó el labio inferior con la punta de la lengua y de repente la escena en mi cabeza se convirtió en algo totalmente diferente.

Yo era la que estaba tumbada en la cama y la boca de Enzo estaba sobre mí.

«¿Y bien?».

«Estaba desnuda». Tragué fuerte, ignorando la oleada de deseo en mi centro.

«¿Cómo es ella?», él susurró.

«Bonita».

«¿La estaba acariciando?».

«Sí». Suspiré, mordiéndome el labio inferior.

Me quedé mirando el hermoso rostro de Enzo y no pude evitar verlo a él en esa suite en lugar de a Santino. Con cada inhalación, la tela de mi blusa rozaba mis pezones. ¿Por qué ardían tanto? ¿Por qué esto me excitaba demasiado? Me sentí avergonzada cuando los vi. No quería quedarme a mirar. Lo que sea que estuviera pensando Enzo, estaba equivocado. No era una mirona ni una voyerista.

«Intenta usar palabras más extensas, Aurora». Inhaló profundamente como si mis palabras también lo afectaran a él.

«Él estaba masajeando sus pechos, haciéndolos rebotar, haciéndola gemir de placer». Sacudí la cabeza porque ahora no podía detener la infinidad de imágenes en mi cabeza.

Varias veces en las últimas semanas había pensado en lo que había visto. Pero antes de que la imagen se materializara plenamente en mi mente, la sentí desaparecer. No quería tener ese tipo de pensamientos sobre nadie, y mucho menos sobre uno de los miembros de la realeza. Enzo había logrado arrancarme ese recuerdo y ahora no podía detener el caleidoscopio de imágenes revoloteando por mi cabeza. Más que nada, recordé lo excitada que había estado mirándolos.

«¿Qué más estaba haciendo?», su mirada cayó hasta mi pecho.

Esta era, literalmente, la segunda vez que Enzo y yo hablábamos. ¿Cómo era este el tema de conversación? ¿En qué tipo de cosas estaban él y sus amigos?

«Necesito llegar a clase. ¿Qué más quieres que diga?».

«¿Qué le estaba haciendo Santino?».

«No lo sé», respondí honestamente. «Él tenía la cara en su entrepierna. Y a ella pareció gustarle. Él...», levanté la mano para tocar mi pecho, para darle un poco de alivio, pero luego la bajé. No necesitaba avergonzarme más.

«Continúa».

«Él la levantó y pasó su lengua por su... ella», inhalé.

«¿A lo largo de su coño?».

Escuché como la sangre golpeaba en mis oídos.

«¿Él la hizo venir?».

«Creo que sí. Ella estaba diciendo su nombre. Y luego se puso tenso, jalándola del pelo».

La imagen de la novia de Santino corriéndose duro explotó en mi cabeza. Y casi podía

sentirlo.

«Apuesto a que fue bueno para ti».

Lo miré con los ojos muy abiertos cuando las luces se volvieron tan brillantes. Bajé la cabeza por un momento, sintiéndome agotada y extrañamente sedada.

Él sonrió y se acercó a mí. Por un segundo pensé que me iba a besar. Yo también estaba tan preparada para ello. Alcanzó el dobladillo de mi falda y tiró de ella hacia un lado. La tela me rozó. Ese suave golpe se sintió tan bien.

«Esa es una buena chica». Besó mi mejilla tan suavemente que apenas sentí su boca. «Qué buena chica». Cuando dio un paso atrás, metió la mano en su abrigo y sacó una barra de chocolate blanco. Sus ojos nunca dejaron los míos mientras lo desenvolvía y partía un pequeño trozo. «Tu recompensa, ángel». Separó mis labios y colocó el dulce en mi lengua.

«Mmm». Un pequeño zumbido escapó de mis labios.

Todavía estaba excitada, pero de alguna manera me sentía satisfecha. ¿Había sido por la charla sucia? ¿O sus ojos, su voz? ¿O tal vez la recompensa?

El caramelo se derritió inmediatamente con una explosión de deliciosos sabores de naranja y pimienta de cayena. Estaba picante y muy bueno. Quería decir gracias. Pero toda esta situación no era algo por lo que estar agradecida. Enzo simplemente estaba intimidando a la chica nueva. Estaba segura de que volvería con sus amigos más tarde y se reirían mucho.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Ahora entendía por qué Penny quería que tuviera la cabeza baja y me mantuviera alejada de la realeza.

Eran unos mocosos crueles, mimados y ricos.

Lo empujé fuera del camino y salí corriendo.

Yendo en contra del flujo de tráfico, me topé con varios estudiantes antes de llegar a las altas puertas dobles que conducían al patio. Quería mirar atrás y ver si Enzo me seguía, pero no pude hacerlo. Mi corazón se salió de control y lo único que quería hacer era tomar aire fresco y poner mucha distancia entre nosotros.

«Rory». Alguien dijo mi nombre.

Seguí adelante, aunque no tenía ni idea de hacia dónde me dirigía.

Después de otro latido, una mano me agarró del brazo y me hizo girar. «¿Qué te pasó?», Penny me hizo una rápida inspección. «Estás llorando».

«Estoy bien. Me sentí abrumada con toda la gente allí. Se volvió congestionado».

«Bien. Bueno, ya tengo mi horario arreglado». Agitó un papel delante de mí. «Estamos juntas en química».

«Gracias», la abracé. «Por todo lo que has hecho por mí».

No me había dado cuenta de cuánto necesitaba una amiga para sobrevivir en esta escuela.

«No estoy haciendo esto por ti, pero de nada», me sonrió. «Vamos, no queremos llegar tarde en nuestro primer día».

«Sí, por favor. La química suena encantadora en este momento». Me froté la mejilla donde Enzo la había rozado con sus labios. De repente, las palabras de Enzo volvieron a mí. *Mis amigos me dicen que te gusta mirar*. La vergüenza me invadió al considerar las implicaciones de sus palabras. Si él sabía del incidente en los Hamptons, ¿quién más lo sabía?

«Oye, ¿puedo preguntarte algo?», le dije.

«Seguro. ¿Qué?».

«Dijiste antes que la gente probablemente estaba hablando de la chica nueva». Mi corazón se aceleró porque una parte de mí no quería escucharlo. Aunque tenía que saber si la gente decía cosas sobre mí, llamándome mirona. «¿Has oído algo sobre lo que pasó la noche de la fiesta de

fin de verano? Ya sabes, en la casa de Enzo».

Solo decir su nombre en voz alta hacía que todo mi cuerpo se estremeciera. ¿Qué había pasado exactamente en el baño? ¿Por qué me hizo decir todas esas cosas? ¿Qué diablos había intentado?

«Solo sé lo que me dijiste, que no fue nada», ella se encogió de hombros. «Si te encontraron arriba, donde se suponía que no debías estar, parece que lo han superado. No creo que debas preocuparte por la realeza. Creo que te dejarán en paz».

«OK». Tomé una gran bocanada de aire.

«Otra vez esa palabra».

«Lo siento». Pasé mis dedos por mi cabello para aclarar mis pensamientos y prepararme para un día de clases. «Vamos».

La clase de química era en el edificio Salvatore, en el otro extremo del campus, cerca del campo de fútbol. El paseo y el aire fresco del otoño me ayudaron a calmarme. Cuando entramos al salón de clases, ya me había olvidado del incidente en el baño. Bueno, casi.

«Oye, tengo que ir al baño». Penny señaló hacia el salón de clases. «Apártame un asiento».

«Apúrate. Tienes como un minuto». Le hice una señal de despedida con la mano y luego entré.

El aula estaba configurada como un laboratorio, con dos estudiantes por mesa. Solo habían llegado unas pocas personas, así que tenía mucho de dónde elegir. Decidí que estar al frente de la clase era la mejor manera de no meterme en problemas y prestar atención a las lecciones. Dejé mi mochila en el suelo y puse mi pie en el banco junto al mío para apartárselo a Penny.

Miré por la ventana y sonreí ante la hermosa vista del patio. Supuse que solo habría lo mejor para los mocosos mimados. Volví mi atención al laboratorio y a todos los aparatos sobre las mesas.

La realeza.

Esperaba que Penny tuviera razón acerca de ellos y que se hubieran olvidado de la noche en los Hamptons. En el momento en que el pensamiento apareció en mi cabeza, los cuatro aparecieron en mi línea de visión: Donata, colgada del brazo de Enzo, con Rex y Santino justo detrás de ellos. No podía oír lo que decían, pero fuera lo que fuera, parecían divertidos.

¿Enzo había ido corriendo para contarles lo que me hizo? ¿O lo que me había hecho hacer?

Me miré las manos para fingir que no los había visto entrar. Pero el calor corporal de Enzo era difícil de ignorar. Cuando levanté la vista, él estaba parado justo frente a mí y tenía su mano sobre el banco de Penny, golpeándolo suavemente con sus largos dedos.

«Enzo», Donata lo atrajo hacia ella. «Deja en paz a la asistencia».

En mi visión periférica, los vi ocupar las mesas del laboratorio hacia la parte de atrás. Esto era malo. Esto era muy, muy malo. Ahora tenía que ver a Enzo todos los días hasta la graduación.

«Me alegro mucho de haberme cambiado», me susurró Penny mientras deslizaba su asiento para sentarse. «Están todos aquí», articuló.

«Sí, están todos aquí». Miré por encima del hombro y vislumbré a Enzo balanceándose en su banco mientras se apoyaba contra la pared, luciendo increíblemente sexy y extremadamente peligroso.

Sus palabras resonaron en mi cabeza. *¿Qué viste esa noche, Aurora? Dime.*

CAPÍTULO 8

Presta atención

ENZO

«¿Qué pasa contigo y la chica nueva?», Rex me dio una palmada en el hombro con el dorso de la mano y luego se sentó a mi lado con su bandeja del almuerzo.

«Nada». Me encogí de hombros mientras mi mirada se desviaba lentamente hacia el otro extremo del comedor, donde ella estaba sentada sola sin comer su comida.

Durante los últimos diez minutos, había estado considerando unirme a ella para asegurarme de que almorzara. ¿Qué tenía ella? Esta mañana, solo quería molestarla un poco, hacerla retorcerse por irrumpir en el baño. Muchas mujeres habían visto mi pene. Y sí, le habían dado mucha importancia, diciéndome lo fantástico que era. Era todo lo que había oído antes. Si bien sabía que era cierto, la mayor parte del tiempo me pareció que todo estaba ensayado. Como si hubieran visto un clip porno malo y luego hubieran decidido robar las líneas cursis.

Pero la reacción de Aurora había sido puro éxtasis. Ella se comió con los ojos mi polla como si fuera la octava maravilla. Durante un largo minuto, me quedé allí con mi pene en la mano, tratando de decidir si debía guardarlo o ver si ella me dejaba follarla en ese mismo momento.

Con papá pinchándome el trasero para terminar el último año sin ningún incidente, estaba seguro de que follar a la chica nueva el primer día de clases sería considerado un insulto, por eso decidí optar por el curso de acción sensato. Así que me obligué a calmarme para perder la erección que tenía por Aurora y lo metí en mis pantalones.

Lo que pasó después no lo vi venir. Nunca uno de mis juegos me había superado. Caí en la tentación, al igual que ella. Pensé que iba a perder la cabeza cuando pronunció la palabra pene. Sus labios parecían tan carnosos. Me imaginé que su pequeño coño sería tan bonito como su boca.

«¿Cuál es el asunto con ella?», la voz de Santino me sacó de mi ensoñación. Se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre la mesa, mirando abiertamente en dirección a Aurora. «Quiero decir...», él se rió, «ya sabemos qué hace ella. Pero, en serio, ahora su padre es la mano derecha de tu padre. ¿Cómo carajo pasó eso?».

«Mmm», exhalé. «No sé. Al parecer, Stefano Vitali le salvó la vida a papá».

«No pensé que Don Alfera fuera del tipo agradecido».

«Yo tampoco. El viejo está planeando algo». Mi atención volvió a Aurora.

«¿Qué te dije?», Donata abrazó a Rex por detrás y luego dejó su bandeja de sushi sobre la mesa. «Creo que nuestro Enzo está enamorado de la chica nueva».

«No salgo con las ayudas», la miré mientras apuñalaba un trozo de filete de Wagyu y me lo

metía en la boca.

Me concentré en masticar mientras mantenía mi atención en los rasgos de Donata y su cabello rubio. Aunque no podía dejar de pensar en la reacción de Aurora en el baño. El pequeño sonido de placer que había hecho cuando le di el chocolate resonó en mi cabeza. Durante las últimas tres horas, ese gemido fue todo lo que pude escuchar. Durante toda la clase de química, reproduce la escena del baño una y otra vez como si fuera el avance de una película.

Un dolor agudo en la espinilla me devolvió a la realidad.

Levanté mi mirada y me encontré con los ojos divertidos de Donata. Me sonrió, sacudiendo la cabeza. «Ella viajó conmigo en la limusina esta mañana». Arqueó una ceja como si esa única afirmación demostrara su punto. «Es una cosita tímida, pero la tía Vittoria se ha interesado activamente por ella. Yo, en tu lugar, me mantendría alejado de esa».

«Gracias por el consejo», puse los ojos en blanco.

«¿Nuestra pequeña abeja reina se está ablandando con la edad?», Santino pellizcó su mejilla. «París estuvo duro, ¿eh?».

«Vete a la mierda». Manejó sus palillos con pericia mientras mojaba el atún en la mezcla de wasabi y salsa de soya y se lo llevaba a la boca.

Un día, Donata sería una gran Don para la familia Salvatore. Su tía la consideraba inteligente y capaz. Solo deseaba que mi propio padre pensara en mí así. Pero nada agradaba al anciano, y menos yo. Por mucho que lo intentara, papá nunca me vería digno de ocupar su lugar y convertirme en el rey que quería para la Sociedad.

Me ajusté el abrigo sobre la zona irritada en mi espalda e hice una mueca de dolor. A veces me preguntaba si él siquiera me amaba. ¿Cómo podría? El gran Don Alfera solo se amaba a sí mismo y a su imperio.

«¿Te molesta la espalda?», Rex se inclinó para rebuscar en el bolso de su computadora. Una tapadera para que los demás no lo oyeran.

«Está bien», hice señas con la boca y le hice un gesto para que no dijera más.

«Pensé que tal vez habíamos madurado ahora que ya estamos en el último año», Donata tomó un sorbo de agua y me miró con interés.

«Sí, somos tan maduros», Rex señaló con el dedo a Santino. «Santino pensó que sería buena idea follar con una animadora en casa de Enzo, en medio de la gran fiesta de fin de verano de Don Alfera», se rió.

«Sí, me lo contó. Necesito hablar con mis chicas», sacudió la cabeza hacia Santino, quien solo se encogió de hombros como diciendo, “*No puedo evitarlo*”. Después de un momento, inclinó la cabeza hacia Aurora y soltó una carcajada. «¿Cara de ángel realmente estaba espiando a Santino?».

«Así fue», los ojos de Rex se llenaron de lágrimas cuando toda la mesa estalló en carcajadas. «Yo estaba allí. Estaba toda nerviosa y, estoy bastante seguro, excitada».

«Le gustó lo que vio». Santino se recostó y extendió los brazos, colocando las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Al otro lado del camino, Aurora se puso de pie y llevó su bandeja a la cinta transportadora cerca de la cocina. No había tocado su comida. ¿Por qué? Nuestro chef era uno de los mejores de la ciudad. Dudaba mucho que su comida no estuviera a la altura. Miré mi filete perfectamente cocido. Sin duda su comida había sido preparada con el mismo nivel de calidad.

«¿Enzo?», Donata agitó su mano frente a mí. «¿Vienes? ¿No tenemos italiano juntos?».

«No, ahora tengo literatura inglesa».

«Bien. ¿Podrías al menos acompañarme a mi clase?», preguntó con su mano firmemente

enganchada alrededor del brazo de Santino.

«¿Por qué necesitas que los tres te acompañemos a lugares? Todo el mundo te tiene miedo. No es que vayan a intentar hablar contigo». Dejé caer mi servilleta en la bandeja y la empujé hacia el centro de la mesa para que alguien más la recogiera.

«Me gusta su compañía. ¿Es eso tan malo?», me mostró una sonrisa brillante.

Cuando agarré mi mochila y me la puse al hombro, me di cuenta de por qué ella no quería que la vieran sola. Luca Gallo estaba junto a la entrada, haciendo salir a los estudiantes. ¿Qué carajo? Después del truco que hizo el semestre pasado, pensé que ese imbécil ya habría desaparecido. ¿Por qué había vuelto? Por el bien de Donata, lo tomé con calma.

«Ah, veo que el señor Gallo ha vuelto». Hice ademán de mirarlo de arriba abajo. «¿Ha perdido peso?».

«¿Qué?», ella escaneó casualmente la habitación hasta que lo encontró. «No me había dado cuenta. ¿Podemos irnos? No quiero llegar tarde».

Intercambié una mirada significativa con Rex. Donata había estado enamorada de Luca desde que tengo uso de razón. Y solo porque todo siempre salía a su manera, en nuestro tercer año, Luca había regresado a Midtown High después de la universidad para enseñar literatura inglesa. Por supuesto, el canalla no podía mantener las manos bajo control.

«Vamos», le ofrecí mi brazo y ella lo tomó.

Cuando llegamos al umbral, me agarró la manga con más fuerza. «Señor Gallo, bienvenido de nuevo».

«Sr. Salvatore», asintió y señaló hacia la salida.

Su pecho se expandió y luego se desinfló como un globo. Aceleré el paso para rápidamente poner espacio entre ellos. En el patio, ella dejó escapar un suspiro, pero no me soltó. No tenía ninguna duda de que todavía estaba obsesionada con Gallo.

«Espacio. Muy tranquila», Santino se rió entre dientes. «Sabes que eres menor de edad, ¿verdad?».

«Cállate», me soltó y empujó a Santino lejos de ella. «No planeo seguir siendo menor de edad para siempre. Pronto cumpliré dieciocho años».

«Así es», Santino levantó las manos en señal de rendición fingida. «Pero puedo decirte que no está interesado».

Cuando las puertas dobles se abrieron de nuevo, miró por encima del hombro. Gallo todavía estaba adentro dirigiendo el tráfico. Ella suspiró. «Los veré más tarde».

Santino levantó una ceja mientras observaba a Donata pisar fuerte el césped. «¿Debería hablar con Gallo? Tengo la sensación de que no aprendió la lección el año pasado».

«No. Ignóralo», le di una palmada en el brazo y me volví hacia Rex. «Hablé con mi padre. Estamos todos listos para el viernes por la noche».

«Primera semana del último año. Tenemos que celebrar como es debido», Rex se frotó las manos con una gran sonrisa en su rostro.

Por eso Rex era uno de mis mejores amigos. El chico trabajaba duro. Pero también sabía divertirse mucho. Siempre podía contar con él. Era como un hermano para mí. Tanto él como Santino lo eran.

«¿Dónde nos reuniremos?», preguntó Santino.

«En el ‘Crucible’», sonreí.

«Oh, mierda. ¿Lograste que entráramos?», Rex me dio un abrazo de oso y besó la parte superior de mi cabeza. «Ya era hora. Tenemos casi dieciocho años. Era una tontería que no nos permitieran entrar».

«Creo que Don Alfera quería que nos ganáramos el derecho», Santino se encogió de hombros.

«Parece que ahora lo hemos hecho», asentí a ambos.

«Tengo que ir a clase». Rex miró su teléfono. «Oye, ¿Massimo tendrá carrera esta noche?».

Todos los lunes, durante los últimos dieciocho meses, mi hermano menor había dirigido un lucrativo negocio de carreras callejeras en las afueras de la ciudad. Papá no lo aprobaba porque lo ponía en una situación difícil con la policía. Pero Massimo era inteligente y sabía cómo afrontar los problemas.

«Sí, sigue con eso. ¿Vas a ir?».

«He apostado mi dinero en tu hermano pequeño», Santino arqueó la ceja. «Voy a estar allí».

«Yo también», Rex se despidió con la mano y cruzó el patio hacia el edificio contiguo.

Esperé hasta que se fueron y luego regresé para hablar con Gallo. Después de lo que había hecho el año pasado, no pensé que tendría las agallas para volver a aparecer en nuestra escuela. Si quería joder a sus alumnos, estaba bien. Pero Donata era uno de nosotros. Era una futura Don. La locura que le hizo en su tercer año no podía volver a ocurrir.

Justo cuando llegué a la entrada de 'Adaline', abrió la puerta y dejó salir a más estudiantes. Esperé hasta que estuvimos solos y luego me dirigí hacia él.

«¿Qué carajo? Pensé que había sido muy claro la última vez que hablamos. Donata no es tu boleto de comida».

Miró hacia abajo y apretó los labios. «Explicué lo sucedido al comité. Todos pensaron que estaba en condiciones de regresar y enseñar. Puedes comprobarlo con ellos».

«No hay manera de que papá estuviera de acuerdo».

Papá sabía que había visto a Donata y Gallo besándose en su salón de clases. Él fue quien emitió la suspensión de Gallo, en espera de una investigación. ¿Qué había pasado? ¿Donata había negado el incidente? Gallo ocupaba un lugar destacado en la Sociedad. Pero su padre era el menor de cinco hermanos, lo que prácticamente garantizaba que Luca nunca sería Don.

Donata era una niña hermosa, pero mucho más joven que él. Me costaba creer que sus intenciones fueran nobles. Quería que Donata asegurara su rango dentro de nuestra organización.

La relación estudiante-maestro era asquerosa. Además, que Gallo fuera tras Donata para asegurarse un lugar en la mesa de la Sociedad era algo que mi padre nunca permitiría. Por eso estaban prohibidos los matrimonios entre las cinco familias originales.

Donata y Gallo nunca podrían estar juntos. Punto.

«Fue una decisión unánime de la junta escolar. Así que sí, él estuvo de acuerdo». Cerró la mano en un puño. «No es que esto sea asunto tuyo, Enzo. Pero no tengo intención de dejar que Donata se acerque otra vez», tragó, «tienes mi palabra».

Ojalá a papá se le hubiera ocurrido mencionar que Luca Gallo había sido reintegrado. En todo caso, solo para poder hablar con Donata y hacerle ver lo equivocado que Gallo era para ella. Ella era una mujer inteligente. Pero se comportaba diferente con él, y no en el buen sentido.

«Solo mantente alejado de ella».

Crucé el patio a grandes zancadas. Según la torre del reloj, ya llegaba diez minutos tarde a clase. *Mierda*. Odiaba llegar tarde. Aceleré el ritmo, yendo más rápido sin echar a correr. Eso me daba unos minutos. Aunque cuando abrí la puerta del salón, la clase ya había comenzado.

«Señor Alfera», el profesor Reid dejó de escribir en la pizarra para mirarme. «Qué bueno que se nos une».

«Mis disculpas», asentí una vez, luego volví mi atención al resto del aula para ver si había asientos disponibles en la parte de atrás e inmediatamente puse la mirada en Aurora.

Mis músculos tensos se relajaron. La ira que se había acumulado en la boca de mi estómago cuando vi a Gallo por primera vez se disipó rápidamente.

Me lanzó la misma mirada de “ciervo ante los faros de un vehículo” de esta mañana, cuando casi me senté a su lado en química. Sus labios formaron una "O" que me recordó nuestra pequeña sesión narrativa. Con una rápida mirada alrededor del salón de clases, confirmé mis elecciones. La parte delantera del aula o el asiento al lado de Aurora.

Parpadeé lentamente con molestia porque sentarme junto a ella durante la clase de literatura inglesa me distraería demasiado. Pero como la lección ya había comenzado, no lograría conseguir que alguien más me cediera su asiento. Sacudiendo la cabeza, me dirigí hacia ella. Agachó la cabeza y empezó a garabatear en su cuaderno. Cuando me dejé caer junto a ella, su cabeza se levantó bruscamente en mi dirección.

«Como estaba diciendo...», continuó el profesor Reid, «tendrán tres trabajos de investigación y el informe de un libro». Levantó ambas manos cuando toda la clase gimió al unísono. «El informe del libro pretende mostrarles que Shakespeare puede ser divertido».

Habló largo y tendido sobre el programa de estudios, las fechas de los exámenes y los finales. Logré mantener mi atención en sus palabras, pero no pude evitar notar la energía excitada de Aurora, la calidez de su cuerpo tan cerca del mío y su perfume floral.

Una sonrisa apareció en mis labios. Me sorprendió encontrar su presencia tan reconfortante. Por supuesto, no podría decir lo mismo de ella. Ella era un manojo de nervios, inquieta y lanzando miradas furtivas en mi dirección. En algún momento, se retorció tanto en su asiento que se le cayó uno de sus lápices. Cuando se agachó para recogerlo, el resto de su estuche cayó también.

Sus mejillas se pusieron rojas mientras miraba el desastre en el suelo.

Le puse los ojos en blanco y luego me incliné hacia adelante para recoger sus bolígrafos de gel.

«Presta atención», la miré a los ojos, algo que había querido hacer de nuevo desde que salió del baño de hombres esta mañana.

«Gracias», asintió.

Sonó el timbre y en diez segundos recogió sus cosas y salió corriendo. Me recosté y la vi irse. Dios, disfruté viéndola retorcerse.

CAPÍTULO 9

El lugar de la virgen

ENZO

Nuestro SUV se detuvo en la acera frente al ‘Crucible’. Levanté la vista y sonreí ante las letras mayúsculas de gran tamaño que se cernían sobre nosotros, muy por encima del rascacielos del centro de la ciudad. El ‘Crucible’ era el club nocturno de papá al que solo se podía acceder mediante invitación y que atendía a una clientela con gustos exigentes y recursos ilimitados. En resumen, el lugar era un club de sexo, con tres salas de juego separadas, un salón VIP y suites privadas.

Las colas para entrar siempre eran largas. Pero todos los viernes y sábados por la noche, la entrada principal se convertía en una gran fiesta. Rex, Santino y yo estábamos familiarizados con la escena. Este había sido nuestro lugar de reunión durante los últimos años. Pero esta noche iríamos más allá de la cuerda roja.

Hasta ahora, papá no nos había permitido visitarlo. Por alguna razón, dijo que sí cuando le pregunté si podíamos celebrar el inicio de nuestro último año en el ‘Crucible’. Quizás el anciano se sentía culpable por su comportamiento reciente. Nunca había sido un padre muy cariñoso, pero últimamente su estado de ánimo se había vuelto más sombrío de lo habitual. Estaba nervioso todo el tiempo. Su temperamento se apoderaba de él a menudo.

«Señor Alfera, bienvenido», el portero abrió la puerta del auto y señaló hacia el frente de la fila.

«Gracias», me ajusté la chaqueta del traje.

«Ah, joder», dijo Rex con los dientes apretados. «Derek está aquí».

«¿Dónde?», Santino salió del auto, listo para pelear.

«Cerca del DJ». Rex miró en dirección a Derek al otro lado de la calle. «A ese imbécil todavía le duele la barriga porque la preparatoria St. Francis perdió el campeonato estatal contra nosotros».

«Lo he oído», cambié mi atención hacia la multitud que bailaba al ritmo del techno en medio de la calle.

Las luces láser rodaban sobre la acera y el mar de cuerpos, haciéndolos parecer como si se movieran en cámara lenta. Cuando nuestra camioneta se alejó, Derek y sus amigos estaban directamente en nuestra línea de visión. Mis manos ansiaban borrar esa sonrisa engréida de su rostro. Le había estado diciendo a cualquiera que quisiera escuchar que Midtown High había pagado a los árbitros para que cambiaran el juego a nuestro favor. El maldito imbécil inventó esa mierda. Nuestro equipo había ganado de manera justa.

Para el mundo, éramos simplemente otra escuela privada de élite, igual que la preparatoria St. Francis. Pero éramos más que eso. Éramos una parte integral de nuestro enclave centenario. Vivíamos según nuestro código de honor. Hacer trampa estaba por debajo de nosotros.

Y esa fue la parte que me enojó, que, debido a los rumores de Derek, nuestra escuela resultó ser simplemente otro pozo negro de niños ricos y mimados. Estábamos lejos de eso. Éramos los futuros Don. Eso significaba algo importante para nosotros cuatro.

«Deberíamos ir a saludar», Santino cruzó los brazos sobre el pecho.

«No, no podemos. Papá quiere que mantengamos la cabeza gacha». No estaba listo para enfrentar de nuevo a papá. Todavía no me había recuperado de la última vez que papá pensó que necesitaba darme una lección. «Los enfrentaremos otra noche».

El portero quitó la cuerda roja para que pudiéramos entrar y luego señaló las puertas dobles de vidrio. Había estado antes en el vestíbulo, en la sala de juntas del piso de arriba e incluso en la sala de seguridad del segundo piso. Así que sabía cómo moverme.

Todos lo sabíamos.

«Esto va a ser divertido», presioné el botón de llamada. Las puertas se abrieron inmediatamente. Entré y pasé los dedos por el panel. «¿Por dónde deberíamos empezar?».

«El piso del Partenón». Santino presionó el botón.

«¿Sabes siquiera lo que hay ahí?», Rex se recargó en la pared.

«¿No prestaste atención a la mitología griega? El Partenón es el templo de la diosa virgen Atenea. La palabra significa literalmente el lugar de la virgen».

Rex se rió entre dientes. «Exactamente, ¿qué crees que vamos a encontrar en el Partenón?».

«¿Tal vez vírgenes?», arqueó una ceja.

«Te daré un minuto para eso», me reí entre dientes y metí las manos en los bolsillos de mis pantalones mientras esperaba que Santino hiciera los cálculos.

«Supongo que estás en lo correcto. Eso sería una pesadilla logística». Él se encogió de hombros. «Sigo pensando que empecemos por ahí. Quiero decir que tiene que ver con...».

La puerta del ascensor se abrió y, por una vez, Santino se quedó atónito y mudo. La verdad es que yo tampoco sabía qué decir. Una rápida mirada por encima de mi hombro me mostró que Rex estaba igual de aturdido. Permanecimos allí tanto tiempo que las puertas intentaron cerrarse. Extendí la mano y las empujé.

«¿Crees que podemos unirnos?», Santino encontró nuevamente sus palabras mientras observaba a una pareja teniendo sexo en un sofá de terciopelo no muy lejos de nosotros.

Al final resultó que, el piso del Partenón era lo que convertía al ‘Crucible’ en un club de sexo. La gran sala rectangular estaba compuesta por grupos de sillas y asientos, como salas de estar íntimas en un espacio enorme. Con las luces atenuadas apenas se podían distinguir las diferentes partes del cuerpo. Una cosa era segura, había muchas personas desnudas ejecutando maniobras bastante impresionantes.

«Necesito una bebida», dejé escapar un suspiro.

«Yo también», Santino dijo una vez.

Pero cuando me dirigí a la barra del extremo izquierdo, él fue en la dirección opuesta. Me reí. «Vas por el camino equivocado».

«¿Amigo?», hizo una señal de despedida y desapareció en la parte más oscura de la habitación.

«Creo que lo perdimos», Rex se rió entre dientes, agarrando mi hombro. «Vamos, veamos qué puede hacer el barman por nosotros».

Tomé el taburete al final de la barra y cambié mi peso para mirar hacia el piso principal. Pedí

un whisky puro y mantuve mi atención en la vista frente a nosotros. Por alguna extraña razón, pensé en Aurora. ¿Qué pensaría ella de este lugar? ¿Se sentiría mortificada o se quedaría mirando?

Sonreí al suelo alfombrado. Dados los encuentros que tuvimos la semana pasada, diría que ella echaría un vistazo, y al mismo tiempo se sentiría deliciosamente mortificada. Desde el primer día de clases, no había tenido la oportunidad de volver a estar a solas con ella. Penny se había convertido en la sombra de Aurora. A dondequiera que iba, Penny la seguía rápidamente. Y eso me hizo preguntarme si tal vez papá había contratado a Penny para que fuera la guardiana de Aurora, para asegurarse de que no se metiera en problemas.

¿Por qué a papá le importaría lo que hacía Aurora en la escuela?

«¿Cómo están tú y tu papá?», Rex se apoyó en la barra y tomó un sorbo de su copa. «¿Sigue siendo un idiota?».

«Sí», tragué. «Resulta que es una enfermedad incurable».

«Lo lamento. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer».

«No lo lamente. El año que viene a estas alturas estaré fuera de su control. La universidad será un buen respiro». Pasé una mano por mi cabello. «Ha empeorado últimamente».

«Sabes, siempre puedes quedarte en mi casa».

«No te preocupes por eso». Pensé en el penthouse y en lo sereno que se sentía cuando papá no estaba en casa, lo que últimamente ocurría la mayor parte del tiempo. «Mamá se niega a irse de Brooklyn, así que...», me encogí de hombros y tomé un largo trago de mi vaso.

Mamá era la única que podía enfrentar el temperamento de papá. Desafortunadamente, odiaba la ciudad. Aunque el trabajo de papá como rey de la Sociedad requería que él estuviera aquí, ella estaba decidida en su decisión de vivir en Brooklyn con mi hermana pequeña Caterina. Eso nos dejaba solos a mi hermano menor Massimo y a mí mientras asistíamos al bachillerato.

Al principio la extrañaba y no podía entender por qué se iba. Por qué separaría a nuestra familia. Por qué mi hermana era más importante para ella que Massimo y yo. Ya habían pasado dos años. Hacía mucho tiempo que ya había superado su ausencia.

Pasé otros cinco minutos revolcándome en la autocompasión cuando un par de tetas aparecieron en mi visión periférica. Levanté mi mirada para encontrar la de ella y encontré un par de ojos azules que, nuevamente, me hicieron pensar en Aurora. A diferencia de Aurora, la amigable mujer sentada a mi lado llegaba sin ningún recato.

«Hola, soy Alice», sonrió dulcemente y luego se lamió los labios.

«¿Es ese tu verdadero nombre, Alice?».

«Mmm», levantó su mirada. «Esta noche lo es».

«Enzo», me reí entre dientes y le ofrecí mi mano para que la estrechara.

Ella la tomó y me atrajo hacia ella. «Mis amigas y yo tenemos una suite». Hizo un gesto hacia el centro del piso principal donde otras dos mujeres saludaron en nuestra dirección. «¿Quieres unirte a nosotras?».

Era hora de dejar que mi pene pensara por mí y así poder relajarme. Cuando me di vuelta para decirle a Rex que aceptaba la oferta de Alice, él ya se estaba yendo con otra mujer, una bonita morena con piernas largas.

«Regresaré enseguida», articuló.

«Tómate tu tiempo», lo despedí mientras Alice tiraba de mi brazo con más apremio.

Desde su suite, la zona del bar parecía muy lejana, aunque el ambiente general del lugar seguía siendo el mismo, bañado en sombras y música sensual. Con su mirada fija en mi rostro, Alice me empujó hacia el sofá de terciopelo azul y se subió encima de mí. Tan pronto como lo

hizo, sus dos amigas también se acercaron a nosotros.

Deslizó su mano dentro de la cintura de mis pantalones, me recosté y dejé que todo fluyera.

ALREDEDOR DE LA MEDIANOCHE, necesitaba un descanso. Regresé al bar donde Santino y Rex estaban sentados hablando con Donata.

«Él vive», ella levantó su copa. «Nos preguntábamos si necesitábamos ir a rescatarte».

«Necesito una bebida. Pensé que no vendrías esta noche».

«Cambié de opinión», ella se encogió de hombros.

En el momento en que me dejé caer, Rex se puso de pie. «Hijo de puta».

«¿Quién?». Lentamente cambié mi peso corporal, todavía cansado por las horas que había pasado con Alice y sus amigas. «Ay, carajo. ¿Cómo entró?».

«Su papá tiene dinero».

Me deslicé por el taburete para pararme junto a Rex. Derek ya nos había visto. Por la expresión de suficiencia en su rostro, estaba en camino de comenzar problemas. Si antes tuve que tragarme mi orgullo y dejarlo ir, ¿por qué él no podría hacer lo mismo ahora?

«Me sorprende verte aquí solo. ¿Dónde está tu papi?». Se apoyó en la barra. En el momento en que su mirada se posó en Donata, cuadró los hombros mientras lanzaba una rápida mirada a las muchas parejas que tenían relaciones sexuales no muy lejos de nosotros. Cuando centró su atención en ella, estaba totalmente nervioso.

«Voy a echar un vistazo a la sala de juego. Este lugar no me va bien». Ella nos sonrió a Rex y a mí. «¿Vienen?». Cuando Derek prácticamente saltó de su asiento, ella levantó la mano y frunció el ceño. «Tú no».

«¿Por qué no? Mi padre tiene más dinero que estos dos juntos».

No pensé que eso fuera cierto. Pero considerando cómo le había prometido a papá que me comportaría esta noche, decidí no hacer caso. De nuevo. Le sonreí y rodeé con mi brazo la cintura de Donata.

«Tal vez debería pedirle a mi padre que me compre un campeonato estatal. Apuesto a que entonces me encontrarías atractivo», dijo él.

Me pellizqué el puente de la nariz. Derek tenía una forma de alterarme. La felicidad de las últimas horas desapareció rápidamente y me dejó con la poderosa necesidad de darle un puñetazo en la boca.

«Vamos». Incliné la cabeza hacia los ascensores, sosteniendo a Donata más fuerte de lo que debería. Ella me dejó porque se dio cuenta de que realmente estaba luchando por mantener la calma. Si comenzara algo con Derek aquí, a papá no le gustaría. No estaba dispuesto a perder mi acceso al ‘Crucible’ simplemente porque Derek fuera un mal perdedor.

Papá nunca se rebajaría tanto. Sí, le gustaba ganar. Más que eso, le gustaba vernos ganar. Pero hacer trampa no era la forma en que hacíamos las cosas en la Sociedad. Incluso si toda nuestra forma de vida estuviera impregnada de crimen y violencia, el honor lo era todo.

«¿De qué está hablando?», Donata se volvió hacia mí.

«Mentiras estúpidas que inventó durante el verano», dije.

«¿Qué? ¿No sabías nada de eso?», habló directamente con Donata. «Tengo constancia de que papá Alfera pagó no a uno, sino a todos los árbitros, para que el juego quedara a su favor».

«Si tienes pruebas, ¿por qué los árbitros no han hablado? Hasta donde yo sé, Midtown High sigue siendo la campeona reinante», Rex dio un paso adelante.

«Porque por alguna razón los funcionarios le tienen miedo a Michael Alfera. Pero sé que hicieron trampa. Era la única forma en que podían vencer a mi...».

Mi puño conectó con su nariz antes de que me diera cuenta de que había lanzado el puñetazo. Se escuchó un crujido cuando la sangre salpicó toda la barra. Simplemente genial. Pero ahora tenía que terminarlo. No podía permitir que Derek dijera mentiras sobre mi familia. Me cerní sobre él mientras yacía tendido en el suelo, luego agarré la parte delantera de su camisa abotonada.

«Perdieron. ¿Sabes por qué? Su defensa apesta. Tienes un brazo decente, hombre. Pero no tienes un equipo que te respalde. Principalmente no quieren porque eres un cabrón». Dejé escapar un suspiro y lo empujé contra las baldosas de mármol. «Así que, ¿qué tal si tú y yo solucionamos esto de una vez por todas?».

Se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano. «¿Qué tienes en mente?».

El terror en sus ojos me indicaba que pensaba que tenía intención de desafiarlo a una pelea. No podía hacer eso sin arriesgarme a la ira de papá. «Tienes un auto, ¿verdad?».

Hace mucho tiempo, a las cinco familias originales que componían la Sociedad se les asignaron industrias clave para infiltrarse. La familia Valentino dominaba la política, la informática y los secretos. Si necesitábamos un favor, Don Valentino era nuestro hombre. La familia Salvatore se dedicaba a las finanzas y las inversiones. En el nivel más bajo, controlaban a los usureros. A nuestro nivel, se ocupaban de adquisiciones hostiles e inversiones arriesgadas.

Los Gallo manejaban las armas. Del tipo ilegal. Las necesarias para ganar una guerra. La familia Buratti estaba tan metida en el mercado inmobiliario que el Tío Sam dependía de ellos para conseguir que la gente pagara sus impuestos a la propiedad. No sería agradable que los funcionarios del gobierno expulsaran a la gente de sus hogares por no pagar los impuestos a la propiedad. Alguien tenía que sacar la basura; la familia Buratti siempre estaba más que dispuesta. La familia Alfera tenía sus manos en la industria automotriz, desde la fabricación y la exportación hasta el mundo de las carreras y los juegos de azar. Esto era lo único que papá y yo teníamos en común.

Nos encantaban los autos.

Al igual que mi padre, pero a una escala mucho menor, el padre de Derek también estaba en el negocio automotriz.

«¿Una carrera de autos?», se puso de pie mientras su mirada hambrienta se dirigía a Donata. «¿El ganador se lleva todo?».

«No seas bruto», Donata le puso los ojos en blanco. «Se corre por los títulos de propiedad de los vehículos, como siempre».

«Lo que ella dijo», incliné la cabeza hacia Donata.

Su rostro se iluminó porque había visto mi Toyota Supra arreglado. «Está bien, Alfera. Solo di cuándo».

«Cuándo».

CAPÍTULO 10

Autos rápidos, alcohol y conductores arrogantes

ENZO

Quizás las carreras de autos no fueran la mejor solución para callar a Derek. Sin duda era mejor que darle una paliza en el club de mi padre con un montón de cámaras grabando cada golpe. Al menos de esta manera, había una pequeña posibilidad de que papá no se enterara. También tenía al hombre perfecto para el trabajo: mi hermano Massimo. Era dos años menor que yo, pero ya era un excelente piloto con una habilidad especial para organizar carreras de velocidad. Su historial era impecable. Nunca lo habían atrapado.

«Son las dos de la mañana. ¿Siquiera estará despierto?», Donata apoyó la cadera en la pared trasera de la cabina del ascensor del penthouse mientras escribía rápidamente en su teléfono. «Quiero decir, también quiero poner a ese tipo Derek en su lugar, pero tenemos que ser inteligentes al respecto».

«Por eso estamos aquí. Massimo puede hacer que esto suceda», le guiñé un ojo.

«¿Tu empleada doméstica no llamaría a tu mamá o a tu papá?», preguntó Santino.

«Ella se va a casa después de cenar».

La puerta del ascensor se abrió. Salí y subí directamente al dormitorio de mi hermano. Hace años, cuando se casó por primera vez con mamá, papá compró este penthouse. Era el epítome de un apartamento de la Quinta Avenida, en el Upper East Side, con ventanas altas, suelos de mármol, decoración lujosa.

Lástima que mamá lo odiara. Tanto así que rara vez ponía un pie allí, lo que nos dejaba a mi hermano y a mí solos la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, papá pasaba por allí para aparentar su figura paterna. Esos eran los momentos en los que deseaba que mamá no se hubiera ido.

Llamé a la puerta una vez y luego la abrí. «¿Tienes un minuto?», pregunté cuando Massimo se quitó los auriculares para mirarme.

«Estoy en medio de una lucha aquí».

«Necesito tu ayuda». Entré. «¿Recuerdas a ese imbécil que le dijo a todo el mundo que Midtown High había hecho trampa el año pasado durante el campeonato?».

«Sí, ayer mismo estaba afuera de las puertas de nuestra escuela contando su ridícula historia. ¿Por qué papá deja que esto siga así?».

«No tengo idea, pero tengo la intención de callarlo esta noche. Ha aceptado competir conmigo».

Una risita grave escapó de sus labios. «Demonios, sí».

«¿Puedes arreglar eso?», levanté ambas cejas. Estaba pidiendo demasiado. Pero si la carrera no se llevara a cabo en este momento, la oleada de bravuconería de Derek se esfumaría. No tenía ninguna duda de que se echaría para atrás por la mañana. «¿Esta noche?».

«Joder, Enzo». Se frotó un lado de la cara mientras su mirada miraba hacia su monitor y luego de nuevo hacia mí. «Bien. Dame una hora». Se giró para mirar la pantalla, donde el juego aún continuaba. «Chicos, necesito parar por ahora. Y necesito un favor».

«Gracias, hombre», le dije en la parte posterior de su cabeza, luego salí y recorrí el pasillo hasta mi propia suite.

Caminé hacia mi armario mientras me desabrochaba la corbata y me quitaba la chaqueta del traje. Cuando me quité la camisa con botones, escuché la puerta abrirse y cerrarse. No necesitaba mirar para saber que era Rex. Él era ese amigo que siempre me hacía entrar en razón. Había estado en silencio todo el camino hasta aquí, lo que solo podía significar que había estado esperando el momento adecuado para disuadirme de hacer algo tan ilegal.

Ese momento era ahora.

Apareció en el espejo mientras se apoyaba en el marco de la puerta de mi armario. Su mirada no se encontró con la mía en nuestro reflejo. En lugar de eso, examinó mi espalda y la infinidad de cicatrices se mezclaban con nuevos cortes. Papá tenía un temperamento que ocultaba a todos menos a mí. Afirmaba que quería que yo fuera la mejor versión de mí mismo, un mejor rey para la Sociedad. Yo también quería eso. Incluso si sus métodos me tuvieran al límite la mayoría de los días.

Un día me convertiría en el rey de una sociedad centenaria. Los Don de las otras cuatro familias criminales originales responderían ante mí. Entendía mi papel y mi lugar. Solo deseaba que papá me encontrara capaz de ser un líder.

«Ya sabes cómo terminará esto, Enzo», señaló mi espalda. «Incluso si estás haciendo esto por él, Don Alfera no apreciará que esto venga de ti».

«Él no tiene por qué saberlo», me pasé una camiseta por la cabeza y me la metí en mis jeans.

«Si te atrapan...».

«No lo harán».

«Pero si sucede...», soltó un suspiro. «Déjame ocupar tu lugar. Puedo vencer a ese imbécil».

«No eres un corredor de alto rendimiento».

«Tampoco lo eres tú».

«Yo me encargo de esto», apreté su hombro. «No te preocupes por mí, hermano. Puedo soportar la ira de mi padre».

Chasqueó la lengua. «Díselo a tu espalda».

Mi teléfono vibró en mi bolsillo trasero. Lo agarré y leí el texto de Massimo. «Nos consiguió una calle y una desviación. Saldremos en una hora». Agarré mi chaqueta de cuero de la suerte de la parte trasera de la puerta de mi armario. «¿Vienes?».

«Sabes que sí», sacudió la cabeza en señal de desaprobación y concesión, a la vez.

CUARENTA y cinco minutos más tarde, el ruido de los motores, los vítores y los ritmos del techno ahogaron la voz en mi cabeza, diciéndome que correr un sábado a las tres de la mañana podría terminar mal. Caminé hacia Massimo, que estaba parado junto a mi auto. Tenía el capó abierto y estaba en el proceso de dejar que Derek lo revisara a fondo. No me gustaba verlo babear acerca de mi auto, pero esas eran las reglas.

Miré alrededor de la calle poco iluminada y encontré muchas caras familiares. ¿Estaría toda la escuela aquí? ¿Cómo se habían enterado? Vi a Donata entre la multitud. Había pasado su tiempo haciendo correr el mensaje para traer a todos aquí. Sacudí la cabeza hacia ella, sonriendo. Aprecié el apoyo.

«¿Qué opinas?», Massimo me dio una palmada en el brazo, luciendo muy engreído. Debería estar orgulloso de haber organizado esta carrera en un tiempo récord.

«Excelente organización». Lo rodeé con el brazo y luego levanté la barbilla hacia el motor. «¿Estuvo de acuerdo? Sin NOS».

[Nota de la Trad.: NOS son las siglas en inglés del Sistema de Óxido Nitroso que se utiliza en automóviles de alto rendimiento para inyectar el óxido en el motor, aumentando su potencia y velocidad de manera temporal.]

«¿De qué sirve competir si hay poco en juego?», Derek levantó la voz para que todos pudieran oírlo.

Más compañeros de clase se reunieron alrededor de los autos. Todos se callaron con emoción brillando en sus ojos. Derek hinchó el pecho cuando notó que tenía audiencia. Me sonrió mientras su mirada recorría el mar de rostros nuevamente.

Yo hice lo mismo. Cuando me percaté de un par de ojos azules familiares entre la multitud, mi pene se sacudió. Aurora estaba aquí. Su presencia provocó una sacudida de energía pura a través de mí. Si antes tenía dudas sobre esta carrera, ahora se habían disipado.

«Cualquiera puede conducir un auto», continuó Derek, y tuve que apartar la mirada de Aurora. «El impulso de NOS es lo que lo hace interesante. ¿Puedes manejar tu auto o no, Alfera?».

Joder, tenía razón.

El Sistema de Óxido Nitroso, el NOS se utilizaba para mejorar el rendimiento de nuestros autos ya mejorados. El nitroso tenía dos funciones principales. Uno, enfriar la mezcla de combustible y aire para crear una explosión más violenta en la cámara de combustión. Y dos, engañaba a la computadora del automóvil para que agregara más combustible a la cámara. El combustible más nitroso significaba un aumento extremo en el rendimiento.

El NOS nos calificaba como corredores de alto rendimiento. También era la razón por la que las carreras callejeras eran ilegales: los autos rápidos, el alcohol barato y los conductores arrogantes formaban una combinación letal.

«Bien, estás listo. ¿Dónde está tu nota rosa?».

«La tengo justo aquí», Donata dio un paso adelante con una hoja de papel en la mano y un fajo de billetes en la otra.

Cuando me volví hacia Massimo, él se encogió de hombros. «Tuve que cancelar la carrera del lunes. Me tienen que pagar».

«Yo también estoy dentro», me volví hacia Donata. «Anótame por cinco mil».

«Seguro», ella sonrió dulcemente mientras tocaba su teléfono.

«Si yo gano», miré a Derek. «Dejarás de decir mentiras sobre mi equipo y yo obtendré tu auto».

«De acuerdo, Alfera. Si yo gano, tal vez encuentres las agallas para hablar con tu papá. También me quedará con tu auto».

El odio en sus ojos me hizo preguntarme si tal vez se trataba de algo más que fútbol.

Demonios, ni que me importara.

No podía seguir faltándole el respeto a papá. El viejo era muchas cosas, pero seguía siendo nuestro rey.

«Suban a sus autos», Massimo caminó hasta la meta pintada con aerosol sobre el asfalto.

La intersección estaba tranquila con edificios deteriorados a ambos lados de la calle. Estábamos en algún lugar de Harlem, lejos de la Quinta Avenida, pero no exactamente fuera del dominio de papá. Salté dentro de mi corredor y encendí la computadora portátil conectada al sistema. La adrenalina me recorrió mientras revisaba cada indicador. Subí el volumen y dejé que la música inundara mis nervios hasta que me sentí fresco y listo.

«Solo recuerda, ojos en la carretera, pies ligeros y agarre firme», Santino se apoyó en la ventanilla del auto. Su mirada se movió entre los diferentes indicadores. «Tú tienes esto».

«Gracias, amigo».

Mi atención se centró en Massimo, mientras recorría la línea de salida con su teléfono pegado a su oreja. A mi derecha, Derek estaba sentado en su auto de carreras, un Honda decente y mejorado. Me miró como si supiera algo que yo no sabía. Sabía que no debía caer en la trampa. Entre perder el campeonato porque se había puesto nervioso, y luego difundir mentiras sobre papá, ya había demostrado que era pura habladuría. En el siguiente instante, Massimo se detuvo entre los autos con una gran sonrisa en el rostro.

«Es hora. Caballeros. Prepárense. Listos...», hizo una pausa para lograr efecto, incitando a la multitud, «¡ahora!».

Bajé a segunda marcha y solté lentamente el embrague. El arranque podía decidir una carrera. A partir de ahí, todo fue viento en popa mientras cambiaba las marchas del auto. En la parte superior del odómetro, toqué la computadora para asegurarme de que todavía estaba en verde. Medio kilómetro no era una distancia grande, pero el impulso NOS no duró mucho.

Esta carrera era solo cuestión de orgullo. Quería que Derek y todos los demás supieran que yo era el mejor piloto y el mejor jugador de fútbol. Imágenes de Aurora esperándome en la línea de meta pasaron por mi cabeza. Qué hermoso trofeo haría.

Los neumáticos se apoderaron de la carretera y me dieron el control total. Esta era la parte que más me gustaba. Una máquina mortal que iba a doscientos sesenta kilómetros por hora conmigo al volante, a cargo de hacia dónde se dirigía y cómo llegaría.

La idea de poder controlar el caos me resultaba adictiva. Lo anhelaba. Y ahora, aquí estaba. El motor rugió con un fuerte zumbido cuando pasé a la siguiente marcha. A mi izquierda, Derek se acercó poco a poco a mi línea de visión. Al parecer, la sonrisa engreída en su rostro se había instalado permanentemente.

«Disfrútalo, hijo de puta», toqué la pantalla y lo solté. La noche oscura se volvió verde en mi espejo retrovisor. «Aquí viene el arrastre».

El auto avanzó, hundiendo mi cuerpo en el asiento. Inspiré y contuve la respiración un par de segundos antes de soltarla. La sacudida en mi estómago me hizo agarrar el volante con más fuerza. Todo mi cuerpo se sentía tenso, como una banda elástica estirada hasta sus límites.

Cuando la línea de meta apareció a la vista, el auto de Derek ya no estaba de mi lado. La adrenalina se disparó. Mi corazón latía con tanta fuerza que todo lo demás se desaceleró a medida que las ruedas pasaban por la pintura roja del asfalto. El auto giró hacia la izquierda, pero no me resistí. Simplemente dejé que el auto rodara y desacelerara a su propio ritmo.

Yo había ganado.

Y ahora Derek podría irse a la mierda, así como sus mentiras.

El ruido sordo de los motores me envolvió. Ambos nos quedamos sentados en nuestros autos, uno frente al otro durante varios minutos mientras la multitud se dirigía hacia nosotros. Asintió una vez, justo antes de que nos rodearan los autos. Bueno, sobre todo a mí. Derek había perdido la carrera. Así que perdieron interés en él.

«Bien hecho, hermano», Massimo abrió la puerta del auto y me arrastró fuera para abrazarme.

Rápidamente escaneé los rostros en busca de Aurora, pero era difícil distinguir algo con tanta gente abriéndose paso hacia mí.

En el siguiente suspiro, las sirenas de la policía sonaron a lo lejos y se desató el infierno. Pero Massimo tenía un plan de salida. Cuando las luces psicodélicas del auto de policía iluminaron los edificios abandonados y la calle, la multitud se había dispersado.

«Entra en el auto», Massimo me empujó al asiento del conductor y saltó sobre el capó. «Conduce».

Esperé un segundo más hasta que la gente despejó el camino y luego aceleré a fondo. «El cabrón había llamado a la policía».

«¿Sabes?, para alguien que pierde contigo a menudo, ya debería estar acostumbrado». Massimo se agarró al reposacabezas del asiento del conductor. «Da vuelta aquí. Hay un garaje más adelante. Nos están esperando».

Era cierto. Cuando giré, vi un taller mecánico destartado con las puertas abiertas de par en par. Entré y seguí las instrucciones del chico. Tan pronto como apagué el motor y salí, él y su amigo entraron con una lona y cubrieron el auto.

«Gracias, hombre», Massimo le dio un fajo de dinero y luego le estrechó la mano. «Regresaré mañana».

«Por supuesto». El tipo de los pantalones grasientos apagó las luces y presionó el botón para cerrar la puerta enrollable.

Corrí hacia él y me agaché para despejar el acero que venía hacia mí. «¿Ahora qué? ¿Tomamos el tren?».

«Sí», Massimo señaló hacia la acera.

Ahora que la conmoción se había calmado y mi corazón no latía a ciento sesenta latidos por minuto, Harlem parecía inquietantemente silencioso. Metí las manos en los bolsillos de mis jeans y aceleré el paso. La última vez que había estado en una carrera y que había ganado, tenía dos animadoras esperándome en la línea de meta. Ambas me ayudaron a celebrar mi victoria esa noche.

Sin ningún motivo, el rostro de ángel de Aurora apareció en mi mente.

Maldito Derek. El mal perdedor tuvo que llamar a la policía y arruinar mi diversión.

Cuando llegamos al final de la cuadra, un auto de policía encendió sus luces dos veces. Sin sirenas a todo volumen, pero estaba aquí por nosotros.

Me di la vuelta para correr en dirección contraria, pero otro auto se detuvo justo a tiempo.

«Mierda. ¿Corremos?», Massimo preguntó en voz baja.

«¿Qué caso tendría? Sus armas todavía están enfundadas. Saben quiénes somos».

Ambos policías caminaron hacia nosotros, como si hubiéramos planeado encontrarnos en una calle desierta de Harlem exactamente a esa hora.

«¿De qué se trata esto?», pregunté cuando estuvieron al alcance del oído.

El oficial enfocó su linterna en mi cara y luego en la de Massimo. Relajó su postura y habló en su hombro. «Los tengo, señor».

Miré a Massimo. Si el policía no tenía prisa por acusarnos de carreras callejeras ilegales, sólo podía significar una cosa. Estaba en la nómina de papá.

Realmente, esas eran muy malas noticias.

Golpeé el brazo de Massimo con el dorso de mi mano. Cuando me miró, levanté ambas cejas y fruncí los labios. «¡Corre!».

CAPÍTULO 11

¿Te lastimé?

ENZO

Él no corrió.

A estas alturas, estaba seguro de que papá ya sabía sobre la carrera y que la policía estaba involucrada. A papá no le preocupaban las autoridades. Le importaba más la imagen y el hecho de que lo atraparan. Fuera lo que fuese lo que papá estuviera planeando para mí, tenía que asegurarme de que Massimo no fuera parte de ello. Esta no era su pelea ni su idea.

«Te dije que corrieras», articulé, manteniendo la mirada fija en los policías, que ahora habían regresado a sus autos y estaban conversando concienzudamente entre ellos, como si no pudieran ponerse de acuerdo sobre qué hacer a continuación.

«No me iré sin ti». Massimo cruzó los brazos sobre el pecho. «Podemos encargarnos de esos cabrones».

«No los vamos a enfrentar». Puse énfasis en el *no*. «Son funcionarios del gobierno. No podemos tocarlos. Ni siquiera tú y yo estamos por encima de esa regla».

«¿Ahora qué?».

No podíamos volver a casa en un auto de policía.

Incluso si mamá ya no vivía allí, todavía estaba en contacto con gente de nuestro edificio. Sobre todo, porque era la única manera de poder vigilarnos. Las esposas del Upper East Side estaban más que dispuestas a complacerla. Si mamá se enteraba, papá se volvería loco. Contener la situación era todo lo que podíamos hacer en este momento.

Primero, necesitábamos zafarnos de la policía. Y luego, Massimo tendría que quedarse con mamá, lejos de papá.

«Corremos».

Esperé durante tres respiraciones. Cuando un policía empujó al otro, todavía discutiendo sobre quién sabía qué, apreté la manga de mi hermano y lo atraje hacia mí. «Ahora».

Ambos corrimos hacia el callejón oscuro.

«Cabrones», soltó uno de los policías. «¿Por qué carajo estás ahí parado? Ve tras ellos».

No tenía exactamente un plan de escapada. Pero pensé que, si seguía corriendo, finalmente encontraría una salida. Varias opciones pasaron por mi mente. La estación de tren estaba a varias cuadras. Esconderse en un contenedor de basura o en un tejado parecía una acción cobarde. Además, no era del tipo que se sentaba y esperaba que sucediera una mierda.

Al final de la calle giré a la derecha. Y que se joda mi suerte, si esta parte de Harlem no estuviera muy bien iluminada. Regresar por donde vinimos no era una opción. El tipo que nos

perseguía era lento, pero no estaba muy lejos de nosotros.

Me dirigí hacia el siguiente edificio. Por mucho que odiara la idea, esconderme era ahora el plan oficial. Pero antes de llegar a la entrada trasera, una camioneta se detuvo bruscamente junto a nosotros. La ventana polarizada del lado del pasajero se deslizó hacia abajo y apareció el rostro amigable de Rex.

«Adentro», gritó.

Massimo no perdió un paso y rápidamente saltó de la acera y se subió al asiento trasero. Lo seguí de cerca. Antes de que tuviera la oportunidad de cerrar la puerta, Rex salió a toda velocidad de allí.

Me relajé en el asiento y dejé que la adrenalina reprimida me atravesara en oleadas implacables. «Derek responderá por esto».

«Lo recogieron». Rex se apoyó en el volante y me lanzó una mirada por encima del hombro, sonriendo.

«¿Cómo? Ya se había ido cuando apareció la policía».

«Lo capté en el escáner. El imbécil intentaba huir en un auto de carreras. No se le ocurrió dejarlo». Se rió entre dientes.

«Bueno, carajo», Massimo levantó las manos en el aire. «Ese era nuestro auto».

«¿A quién le importa?».

«A mí», Massimo golpeó la puerta con el puño, frustrado.

Para él, esto era un negocio. Había sido un idiota al involucrarlo en mi venganza contra Derek. «Te devolveré tu auto. Pero ahora tienes que mantener un perfil bajo en Brooklyn».

«¿De qué diablos estás hablando? No voy a ir a casa de mamá».

«Papá se va a enojar por esto. No te quiero ahí para eso». Intercambié una mirada significativa con Rex. Sabía lo mal que estaban las cosas con papá. Y cuánto peores podrían llegar a estar. Hasta ahora, Massimo había estado apartado de todo. Pero con algo como esto, no tenía ninguna duda de que papá también se desquitaría con él. «Deja que yo me encargue».

«No te dejaré solo», él me miró fijamente. «¿Crees que no lo sé? Todos lo sabemos».

«¿Qué te parece si vienes a dormir a mi casa?», Rex sostuvo la mirada de Massimo en el espejo retrovisor.

«No. Sabía en lo que me estaba metiendo. No dejaré a mi hermano solo con papá».

Rex frunció los labios y asintió en mi dirección. Como si dijera que tenía razón.

«Bien. Pero te quedarás en tu habitación. No importa lo que escuches. Mantente alejado». Agarré su hombro y ladeé la cabeza para mirarlo a los ojos.

Él asintió, pero sabía que no tenía intención de esconderse como un cobarde.

«Yo también estaré ahí».

«No, vete a casa». Miré el reloj en el tablero. «Son casi las cuatro de la mañana».

«Esperaré».

Durante la siguiente media hora avanzamos en silencio. Normalmente, tendría un plan para manejar la situación. Pero, tratándose de papá, no había mucho que pudiera hacer. Así que me senté en la parte trasera del todoterreno de Rex y no pensé en nada.

Después de unos minutos, dejé que las imágenes de Aurora mordiendo el labio inferior permanecieran en mi mente. Pensé en ella y en sus ojos azules mientras me contaba lo que había visto en los Hamptons cuando espiaba a Santino. Eso puso una sonrisa en mi cara y la presión en mi pecho desapareció.

¿Habría llegado a casa? Me di cuenta de que no tenía forma de vigilarla. Y tampoco tenía un motivo para hacerlo. Era la chica nueva. Nadie de importancia en lo que a mí concernía.

Miré por la ventana, justo cuando Rex giraba hacia la Quinta Avenida. En poco tiempo, se detuvo frente a mi edificio. Le di una palmada en el hombro como agradecimiento por recogernos y salimos del auto.

Cuando llegamos al penthouse, el lugar estaba vacío y en completo silencio. Tal vez mamá había estado con papá cuando recibió la noticia de la carrera. Quizá consiguió calmarlo y nos dejaría en paz hasta mañana. O tal vez, entendió que no podía permitir que Derek siguiera hablando mal de nuestra familia.

Solté un suspiro y me volví hacia Massimo. «Supongo que no tenemos que preocuparnos».

«Supongo que no», se encogió de hombros y subió las escaleras, dando dos pasos a la vez.

Me dirigí a la cocina y llené un vaso con agua. Bebí un sorbo. Entre las carreras y la huida de la policía, no me había dado cuenta de que tenía un poco de resaca por todas las bebidas que había tomado en el ‘Crucible’. Dios, esa parte de la noche parecía haber sucedido hace meses en lugar de tan solo unas pocas horas antes.

Se me erizaron los pelos de la nuca. En el siguiente suspiro, la puerta del ascensor sonó cuando se abrió y luego se cerró. Me quedé congelado frente al fregadero y escuché los ligeros pasos de papá sobre el suelo de mármol. Se detuvo justo detrás de mí, al otro lado del mostrador, en medio de la cocina.

La chaqueta de su traje hizo un sonido de arrastre cuando se la quitó y la colocó sobre el taburete del mostrador. «¿Cuándo te lo vas a meter en la cabeza? Eres el futuro rey de la Sociedad. ¿Ese chico irlandés? Está por debajo de ti».

«Ha estado diciendo mentiras sobre ti. Ya era hora de que alguien lo callara».

«El portero tiene un perro. No le agrado a la perra. ¿Crees que me importa una mierda?», caminó alrededor del mostrador. El siguiente sonido resultaba demasiado familiar. Se desabrochó la hebilla y se pasó el cinturón de cuero por las presillas de los pantalones. «Esta noche, elevaste a ese chico. Hizo que pareciera que sus palabras significaban algo para ti. Para mí. Ahora la gente se preguntará si lo que estaba diciendo ha sido cierto todo el tiempo».

Moví ligeramente mi peso hacia él, listo para preguntar si era verdad. Si realmente había pagado a los árbitros para que decidieran el partido a nuestro favor. Mi equipo y yo habíamos ganado de manera justa. Nos rompimos el culo para que esto sucediera. No necesitábamos hacer trampa.

Papá golpeó sin preámbulos y yo no pude decir nada. Su cinturón cortó el costado de mi mejilla y mi hombro. Hice una mueca y me agarré al borde del fregadero mientras él daba otro golpe. Y otro, y otro.

Nunca pareció estar fuera de control. Su rabia era metódica. Sabía lo que eso hacía por él. Sabía cómo utilizarlo a su favor. No tenía ninguna duda de que creía que me estaba enseñando una lección importante. Pero también había visto lo suficiente como para saber que infligir este tipo de dolor, a mí en particular, le producía placer.

Mamá había rechazado su mundo mafioso. Había visto cómo eso la molestaba. Odiaba que ella no estuviera aquí, al igual que a nosotros nos afectaba. Pero no podía golpear a mamá. Bien por él. Así que eso me dejaba a mí. Lo probó por primera vez en mi primer año en la escuela secundaria, la noche en que mamá se fue para siempre. Me golpeó con su cinturón hasta que mi espalda quedó empapada en sangre y su furia se apaciguó.

Ahora, cada vez que necesitaba una salida, venía a buscarme. Mejor yo que mamá, mi hermana pequeña Caterina o Massimo, supuse.

Su cinturón lamió mi espalda otra vez. El fuerte crujido cortó las costras existentes en mi espalda. La humedad de mi camiseta era su señal. Dejó escapar un suspiro mientras se alejaba de

mí y se pasaba una mano por el pelo despeinado.

Una gota de sangre caliente resbaló por mi columna. Normalmente, el sangrado tardaría más tiempo, pero las heridas de nuestro último encuentro aún no habían sanado del todo.

«¿Ya terminaste?», lo enfrenté.

Su pecho subía y bajaba con cada respiración mientras miraba sus manos y luego a mí. Quería continuar. Me di cuenta por la forma en que le temblaban los hombros. La primera sangre era donde trazaba la línea.

Después de una docena de latidos, sus rasgos se relajaron y se fijó en mi mirada. El arrepentimiento que encontré en sus ojos verdes hizo que mi estómago se revoliera de ira. Ahora, interpretaría al padre amoroso y trataría de fingir que su arrebató de locura no ocurrió. O peor aún, que lo hacía todo por mí y por nuestra familia.

«No le contaré a tu madre sobre tu encontronazo con la policía. La mataría si descubriera que estás actuando como un matón». Arrojó su cinturón sobre el mostrador y luego se secó la boca con el dorso de la mano.

¿Un matón? Si no tuviera tanto dolor, me reiría de eso.

Éramos mafiosos por su culpa. Vivíamos en un mundo de bestias y él era el rey de todo. Papá era el monstruo despiadado que todos temían. Pero fingía ser un buen hombre, un buen padre, un buen marido, gracias a mamá. Porque a pesar de todas las cosas terribles que era, en realidad le importaba lo que ella pensara de él. Por eso nos hacía mentirle, por eso teníamos que ocultar el hecho de que papá era la mafia. Que él nunca dejó de ser un mafioso como le había dicho que lo haría.

Habían pasado años. Al principio, no podía creer que mamá fuera tan ingenua como para pensar que papá podría abandonar la Sociedad, su familia mafiosa. Pero no pasó mucho tiempo para darse cuenta de que mamá quería creer las mentiras de papá. Ambos querían vivir en este mundo imaginario donde él era un hombre normal, un hombre de familia, y ella una esposa cariñosa.

«¿Te lastimé?», él ladeó la cabeza.

«Voy a subir».

«Un día serás rey», dio un paso hacia mí. Cuando retrocedí, se detuvo. «Un día entenderás que todo esto lo hago por ti».

Quería decir que se fuera a la mierda. Pero nadie le decía al gran Michael Alfera que se fuera al infierno. Que estaba loco. Y equivocado. Más de una vez, Rex se había ofrecido a contárselo a su padre. Don Valentino era amigo de papá. Papá lo escuchaba. Pero eso no significaba que papá apreciaría que aireara nuestros trapos sucios. Tenía un año más de escuela. Y entonces me iría de aquí y me alejaría de papá. Al menos por un tiempo.

Apreté mis manos en puños y le di la espalda. Una jugada arriesgada, dado que su cinturón todavía estaba a su alcance. Pero con un poco de suerte, me dejaría alejarme de él esta noche. Parecía cansado y contento con el castigo que ya había impartido.

Sentí un hormigueo en la espalda. Esperaba sentir otro golpe en mi piel, pero nunca llegó. Alcancé lo alto de las escaleras antes de encontrar el valor para mirar hacia atrás. La puerta del ascensor volvió a sonar. Papá se había ido.

De camino a mi dormitorio, me detuve frente a la puerta de Massimo. La abrí y lo encontré frente a su computadora con los auriculares puestos. Regresaba a terminar su juego. No lo culpaba. Por muy cansado que estuviera, tampoco creía que pudiera conciliar el sueño.

Caminé directamente al baño de mi habitación y me quité la camiseta. Ahora estaba en automático. Cogí el botiquín de primeros auxilios de debajo del fregadero, una toalla para

colocarla sobre el suelo y un espejo de mano para inspeccionar los daños. Me paré frente al tocador y torcí el torso para mirar bien.

«Mierda».

La piel estaba destrozada y ensangrentada. Me senté en el borde de la bañera con patas, pensé en lo que tenía que hacer a continuación. Esta parte dolería más que los lamidos del cinturón de mi padre, pero no podía arriesgarme a una infección que pudiera llevarme al hospital. Seguro llamarían a mamá. Y no podía permitir que eso sucediera.

«A la mierda».

Comenzando por mis hombros, me rocié la espalda con peróxido de hidrógeno. El líquido se deslizó hacia abajo con un chisporroteo silencioso que quemó todo lo que tocó. Seguí así hasta que estuve seguro de que estaba todo limpio. Realmente no había mucho más que pudiera hacer. Los golpes me hacían sangrar, pero no necesitaría puntos. Papá sabía lo que estaba haciendo. Excepto una vez que fue demasiado lejos, siempre se aseguraba de que no necesitara un médico.

Envolví una venda alrededor de mi abdomen, luego la enganché sobre un hombro y luego sobre el otro, asegurándome de que estuviera bien ajustada. La presión se sintió bien y alivió algo del dolor. También ayudó a detener el sangrado.

Me metí tres Advil en la boca y luego bebí agua del grifo. De repente, todo lo que quería hacer era dormir. De camino a la cama, me quité los zapatos, los calcetines y los jeans. Saqué mi teléfono del bolsillo trasero y lo arrojé sobre la cama. Cuando finalmente me acosté boca abajo y cerré los ojos, en la pantalla apareció un nuevo mensaje.

Mamá: Buenos días. Voy de camino a la ciudad. ¿Tu padre te habló del almuerzo benéfico de mañana?

Mamá: Siento que hace mucho que no te veo. Te extraño. Nos vemos en unas horas.

Ahora tenía que pasar el día con mamá y papá y fingir que nuestras vidas eran color de rosa. Mis pulgares se cernieron sobre la pantalla. ¿Qué podría decirle para hacerle ver quién era realmente papá? ¿Qué podría hacer ella?

A la mierda mi vida.

CAPÍTULO 12

Besas como dice el manual

AURORA

«Siéntate derecha, Rory», susurró mamá en voz baja mientras se secaba los labios con una servilleta y examinaba rápidamente las numerosas mesas redondas que había alrededor del salón de baile.

El lugar estaba bellamente decorado con telas blancas, arreglos florales de gran tamaño e incluso una escultura de hielo. Como ocurre con todo lo relacionado con nuestra recién adquirida vida mafiosa, el almuerzo benéfico ofrecido por la familia Alfera estaba a la altura: la comida, una verdadera obra de arte, y bebida por todos lados.

«Y sonrío. Parece que estás en un funeral».

«Es bastante deprimente, mamá». Me incorporé poco a poco en mi asiento e hice lo mejor que pude para cuadrar mis hombros para satisfacerla.

Durante la última hora, aunque bien podría haber sido toda la mañana, había estado escuchando a la presidenta de la organización benéfica hablar y hablar sobre su causa. Nos aseguró que nuestras cuantiosas donaciones salvarían vidas. No es que no quisiera ayudar. Pero podría haber entregado su mensaje en diez minutos sin todas las imágenes tristes. Mis padres ya habían dado una cantidad considerable, además de los diez mil dólares para reservar la mesa. No es que a papá le importaran los niños. La filantropía le hacía parecer buena e importante. Lo sabía porque lo dijo dos veces en el camino hacia aquí.

El presidente llamó a otra familia al escenario. En el suelo, la mayoría de la gente ya se había dispersado para servirse más crepes y mimosas. A mi izquierda, la fila para la mesa de postres se había reducido y el pastelero estaba preparando más tartaletas. Hice ademán de levantarme cuando papá se acercó detrás de mí y presionó su mano en mi hombro. Cedí bajo el peso y me senté.

«Aurora, déjame presentarte a mi buen amigo Angelo», papá le hizo un gesto al chico sentado a mi lado.

Ni siquiera lo había notado entrar. «Encantada de conocerlo», bajé la cabeza.

No me molesté en sonreír. Papá me había estado haciendo exhibir ante varios de sus nuevos amigos durante el último mes. Hablaba muy en serio cuando dijo que quería que me casara lo más pronto posible. Parecía que me estaba dejando elegir. Aunque su grupo de candidatos no era lo que yo quería en absoluto.

«Angelo Soprano». Tomó mi mano entre las suyas mientras su mirada hambrienta recorría mi cuerpo de arriba abajo.

El tipo debía tener unos treinta años. Quizás un poco más joven que papá, pero definitivamente más cercano a la edad de mis padres que a la mía. Más que un matrimonio por amor, papá quería una alianza para sí mismo. En este punto, seguir el juego era más fácil, aunque no tenía intención de casarme pronto. Quería ir a la universidad. Quería Columbia, no a este asqueroso. Sí, asqueroso era la palabra para él. Tenía que saber que yo era menor de edad. Sin embargo, me miró como si fuera una de esas tartas de limón de la mesa de postres.

«Tu padre me habló mucho de ti». Se recostó y se desabotonó la chaqueta del traje.

Con esos profundos ojos azules y esa mandíbula firme, apuesto a que las mujeres de su edad lo encontraban atractivo. ¿Qué recibía de este acuerdo con papá? Seguramente no tendría problemas para conseguir mujeres. Entonces ¿por qué yo? No era como si mi familia tuviera influencia sobre los Alfera.

«Tu padre me dice que tienes una buena cabeza sobre tus hombros. Me gusta eso en una mujer», sonrió, ladeando la cabeza para mirarme a los ojos.

¿Se suponía que eso era un cumplido? Me miré las manos y puse los ojos en blanco. La silla chirrió silenciosamente en mi dirección y, de repente, su colonia fue todo lo que pude oler. Miré por encima del hombro, buscando a mis padres, pero ya no estaban.

Genial, simplemente genial.

Exhaló. Antes de que me diera cuenta de lo que pretendía hacer, el dorso de sus dedos rozó mi muslo desnudo. El gesto me dejó en shock.

«Necesito orinar. Ya vuelvo». Me di la vuelta y me dirigí hacia la salida del salón de baile.

El elegante hotel de Midtown no era más grande que los casinos de Las Vegas. Aunque este lugar parecía más caro y refinado. Giré a la derecha cuando llegué a la gran escalera del vestíbulo principal y luego seguí las señales hacia los baños. Varias veces miré hacia atrás para asegurarme de que Angelo no estuviera detrás de mí.

Por supuesto que no estaba. No necesitaba perseguirme. Papá ya me había servido en bandeja de plata.

Aceleré el paso, caminando principalmente de puntillas, para no hacer un gran ruido metálico en los pisos brillantes. Cuando doblé la esquina, vi a Enzo hablando con una mujer mayor. Tenía su habitual mirada melancólica, pero parecía involucrado en la conversación.

Los baños estaban a unos pasos de distancia, justo después de la gruesa columna que iba desde el primer piso hasta el tercer piso encima de nosotros. Cuando caminé de puntillas hacia la puerta, Enzo miró en mi dirección. No tengo idea de por qué decidí esconderme detrás de la estructura de mármol en lugar de continuar mi camino. Su intensa mirada siempre me ponía así de nerviosa.

Esta mañana, cuando llegamos, estaba nerviosa de verlo fuera de la escuela. Su familia era la anfitriona del evento, así que supuse que aparecería. Pero cuando aparecieron los otros miembros de la realeza y comenzó la presentación, me di cuenta de que había decidido saltarse el evento.

«Solo digo que no te mataría venir a verme a Brooklyn», la mujer volvió a hablar.

«Tengo escuela, mamá».

¿Mamá? Ahora estaba realmente intrigada. Asomé la cabeza para ver mejor. La mamá de Enzo era hermosa, con cabello oscuro, piel suave y ojos marrones brillantes. Parecía elegante, pero no demasiado arreglada con ropa de diseñador y grandes diamantes. Parecía tener los pies en la tierra.

«Entonces, ¿te quedarías el fin de semana? No has estado en el penthouse desde hace meses». Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Vestido con un traje a medida y con una sonrisa triste en su hermoso rostro, parecía

trágicamente guapo, como un personaje de alguna obra de Shakespeare. Dejé de verlo y corrí al baño. Con un poco de suerte, no me vería. ¿Qué me pasaba? Enzo era cruel. Le gustaba torturarme solo por diversión. Una ligera corriente de adrenalina me recorrió cuando pensé en todas las cosas que me dijo el primer día de clases. Lo había hecho para humillarme, para castigarme por irrumpir mientras usaba el urinario.

Cada vez que pensaba en ese momento, la vergüenza me invadía. No por lo que me hizo, sino por cómo me sentí cuando lo hizo. Me había excitado. Me hizo querer tocarlo y besarlo.

Caminé hacia el lavabo y me lavé las manos. Consideré salpicarme la cara con agua, pero a mamá le daría un infarto si regresaba con el rímel corrido y el maquillaje destruido. La puerta se abrió con un chirrido y luego se cerró con un ligero ruido sordo. Cuando levanté la vista, me fijé en la mirada verde de Enzo. Y por supuesto, parecía enojado conmigo. ¿Qué había hecho esta vez? Revisé rápidamente si había urinarios, asegurándome de que fuera él quien irrumpiera y no al revés.

Un momento. ¿Sabría que había estado escuchando a escondidas la conversación con su madre? Tontería. Me di vuelta para enfrentarlo. «No escuché nada».

Él sonrió. «No escuché nada, dice ella», avanzó hacia mí. «¿Por qué cada vez que me doy la vuelta, ahí estás, espiándome?».

«No lo hice».

Levantó ambas cejas y olvidé mis palabras.

De acuerdo, claro, técnicamente hablando, lo estaba espiando justo afuera del baño. Pero no era como si lo estuviera acosando. Da la casualidad de que estaba aquí cuando yo llegué. Sin contar la carrera de autos. Todos los de la escuela estaban allí. Penny me sacó de la cama porque no quería ir sola. Al parecer, la propia Donata le envió un mensaje de texto a Penny para invitarla. No podía evitarlo.

«No lo hice», repetí. Dios, ni siquiera podía articular una frase. «Me voy».

Pasé junto a él y me dirigí hacia la puerta. Cuando tiré de la manija, no pasó nada.

«¿Qué?». Miré su mano al lado de mi cabeza. Cuando me di vuelta, el calor de su cuerpo me envolvió y me derretí contra la pared.

Su nariz rozó la mía y, por un momento, pensé que iba a besarme. Esta no era la primera vez que se acercaba así. Resoplé. Inhaló profundamente y agachó la cabeza. Estuvimos así durante un minuto entero: su mano en un costado de mi cara mientras una fuerza invisible me mantenía pegada a la pared.

«Enzo», metí la mano debajo de su brazo levantado y toqué con mis dedos su omóplato.

Hizo un gesto de dolor, o tal vez de disgusto. En el siguiente suspiro, me agarró ambas muñecas y las sujetó sobre mi cabeza. Vaya, entonces no estaba permitido tocar a la realenza. Mi respiración se volvió errática, a juego con los latidos de mi pecho. ¿Estaba enojado conmigo ahora?

Me frunció el ceño con tanta intensidad en sus ojos que dejé de respirar por completo. Luego, dio medio paso, presionó su cuerpo contra el mío y me besó en la boca con fuerza. Era tan difícil que no sabía cómo comportarme ni qué hacer con lo que me ofrecía. Mis ojos parpadearon mientras miraba la mancha que eran sus rasgos.

Un gemido parecido a una exhalación escapó de sus labios. Se apartó, pero no soltó mis manos. La mirada era desconcertante. Era como si pudiera ver dentro de mi alma. Cuando volvió a hablar, aflojó su agarre, lo suficiente para que yo recordara llenar mis pulmones con aire nuevamente.

«Nunca te han besado antes, ¿verdad?».

Técnicamente, nunca me habían tocado. Ni nadie me había mirado así, y mucho menos me habían besado.

«¿Qué te importa?».

Fruunció el ceño y dejó caer las manos a los costados. Me miró con curiosidad mientras yo rodeaba mi vientre con mis brazos. Las lágrimas amenazaban por salir porque sabía que volvería a decir algo cruel. Sabía que iba a tener que lidiar con las consecuencias el lunes por la mañana. Intenté irme, pero él me bloqueó, encajonándome de nuevo.

«Déjame enseñarte cómo».

¿Qué? Como en, ¿enseñarme? «¿Por qué?».

«Porque quiero».

¿Quería besarme? ¿O enseñarme? «¿Por qué?».

«Dime que me vaya al infierno». Soltó mis brazos alrededor de mi cuerpo y llevó mi palma a su cara. «Di las palabras. *Enzo. Vete al infierno*», enunció cada palabra.

La calidad ronca de su voz era tan sexy e hipnotizante; no iba a ninguna parte.

«¿Qué pasa si lo hago?», moví mis dedos ligeramente. Tenía miedo de que, si hacía más, me dejaría fuera otra vez como antes.

«Entonces, serás libre de irte».

Sacudí la cabeza mientras mi boca se aflojaba. Su rostro era cálido y suave. Cuando no hablé, sostuvo mi labio inferior entre su dedo índice y su pulgar. La mirada severa en sus ojos que había llegado a asociar con Enzo desapareció y fue reemplazada por curiosidad.

«Saca tu lengua».

«¿Qué?».

Me dedicó una sonrisa que efectivamente convirtió mis piernas en gelatina. Chasqué los dientes. «Hazlo ahora. O di las palabras mágicas».

Tenía una opción, quedarme en un baño público, clavada a la pared por uno de los miembros de la realeza, y aprender a besar, o irme para sentarme en una mesa junto a un anciano.

Mientras que mi cerebro se negaba a dejarme usar mis palabras, estaba totalmente bien dejar acercarme a él. Me sentí ridícula mientras deslizaba mi mano desde su mejilla hasta su cuello y tocaba sus labios con la punta de mi lengua. Esperé a que dijera algo malo, se riera y me dejara colgada. Pero en cambio, volvió a capturar mi boca. Lento esta vez, como si rompiera el beso por mí. Su lengua se arremolinaba alrededor de la mía mientras profundizaba la conexión, retirándose ligeramente. Copié sus movimientos, alejándome cuando lo hizo, acercándome cuando reanudó el beso.

Chupé su labio inferior. Luego dejé que mi lengua imitara el mismo baile que el suyo, exactamente como él me había mostrado. Me encontré queriendo ser una buena estudiante. Sonrió y eso me dio una oleada de confianza. Me puse de puntillas y me hundí más profundamente en él. Sabía a una fresca noche de otoño, una de esperanzas y sueños, y de todas las cosas que nunca podría tener o ser.

Sí, Enzo y yo vivíamos en el mismo mundo mafioso. Pero estábamos lejos de ser iguales.

Él era un miembro de la realeza.

Y yo era la chica nueva. Nada. Nadie.

Demonios, si me importara. En este momento, lo único que me importaba era lo suaves que se sentían sus labios carnosos y lo bueno que era enseñándome qué hacer. En este momento, éramos iguales. No era un personaje trágico atrapado en un libro. Y yo no era nadie.

Aplicó más presión, fusionando nuestras bocas. Cada vez que cambiaba de marcha de esa manera, el lugar entre mis piernas temblaba de anticipación.

«Besas como dice el manual», murmuré y suspiré. ¿Por qué mi cerebro decidió hablar ahora? «Lo lamento. Quiero decir».

«No lo lamentes», se rió entre dientes. «Lo entiendo. Shakespeare, ¿verdad?».

«Lo estaba leyendo en clase. No sé. Se me quedó grabado». Quería seguir besándolo.

En ese momento, él no era el mafioso intocable, parte de la realeza inalcanzable o el matón malvado. Él era simplemente Enzo. El primer chico que me besaba. Y, vaya, era todo lo que pensé que sería. No es que me quedara en casa pensando en besarlo. Nunca me atreví a llegar tan lejos. Pero me había imaginado besando a alguien algún día. Nunca en un millón de años hubiera imaginado que *alguien* sería Enzo Alfera.

«Me gusta besarte», me tomó la cara. «Dame mi pecado otra vez».

Esa era la línea de Romeo.

Y Dios mío, cuando presionó sus labios contra los míos por segunda vez, comenzó a hacer giros nuevamente. Esta vez, sus esfuerzos fueron más urgentes. Tuve la sensación de que nos habíamos saltado un montón de pasos en el medio. Empujó sus caderas hacia las mías. Se sentía duro. Como si su pene real estuviera erecto. A través de sus pantalones y mi vestido, esa pequeña presión me trajo un poco de alivio, pero también me hizo querer más.

La avalancha de emociones que fue su beso, la adrenalina corriendo a través de mí y esta cosa que se estaba acumulando en mi centro fue demasiado; era una sobrecarga sensorial. Lo alejé porque no sabía qué más hacer.

Me miró confundido. Como si hubiera cometido un gran paso en falso al besar. «¿Qué ocurre?», me alcanzó de nuevo.

«Enzo, vete al infierno», espeté.

Se quedó helado y apretó los labios.

Miré a mi alrededor para recoger mis cosas. Entonces me di cuenta de que no estábamos en la escuela. No había traído nada conmigo. Con el corazón latiendo en mis oídos, me di la vuelta y abrí la puerta. Una ráfaga de aire frío me golpeó de lleno en la cara y me devolvió la sobriedad.

Penny me había advertido que me mantuviera alejada de Enzo. Ignoré su advertencia y ahora aquí estaba; huyendo de él en un hotel elegante, corriendo como si mi vida dependiera de ello, corriendo como si él fuera el mismísimo diablo.

Besé a Enzo Alfera.

¿Qué había hecho?

CAPÍTULO 13

El ganador se lleva todo

ENZO

La puerta se cerró y presioné mi frente contra ella. ¿Qué demonios acaba de pasar? Entré al baño para molestar a Aurora. Y, una vez más, ella, sin saberlo, me dio la vuelta.

¿Nunca la habían besado? ¿Cómo era eso posible?

Ese pequeño hecho despertó en mí un instinto indómito. Nunca había sido del tipo posesivo. Demonios, Rex, Santino y yo no teníamos ningún problema en compartir mujeres. Pero mostrarle a Aurora cómo besar desató algo salvaje en mi pecho. Y ahora no tenía idea de cómo poder recuperarlo.

Me pasé una mano por el pelo y miré hacia la puerta. Quería besarla de nuevo. Quería hacer mucho más que solo besarla. ¿Por qué había huido? Le había gustado.

Mis cejas se alzaron con sorpresa cuando me di cuenta de ello. ¡Carajo! Aurora era virgen. En mi escuela, casi todo el mundo cumplía su primer año entregando su tarjeta de V. Lo que pasaba con las vírgenes era que las cosas se complicaban rápidamente con ellas, por eso las evitaba el cien por ciento.

Mierda. ¿Ahora que?

No podía dejar de pensar en cuánto deseaba volver a hacer eso.

Maldita sea, lo mejor que podría hacer sería dejarla en paz. Tenía demasiadas cosas sucediendo en casa como para involucrarme con alguien como ella. Imágenes de las mejillas rosadas de Aurora sobre mi almohada pasaron por mi cabeza, pero las alejé.

Aurora Vitali no era alguien importante. Y no tenía ningún interés en una mala cogida.

Con una fuerte exhalación, abrí la puerta. Mamá y papá me querían en el estúpido almuerzo hasta al menos las dos de la tarde, haciendo de amable anfitrión. Llegar tarde me dio algo de tiempo, pero aún me quedaban otras dos horas antes de que todo terminara.

Caminé por el pasillo y me dirigí al salón de baile donde la presentación aún estaba en progreso. La causa que mamá había elegido patrocinar era muy querida para ella. Tenía una amiga hace unos años que había perdido a un hijo a causa de la leucemia.

Durante semanas, habló una y otra vez de lo terrible que sería perder un hijo. La ironía fue que más tarde ese año, se mudó a Brooklyn y más o menos nos perdió a Massimo y a mí. Estos días solo la veíamos en eventos benéficos, o cada vez que sacaba la cabeza del culo e iba a visitarla. Es cierto que esto era algo raro. Podría ser tan testarudo como ella.

Tan pronto como doblé la esquina, Aurora apareció en mi campo de visión. Se sentó en una de las mesas de la primera fila con sus padres y uno de los nuevos jefes de equipo de papá,

Angelo. Era una persona prometedora, alguien que papá había invitado recientemente a su círculo íntimo. Personalmente no pensé que fuera tan inteligente ni tan bueno. Pero a papá no podría importarle menos mi opinión.

Dejé que mi mirada se posara en su rostro. Se retorció en su asiento y sus mejillas volvieron a ponerse de un bonito color rosado. Y eso mismo me hizo seguir adelante una vez más. Ansiaba verla así, toda nerviosa y frágil. Mantuve mi mirada fija en ella hasta que encontró el valor para girarse en mi dirección. Cuando lo hizo, centré mi atención en los demás invitados.

Al otro lado del salón de baile, cerca de la barra, encontré a mis amigos. Salté hacia ellos y me senté junto a Rex.

«Te pareces a ese gato que bebió la leche», Donata saltó de su silla y se sentó a mi lado.

Me reí. «¿Qué significa eso?».

«Significa que hiciste algo», ella ladeó la cabeza e intercambió una mirada de complicidad con Rex. «Ocurre algo. Vamos. Escupe».

«No hay nada que escupir. Ni leche ni nada», me encogí de hombros.

Rex puso su dedo índice en mi hombro y lo empujó. Me salí de su alcance. Mi corazón se aceleró ante el repentino asalto. No me había lastimado, pero no necesitaba que nadie me tocara la espalda hoy. Y ciertamente no necesitaba ni quería que Santino y Donata supieran lo que había pasado. Ver lástima en los ojos de Donata siempre me daba un vuelco en el estómago. «¿Qué carajo?», articulé mirando a Rex.

«Por un momento pensé que tal vez don Alfera te había dejado libre de culpa».

«No es una posibilidad, hombre».

«Entonces, Donata tiene razón. Una noche de mierda como la de anoche no debería haberte hecho sonreír tanto. Examinó la habitación, frunciendo el ceño. «¿Qué hiciste? ¿O con quién?».

«Yo también lo veo». Santino se apoyó en la mesa y deslizó una copa de champaña en mi dirección. «Fue un rapidito en el baño, ¿no? Lindo», inclinó la cabeza en mi dirección.

«Vete a la mierda», bebí del vaso que me había ofrecido y bebí la mayor parte de un trago. Necesitaba limpiar el beso de Aurora de mis labios. Estar cerca de ella me estaba alterando la cabeza. No podría permitir eso. «¿No puedo tener un buen día?».

«Estaremos atrapados aquí al menos una hora más. ¿Danos algo que hacer? Donata juntó las manos como si fuera a rezar.

Negué con la cabeza. Antes de que pudiera detenerlo, carretes de mis siete minutos en el cielo con Aurora nadaron en mi cabeza, dentro y fuera de foco. Su lengua mientras buscaba la mía tan tentativamente, sus cálidas manos en mi mejilla y los pequeños gemidos que se le escapaban cada vez que salió a tomar aire. A esos detalles, mi mente añadió algunas mejoras, como Aurora desnuda en mi cama.

No, carajo. ¿Qué estaba pensando? Simplemente no. No podría ser su primer hombre. Tan delicioso como había sido su primer beso. El sexo con una virgen, con Aurora, sería una complicación de proporciones épicas. Tenía que seguir mi plan y dejarla en paz. Mi mirada revoloteó hacia su mesa.

¿Ese Angelo todavía estaba allí? ¿Y solo? ¿De qué podrían estar hablando? Acercó su silla a la de ella y un nudo se revolió en la boca de mi estómago. Era demasiado mayor para ella. Y todo estaba mal.

Ahora que lo pensaba, no le había dado la bienvenida al almuerzo. ¿Y si voy allí y...?

«No creas que lo voy a dejar pasar. Hablaremos de esto más tarde». Donata me señaló con el dedo índice y sonrió. «Te estábamos esperando para poder discutir nuestra jugada anual. Este es nuestro último año. Tiene que ser épico. Y tiene que durar más de una semana. Así que se me

ocurrieron algunas reglas nuevas para hacerlo más interesante». Sacó su teléfono del bolso.

La miré con los ojos entrecerrados. «¿De qué estás hablando?».

«¿De qué...?», dejó de desplazarse por su teléfono para mirarme. «Ustedes, chicos, póngalo al corriente».

Santino caminó hasta la barra, tomó cuatro flautas y las puso sobre la mesa. «Bienvenidos al concurso de este año “Terminando con la virginidad”». Levantó una copa hacia mí. «A mí se me ocurrió el nombre».

«Sí, muy original», Donata tomó un sorbo de su copa. «Necesitamos reglas».

«Están subiendo las apuestas este año», Rex apoyó un codo en la mesa, señalando a Santino y Donata, quienes siempre eran los más involucrados en el juego. «Todos seleccionamos a la misma chica, en lugar de simplemente ganar puntos».

Me reí entre dientes, cruzando los brazos sobre el pecho. «Ese juego ha perdido su brillo, de verdad».

La apuesta de la realeza había iniciado en nuestro primer año. Era principalmente un concurso para ver quién perdía primero su virginidad. Éramos los jodidos miembros de la realeza. Ese mismo fin de semana habíamos terminado empatados. Desde entonces, hemos estado intentando subir la apuesta. Pero nunca funcionaba. Donata tenía toda esa apariencia de semidiosa a su favor. Ningún chico o chica le decía nunca que no. Santino tenía habilidad con las palabras. Y a todos les encantaba la mirada melancólica de Rex.

«Dices eso porque perdiste el año pasado», Santino arqueó la ceja.

«Me cansé de mamar y coger», pasé ambas manos por mi cabello y me reí. «Que un chico de diecisiete años diga eso, debería decirte algo».

«No me cansé», él se encogió de hombros. «Por eso gané. Algunos de esos participantes se volvieron muy buenos dando mamadas. Honestamente, el tiempo que dediqué a asesorar a esas jóvenes debería haber contado en mis horas de servicio comunitario».

«Sí, estás perdiendo la inspiración, Santi», negué con la cabeza hacia él.

«Estoy con Enzo en este caso», Rex dejó escapar un suspiro. «No es una apuesta».

«Exactamente», hice un gesto hacia Rex.

Santino abrió la boca para contraatacar, pero Donata se le adelantó.

«Por eso estoy revisando las reglas este año», Donata levantó ambos brazos para que dejáramos de discutir. «Este año tienes que acostarte con una virgen. El ganador se lleva todo».

«Oh, vamos», Rex puso los ojos en blanco. «Entonces, ¿la nueva regla es ver quién tiene el peor sexo?».

«¿Me dejarías terminar?», presionó una mano contra su pecho. «Elegiré a la chica. Alguien a quien he confirmado es virgen».

«¿Cómo se hace eso exactamente?», preguntó Santino. «Quiero decir, si en realidad... ya sabes».

«Confía en mí. Ella es virgen. He hecho mi tarea. Una vez que estés de acuerdo, te daré todos los detalles sobre ella. Chicos, créanme. Nos encontré a la chica perfecta».

«Esto va a ser divertido. Puedo decirlo», Santino le sonrió. «Entonces, ¿cómo ganaremos puntos esta vez?».

El año pasado teníamos un sistema de puntos muy elaborado. Los servicios básicos como mamadas, uso de dedos, juego anal, vibradores, etc., costaban cincuenta puntos. Teníamos la oportunidad de ganar puntos extra por completar una tarea si había algún tipo de perversión involucrada, como una mamada en público que valía la gran cantidad de cien puntos, una mamada mientras alguien más miraba, ciento cincuenta puntos.

Una mamada mientras el novio miraba, eso eran quinientos puntos. Las marcas permanentes de cualquier tipo sumaban otros cien puntos. El sexo era de quinientos puntos, y continuaba a partir de ahí: múltiples parejas al mismo tiempo, número de veces en una sola noche, ubicación. Los lugares exóticos como la casa de la chica o la escuela obtenían la mayor cantidad de puntos.

Pero no fue así como Santino se llevó el triunfo el año pasado. Yo estaba muy por delante de él, hasta que se involucró con una maestra de St. Francis en su salón de clases mientras su novio miraba. La mujer incluso le dejó grabar la letra S en su muñeca. Donata otorgó a la Casa Buratti mil puntos por eso. Obtuvo puntos extra por su dedicación y compromiso con el juego, como ella dijo. Toda la gente, el personal y los estudiantes de la escuela preparatoria St. Francis eran unos completos cabrones. No sabía cómo se las arregló Santino para pasar una noche entera en su compañía.

La lista que elaboraron Donata y Santino el año pasado tenía veinte páginas y tenía tareas muy específicas que debían completarse para ganar puntos. Algunas actividades eran casi ridículas, mientras que otras eran algo pervertidas y divertidas. Miré a Aurora, que todavía estaba entreteniendo a ese imbécil. ¿Estaría dispuesta a algo de eso? No, no Cara de Ángel. Aurora era una buena chica.

Si mi vida no estuviera tan jodida, no me importaría pasar el semestre corrompiéndola; una mamada en la casa de sus padres le daría a la Casa Alfera doscientos puntos.

«Tú no», Donata me empujó el hombro para llamar mi atención.

«¿Qué?».

«Nuevas reglas. Este año no hay sistema de puntos». Se enderezó en su silla, luciendo como el gato que bebió la leche. «El ganador se lleva todo. Quien rompa su virginidad se gana todo».

«Eso es demasiado fácil».

«En pleno consentimiento. Ella tiene que rogarte por ello». Ella se miró las manos y sonrió. «Ella tiene que enamorarse de uno de ustedes».

Todos nos reímos al unísono.

Nunca en mi vida me había enamorado y así lo prefería. Mi futuro, toda mi vida, pertenecía a la Sociedad. Tenía el deber de cumplir. Un día tendría que casarme para asegurarme de tener un sucesor. Esa parte era necesaria. Después de ver a papá y mamá mentirse a diario solo para conservar lo que tenían, había llegado a la conclusión de que el amor no era para mí, que enamorarme sería lo más tonto que podría hacer.

¿Quién en su sano juicio querría que una mujer se enamorara de uno? Esa mierda era para tontos. Ya había visto suficiente de eso en casa. Había visto a papá convertirse en la peor versión de sí mismo por amor. El amor lo vencía todo. Ciertamente. Pero había visto la devastación que dejaba a su paso. No tenía ningún interés en ello.

«Parece mucho trabajo. Ahora que lo pienso, era más divertido el año pasado cuando tuve sexo todos los días y acumulé puntos», me recosté en mi silla.

«¿Qué parte de lo épico no entendiste?», la arruga entre sus cejas se hizo más profunda. «Esto también será divertido».

«Bueno, la mitad de las chicas de la escuela ya están enamoradas del príncipe enigmático». Rex señaló en mi dirección. «Ese no es un desafío tan grande».

«Oh, por supuesto. ¿Quién no ama a Enzo?», Donata me pellizcó la mejilla hasta que le aparté la mano de un manotazo. «Todo el mundo ama su hermoso rostro y el hecho de que algún día será rey. Pero estoy hablando de la realidad. El tipo de amor que haría que una chica realmente buena entregara su virginidad».

Las líneas alrededor de su boca se endurecieron como si la idea del sexo por amor le

recordara a alguien. Apuesto a que estaba pensando en nuestro venerado profesor de inglés. Si él fuera una pizca del hombre que ella pensaba que era, no se acostaría con menores. ¿Cuándo entendería que Luca Gallo no era para ella?

«Me gusta», Santino se frotó las manos. «Tres penes, una chica».

«Me gustan esas probabilidades», Rex se rió. «Quizá resulte menos trabajo centrar todos nuestros esfuerzos en una sola persona».

«Bien. Estoy dentro». No me importaría una distracción, no solo de toda la mierda con papá y mamá, sino también de Aurora. Centrar mi energía en otra persona podría hacer que mi mente dejara de pensar en ella. Pasé mis dedos por mis labios donde su beso aún ardía.

«Sí», Donata saltó en su asiento. «Y yo, pensé en participar también».

«Oh», Santino gruñó. «Le otorgaría a la Casa Salvatore dos mil puntos si me dejas mirar».

«No te pongas lindo», ella puso los ojos en blanco. «No jugaré este año. En cambio, me aseguraré de que ninguno de ustedes gane».

«¿Qué?», me reí. «Ahora solo estás inventando una mierda».

«Dije que quería que fuera épico. Así es como voy a lograrlo. Tiene que enamorarse de uno de ustedes, a mi pesar».

«Ya tienes algo planeado. ¿No?», sacudí la cabeza hacia ella.

«¿Me conoces?».

«¿Quién es la chica?», la miré. A Donata le encantaban los desafíos. Pero no más que a mí. Necesitaba esta diversión.

«La dulce protegida de mi tía, por supuesto. Aurora Vitali». Agitó los dedos detrás de ella hacia Aurora.

Mierda.

«¡No me jodas!», Santino bebió el resto de su champaña. «Ella ya ha visto lo que puedo hacer. Esta apuesta está en la bolsa. ¿Estás segura de que esta es la chica que quieres?».

«Estoy segura. El sexo no es amor, Santi», ella se volvió hacia mí. «¿Aún estás dentro, altura?».

«No», me puse de pie. «Estoy fuera».

CAPÍTULO 14

Casi me la creí

AURORA

Tres mesas más abajo a mi izquierda, Enzo se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Todo mi cuerpo se tensó porque lo único que quería hacer era perseguirlo. Quería hablar con él sobre lo que pasó. Lo que más quería saber era qué había estado a punto de pasar en el baño. Me miré las manos mientras el calor subía a mis mejillas. ¿Por qué me había besado?

A mi lado, Angelo se rió en voz baja. Consideraba adorable mi sonrojo, lo que me enojó. Era muy condescendiente. Si pensaba que yo era una niña, ¿por qué seguía aquí? Todo era demasiado extraño.

«Iré por unos postres para nosotros», se puso de pie y se alejó.

Miré los intrincados diseños florales en la alfombra mientras sus zapatos de cuero italiano desaparecían de mi vista. Mi cabeza nadaba con una infinidad de emociones con las que no tenía idea de qué hacer. Por un lado, estaba enojada con papá por invitar a Angelo a nuestra mesa. Decepcionada con mamá por permitir que sucediera, por pensar que papá, al final, haría lo correcto. Toda mi vida era una prueba de que papá solo hacía lo mejor para él.

Además de todo lo demás, Enzo decidió besarme, lo que puso mi mundo patas arriba. Hace una hora, tenía un plan que me ayudaría hasta la graduación. Iba a hacer lo que papá me pidiera. Sonreír cortésmente a sus pretendientes elegidos y hacer todo lo posible para no apuñalarlos con un cuchillo de mantequilla. El próximo verano desaparecería para siempre. Y entonces papá no tendría nada que decir sobre mi vida.

Confiaba mucho en el hecho de que la Signora Vittoria se hubiera ofrecido a ayudarme. Si ella pudiera llevarme a Columbia, sería libre, para ser mi propia persona y tomar mis propias decisiones. Todavía tenía que averiguar cómo pagarle, pero un problema a la vez.

Mi mirada recorrió la habitación hasta donde Enzo y Don Alfera estaban junto a la entrada. Bien, lo primero es lo primero. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir el último año sabiendo que a Enzo le gustaba besarme? Y tenía tantas preguntas para él. ¿Se ponía duro cada vez que estaba con una chica? O si lo hubiera dejado, ¿habría llegado hasta el final?

Dios mío, no había pensado en sexo.

Bueno, sí. Simplemente no pensé que Enzo sería una opción. ¿Sería él? ¿Me deseaba? Era un miembro de la realeza, algo que no podía pasar por alto. Yo era una don nadie. La chica nueva que se había colado en su mundo mafioso. Pero si él me deseaba... ¿lo quería así? ¿Estaba dispuesta a llegar tan lejos con él, sabiendo que nunca podríamos ser una pareja real? Las preguntas dieron vueltas en mi cabeza hasta que todo fue un revoltijo de pensamientos

incoherentes.

Al final, todo se redujo a una cosa, Enzo y yo éramos una imposibilidad de proporciones épicas, sin importar cómo lo mirara. Estaba destinado a ser rey. Y me dirigía a Columbia. No podría estropear eso. No podía dejar que se metiera con mi cabeza o mis planes. Punto.

«Hola».

«¿Qué?», mi cabeza se levantó de golpe. Los brillantes ojos azules de Donata dibujaron una sonrisa en su rostro. Dios, era hermosa, incluso deslumbrante. «Dije, hola».

«¿Te importa?», hizo un gesto hacia la silla.

Asentí. Por costumbre..., sí, ahora era una costumbre, escudriñé la habitación en busca de Enzo. Cuando lo encontré en la barra hablando con Angelo, cambió su peso para mirar en mi dirección. Volvía a odiarme otra vez. Su mirada melancólica rápidamente disolvió todas las malas y sexis ideas en mi cabeza. Y ahora, solo quedaba una pregunta, ¿se arrepentía de haberme besado?

«¿Hay alguien en casa?».

«¿Qué?», volví a fijar la mirada en Donata.

Se sentó en la silla de Angelo. «Dije, ¿estás disfrutando el almuerzo?», colocó una mimosa frente a mí. «Ayuda. Confía en mí», me dijo.

«Gracias», bebí un sorbo de la copa. Penny me había advertido que no entablara una conversación con ningún miembro de la realeza a menos que hicieran una pregunta directa. Me froté la frente. Todas estas reglas me estaban volviendo un poco loca. Decidí ser yo misma y olvidarme del protocolo. Después de todo, Donata había venido a mi mesa. «¿Son estos eventos siempre tan difíciles?».

«Sí, desafortunadamente», se rió. «Terminará pronto».

«Casi me la creí», le lancé una mirada a la maestra de ceremonias. A ella seguro le gustaba hablar. «¿Necesitas algo? Tú nunca me hablas».

«Nunca es una palabra tan fea», me guiñó un ojo. «Pero sí, tenía una razón para venir. Penny mencionó que estabas interesada en ser animadora».

«Sí», me senté un poco más erguida, ignorando las miradas de Enzo. Estaba solo ahora. Y nada feliz de estar hablando con Donata.

«Eso es genial, porque quería invitarte personalmente a hacer una prueba para el equipo». Cogió su bolso de mano, sacó su teléfono y me lo dio. «Toma, ingresa tu número y te enviaré un mensaje de texto con los detalles».

Sostuve el dispositivo con cuidado mientras escribía mi nombre completo y número en sus contactos. Cuando se lo devolví, escribió rápidamente. Mi teléfono sonó junto a mi copa de champaña. Mi primer texto de Donata Salvatore. ¿Qué estaba pasando ahora mismo?

«Gracias. Allí estaré. Esto es increíble. Ni siquiera sabía que hacían pruebas».

«Ahora, hazlo tú» Mientras guardaba su teléfono, miró en dirección a Enzo. Ella no pareció afectada por su mirada molesta. «Disfruta el resto de tu fin de semana. Te veré mañana después de la escuela».

«Sí. Gracias», hice una señal de despedida mientras se retiraba.

Aparte de Penny, no tenía amigos en Midtown High. Y ni siquiera era realmente mi amiga. La Signora Vittoria la había contratado para que me ayudara con la escuela y no me metiera en problemas. Como ella había dicho, mi éxito estaba ligado al de ella porque estaba segura de que ayudar a la mano derecha de don Alfera devolvería el favor a su familia. Desde el primer día, Penny no ocultó el hecho de que nuestra relación era más de negocios que de placer. No éramos exactamente amigas.

Pero ahora, tenía la oportunidad de ser realmente parte del redil. Un lugar en el equipo de animadoras sería suficiente para mí. Realmente quería creer eso.

EL LUNES por la mañana llegué al primer período con el corazón en la garganta. Había pasado el resto del domingo temiendo llegar a la escuela y enfrentarme a Enzo y sus muchos estados de ánimo. Presioné mi libro de química contra mi pecho y me obligué a entrar al salón de clases.

Penny ya estaba sentada en nuestra mesa. Enzo y los demás miembros de la realeza aún no habían llegado. Solté un suspiro y me dirigí a mi asiento.

«Buenas», Penny me saludó con una sonrisa. «¿Cómo estuvo el almuerzo? No puedo creer que no nos hayan invitado».

«Oh, no me di cuenta», dejé caer mi mochila al suelo junto al banco del laboratorio. «Podrías haber venido con nosotros. Había muchas sillas en nuestra mesa. Nadie quería sentarse con nosotros», me encogí de hombros.

«Gracias», me dio unas palmaditas en el hombro. «Pero no es así como funcionan estas cosas. Si don Alfera no nos invitó, es lo mismo que estar desterrados».

«Eso es duro».

«No tienes idea. Escuché que la pasaste bien».

«¿Escuchaste?». Instintivamente miré por encima del hombro hacia la mesa de Enzo en la parte de atrás. ¿La gente nos había visto a él o a mí salir del baño de mujeres? «¿Qué...? eh, ¿qué escuchaste exactamente?».

«Que Donata te invitó al equipo de animadoras».

«Oh, sí, lo hizo», le sonreí. «Eso es algo bueno, ¿verdad?».

«Hmm, es difícil de decir. Ha invitado a chicas en el pasado. Pero, sobre todo, las pruebas son un momento divertido para la realeza. Todos simplemente se sientan ahí y se burlan de las aspirantes».

«Espera, ¿qué? Te refieres a Enzo...», cuando ellaladeó la cabeza, agregué, «¿Rex y Santino también estarán allí? ¿Por qué? ¿Qué saben ellos sobre las animadoras?».

«¿Necesitan una razón? ¿En serio? No necesitan saber nada sobre animación. Lo hacen porque les resulta entretenido. Algunas chicas lo ven como una oportunidad para intentar llamar su atención. Ya antes nos hemos roto brazos, hemos tenido caídas desagradables, desperfectos en el vestuario. Todo el mundo se esfuerza mucho. La competencia puede volverse intensa». Apoyó el codo en la mesa y movió el cuerpo para quedar frente a mí. «¿Estás segura de que quieres intentarlo? Quiero decir, ¿puedes siquiera hacer una voltereta?».

«Puedo hacerlo. Sorprendentemente, tengo buena coordinación, lo creas o no», me reí. «Solía ser animadora en mi otra escuela. Quiero intentarlo».

Las animadoras habían sido la razón por la que me desperté temprano esta mañana. Por muy avergonzada que estuviera de enfrentarme a Enzo nuevamente, estaba realmente emocionada por las pruebas de esta noche. Pero si todo fuera solo una gran producción para el entretenimiento personal de la realeza, tal vez debería quedarme fuera.

«¿Crees que debería evitarlo?».

«No, no es eso. Donata te invitó. Y ahora, prácticamente tienes que ir. Solo quiero asegurarme de que no vayas a hacer el ridículo. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?»., dijo con total naturalidad.

«Quiero hacerlo. ¿Irías conmigo?».

«¿Y darle a Donata la oportunidad de decirme exactamente qué está mal conmigo? No, gracias», frunció el ceño como si considerara sus opciones. «Estaré mirando desde las gradas. Eso es lo mejor que puedo hacer».

«Lo tomo», me incliné para apretarle la mano. «Gracias».

Ella se quedó helada. Cuando me volví para disculparme por tocarla sin preguntar, ella ni siquiera me estaba mirando.

«Buenos días, chicas», Donata salió del pasillo y entró en nuestro espacio. «Penny, no sé si Rory te lo dijo, pero le pedí que se uniera a nuestro equipo de animadoras. ¿Te unirías a nosotras también?».

«Por supuesto. Me encantaría», dijo Penny sin perder el ritmo.

«Excelente. Las veré a ambas esta noche», hizo una señal de despedida mientras caminaba hacia el fondo de la habitación.

«Oh, no. ¿Podrás hacerlo?», me acerqué a Penny para preguntarle.

«Carajo. Quiero decir, puedo hacer algunos movimientos, pero no soy una animadora. Mierda», se giró para mirar al frente de la clase.

«Podemos practicar juntas, si quieres», le froté el brazo cuando abrazó su libro y acomodó su cabeza entre sus brazos cruzados.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Mi reacción fue buscar a Enzo en la puerta. Estaba inmerso en una conversación con Rex. Pero en el momento en que me vio, frunció los labios e inhaló profundamente. Si antes tenía dudas, ahora ya no. Se arrepentía de haberme besado.

Pasó junto a nuestra mesa y su olor me envolvió como un capullo. No luché contra eso. Lo respiré hasta que el aire se aclaró y él estaba completamente atrás.

¿Por qué le devolví el beso?

“*Saca tu lengua*”. Sus palabras de ese día en el baño hicieron que mis labios volvieran a sentir un hormigueo. Mi cuerpo se calentó y luego no había nada que pudiera hacer para evitar caer en la madriguera del conejo Enzo. Su boca sobre la mía, su lengua, sus manos.

«Esa eres tú», Penny me dio un codazo en las costillas.

«¿Qué?».

Ella señaló a mi derecha. Levanté la vista y miré al señor Taylor. «Srita. Vitali, ¿podría pasar esto, por favor? Asegúrese de que cada persona reciba uno de cada color. La fotocopidora fue un infierno esta mañana».

«¿Por qué?», pregunté.

«¿Disculpe?», el maestro se inclinó para captar mis palabras.

«Quiero decir, seguro», cogí los dos montones de papeles porque era más fácil que preguntar por qué me había elegido para esta tarea.

Comencé con nuestra mesa, sacando una hoja color melocotón de la parte inferior y una blanca de la parte superior, luego pasé a la siguiente fila. En general, nadie me prestaba mucha atención. Simplemente me quitaban las páginas y empezaban a leer. Cuando terminé de distribuir los paquetes en las dos primeras filas de mesas, ya tenía un buen sistema en funcionamiento. Aunque cuando comencé a avanzar hacia atrás, mis dedos se pusieron rígidos. Afortunadamente, Enzo había pasado de lanzarme dagas por existir a fingir que era invisible. Eso calmó un poco mis nervios.

Este fue el momento en que Rex y Santino decidieron prestarme toda su atención. No lo había notado antes, pero eran tan malos como Enzo cuando se trataba de emitir vibraciones intensas. Podía sentir sus miradas sobre mí, como largos dedos acariciando mi piel demasiado sensible.

Los profundos ojos azules de Rex eran charcos de serenidad. Aunque la energía que percibí de él estaba lejos de ser serena. Era peligroso. No tengo idea de cómo lo sabía. Era algo así como un presentimiento. Se reclinó y me miró con gran interés mientras colocaba los trozos de papel frente a él. Lo había visto antes. Una vez, en circunstancias extremadamente embarazosas, tenía que recordar quién era yo. Pero ahora mismo me miraba como si me viera por primera vez.

«Gracias», sonrió, con un gesto sexi y cegador que me hizo retroceder.

Mi corazón se aceleró porque no estaba segura de cómo actuar con la realeza. Se suponía que no debía hablar con ellos, pero ¿cuál era el protocolo cuando me miraban o me decían gracias?

«De nada», seguí adelante sin hacer contacto visual.

«¿Puedes darme dos copias?», Santino extendió la mano. Por un momento, pensé que iba a tocar mi mano, pero simplemente acercó sus dedos a los míos. El calor de su cuerpo me golpeó justo en el pecho. Levanté la vista por pura curiosidad. Su mirada color avellana era hipnotizante. Durante unos buenos cinco segundos no pude moverme. Luego me sonrió como si supiera algo que yo ignoraba.

Estos tipos tenían que estar jugando conmigo.

«Por supuesto», me quedé allí y realicé mi pequeño proceso dos veces, mientras Donata reía entre dientes en una mesa.

Así que así iba a ser esta noche en las pruebas de animadoras; yo actuando como un mono de circo mientras la realeza me veía tropezar. Apuesto a que Donata pensaba que sería un desastre, así que me invitaba para asegurarse de que tuvieran entretenimiento sólido esta noche.

«No les hagas caso», Donata me quitó los papeles. «Crean que están siendo graciosos».

¿Graciosos? No encontré nada gracioso en su escrutinio, más bien desconcertante y mortificante.

«¿Cuántas copias necesitas?», pregunté.

«Solo una para cada uno», ella sonrió cortésmente y me devolvió los papeles sobrantes. Había cogido un juego para ella y otro para Enzo.

Al menos ahora no tenía que interactuar con él. Ni siquiera se dio cuenta de mi presencia mientras escribía algo en su teléfono. Respiré profundamente y regresé a mi mesa.

«Esta noche va a ser un espectáculo de mierda», dijo Penny en voz baja y abrió su libro de química con un resoplido.

«Creo que tienes razón».

CAPÍTULO 15

El sexo y el asesinato califican como épicos

ENZO

«Estoy aquí para las pruebas. No por la apuesta», caminé alrededor de la mesa de los jueces y me dejé caer sobre ella.

Las pruebas de animadoras eran una tradición de la realeza. Podíamos elegir a quién queríamos presentes en un extremo del campo de nuestros partidos. Este año, no tenía ninguna duda de que Aurora entraría al equipo. Aunque solo fuera porque encajaba con el plan de Donata para el concurso de este año “Terminando con la virginidad”. No tenía ningún interés en la apuesta, pero seguía siendo el mariscal de campo. Necesitaba asegurarme de que mi equipo estuviera contento con el nuevo equipo de animadoras.

«Por supuesto», Donata se encogió de hombros y se sentó a mi lado. Cuando Santino y Rex se detuvieron en el umbral, ella les hizo un gesto para que se unieran a nosotros. «Solo tenemos diez minutos antes de que aparezcan las chicas».

«Entonces, ¿ha aceptado participar?», Santino acercó una silla frente a nosotros y la giró. «Sabía que se daría cuenta».

«No, sigue fuera», Donata puso los ojos en blanco. «Pero puede escuchar si quiere. No es que la información que tengo sobre Rory sea confidencial».

Me recosté y estiré las piernas frente a mí. Desde el domingo, cuando Donata anunció su elección para la apuesta de este año, no había dejado de pensar en Aurora, en el premio de este año.

Cuanto más intentaba no pensar en Rex o Santino ganando, más mi mente evocaba imágenes de los tres juntos. Por razones que desconocía, no podía soportar la idea de que mis amigos la tocaran. Pero participar en esta apuesta me pondría en una situación para la que no estaba preparado. No podía pasar todo mi tiempo libre con Aurora. Hacer que se enamorara de mí requeriría tiempo y esfuerzo. Tendría que llegar a conocerla realmente. Ésta era la parte sádica del juego de Donata.

Podríamos tener relaciones sexuales con quien quisiéramos simplemente pidiéndolo.

Con Aurora, tendríamos que idear un plan para estar a solas con ella, saber qué le gustaba y encontrar puntos en común.

«Cobarde», Rex dio un paso hacia nosotros y cruzó los brazos sobre el pecho.

«Sabes que eso no es cierto», solté un suspiro. «Parece que sería un mal sexo».

«Bueno, ese es el desafío, ¿no?», Santino sonrió. «Planeo usar mi tiempo para asegurarme de que ella aprenda algunas cosas primero».

La ira que asomaba su fea cabeza cada vez que pensaba en Santino y Rex con Aurora se arrastraba hasta mi pecho y amenazaba con reventarlo. Cambié mi peso y lo miré. «¿Qué te hace pensar que ella quiere aprender?».

«Una corazonada», movió las cejas, sonriendo.

No se equivocaba. Aurora estaba ansiosa por saber más. Pensé en su primer beso. Qué pasiva había sido al principio. Pero después de que la guié, mejoró muchísimo. Me toqué los labios con el pulgar. Sí, Aurora seguramente quería aprender.

«Oh, están aquí. Hablaremos después». Donata agarró el portapapeles y saludó a las primeras chicas que llegaron.

En cuestión de minutos, la fila recorría todo el gimnasio. Conté aproximadamente cincuenta participantes. No era una mala participación. Este era nuestro tercer año realizando las pruebas. Tenía algunos ejercicios planeados que tenían que ver principalmente con la resistencia. Me gustaba ver a las chicas hacer acrobacias y una rutina bien coreografiada. Rex prefería la parte de la entrevista. Cualquiera que no pudiera soportar su interrogatorio y el de Donata no tenía por qué estar en el equipo. La calificación de Santino se basaba únicamente en lo bien que se veían con una camiseta mojada.

La última parte de las pruebas era una recaudación de fondos dirigida por Santino. Las participantes que superaran la primera ronda de recortes, eran asignadas a un semáforo en Harlem, donde lavarían autos durante una hora. El truco consistía en dejar los vehículos limpios en el tiempo que tardaba el semáforo en ponerse verde. Terminaban mojadas y sucias rápidamente, y ese era el objetivo.

Aurora entró al gimnasio y cruzó la colchoneta para encontrar a Penny sentada contra la pared. Casi me levanto y me voy. No me gustó cómo la mera presencia de ella me trastornaba la cabeza. Ahora, debido a la apuesta de Donata, no me gustaba cómo la miraban Santino y Rex.

Me puse de pie. Necesitábamos realizar estas pruebas rápidamente. «Atletas». Proyecté mi voz para que las chicas que charlaban atrás pudieran escucharme. Cuando levantaron la vista con caras de terror, continué, «empecemos con un calentamiento rápido».

Donata caminó hasta el centro de la cancha y las guió a través de su rutina. Mi mirada recorrió a todas las chicas hasta que aterrizó en Aurora. Cuando Donata la invitó a unirse al equipo, sentí pena por ella. La competencia entre las aspirantes era muy feroz; a veces rayaba en lo cruel.

Pero en el momento en que comenzamos, el rostro y el comportamiento general de Aurora cambiaron. No parecía tímida ni intimidada. Por primera vez desde que la conocí, parecía confiada... en casa. Una sonrisa apareció en mis labios, lo cual fue mi señal para ocuparme de otra cosa.

«Terminen», les grité de nuevo. Era hora de ver qué podían hacer. «Alinéense contra la pared. Cinco filas. Veamos esas volteretas».

«Pies juntos cuando aterricen, señoritas», gritó Donata detrás de mí, aplaudiendo. Cuando la primera línea llegó a la pared opuesta, señaló a Aurora. «Vamos. No tenemos toda la noche».

Aurora se giró para decirle algo a Penny, lo que provocó que Donata le gritara de nuevo. «Mantén la línea en movimiento. Sabes hacer una voltereta, ¿no?».

Aurora asintió, pero rápidamente volvió a concentrarse en Penny. ¿Qué demonios estaba pasando? Estaba retrasando la línea. Las chicas detrás de ellas no estaban contentas.

«Pensé que al menos pasarían la primera ronda», Donata puso los ojos en blanco.

«Dales un segundo. Es su primera vez», crucé los brazos sobre mi pecho. Una energía nerviosa revoloteó a través de mí. Por alguna razón, quería que le fuera bien.

Después de otro latido, Aurora finalmente miró hacia adelante e inhaló profundamente. Y luego lo dejó pasar. Cayó sobre la colchoneta en tres giros consecutivos y terminó con un doble giro. Incluso se quedó atascada en el aterrizaje.

«¿Qué tal? La chica puede saltar», Donata me sonrió. «Esto va a ser divertido».

Lancé una mirada por encima de mi hombro. Tanto Rex como Santino se pararon frente a la mesa de los jueces con la boca ligeramente abierta. Y ahí estaba otra vez, ese instinto salvaje de patearles el trasero por mirarla de esa manera. La observé mientras chocaba los cinco con Penny, quien aparentemente también lo había hecho al otro lado del gimnasio.

Donata llamó para dirigirse a las esquinas y todas las atletas rápidamente encontraron sus lugares. Ahora era obvio que estas no eran las primeras pruebas de Aurora. Me quedé atrás mientras Donata las sometía a todas a las pruebas, con volteretas hacia atrás, apertura de piernas y saltos con las piernas abiertas.

Los últimos quince minutos, las puso en grupos de cinco y les pidió que hicieran algunas acrobacias que habían aprendido durante la clínica de animadoras de la semana pasada. Al que Aurora y Penny no habían sido invitadas porque la semana pasada Donata aún no había decidido que este año Aurora sería parte de su pequeño juego.

«¿Qué pensaste que iba a pasar?», le pregunté a Donata cuando se unió a mí en la banca.

«Pensé que sería divertido para ti verla caer de bruces», ella se encogió de hombros. «Ya ha hecho esto antes».

«Sí, lo ha hecho. ¿Realmente vas a dejarla entrar al equipo?».

«Iba a quedarse sin importar nada», ella guiñó un ojo y se alejó, leyendo los nombres en su portapapeles.

Debería haber sabido que ese era el objetivo final de Donata. Quería que Aurora estuviera cerca, para poder influir en ella y asegurarse de que Rex o Santino no la persuadieran fácilmente. Estaba con Donata en esto. Aurora necesitaba mucha ayuda en ese departamento. Rex y Santino podían ser muy encantadores cuando querían serlo.

«Así que Donata está tomando la dulce cereza de Aurora bajo su protección». Rex estaba a mi lado, mirando a Aurora como un halcón. «Me preocupaba que esto fuera demasiado fácil».

«Yo también», Santino se unió a nosotros. «De cualquier manera, esto terminará en dos semanas, como máximo».

Rex se rió entre dientes. «La ronda de entrevistas debería ser divertida».

«Personalmente, estoy deseando que llegue la recaudación de fondos», Santino exhaló ruidosamente.

Me quedé allí como un idiota y dejé que mis imbéciles amigos hablaran de lo fácil que sería la tarea con Aurora. Dentro de un mes, Aurora perdería algo más que su virginidad. Un corazón roto la dejaría amargada y desesperada. Destruiría todas las cosas que la hacían ser quien era, dulce e inocente.

Las entrevistas se prolongaron, incluso cuando cada participante solo tenía que responder la pregunta favorita de Rex, “Si pudieras tener una cita con cualquier personaje histórico, vivo o muerto, ¿quién sería y qué harías?”.

Cuando fue el turno de Aurora, se paró frente a la mesa de los jueces, sin mirarme a los ojos. Se centró principalmente en Donata, quien tenía ese efecto en las mujeres. Confiaban en ella por alguna razón. Incluso con su energía de chica mala, todos confiaban en ella.

«Hola, soy Aurora Vitali. Mmm», se aclaró la garganta como si lo que tenía que decir a continuación fuera un gran secreto, «estoy en la Casa Alfera».

Una calma se apoderó de mí cuando dijo el apellido de mi familia. Sentí como si de alguna

manera ella me perteneciera, como si tuviéramos un vínculo inquebrantable.

«¿Y con quién tendrías tu cita?», preguntó Donata.

«Maya Angelou», Aurora se retorció en su lugar. La confianza que tenía antes cuando caminaba por la habitación había desaparecido.

«¿Y qué harías con ella?», pregunté antes de darme cuenta de que mi boca se estaba moviendo.

Ella me miró con ojos grandes y sacudió un poco la cabeza. «No sé. Supongo que podría leerme sus poemas. Y explicármelos. Creo que hay muchas cosas que no entiendo del todo».

A estas alturas ya sabía lo suficiente sobre Aurora como para que su respuesta no me sorprendiera. Poesía. Pensé en las obras más famosas de Angelou y en lo poco que recordaba de ellas. A Aurora le gustaba la poesía, la que desgarraba el corazón.

«Te puedes ir. Informaremos nuestra decisión la próxima semana». Donata la despidió y llamó a la siguiente persona en la fila.

Me senté allí durante otra hora, sin prestar atención a las respuestas de las demás. Las palabras de Aurora seguían dando vueltas en mi cabeza. Entonces recordé que Donata tenía algo que quería decirnos antes de que comenzaran las pruebas. Fuera lo que fuese, tenía que ser algo grande. Lo suficientemente grande como para despertar el interés de Donata, lo suficiente como para hacer de Aurora nuestro objetivo este año.

La puerta del gimnasio se cerró detrás de la última participante. Dejé escapar un profundo suspiro y solté mi portapapeles sobre la mesa, frotándome los ojos con el pulgar y el índice. «Algunas de esas respuestas fueron simplemente asombrosas».

«¿Almorzar con Kim Kardashian? Eso fue muy gracioso», Rex soltó una carcajada. «¿Cómo es que ella es una figura histórica?».

«¿Votamos ahora?», pregunté. «Las opciones están bastante claras para mí».

«No, todavía tenemos la recaudación de fondos este fin de semana», Santino se puso de pie. «No puedo tomar una decisión sin esa valiosa información».

¿Quería ver a Aurora toda resbaladiza y mojada mientras lavaba autos? «Entonces decidiremos el sábado». Quise levantarme, pero Donata me agarró del hombro.

«Todavía necesito decirte algo sobre Rory». Esperó a que me recostara en mi silla plegable.

«Y, ¿qué tienes sobre ella? ¿Algún novio que debemos conocer?», preguntó Rex. Este era su territorio. Rex sabía que los secretos hacían girar al mundo.

Dirigí mi atención a Donata. En todo este tiempo, no había considerado la idea de que Aurora pudiera estar ya enamorada de otra persona.

«Sin novio», ella sonrió, completamente satisfecha consigo misma. «Tiene un prometido».

«¿Qué carajo?», me paré. «¿Ella se va a casar?».

«Así es», Donata asintió.

«Vaya, eres buena», Santino se rió entre dientes y señaló con el dedo a Donata.

«Gracias».

«¿Cuál es el problema en eso?». Podría decirles que sabía con certeza que Aurora no estaba enamorada. Y la razón por la que lo sabía eso era porque conmigo había sido su primer beso. Si Aurora tuviera un prometido, no podría ser un matrimonio por amor. «Tiene que haber más en esa historia».

«Esto es lo que sé por un pequeño reconocimiento que hice».

«Escuchaste una de las conversaciones de tu tía, ¿no?», sacudí la cabeza hacia ella.

«Sí», ella levantó las manos. «Pero hay que admitir que el plan es sólido. Damos una lección a su pomposo padre mientras nos divertimos un poco».

«¿Qué escuchaste?».

«Su padre ha arreglado un matrimonio entre ella y Angelo Soprano. Casi tan pronto como cumpla dieciocho años, en diciembre. Mi tía cree que Stefano, el padre de Rory, tiene la impresión de que necesita lazos familiares para garantizar que su lugar dentro de la Sociedad esté asegurado», frunció los labios y tragó, «he conocido a ese tipo antes. Es un completo asqueroso. Un vómito», Ella fingió asquearse.

Entonces esa era su perspectiva. En el fondo, Donata vivía a la altura del nombre y los ideales de su familia. La mascota de los Salvatore era la pantera, la feroz guardiana, por una razón.

«¿Ella ha aceptado este matrimonio?», ya no tenía sentido fingir que no me importaba. Técnicamente hablando, no me importaba, aunque estaba intrigado.

«No sé si ella lo sabe. Su cumpleaños es dentro de tres meses», se encogió de hombros. «Para entonces, ella lo sabrá con seguridad. Piénsenlo de esta manera, gracias a nosotros, ella se casará sabiendo lo que es hacerlo por amor».

«Donata, la romántica», me incliné para pellizcarle la mejilla, pero ella apartó mi mano de un golpe.

Incluso si sus intenciones fueran extrañamente nobles, esta apuesta iba a alterar la cabeza de Aurora de manera importante. Mierda. Así que no sólo tenía que aguantar que Rex y Santino la atacaran, sino que ella iba a ser la esposa de Angelo. Como en, para siempre, solo follándolo a él.

«¿Ustedes siguen dentro? Porque, según tía Vittoria, Angelo estaba buscando una novia virgen. Si llega a su noche de bodas y descubre que fue engañado, tomará represalias contra su padre. Posiblemente contra su familia», Donata no parecía tan preocupada por el bienestar del padre de Aurora.

«Yo estoy dentro», Rex habló primero. «Querías que fuera épico. Yo diría que el sexo y el asesinato califican como épicos».

«Así que, déjame ver si lo entiendo. Tenemos que reventarle la cereza antes de que se case», Santino se frotó la mandíbula.

«El reloj corre», Donata dio dos golpecitos a su reloj.

«A la mierda. Todavía estoy dentro».

«¿Y tú, Enzo?», Donata se volvió hacia mí. «¿Has cambiado de opinión? ¿Ahora la apuesta es lo suficientemente desafiante para ti?».

«Estás un poco enferma. ¿Lo sabes?», pasé ambas manos por mi cabello.

«Por eso me amas», sonrió.

Al principio, había dicho que no a la apuesta porque no quería tener ningún motivo para estar cerca de Aurora o hablar con ella. Tenía cierta influencia sobre mí y eso no me gustaba. Eso había sido antes de saber que me enterara de que ella pertenecería a otra persona, antes de saber que no podría tenerla. Yo no era un caballero de brillante armadura. No estaba aquí para salvar a Aurora de un canalla diez años mayor que ella. No, quería a Aurora para mí.

«Sí, estoy dentro».

CAPÍTULO 16

¿Alguna vez has visto jugar a un gato con un ratón?

AURORA

«Llega tarde otra vez, Srita. Vitali», el señor Taylor me miró por encima del borde de sus gafas con la mano sobre la pizarra. «Es la tercera vez esta semana».

«Lo sé. Lo lamento. El tráfico ha sido... eh... no lo sé. Difícil». Caminé hasta mi asiento mientras toda la clase me miraba.

«Sus compañeros de clase tuvieron que soportar las mismas condiciones de tráfico. Y aun así lograron llegar a tiempo».

Quería decirle que no había sido mi culpa. Nuestro conductor tardó más de lo habitual en llevarme a la escuela. El miércoles decidió tomar un camino diferente. Ayer, simplemente no se presentó a la hora prevista. Y hoy, condujo muy despacio. Había considerado que tal vez lo estaba haciendo a propósito. ¿Pero qué ganaría si me hiciera llegar tarde?

«Página setenta y dos», el señor Taylor señaló mi libro de química. «La señorita Conti puede ayudarla a ponerse al corriente».

Asentí y dejé mi bolso al lado de mi asiento. «Lo siento».

«Empieza a medir», Penny deslizó la báscula hacia mí. «Tenemos que terminar este laboratorio hoy. O mi mamá no me dejará participar en la recaudación de fondos de mañana».

«No te preocupes. Lo lograremos». Coloqué el vaso en la báscula y puse en cero la pantalla.

«Puede terminar durante la detención», el señor Taylor colocó una hoja rosa sobre la mesa. «Que lo disfrute».

Carajo. ¿Ahora tenía detención? Cogí el papel y lo metí en mi mochila. Cuando miré hacia las mesas del fondo, Enzo me miraba. Por una vez, no fijaba sus ojos en mí. Sus ojos incluso tenían un atisbo de sonrisa en ellos. Juraría que sus cambios de humor me tenían aturdida y confundida.

A medida que avanzaba el día, descubrí que Enzo no era el único que se comportaba amable conmigo en la escuela. O tal vez no agradable, pero al menos no hostil como el primer día de clases. Las caras amigables me ponían de mejor humor. Incluso si todavía tuviera que cumplir mi primer castigo por la tarde. Estaba planeando usar ese tiempo para hacer la tarea, así podría reunirme con el equipo de animadoras en la mañana.

Según Penny, la recaudación de fondos era solo una excusa para que la realeza y el equipo de fútbol vieran a las porristas mojadas y enjabonadas. No me importaba. No era como si estuviéramos lavando autos desnudas. Aunque escuché a algunas participantes discutir opciones de bikini. La idea de desfilas frente a Enzo con un traje diminuto me hizo sonreír. No debería

pensar en él así. Nuestro beso del fin de semana pasado no significó nada. Pero no podía evitarlo. Era difícil de olvidar.

«Veo que ahora te comportas y llegas a clase a tiempo». Santino se puso a caminar a mi lado en medio del corredor.

Por un momento, no estuve segura de si me estaba hablando a mí. Miré hacia atrás, esperando ver a un grupo de chicas riéndose de mí por algún chiste que desconocía. ¿Por qué Santino estaba siquiera en el mismo espacio que yo? En las últimas semanas, desde que empezaron las clases, no lo había visto en el edificio Salvatore después del almuerzo. Estaba segura de que no tenía clase en este piso.

Esperó a que me orientara y luego sonrió. «¿Tienes detención esta noche?».

«Oh. Eso. Sí, me castigaron por llegar tarde a clase».

«Tres veces», levantó tres dedos. «Qué rebelde».

Me reí. Cuando Santino no se burlaba ni me miraba de arriba abajo, podía ser muy carismático, incluso agradable. Levanté la mirada para encontrarlo. Estaba siendo amable conmigo de verdad. ¿Por qué? ¿Porque había muchas posibilidades de que entrara en el equipo de animadoras? El nudo que había tenido en la garganta desde el primer día de clases comenzó a disolverse lentamente mientras me perdía en sus ojos color avellana.

«¿Estás lista para la recaudación de fondos de mañana? Cambiamos de lugar. ¿Recibiste el mensaje de texto?». Cambió su atención a una chica que nos miraba con la boca ligeramente abierta y luego nos guiñó un ojo. «Ahora, será aquí en la escuela. En el patio delantero».

«Sí», miré hacia atrás y reconocí a la chica que echaba humo a unos metros de nosotros. «¿No es ella tu novia?».

Ella era la pelirroja de la casa de playa de Enzo. Mis mejillas ardieron cuando el recuerdo de Santino acurrucado entre sus piernas brilló en mis ojos. Mi corazón se aceleró cuando la imagen rápidamente se transformó en otra cosa: Enzo besándome, Enzo preguntándome qué vi, Enzo alimentándome con chocolate picante.

«¿Quién? ¿Hannah? No, más bien amigos con beneficios». Se detuvo frente a la puerta de mi salón de clases. «Aquí estás. Sana y salva».

«Gracias. No necesitaba que me acompañaras a clase. Ahora conozco mi camino», le sonreí.

«Fue un placer», se inclinó, pero sus ojos estaban enfocados en algo detrás de mí. «Te veré después de la escuela».

«¿Lo harás?».

«Sí, yo también tengo detención», me sonrió. «Disfruta de la literatura inglesa».

Me quedé allí y lo vi dar grandes zancadas mientras la gente se apartaba para dejarlo pasar. Dobló la esquina al final del pasillo y el hechizo se rompió. Cualesquiera que fueran sus razones para ser amable conmigo, no me importaba. Lo único que me importaba era que, ahora, ya no era tanto una extraña.

Sonó el timbre y pasé corriendo el umbral para que no me marcaran retardo. Aunque no necesitaba apresurarme ya que el Dr. Reid aún no había llegado.

«Hola», Enzo me sonrió cuando me senté en mi escritorio, junto a él.

«¿Hola?». No quise que saliera como una pregunta. Este día se volvía cada vez más extraño. Primero, todos en el almuerzo habían sido amables conmigo. Luego, Santino me acompañó a clase. ¿Ahora Enzo me estaba saludando?

«No me di cuenta de que eras amiga de Santino».

«No lo soy», espeté.

Incluso si Enzo hubiera pasado un mes entero fingiendo que yo no existía en la escuela,

todavía no quería que pensara que estaba interesada en Santino. Un momento. ¿Quería que pensara que estaba interesada en él? Ese barco había zarpado hace mucho tiempo. Más concretamente, había zarpado el día que le dejé enseñarme a besar en el baño de mujeres de un hotel de lujo. Este tipo de cosas nunca pasarían en Las Vegas. Ese lugar se sentía muy lejano ahora. Como si el tiempo que pasé allí le hubiera pasado a otra persona.

«Pero dejaste que te acompañara a clase», se cruzó de brazos y los apoyó en su escritorio, girando la cabeza para mirarme.

La sexi sonrisa que apareció en sus labios me hizo sentir llena de alegría por dentro. «Él no lo pidió exactamente. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás hablando conmigo ahora? El fin de semana pasado, pensé que estabas enojado conmigo por...», me aclaré la garganta y mis mejillas ardieron de nuevo. Apuesto a que estaban de color rojo brillante. «Ya sabes».

«Por besarme».

Eché un vistazo detrás de mí para ver si alguien lo había escuchado. Pero todos los demás estudiantes estaban ocupados con sus propias conversaciones.

«Yo no...», comencé a decir que no lo había besado, pero eso no era cierto. Claro, él empezó todo, pero yo participé voluntariamente. No había olvidado lo suaves que se sentían sus labios contra los míos.

«Nunca podría enojarme contigo», se pasó una mano por el pelo mientras examinaba mi rostro. «Quiero mostrarte algo».

«¿Qué es?».

«Aquí no», frunció el ceño. «Encuéntrame después de la escuela. En el patio», señaló la ventana, desde donde se veía la torre del reloj. «Más allá de los arcos».

«Tengo retención después de la escuela».

«No tomará mucho tiempo», se inclinó y susurró, como si nuestro encuentro fuera una especie de reunión clandestina. «Lo prometo».

¿Un encuentro secreto con Enzo Alfera? Mi pecho se expandió como un globo. «Puedo hacerlo».

De alguna manera logré superar estudios sociales y los idiomas del mundo de esa tarde. Cuando terminó nuestro último período, le dije a Penny que tenía que ir a retención y salí corriendo. En el fondo de mi mente, una vocecita me decía que no debería estar a solas con Enzo. Pero una, aún más fuerte, gritaba, “¿Por qué no?”.

Las imágenes de la primera vez que nos vimos pasaron por mi mente, seguidas de recuerdos de él subiendo las escaleras de su casa en los Hamptons, el baño y finalmente el hotel. Enzo era el fuego de la estufa. Cada vez que ponía la mano encima me quemaba. Una persona normal ya habría aprendido la lección y no habría vuelto a acercarse. Pero parecía que cuando se trataba de Enzo, la razón salía por la ventana.

Seguí el camino hacia la torre del reloj y luego me desvié cuando llegué a los arcos. Tal como había dicho Enzo, había un patio detrás del edificio. En esta época del año, las hojas ya habían cambiado a un bonito color rojo carmesí. Me acerqué a la fuente de agua en el centro. Desde aquí, estaba fuera de la vista de los estudiantes que se dirigían al frente de la escuela para ser recogidos.

El viento sopló y me bañó con lo que parecían trozos de papel de colores. Levanté la vista y sonreí al follaje. Mientras estaba sentada al borde de la fuente, las palabras de Penny, de principios de año, inundaron mi mente. “¿Alguna vez has visto jugar a un gato con un ratón?”.

¿Era eso lo que era esto? ¿Un juego?

Me froté la frente y traté de poner todo en perspectiva, y rápidamente llegué a la conclusión

de que no podía estar aquí, reuniéndome así con Enzo. Antes de perder la determinación de irme, me puse de pie. Pero cuando me volví para encontrar el camino que conducía de regreso a la torre del reloj, me encontré cara a cara con la 'no-novia' de Santino. No había olvidado que había visto algo en su cara cuando me vio con Santino.

«Ahí está», me sonrió. Fue un gesto escalofriante que hizo que mi corazón se acelerara. «A los estudiantes no se les permite estar aquí. El patio es solo para profesores».

«No lo sabía. Eh, ya me voy».

«Oh no, quédate».

Tan pronto como ella dijo las palabras, dos chicos entraron al patio. ¿Habían estado escondidos más allá de los árboles, esperando su señal para entrar? Uno de ellos tenía una pelota de fútbol bajo el brazo. Y el otro llevaba una bolsa de gimnasia al hombro, como si se dirigieran a practicar.

«Es Rory, ¿verdad?», el chico alto de cabello rubio y ojos azul intenso se acercó a mí. «Te vi en las pruebas de las porristas. Nada mal».

«Gracias», bajé la cabeza. Algo en la forma en que me miraban no me parecía bien.

«Soy Brody. Este es Ian», hizo un gesto hacia su amigo, que ahora me miraba como si yo fuera algo extraño.

«Encantada de conocerlos», recogí mi bolso y me dispuse a irme.

«No tan rápido», Brody me agarró el brazo. «Hanna dice que Santino se ha interesado en ti. Teníamos curiosidad».

«No sé a qué te refieres». ¿Se trataba realmente de que Santino me acompañara a clase más temprano? «Llego tarde a la detención».

«Apuesto a que ella da buenas mamadas». Ian titubeó, dándole un codazo a Hanna. «¿Por qué si no Santino andaría cerca de ella?».

Hanna se rió con él y dio un paso atrás para dejarlo pasar. La mirada en sus ojos debería haber sido una advertencia. Debería haberme ido en el momento en que apareció Hanna. En una confusión de brazos y cuerpos, Brody me empujó contra el pecho de su amigo. Cuando me di vuelta para alejarme de ellos, Ian envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo y me arrastró hasta ponerme de rodillas. Me hundí en la hierba mojada mientras él me abrazaba como un oso. Mi cabeza se levantó de golpe, justo cuando la entrepierna de Brody apareció a la vista.

No es posible que estén pensando en obligarme a hacer esto. Busqué a Hanna, pero ya no estaba. O al menos, no donde pudiera verla. Vi con horror cómo Brody se desabrochaba los pantalones y liberaba su erección.

«Detente», luché contra el duro cuerpo de Ian. Apretó su agarre hasta que pensé que mis costillas se romperían bajo la presión. Las lágrimas corrieron por mis mejillas. ¿Por qué me hacían esto? ¿Por Santino? ¿Porque Hanna pensaba que tenía algún tipo de derecho sobre él?

«¿Abre, cariño?», Ian susurró contra mi oído, luego separó las rodillas para presionar su erección contra mi espalda.

¿Dónde diablos estaba Enzo?

Sollocé cuando me di cuenta de que esto era lo que quería mostrarme. Enzo me había enviado aquí para que sus amigos pudieran recibir una mamada rápida. Esto era un juego para él. Como todas las otras veces, solo quería jugar conmigo y verme hacer el ridículo. Fui un idiota por pensar que quería salir conmigo.

¿Qué estaba pensando? ¿Por qué un miembro de la realeza querría pasar tiempo conmigo? Lo había dicho antes: *no salgo con las ayudas*. Todo este día había sido solo burlas. Algo que empezaban solo por diversión. Donata siendo amable conmigo durante el almuerzo delante de

todos. Santino acompañándome a clase. Y Enzo hablándome como si fuéramos amigos. Todo era un juego cruel. Porque eso era lo que ellos hacían. Sin duda estaban aburridos esta mañana y decidieron que sería divertido ofrecerme con el equipo de fútbol.

Hoy, yo era el ratón que habían elegido para jugar.

Brody agarró su pene y lo bombeó un par de veces. El entusiasmo en su rostro hizo que se me revolviera el estómago. No le importaba que yo estuviera negando con la cabeza o que estuviera luchando contra su amigo. Parecía confiado en que podría lograr que hiciera esto. Que podría obligarme a chupárselo.

«Sé una buena chica ahora. No querrás decepcionar a la realeza, ¿verdad?». Hizo un sonido lascivo que resultó mitad risa, mitad gemido, luego agarró mi mandíbula y la apretó con fuerza hasta que mis labios se abrieran. «Qué boca tan bonita. Te entrenaremos. Te enseñaremos cómo darle a Santino la mejor mamada».

«No». Intenté formar la palabra, pero solo logré un sonido ahogado. El fuerte apretón de Ian cortaba toda mi circulación y el suministro de aire. No podía hablar ni moverme. Las lágrimas y la falta de aire hicieron que los árboles, la fuente de agua e incluso la figura de Brody fueran solo un montón de sombras borrosas. De repente, el aroma amaderado de los arces fue reemplazado por un hedor que sólo podía calificar como sexo: su excitación. «No». Me aferré a esa palabra, aunque ya no podía decirla en voz alta.

Yo no quería esto. No había hecho nada para merecerlo. Repetí el mantra en mi cabeza mientras Brody abría más mi mandíbula para él. Siguió bombeando con la otra mano, como si quisiera disfrutar de este momento, haciéndome encogerme y llorar, antes de sumergirse en mi boca.

En el siguiente latido, mis pulmones se llenaron de aire fresco. Parpadeé para contener las lágrimas mientras intentaba recuperar el aliento. Cuando la escena frente a mí finalmente se enfocó, vi a Brody en el suelo y había sangre por todas partes. Sacudí la cabeza y entonces apareció la forma de Enzo, flotando sobre Brody, agarrando la parte delantera de su camiseta.

El odio en sus ojos me hizo alejarme de ellos.

«¿No la escuchaste, maldito imbécil? Ella dijo que no», Enzo lo golpeó una y otra vez.

Me tapé los oídos para amortiguar el sonido del puño de Enzo golpeando la carne. ¿Estaba realmente aquí para salvarme? ¿O era este otro de sus juegos?

CAPÍTULO 17

Los dos, tú y yo, ángel

ENZO

«Responde». Apreté con más fuerza la parte delantera de la camiseta de Brody.

Quería esperar a que me dijera que había oído a Aurora decir que no. Claramente ella no tenía ningún interés en él. Pero después de otro latido, le di un puñetazo de nuevo. Cada vez que una imagen de él burlándose de Aurora con su polla erecta aparecía en mi mente, veía rojo. Y todo lo que quería hacer era darle una paliza hasta convertirlo en pulpa.

«Ella me pidió que nos encontráramos aquí».

Eso era mentira. La única razón por la que encontraron a Aurora detrás de la torre del reloj era porque yo le había pedido que viniera. Estaba en un lugar donde nadie podía verla ni oírle por mi culpa. ¿Pero qué diablos le daba a Brody el derecho de agredirla solo porque estaba sola?

«Estás mintiendo».

«Lo juro. Hanna dijo que le interesaría». Salpicó sangre y me sujetó las muñecas con ambas manos.

Escaneé el patio, pero solo encontré a Ian a unos metros de distancia. Al menos no había decidido huir. Sabía que no había un lugar en la escuela, o en la ciudad, donde no lo encontraría.

«Ambos me dan asco», empujé a Brody al suelo. Su cabeza golpeó e hizo un ruido sordo satisfactorio. Aunque sabía que eso no era suficiente para borrar la memoria de Aurora y hacerla sentir mejor. Si todavía podía verlo claramente acercándose a ella, no tenía ninguna duda de que ella también podría hacerlo. Señalé a Ian. «Sácalo de aquí. Ambos están fuera del equipo».

«¿Qué?», Ian dio un paso adelante con las cejas arqueadas por la sorpresa. «¿Por qué?».

«¿Me estás tomando el pelo? Agrediste a una estudiante en el recinto escolar, maldito imbécil». Avancé hacia él. Mis nudillos estaban en carne viva y sangrando, pero no me importaba. Yo también quería verlo herido.

Retrocedió y levantó los brazos en señal de rendición. «Ella nos pidió que nos reuniéramos con ella aquí. No puedes echarnos del equipo por su culpa».

«¿No puedo?». Me pellizqué el puente de la nariz. «¿Qué tal esto? Ya no estás en el equipo. Las reglas establecen que solo los estudiantes con buena reputación pueden jugar. Dado que ya no eres un estudiante aquí, no veo cómo puedo retenerte».

«¿Qué carajo?», Brody se puso de pie y se unió a su amigo. «No puedes hacernos esto a todos. Ni siquiera estamos en tu casa».

«Correcto». Me senté frente a la bolsa de deporte sobre el césped mojado con el escudo de Salvatore. «Personalmente mantendré una conversación con la Signora Vittoria. Una vez que le

cuenta cómo trataste a su protegida, estará de acuerdo conmigo. Ya no perteneces aquí».

«¿Su protegida?», Ian frunció el ceño y lanzó una mirada hacia Brody.

«Nos necesitas en el equipo», Brody me miraba, «¿vas a desperdiciar la oportunidad de ganar el campeonato en tu último año por una don nadie?».

«Así es», lo miré, «coge tu basura y lárgate de mi vista».

¿Tenía suficiente influencia en la junta escolar para expulsar a estos cabrones? Posiblemente no. Pero contaba con el hecho de que la protección de Aurora por parte de la Signora Vittoria se extendía a su bienestar físico. Donata tendría que ayudarme a arreglar esto. Si Aurora se había convertido en el objetivo de todos los demás en la escuela, era por culpa nuestra, nuestro repentino interés en ella y la puta apuesta.

Me mantuve firme, con las manos apoyadas en las caderas, desafiándolos a atacarme. Brody dejó escapar un suspiro. Después de varios golpes, aceptó. Se colocó su bolsa de gimnasia al hombro y comenzó a caminar por el camino de grava de regreso a la entrada principal. Tan pronto como se perdieron de vista, volví mi atención al otro extremo del patio.

Cuando entré antes, vi a Aurora correr en esa dirección, que era un callejón sin salida. Solo había una manera de entrar y salir de este lugar. Pasé una mano por mi cabello, tratando de encontrar las palabras que la hicieran sentir mejor, y hacerle entender que estaba a salvo.

Me acerqué a ella. Parecía tan desamparada. Hice ademán de tocarle el brazo. «Oye, ya se han ido».

«No me toques», saltó fuera de mi alcance. Las lágrimas corrían por sus mejillas rojas mientras su mirada recorría el patio, buscando una salida. «¿Era esa tu idea de una broma divertida? ¿Qué te hice alguna vez?».

«No hiciste nada», extendí la mano y ella retrocedió. «Espera. ¿Crees que yo envié a esos tipos aquí?».

«¿Quién más? Me pediste que te encontrara aquí», levantó la voz y apretó los puños, como si quisiera pegarme.

No podía culparla. Estaba enojada y posiblemente herida. Entonces le di el único alivio que pude. Puse mis manos detrás de mi espalda y la miré. Una invitación a que lo dejara pasar.

Ella golpeó su puño en mi pecho. «Confíé en ti», me golpeó de nuevo. Me tambaleé hacia atrás, pero me quedé en el lugar, justo donde ella me necesitaba. «Confíé en ti», repitió.

¿Ella confiaba en mí? ¿Por qué demonios haría eso? La dejé lanzar algunos golpes más, luego la rodeé con mis brazos para que se detuviera y me escuchara. «Lo juro. No sabía que esos tipos te seguirían hasta aquí».

«Pues ya ves, lo hicieron», hizo un gesto de dolor.

«¿Te lastimaron?».

Cuando ella me miró, pregunté de otra manera, «Quiero decir, ¿físicamente?».

«No sé», ella sacudió su cabeza. «El tipo me abrazó con tanta fuerza que ahora me duelen las costillas».

Levanté la vista y conté hasta diez. Todo lo que quería hacer ahora era encontrar a Brody e Ian y mostrarles cómo se sentía el dolor real. Exhalé y busqué dentro del bolsillo de mi chaqueta. Le había traído más chocolate del que le había gustado el primer día de clases. No tenía idea de que nuestro día terminaría con una situación tan jodida.

Desde anoche, no había pensado en otra cosa que encontrarme con Aurora aquí y besarla de nuevo. El dulce iba a ser su recompensa.

«Toma. Come esto», separé un trozo de chocolate y se lo llevé a los labios. «Prometo que ayudará».

Sus ojos se abrieron enormes. Pensé que estaba a punto de decirme que me fuera al infierno, pero en lugar de eso, abrió la boca y aceptó mi ofrenda de paz.

«No tendrás que volver a ver a esos imbéciles nunca más. Lo juro». Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos. Cuando ella no se alejó, tomé su mejilla y la atraje hacia mí para apoyar su cabeza en mi pecho. «Lo siento».

Ella se estremeció. «No les pedí que vinieran aquí».

«Lo sé».

La sostuve en mis brazos durante unos buenos diez minutos. Por mi vida, no podía recordar la última vez que me sentí completo así. O la última vez que sentí que le importaba a alguien. La campana encima de nosotros sonó cuatro veces. Iba a llegar tarde a la práctica. Y ella a la detención. Pero no quería que este momento terminara. ¿Por qué pensaba que podía pasar más tiempo con Aurora y no verme afectado? ¿Por ella? Quizás eso era todo. No estaba pensando.

«¿Por qué me pediste que viniera aquí?», me miraba.

«Quería mostrarte algo. No importa ahora». Presioné mis labios contra su sien. «Fue una idea tonta».

«¿Qué?», ella se alejó de mí. Sus mejillas volvían a estar rosadas y sus ojos estaban libres de lágrimas. «Dime».

Rápidamente escaneé el patio. «Bueno, creo que todos los gritos y golpes lo asustaron».

«¿Asustaron a quién?», frunció el ceño y luego sonrió.

El gesto genuinamente feliz derritió el nudo en mi pecho. Si el chocolate estaba funcionando, tal vez la otra parte de mi plan también podría funcionar. Era estúpido, pero realmente quería que conociera a mi amigo. Prácticamente desde mi primer día de clases en Midtown High, había estado viniendo a este patio en busca de paz y tranquilidad. El semestre pasado, encontré un gatito desaliñado que parecía haber sido herido, probablemente perseguido por algún depredador en busca de comida la noche anterior.

No podía llevarlo a casa, pero tampoco podía dejarlo aquí para que muriera. Así que le preparé un lugar para dormir dentro de la torre del reloj y le di algunos arándanos que tenía en mi mochila. Para mi sorpresa, el pequeño se quedó por ahí. Aquí vivía ahora.

«Espera aquí». Fui a buscar la bolsa del almuerzo que le había traído.

Antes, la había dejado caer junto a la fuente cuando vi a Brody encima de Aurora. Tan pronto como llegué a la fuente de agua, mi gato decidió mostrar su cara de mal humor. Me volví hacia Aurora para decirle que se quedara quieta y no lo asustara, pero ella ya estaba en cuclillas, tratando de llamar su atención.

«Dios mío. ¿Qué es?».

«Es un gato».

«¿Estás seguro?».

«Maúlla como un gato. Estoy seguro», me reí. «Creo que está mezclado. Ha triplicado su tamaño desde que comencé a alimentarlo». Le entregué el recipiente con pollo y guisantes. «Adelante».

Lo abrió y lo dejó en el suelo. “Peludo” era un gato muy asustadizo. Pero su barriga era la parte pensante de él. No le importaba en absoluto que Aurora fuera una extraña. Se acercó a ella y empezó a masticar su cena.

«Es tan suave», ella le acarició la cabeza. «¿Por qué está aquí?».

«Vive en la torre. No pude llevarlo a casa», me senté sobre mis tobillos junto a ella. Si hubiera estado seguro de que papá nunca volvería a casa, habría llevado a Peludo a casa. Pero el viejo aún no había terminado conmigo. Ni siquiera quería pensar en lo que haría si descubría que

tenía una mascota. «A papá no le gustan los animales».

«Es una pena. Mamá es alérgica a los gatos. De lo contrario, le preguntaría si podríamos adoptarlo».

«No hay necesidad. Él es feliz aquí. Tiene una cama, juguetes. Y la señora Mollie lo mimaba muchísimo. Ella es una de las cocineras de la cafetería. La contraté para que lo vigilara y le diera de comer. La semana pasada le preparó conejo con guisantes porque leyó en alguna parte que le haría bien a su pelaje».

«Creo que nunca he conocido a la Sra. Mollie».

«Es una anciana gruñona que trabaja atrás. Es buena en lo que hace, pero al chef le gusta mantenerla alejada de los estudiantes», me encogí de hombros. «Al parecer, los padres se quejaron de su servicio al cliente. No soporta a los mocosos mimados».

«Me imagino», ella se rió. «Bueno, tenía razón. Su pelaje es hermoso». Le rascó suavemente el pecho, donde su pelaje era grande y abundante. «¿Cómo se llama?».

«Peludo», hice un gesto. «Ya sé, no muy original. Los primeros días lo llamé “Desaliñado”, pero luego creció y mejoró y el nombre ya no encajaba», le sonreí.

«Peludo es buen nombre», me miró.

La carga en el aire cambió a algo electrizante y crudo. Lo mismo pasó cuando la conocí en Tiffany; sabía que era estudiante de Midtown High. Lo sentí de nuevo cuando irrumpió en el baño el primer día de clases. Y luego, en el almuerzo cuando nos besamos.

Ese beso.

La agarré del codo y la ayudé a ponerse de pie. Nunca había tenido tantos problemas tratando de decidir qué hacer a continuación con una chica; si debería hacer lo que quería o lo que pensaba que era correcto. Normalmente, lo haría. Las cosas eran diferentes con Aurora. Probablemente porque antes de conocerla me importaba una mierda. Pero ahora me importaba.

«Dime que me vaya al infierno».

Ella sacudió su cabeza.

Miré mis dedos, donde sostenía firmemente su codo. Aflojé mi agarre y deslicé mi mano por su brazo. Enamorarla, ese era el desafío. Pero, ¿a qué precio? Me incliné más hasta que nuestras narices se tocaron. Quería verla entregarse a mí. Ahora que la idea se había arraigado en lo más profundo de mi alma, no podía dejarla ir. La idea de que alguien más la abrazara me enloquecía de celos. Porque eso fue lo que sentí cuando vi a Brody e Ian tocándola como si tuvieran algún tipo de derecho sobre ella.

El tipo de reclamo que Angelo Soprano había comprado.

Rocé sus labios con los míos. Sabía salada. Odiaba que ahora tuviera tan mal recuerdo de este lugar. Si pudiera borrar de su mente lo que había pasado, lo haría. Besé su mejilla y el rabillo de sus ojos para calmarlos. Su risa y la forma en que se aferró a mí despertaron todo tipo de malas ideas en mi cabeza.

Agarré su cintura y la acerqué a mí. Ella no me detuvo, ni me alejó con las palabras de seguridad y eso hizo que mi deseo se apoderara más de mí.

«Joder, ángel. ¿Por qué tienes que ser una chica tan buena?», le susurré al oído y luego capturé su boca.

Ella respondió dándome su lengua. Al igual que antes, me dejó explorar su boca mientras pasaba sus dedos por mi cabello.

«Buena chica».

La encaminé hacia la pared. Cuando mi mano tocó los ladrillos fríos, agarré su muslo y lo envolví alrededor de mi cintura. Sus piernas y su trasero estaban tonificados, su piel era muy

suave. Me incliné para besar su cuello y ella me recompensó presionando su coño contra mi erección. Esta sesión completa de besos no había sido mi plan en absoluto. Pero no podía dejar de pensar en que lo único que nos separaba en ese momento era su ropa interior mojada y mis pantalones. Si liberaba mi polla ahora, estaba cien por ciento seguro de que me dejaría follarla.

Jesús, no quería nada más que enterrarme dentro de ella y montarla hasta que se olvidara de todo y de todos. Cogí mi cinturón y me desabroché la hebilla.

«Enzo», jadeó en mi oído.

Mi nombre en sus labios era puro éxtasis. Me desabroché el botón del pantalón y la presioné contra la pared.

«Detente», murmuró.

Mierda.

Retrocedí, esforzándome por recuperar el aliento. «¿Por qué?». Sabía por qué, pero mi cerebro aún no funcionaba del todo.

«Es demasiado rápido. Yo...». Se tocó los labios con los dedos. «Nunca he hecho esto antes. Quiero decir. No el beso. La otra cosa». Señaló mi polla asomándose a través de mis calzoncillos.

Aurora era virgen.

«No estaba seguro», mentí porque no podía decirle exactamente que Donata ya nos había dicho que lo era. Y que había pasado mucho tiempo pensando en cómo sería ser su primer hombre y qué haría para que fuera bueno para ella. Jesús, si quería que mi pene se calmara, tenía que dejar de pensar en todo el sexo que Aurora no había tenido todavía. «Me dejé llevar».

«Sí, yo también».

Me tomó otro minuto dejar que el fuego que me atravesaba se apagara. «¿Qué tal si te acompaño a la detención?», miré mi reloj. «Si nos damos prisa, todavía podré hacer la segunda mitad de la práctica».

«Sí», ella asintió con esos grandes ojos azules llenos de decepción.

Los dos, tú y yo, ángel. Tú y yo, los dos.

CAPÍTULO 18

Ella estaba conmigo

AURORA

Enzo pasó la yema de su pulgar por el interior de mi muñeca. Estaba segura de que podía sentir mi pulso latiendo fuerte y rápido. También estaba cien por ciento segura de que quería tener sexo conmigo. Una sonrisa apareció en mis labios. Quería que él fuera el primero, pero no tenía ni idea de por dónde empezar con él. No parecía del tipo que hacía todo el asunto de novio-novia. ¿Y quién era yo para pedirle algún tipo de compromiso cuando papá seguía llevando pretendientes a casa? Papá había dejado claro que quería que me casara tan pronto como cumpliera dieciocho años, lo cual sería en solo un par de meses.

Encontré la mirada serena de Enzo. Si papá no renunciaba a la idea del matrimonio, tendría que irme antes de que terminara el año. De cualquier manera, ya sea que me quedara o me fuera, no podía tener a Enzo, ni siquiera en la forma en que él me quería, porque estaba segura de que tener sexo con él cambiaría mi vida para siempre. Sabía que, si continuaba por este camino con él, me enamoraría perdidamente.

«No parezcas tan decepcionada», besó mi mejilla.

Mi estómago dio un salto mortal y la habitual descarga de adrenalina invadió todos mis sentidos. Era como estar parada en medio de un campo con la lluvia cayendo sobre mí, azotándome la cara, los brazos y las piernas. Todo mi ser estaba afectado por su toque y no podía detenerlo.

«Esto que sientes aquí...», presionó una mano contra mi pecho y sonrió, «puedo hacerte sentir muy bien. Si me permites».

Le creía. «Tengo detención».

«Por supuesto que sí. No tengo dudas de que Santino tuvo algo que ver con eso», se rió discreto.

«¿Qué quieres decir?».

«No te preocupes por eso. ¿Estás lista para irnos?», señaló los botones superiores de mi blusa.

Rápidamente me los abroché y me alisé la falda. Mi ropa interior estaba incómodamente mojada, pero no podía hacer nada al respecto. El calor subió a mis mejillas. Ahora tenía que sentarme en clase con este dolor entre las piernas, pensando en cómo Enzo podría haberlo hecho desaparecer. Cerré los ojos con fuerza y esperé a que pasara la ola de deseo que me atravesó, una vez más.

«Quiero besarte otra vez».

Mi cabeza se alzó hacia él. «Besar parece empeorar las cosas».

«O mejorarlas. Depende de la perspectiva», ladeó la cabeza y se inclinó.

Una bocanada de cálido aliento permaneció entre nosotros. Estaba tan excitado como yo. Nada de esto tenía sentido para mí, pero cuando él estaba tan cerca, no me importaba entenderlo. Tomé su mejilla y sentí la ligera barba allí. «¿Por qué pierdes el tiempo conmigo?».

Él frunció el ceño. Después de un segundo, tomó mi muñeca y se la quitó de la cara. «No eres una pérdida de tiempo, Aurora».

Cogió mi mochila y la colgó sobre mi hombro. Después de limpiar la cena de Peludo y despedirse de su gato, me hizo un gesto para que siguiera adelante. Lo hice, lamentando profundamente no haberle pedido un beso más. ¿Por qué siempre era así con nosotros? Cada vez que me alejaba de él, sentía que me faltaba algo. Y peor aún, sentía que, fuera lo que fuera, no lo recuperaríamos. Quería preguntarle si podíamos volver a vernos, pero ¿qué sentido tenía si no podía ser mi novio?

Caminamos por el césped con el edificio Buratti a la vista. Todavía me quedaban otros veinte minutos de detención. En este punto, solo iba a disculparme por perdémela y aceptar mi castigo. ¿Pero qué le diría al profesor? ¿Que llegué tarde porque me asaltaron detrás de la torre del reloj? ¿O que me quedé incluso más tarde porque me estaba besando con Enzo Alfera?

Enzo abrió la puerta del edificio. La angustia en mi rostro tenía que ser obvia porque parecía saber exactamente lo que estaba pensando. «¿Quieres contárselo a alguien?».

Sacudí la cabeza cuando la imagen de Brody con el pene afuera pasó por mi cabeza. Hice una mueca de disgusto. «¿Me creerían siquiera? Ya escuchaste lo que dijo Brody. Le dirá a todo el mundo que lo incité y luego cambié de opinión».

«No hay nada de malo en cambiar de opinión. Pero entiendo lo que quieres decir. No se lo diré a nadie. Y me aseguraré de que Ian y Brody también mantengan la boca cerrada al respecto». Se pasó una mano por el pelo. «Pero no quiero a esos imbéciles en mi escuela. Y la única manera de conseguir que los expulsen es contárselo a Donata y a su tía».

Pensé en las implicaciones que tendría si la Signora Vittoria se enterara. ¿Se lo diría a mamá y papá? Papá se enojaría. No por el asalto. Sino porque los hombres en la lista de pretendientes de papá podrían no querer casarse conmigo si se enteraran de que mi virginidad estaba en duda. No era idiota. Sabía que esos tipos solo buscaban una cosa. Les gustaba la idea de casarse con una virgen. Algo que sin duda papá les había mencionado. Lo sabía porque Angelo aludió a ello más de una vez en el almuerzo.

El canalla me había preguntado si estaba siendo una buena niña en la escuela y si me mantenía alejada de los niños. No, no podía contar a mis padres lo que me había pasado. Sin duda, acelerarían sus planes de casarme. Necesitaba un poco más de tiempo para terminar la escuela y hacer un plan sólido para salir tan pronto como tuviera en la mano un diploma y un viaje completo a Columbia.

«Mis padres no pueden saber sobre esto. Por favor». Mis ojos se llenaron de lágrimas.

«No lo harán, lo prometo». Me hizo entrar al edificio y dejó que la puerta se cerrara. «Pero esos imbéciles no pueden salirse con la suya. ¿Confías en mí?».

Asentí antes de considerar completamente su pregunta. Por alguna razón, confiaba en él con todo mi corazón.

«Llámosla ahora», me ofreció una sonrisa amable mientras sacaba su teléfono del bolsillo interior de su abrigo.

Para mi sorpresa, puso a Donata en altavoz para que yo pudiera escuchar. Miré alrededor del pasillo vacío con el corazón latiendo aceleradamente. Contárselo a la gente haría que el incidente

fuera real. Cuando Donata respondió, Enzo me llevó a una de las aulas.

«Donata, tengo a Aurora aquí conmigo».

«¿No deberías estar en la práctica?», Donata se rió.

«Necesito tu ayuda con algo. No puede esperar».

«Dime».

«Necesito que expulsen a Brody, Ian y Hanna. Pertenecen a tu casa».

«Lo sé», ella chasqueó los dientes y luego dejó que el silencio persistiera. «¿Quieres que hable con mi tía?».

«Sí».

«¿Qué hicieron?».

Enzo levantó la mirada y me preguntó en silencio si estaba lista. Las lágrimas picaron en mis ojos mientras la misma cruda escena se reproducía en mi cabeza. Inspiré y sacudí la cabeza. Aunque Donata no necesitaba que le explicaran las cosas.

«Malditos», Donata soltó un suspiro al hablar por teléfono y un ruido estático llenó la habitación. «¿Cómo estás, niña?».

«Estoy bien».

«Déjame hablar con mi tía», hizo una pausa. «Si necesita más detalles, ¿puedo llamarte, Rory?».

«Sí», di un paso hacia el teléfono. Después de todo, no estaba sola en esto. Aunque tenía que admitirlo, Donata era la última persona que pensé que me ayudaría. Aunque, técnicamente, estaba ayudando a Enzo porque él se sentía culpable. Una parte de mí quería pensar que me estaba protegiendo porque le importaba.

«Ella no quiere que sus padres se enteren».

«¿Por qué? ¿No crees que lo entenderían?», ella preguntó.

«Eh», me froté el brazo. ¿Por dónde empezaría a explicar el espectáculo de mierda que ocurría en casa? ¿Lo entenderían siquiera? Claro, vivíamos en un mundo mafioso, pero los matrimonios concertados eran una idea muy arcaica, incluso para los mafiosos. «No, no lo harían. Somos nuevos. ¿Sabes?».

«Bien. Qué mal», ella dejó escapar un suspiro. «No te preocupes. Déjame a mí».

«Gracias. Te debo una», Enzo apoyó la cadera en el escritorio del profesor. «Habría ido con papá, pero ya sabes cómo es».

«Sí, no es ninguna sorpresa. Quiere que su equipo gane».

«Exactamente. Te veré mañana».

Lentamente devolvió su teléfono a su lugar y luego sacó otro trozo de chocolate de su bolsillo. Se me hizo la boca agua porque sabía lo que vendría. La delicia dulce y picante que se derretía en mi lengua era muy reconfortante. No tenía idea de por qué. Pero eso era lo que tenía estar cerca de Enzo. Su mera presencia era reconfortante para mí.

Se sentó en la mesa y me puso entre sus piernas. Antes de que pudiera protestar, colocó el chocolate contra mis labios. Abrí y mordí. Los sabores de cayena y naranja explotaron en mi boca. Por instinto, lo chupé con más fuerza para que se derritiera más rápido.

«Buena chica», besó mi mejilla.

«¿Por qué llevas chocolate en el bolsillo?».

«Por ti», me guiñó un ojo.

Miré hacia abajo mientras colocaba mis manos sobre sus musculosos muslos. El tipo era jodidamente atractivo. Y dulce. Y amable. «Nunca he probado nada igual».

«Mmm», envolvió su mano alrededor de mi garganta, apretándola ligeramente. «Hay tantas

cosas que no has probado».

Sus labios rozaron los míos y me perdí en su beso de nuevo. Tan pronto como comencé a fundirme con él, se alejó lo suficiente para que nuestras bocas ya no se tocaran. Los suaves mechones de su cabello rozaron mi sien y me acerqué. No quería que me dejara ir todavía.

«Vamos a llevarte a detención».

«¿Me dejarán entrar siquiera?».

«Lo descubriremos ahora». Me agarró la cintura y me alejó hasta que tuvo espacio para saltar del escritorio.

El salón de clases estaba solo unas puertas más abajo. Llegamos allí en menos de un minuto, a pesar de que di medio paso durante todo el camino porque todavía no podía superar el hecho de que Enzo Alfera me acompañaba hasta el castigo. ¿Cómo llegamos aquí? Primero, actuaba como si no me conociera. Luego, me odió. Luego me mostró cómo besar. Y ahora estaba haciendo cosas que solo los novios harían.

«Aquí es». Hizo un gesto hacia el salón de clases. Cuando Santino levantó la cabeza para mirar en nuestra dirección, Enzo colocó su mano en mi espalda baja. «Como te dije».

«¿Qué?», me volví hacia él.

«Nada. Parece que estarás en buena compañía». Miró a Santino, quien se recostó en su silla luciendo completamente satisfecho.

No tenía tiempo de descubrir qué estaba pasando entre ellos. Ahora que estaba aquí, tenía que hablar con el señor Gallo y arreglar las cosas con él. Con un gesto incómodo que fue medio saludo, sonrisa y encogimiento de hombros, me despedí de Enzo y me dirigí hacia el maestro.

«Ah, señorita Vitali. Qué bueno que se une a nosotros». Se veía molesto, por decir lo menos.

Consideraba al Sr. Gallo muy calculador. En clase, siempre parecía muy correcto, vestido con sus pantalones caros, su suéter de cachemira y su chaqueta de traje. Era uno de los profesores más jóvenes, pero los estudiantes no se atrevían a contrariarlo. Era imponente y algo aterrador. Aunque era lo suficientemente atractivo como para que las chicas estuvieran dispuestas a dejar de lado ese hecho y coquetear con él de todos modos.

«Lo siento. Yo...», Enzo me había distraído tanto que ni siquiera pensé en decir una buena mentira. Decirle la verdad estaba fuera de discusión.

«Ella estaba conmigo», Enzo volvió a entrar. «La necesitaba para algo».

Sangre ardiente subió a mi cara. Y solo porque me había convertido en una insaciable del castigo, me volví hacia el salón de clases. Todos los asientos estaban ocupados, lo cual tenía sentido, dado que este semestre el Sr. Gallo estaba a cargo de las detenciones. Las chicas me miraron sorprendidas, mientras Santino simplemente ponía los ojos en blanco. La sonrisa engreída que había tenido en su rostro cuando entramos había desaparecido hacía mucho tiempo.

Me froté la sien e inhalé profundamente. Mierda.

Le creí a Enzo cuando dijo que no tenía nada que ver con el incidente en el patio. Así que eso solo dejaba a Hanna. No tenía ninguna duda de que ella y esos tipos habían venido detrás de mí porque me vio hablando con Santino. Pero, ¿qué pasaba con Enzo? ¿Tenía una novia que yo no conocía? ¿Era ella una de las chicas que me estaba frunciendo el ceño en este momento porque él me estaba defendiendo?

Esto no era bueno.

«Está bien», levanté la mano, esperando que Enzo entendiera que no necesitaba su ayuda, especialmente delante de todos.

«Srita. Vitali, ¿por qué no toma asiento?», el señor Gallo se dirigió hacia el único asiento vacío de la clase, justo al lado de Santino y Hanna.

¿Por qué?

Pasé una mano por mi cabello. Quería que Enzo se fuera, pero también quería que todo esto terminara ya. Con un rápido movimiento de cabeza, lentamente me moví en la dirección opuesta y caminé hacia Santino. Me dejé caer en la silla y me deslicé hacia abajo. En mi visión periférica, podía ver cabezas girando en mi dirección, como si estuvieran esperando que yo hiciera algo más.

«Tengo mi dinero en Gallo, ¿y tú?», Santino se apoyó en su escritorio, frente a mí.

«¿Qué?».

¿Estábamos apostando ahora?

«Enzo puede ser persuasivo. Y Gallo no tiene mucha fuerza en estos días. Pero, para mi disgusto, sigue siendo profesor». Bajo esta luz, los ojos de Santino tenían un tono dorado. Parecía guapo y amigable.

«Oh, no lo sé».

Extendió la mano y casi salté del asiento. «No creo que nos hayan presentado adecuadamente. Soy Santino Buratti».

«Lo sé», me quedé mirando sus largos dedos. Detrás de él, Hanna tenía el puchero más grande. «Eh. Rory. Soy Rory».

«Lo sé», arqueó una ceja. «Eres la chica nueva».

Dirigí mi atención al frente del salón de clases, donde el Sr. Gallo y Enzo estaban enfrascados en una conversación. ¿Enzo estaba negociando en mi nombre? ¿Por qué un maestro lo escucharía? ¿Porque era el príncipe enigmático? ¿El siguiente en la fila para ser el rey de una sociedad criminal secreta? Supuse que ese tipo de título *tendría* mucho peso en una escuela como esta. Entonces me di cuenta. La familia Gallo era una de las cinco familias originales del crimen. Eso significaba que cuando el Sr. Gallo asistió a Midtown High hace cinco años, también habría sido miembro de la realeza.

Estaba tan fuera del alcance de todos.

Después de unos minutos más, Enzo le dio una palmada en el hombro al señor Gallo y luego se dirigió hacia mí. ¿Ahora qué?

«Santino se asegurará de que llegues a casa». Enzo me sonrió y luego dirigió su atención a Santino. «Estoy seguro de que no tendrá problemas para hacer arreglos con su chofer».

Santino se rió discretamente. «Puedo hacerlo. Pero, ¿qué está pasando?».

«Te contaré después. Ahora tengo que lidiar con el equipo», Enzo lanzó una mirada hacia Hanna. «Nos reuniremos en casa de Donata».

Santino se inclinó hacia adelante y se frotó la mandíbula. «¿La llevo a ella?».

Ella... se refería a mí.

Enzo me miró y estudió mi cara durante lo que parecieron horas. Mis mejillas ardieron, no solo por la proximidad de Enzo, sino porque estaba segura de que esta reunión en casa de Donata tenía que ver con el incidente de Hanna, lo que significaba que ahora toda la realeza sabría lo que había pasado. O estaban a punto de descubrirlo. Tonterías. Hasta aquí lo de mantenerlo en secreto.

«No. Solo nosotros esta vez».

CAPÍTULO 19

No más que yo

AURORA

Cuando Enzo se fue y todos volvieron a ocuparse de sus tareas, sonó la campana para que salieran. Literalmente, solo había cumplido diez minutos de detención. Como aún no sabía mi castigo por llegar tarde, decidí quedarme y esperar hasta que los otros estudiantes se fueran antes de acercarme al Sr. Gallo. Me ocupé con mi agenda de la semana y toda la tarea que aún tenía que hacer.

Santino permaneció en su asiento. Había accedido a llevarme a casa y ahora parecía que quería hacer exactamente eso. Junto a él, Hanna se tomó su tiempo reorganizando sus libros y guardando cuidadosamente en su carpeta la hoja en la que había estado trabajando. Era obvio que ella no quería dejarlo solo conmigo.

«Srita. Vitali, ¿puedo verla un momento?», La voz del señor Gallo resonó en la habitación ahora vacía.

«Claro». Me puse de pie y caminé hacia él. Levantó la vista de su computadora portátil y aproveché la oportunidad para exponer mi caso. «Lo siento. Tuve problemas antes y Enzo tuvo la amabilidad de ayudarme. Y, eh...».

«Suficiente», levantó una ceja.

Oh, mierda. Nunca me había considerado una cobarde, pero el señor Gallo daba miedo. «Lo siento», murmuré una vez más.

«Enzo me explicó. De forma críptica. Pero entendí lo esencial. Sin embargo, no puedo dejarla libre. ¿Lo entiende?».

Asentí.

«Bien. Estará en detención toda la próxima semana. Intente llegar a tiempo de aquí en adelante. ¿Sí?», volvió a hacer lo de las cejas.

«Gracias».

«Se puede ir».

«Gracias», retrocedí. Por algún milagro, logré no hacerle una reverencia. Me di la vuelta y fui a tomar mis cosas.

Santino y Hanna estaban sentados en sus escritorios esperándome. ¿Qué quería Hanna? ¿Restregármelo? Al verlos a los dos juntos, solos así, mi estúpido cerebro decidió mostrarme algunos recuerdos de ellos. Tonterías. Cerré los ojos con fuerza mientras fingía buscar algo en mi mochila. Pero eso solo empeoró las cosas. Las imágenes de Hanna tumbada en la cama con Santino entre sus piernas eran tan vívidas en mi cabeza, al igual que la voz de Enzo en mi oído.

“¿Qué viste, Aurora?”.

Un momento. ¿Sabría que los había visto?

Rex y Enzo lo sabían con seguridad. Eso significaba que Santino lo sabía. Estaba segura de que se lo habían contado. En todo caso, para compartir una buena risa. ¿Santino se lo había dicho a Hanna? Cuando levanté mi mirada, me fijé en la de ella. Estaba enojada. Entonces, ¿qué significaba eso? ¿Estaba enojada porque Santino me había acompañado a clase, porque los espíe o porque le dije a Enzo que estaba involucrada en el incidente del patio?

«No tienes que acompañarme a casa. Mi chofer llegará pronto», le mostré mi teléfono.

Todo lo que tenía que hacer era enviarle un mensaje de texto al conductor y encontrarme con él en el frente. Así que realmente no necesitaba un acompañante para llegar a casa. No era como si mi vida estuviera en peligro. Enzo se aseguró de que Brody e Ian entendieran que no podían volver a meterse conmigo.

«Excepto que sí». Cambió su atención a Hanna. «¿Qué hiciste?».

«No hice nada», ella frunció el ceño.

«Estás mintiendo. Y tienes la culpa escrita en toda tu cara», cruzó los brazos sobre el pecho. «¿Se pelearon ustedes dos?».

«No fue nada», contesté.

«Fue una broma», Hanna agarró su mochila. «Esos tipos lo llevaron demasiado lejos, así que me fui».

«¿Qué?», Santino se puso de pie lentamente.

Eché un vistazo hacia el escritorio del profesor, pero el señor Gallo ya se había ido. Al menos esta conversación era en privado. Jesús, este era el día más largo de todos los tiempos. ¿Por qué seguíamos en esto?

«Describe demasiado», exigió entrecerrando los ojos hacia ella.

«Me dejaste esperándote después de clase», prácticamente ella escupió las palabras. «Entonces me encontré contigo mientras la paseabas. Estaba enojada. Cuando les hablé a los chicos de ella, dijeron que podían darle una lección. Pensé que solo iban a alborotarle un poco las plumas. Ya sabes, burlarse de ella, algo así». Sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Estaría arrepentida? ¿No pensaba que esos tipos querían hacerme daño de verdad?

«¿Alborotarle las plumas? ¿Me estás tomando el pelo?», se pasó una mano por el cabello, luego se giró y me preguntó. «¿Qué pasó?».

Cuando negué con la cabeza, Hanna respondió por mí. «Brody se lo sacó rápidamente. Quería una mamada».

Decidí dejarlo así y no entrar en detalles de cómo Ian me empujó de rodillas y me mantuvo en mi lugar con tanta fuerza que casi me desmayé por falta de oxígeno. Simplemente asentí de nuevo. Y eso fue suficiente para enojar a Santino.

«Eres una maldita perra».

«No quise que resultara así. Y no es que a ella no le gustara mirar», me señaló.

Oh, mierda. Miré hacia abajo, deseando que el suelo se abriera y me tragara entera. Hanna lo sabía. Sabía que la había visto desnuda con Santino. Abrí la boca para disculparme, pero ¿qué podía decir? *Lo siento, los encontré. Lo siento, me quedé y miré. Lo siento, me excitó.*

«No vi nada».

«Oh, por favor», ella cruzó los brazos debajo de sus pechos, lo que me hizo mirarlos.

Ella puso los ojos en blanco como si dijera, *Reconozco a un mirón cuando lo veo.*

No era una perversa. Enzo ponía ideas en mi cabeza y ahora no podía deshacerme de ellas.

«Por favor, dime que no les contaste a esos tipos», dijo Santino con los dientes apretados,

frotándose las arrugas de la frente. «Solo te hablé de Rory porque pensé que deberías saberlo. Prometiste que no dirías nada».

«Y no lo hice. Lo juro. Los chicos solo saben que de repente te gusta ella. Por cierto, ¿por qué? Nos estábamos divirtiendo mucho».

«¿Yo?». Se aclaró la garganta y se rascó la ligera barba de varios días de la barbilla. «Ese no es el punto aquí. Donata envió un mensaje de texto. Estás en serios problemas. ¿Entiendes lo que hiciste?».

«No era mi intención que llegara tan lejos», ella se volvió hacia mí. «Lo siento. ¿Sí? Fue una broma estúpida».

«Fue cruel», fruncí los labios para mantener las lágrimas a raya. No quería que Hanna me viera llorar. «No sé qué habrían hecho si Enzo no hubiera aparecido. Que dos grandes jugadores de fútbol me sujetaran no tiene gracia, Hanna. Estaba aterrada».

«Mierda», Santino me alcanzó y me abrazó. «Lo siento».

Santino era un completo desconocido. Pero su simpatía genuina me consoló. ¿Por qué actuaban como si fueran mis amigos? No es que me estuviera quejando. No quería estar sola en esto. Estaba dispuesta a aceptar todo lo que pudieran darme, incluida la falsa amistad. ¿O estaban realmente preocupados? Sería lo más humano.

«Gracias», me alejé de él.

«¿Qué pasará ahora?», preguntó Hannah. «No puedes decírselo a mis padres».

«Creo que va a ser peor que eso. Enzo está en pie de guerra. Y estás metida en eso».

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras sus rasgos se suavizaban. El cambio en su comportamiento la hizo parecer más hermosa, inocente. Se aferró al cuello de Santino, haciéndose la damisela en apuros. O tal vez no era fingido. Realmente estaba en problemas. Enzo le había pedido a Donata que los expulsara a todos.

Los tres estaban en la Casa Salvatore, lo que significaba que la Signora Vittoria era su madrina. Si quisiera rescindir la invitación a sus familias, ya no podrían asistir a Midtown High. Esto iba más allá de la expulsión. Perder el favor de uno de los Don era un gran problema. La familia de Penny era un excelente ejemplo de lo que podría suceder cuando un Don le daba la espalda a una familia. Los Conti estaban prácticamente desechados.

Hanna presionó su pecho contra el de Santino. Sus manos inmediatamente rodearon su cintura. Los sollozos estaban funcionando totalmente en él. Y tuve que admitir que a mí también me estaba afectando. Parecía desolada, algo que entendí bien. Parpadeó con sus grandes y húmedos ojos. «Habla con él por mí. Dile que lo siento. Dile que cometí un error. Fue una broma tonta. No lo volveré a hacer», ella presionó sus labios contra los de él. «La dejaré en paz».

«Jesús, Hanna», la abrazó con más fuerza. Realmente le gustaba ella. «Veré lo que puedo hacer».

«Gracias», lo abrazó y luego le dio un fuerte beso en la boca. «Me iré ahora. Ve y haz lo tuyo».

Esperó hasta que ella se fue para aclararse la garganta y luego se volvió hacia mí. «Tal vez no lo hizo en serio».

«Sí. Tal vez», asentí.

«Lamento mucho que te hayas asustado».

«No más que yo», abracé mi vientre.

«Aún así», apoyó su trasero en el escritorio y estiró sus largas piernas frente a él. «¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?».

Lo miré. Por mucho que apreciara que Enzo pasara por todos estos problemas para

ayudarme, quería ser una participante activa. Quería opinar sobre lo que les pasaría a esos tipos. Tal vez estaba pidiendo demasiado, pero de repente sentí que tenía derecho. Además, Santino había preguntado.

«Llévame contigo».

«¿Cómo?».

«Enzo dijo que se reunirían en casa de Donata esta noche. Estoy bastante segura de que quiere hablar con la Signora Vittoria en mi nombre. Quiero estar allí y, eh...». Un aleteo cubrió mi estómago. La Signora Vittoria era una fuerza de la naturaleza, mucho más aterradora que dos futbolistas engreídos y cien señores Gallo. «A mí también me gustaría hablar con ella».

«Intrépida», me miró a través de sus largas pestañas. Era verdaderamente guapo cuando no sonreía. «Bien. Coge tus cosas».

No tenía idea de en qué me había metido, pero parecía el único siguiente paso viable. La venganza nunca aportaba nada a nadie. Lo sabía. Pero esto no se trataba de eso. Todo lo que quería era que la Signora Vittoria hiciera que esto desapareciera. Quería tener una garantía de que papá no se enteraría. Porque si pensaba que sus planes de casarme estaban en peligro, estaba segura de que adelantaría todo y me casaría antes del fin de mes. Necesitaba más tiempo. Y un plan mejor que esperar a cumplir los dieciocho años para escapar.

Caminé al lado de Santino. A esa hora, el pasillo estaba completamente vacío. Antes había tenido prisa por irse, pero ahora sus pasos eran lánguidos, como si quisiera pasar más tiempo conmigo. ¿Tenía razón Hanna cuando dijo que le gustaba? Eso no podía ser. Definitivamente estaba interesado en ella. Cuando ella presionó su cuerpo contra él, sus ojos cambiaron. Tenían el mismo aspecto que el día que los vi teniendo sexo.

Una sonrisa apareció en mis labios porque había visto esa misma mirada en los ojos de Enzo, en el patio y más tarde en el salón de clases.

«No es necesario que te avergüences». Su voz profunda me sacó de mi ensoñación.

Ya había caído en la habitual madriguera de fantasías incumplidas de Enzo.

«No hice nada malo. Me siguieron hasta el patio».

«No me refiero a eso», me miró de reojo con una leve sonrisa en sus labios. «Me refiero a que nos hayas visto. No me importó. Fue ardiente», me guiñó un ojo.

Me detuve en seco y me cubrí la cara con ambas manos. «¿Me viste?».

«Oye, no te preocupes en absoluto. Lo prometí», me apartó las manos. «Está bien».

«Sabías que estaba allí y seguiste adelante», mis mejillas ardían mucho. Pensé que mi piel se derretiría de inmediato. Era imposible sentirse más avergonzado o mortificado.

«Bueno, tenía dos opciones. Detenerme para cerrar la puerta o terminar. Ella estaba muy cerca. Hice lo que cualquier caballero habría hecho en mi situación», me lanzó una mirada inocente.

«Guau. Simplemente guau», me froté la sien. «Lo siento. No vi nada».

«Creo que ya hemos dejado atrás las mentiras tontas, ¿no crees?».

Sí, entre el espectáculo espiado, el patio y este favor que me estaba haciendo, ya habíamos pasado las pretensiones. Lo vi a él y a su novia desnudos y teniendo sexo; peor aún, la vi correrse. Y luego a él. Mierda. Tenía que dejar de pensar en eso. Cada vez que pensaba en aquella noche, terminaba con la misma película en mi cabeza: Enzo y yo juntos en una cama grande como esa. ¿No había decidido ya que ceder ante Enzo era una idea terrible? El sexo con Enzo arruinaría todos mis planes de escapar del control de papá. Porque, ¿cómo podría acercarme tanto y no enamorarme de él?

Me gustaba pensar que soy más inteligente que eso.

«OK. Tienes razón». Levanté la vista y luego reanudé nuestra caminata. «¿Podrías alguna vez olvidar lo que pasó?».

«De ninguna manera», se rió entre dientes.

Gruñí. Luego se rió. ¿Santino era gracioso? Lo había visto muchas veces en el comedor con Donata, siempre riendo como si se lo estuvieran pasando bien. Ahora entendía por qué.

Cuando llegamos al campo de fútbol, Enzo y Rex estaban solos. La tensión en el aire era palpable. Algo había sucedido después de que abandonó el salón de clases del Sr. Gallo.

«¿Qué pasa?», preguntó Santino.

Enzo se giró en mi dirección y levantó las manos en el aire. «Esto no es de lo que hablamos, Santino».

«No. Pero Rory y yo tuvimos una agradable charla. Ella cree que debería acompañarnos. Y estoy de acuerdo».

Rex no reaccionó ante las palabras de Santino, lo que significaba que Enzo ya le había contado todo. No me había dado cuenta de lo cercanos que eran. Se contaban todo. Se apoyaban mutuamente. Por un momento anhelé tener una familia así. Mamá, papá, los gemelos y yo habíamos pasado por muchas cosas juntos. Pero nada de eso nos había acercado. En cambio, me convertí en el peón de papá. Los gemelos se habían ido. Y no podía contar con mamá. Cuando salimos de Las Vegas, pensó que ya había sufrido suficiente. Ella estaba aquí solo para conseguir lo que se le debía. No estaba equivocada. Papá le debía una vida mejor. Pero eso no cambiaba el hecho de que yo estaba sola. Ahora más que nunca.

«Tiene razón, Enzo», Rex dio un paso hacia mí.

«¿Qué pasó?», pregunté.

«Enzo les dijo a Brody e Ian que estaban fuera del equipo. No lo tomaron amablemente», Rex señaló los nudillos ensangrentados de Enzo.

«Lo siento», acaricié la parte superior del brazo de Enzo.

«No es tu culpa», Rex me sonrió, un gesto cegador que me dejó sin palabras.

Todavía no podía acostumbrarme a que la realeza fuera amable conmigo. ¿Enzo se había metido en otra pelea por mi culpa? Quería abrazarlo y agradecerle. Pero no éramos novia y novio. Y no pensé que debería tocarlo delante de Rex y Santino.

«Ya has hecho suficiente, Enzo», intenté sonreír, pero lo máximo que pude hacer fue no fruncir el ceño.

«No he terminado aún». La intensidad en sus ojos me indicaba que este no era el momento de intentar calmarlo. «¿Quieres venir a ver a Don Salvatore? Vamos». Avanzó hacia la entrada principal de la escuela.

CAPÍTULO 20

La guarida del dragón

AURORA

Si alguien me hubiera dicho que el viernes por la noche terminaría en la parte trasera de una limusina con Santino y Rex flanqueándome y Enzo mirándome como un halcón desde el otro lado de mi asiento, habría dicho que estaban drogados con mala hierba.

«¿Viajan en limusina a todos lados?», pregunté, más que nada para romper el incómodo silencio.

Cada vez que el auto golpeaba un bache en la calle, los muslos de Santino y Rex rozaban los míos. Afortunadamente, el viaje hasta el penthouse de Donata no era tan largo. Sin embargo, los últimos veinte minutos parecieron una eternidad.

«Solo cuando necesito espacio extra», Enzo me sonrió con un brillo malvado en sus ojos.

En serio, no pensé que alguna vez me acostumbraría a que él me mirara así, como si me deseara. Lo cual, a esta altura, estaba totalmente segura de que lo hacía. ¿Por qué si no se molestaría en hablar con la Signora Vittoria en mi nombre? Sonreí a mis manos y trabajé duro para mantener mi cabeza alejada de las fantasías de Enzo. Sería extraño enojarse y molestarse por él con Santino y Rex tan cerca de mí.

«No te pongas nerviosa», Santino golpeó su rodilla contra la mía. «La Signora Vittoria puede ser una verdadera dama dragón, pero parece tener debilidad por ti».

Me reí porque sabía exactamente a qué se refería. La primera vez que conocí a la Signora Vittoria, sentí de ella vibraciones de dama dragón. La mujer era aterradora; el hecho de que prácticamente amenazara con matar a toda mi familia si no cumplía con las reglas de la mafia no ayudaba en nada.

«Aquí», Enzo se inclinó hacia adelante y tomó la botella de champaña del refrigerador.

Solo podía imaginar el tipo de mensajes de texto que intercambió con su chofer.

Enzo: Oye, necesito que pases por mí a la escuela. Trae la champaña.

Por supuesto, Enzo usaría palabras más elegantes y sonaría mucho más genial. Todos lo hacían. Como si hubieran sido preparados específicamente para ser superiores al resto de nosotros: educación de primer nivel, autos veloces, ropa de diseñador. Por supuesto, ahora también yo tenía muchas cosas. Pero para mí, todavía era todo muy nuevo. Por un lado, nunca le había pedido a mi chofer que me trajera bebida cuando me llevaba a la escuela.

«Valor líquido», me ofreció una copa de champaña.

«Gracias», tomé la flauta y le di un largo sorbo.

La limusina finalmente se detuvo en un garaje privado y solté un suspiro. No sabía cuánto

más de estos tipos podría aguantar. Era como si el aire estuviera lleno de testosterona, como si estuviéramos en la naturaleza y ellos estuvieran compitiendo por la única hembra que había alrededor. Bebí algo más de mi copa, reprimiendo una sonrisa. ¿La realeza peleándose por mí? Como si fuera cierto. Este viaje en limusina se me estaba subiendo a la cabeza. Solo tenía una tarea que hacer esta noche: convencer a la Signora Vittoria para que solucionara el incidente en el patio. Hacer que esos tipos y Hanna se callaran. Y, sobre todo, asegurarme de que papá y los pretendientes que había elegido para mí nunca se enteraran. Que mantuvieron a papá ocupado. Y necesitaba más tiempo. Hasta ahora, este plan de hacer un plan no me estaba llevando a ninguna parte.

Santino salió primero y me sostuvo la puerta. Hice lo mejor que pude para deslizarme y salir mientras sostenía mi falda en su lugar, para no mostrar nada a los chicos que salían detrás de mí.

«Ahí está ella», Santino saludó a la mujer que nos esperaba junto a las puertas de cristal. Dio dos largas zancadas y luego la abrazó. «Giuseppina, déjame presentarte a Rory», hizo un gesto hacia mí.

Le sonreí a la mujer de mediana edad con las mejillas rosadas y el cabello recogido en un moño. «Encantada de conocerla».

«Ella es la doncella de Donata», susurró Enzo en mi oído. «Ella protege la guarida del dragón».

Cuando me volví para mirarlo, me guiñó un ojo.

«¿En qué la convierte eso?», pregunté

«Una asesina entrenada», Rex me acompañó hacia el bordillo.

«Ustedes me están tomando el pelo», sacudí la cabeza, sonriendo.

«¿O no?», Santino abrió la puerta y la sostuvo.

«La Sra. Donata quiere que usen la puerta de servicio». Dijo Giuseppina con un fuerte acento italiano. «Don Salvatore tiene visitas».

Los tres intercambiaron una mirada significativa y luego asintieron casi al unísono. Esa fue la señal de Giuseppina para acompañarnos a través de una puerta lateral que conducía a otro conjunto de ascensores que no eran tan brillantes como los del vestíbulo privado. Subimos en silencio en la cabina del ascensor hasta el último piso. Por supuesto, Donata vivía en un penthouse en uno de los edificios más caros de la Quinta Avenida.

La puerta del ascensor se abrió a una enorme cocina con una isla de mármol en el medio, realizada en blanco con gabinetes grises. Giuseppina entró y encontró su lugar junto al fregadero, luego esperó hasta que estuvimos todos reunidos alrededor de la isla. «Esperen aquí».

«Gracias», dijo Enzo.

Desde el otro lado del camino, sentí la mirada de Rex sobre mí. Algo en él me ponía nerviosa. Parecía saber lo que estaba pensando. Era espeluznante. Lo ignoré y deslicé mis manos por el mármol, sintiendo la piedra fría bajo mi tacto. Me miró fijamente durante otro momento y luego caminó hacia el armario. Obviamente había estado aquí antes porque sabía exactamente dónde encontrar el botiquín de primeros auxilios.

Para mi sorpresa, me lo trajo. «Él podría permitir que lo ayudes. Si se lo pido yo, empezará a lanzar golpes de nuevo». Bajó la cabeza hacia los nudillos ensangrentados de Enzo.

«Oh, sí». Asentí y le quité el recipiente de plástico. Enzo estaba sangrando por mi culpa. Al menos tenía que dejarme limpiarle los cortes. Cuando me volví hacia él, ya estaba esperando que le preguntara. «¿Puedo?».

«Bien», me tendió su mano.

Sabía algunas cosas básicas de primeros auxilios. Los gemelos siempre estaban rebotando

contra las paredes. Eso significaba cortes y moretones diarios. Hurgué en la caja y saqué gasa y peróxido de hidrógeno. Era algo de la vieja escuela, pero sabía que funcionaría. Con una gran sonrisa en su rostro, Rex me arrojó un paño de cocina. Lo coloqué sobre el mostrador y puse la mano de Enzo sobre ella.

«Esta parte va a doler».

«Lo sé». Mantuvo su mirada en la mía. «Hazlo».

Se refería a la solución desinfectante, pero mi mente fue en una dirección completamente diferente. ¿Y si simplemente lo hiciéramos? Ambos queríamos hacerlo. Podía verlo en sus ojos y en la forma en que permanecía cerca de mí. Inspiré cuando lo hizo. Y luego ambos exhalamos. El aire cálido flotaba entre nosotros y una carga eléctrica surgió en el aire. Sería muy fácil enamorarse de él. Y tan terrible.

«Mmm», Santino se aclaró la garganta detrás de mí.

Me recuperé y me puse a trabajar. Cuando incliné la botella, Enzo hizo una mueca, pero no apartó la mano, como solían hacer los gemelos. Por costumbre, apreté un poco más sus dedos. «Lo siento». Agregué un poco más de peróxido de hidrógeno y observé cómo las burbujas hacían lo suyo.

«No te preocupes».

«¿Siempre es así?», hice un gesto hacia Santino y Rex al otro extremo de la cocina. «¿Tan secreto y misterioso?».

«No», Enzo sacudió la cabeza. «Creo que papá está aquí».

«¿Qué te hace pensar eso?», me gustó que mi cerebro ya no tropezara con las palabras a su alrededor. Después de hoy, hablar con Enzo y sus amigos se sentía más fácil.

«A la Signora Vittoria no le importa quién visite a su sobrina. Si Donata nos hace esperar en la cocina es porque quien esté aquí podría arruinarnos los planes». Señaló a Rex y Santino. «A sus padres no les importa lo que pasó hoy».

«¿Y a tu papá sí?».

«Le gusta que gane su equipo de fútbol. Así que sí, sí le importaría que echara a dos jugadores clave del equipo». Él se encogió de hombros. Abrí la boca para disculparme, pero él levantó la mano para detenerme. «Estamos haciendo esto le guste o no».

«Gracias». La escuela se sentiría más segura si no tuviera que volver a ver a esos tipos. Levanté la vista y sonreí. «Um, no sabía que Donata vivía con su tía».

«Sí, desde que sus padres murieron».

«Oh, lo siento mucho».

«Ha pasado un tiempo», Santino frunció el ceño. «Y probablemente así esté mejor».

Quería preguntarle sobre Donata y su familia, pero en el siguiente momento, ella irrumpió en la cocina con la sonrisa más grande que iluminó toda la habitación. No tenía motivos para pensar en ella como una amiga, pero su presencia aquí me hizo sentir como si de repente tuviéramos un plan sólido para terminar lo que Enzo empezó.

«Hola chicos». Se sentó en uno de los taburetes y luego inclinó la cabeza en mi dirección. Cuando ella levantó ambas cejas sorprendida, solté la mano de Enzo. Ella continuó, «Y chica nueva. Entonces, Enzo, tu papá está aquí. Por lo que parece, se está volviendo bastante intenso. Dios, ese tipo nunca se da por vencido, ¿verdad?».

«No», Enzo apoyó la cadera en el mostrador, frente a mí.

«Casi les digo que no vinieran, pero esto era bastante intenso. Nunca está de más mantenerse informado. ¿Saben?».

«¿Estamos aquí para espiar a los Don?», Rex apoyó sus antebrazos en el mostrador. Bajo esta

luz, sus ojos azules parecían tan brillantes, un sorprendente contraste con su cabello oscuro y sus rasgos cincelados. «Pensé que tenías un plan».

«No podemos hablar con mi tía en este momento. Pensé que también podríamos escuchar», ella me guiñó un ojo. «Los adultos nunca nos dicen nada. Así es como nos mantenemos informados».

«Me puedo identificar con eso» le sonreí.

Los gemelos y yo teníamos ocho años de diferencia, lo que significaba que crecí como hija única. Entonces, cualquier misión de reconocimiento que hacía cuando era más joven, la tenía que hacer sola. Espiar con la realeza fue un cambio agradable. La última vez que escuché a mis padres pelear, salí a hurtadillas de mi habitación en medio de la noche, en pijama y pantuflas mullidas de Corgi. Caminé de puntillas hasta su habitación y me senté allí durante una buena media hora, escuchándolos discutir.

Mamá lloraba, principalmente, mientras papá intentaba explicar cómo había perdido tanto dinero y cómo tendríamos que dormir en el auto una o dos noches hasta que tuviera suficiente dinero para conseguir una habitación en un motel.

Las malas noticias fueron devastadoras para mí porque no sabía si tendría que cambiar de escuela o dejar de ir por completo. Pero al final, fue una bendición poder escuchar su conversación porque nunca pensaron en contarme lo que estaba pasando. Pasó una semana entera antes de que papá anunciara que teníamos que empacar lo que pudiéramos porque la casa ya no era nuestra. Estaba preparada para ello. E incluso se aseguró de que los gemelos tuvieran sus cosas juntas.

Miré alrededor de la cocina a las caras amigables. El dinero, al final, no importaba. A pesar de toda su ropa y autos elegantes, la realeza no era muy diferente a la mía. Enzo, seguro, no tenía ningún respeto por su padre. Lo tenía escrito en la cara cada vez que alguien mencionaba a Don Alfera.

«Estoy dentro», miré a Donata. «Puedo ir allí y encargarme de eso».

Me imaginé con mis pantuflas de corgi, siguiendo a Donata por el pasillo para escuchar a escondidas a los adultos. La imagen me hizo sonreír porque nunca había tenido un cómplice.

Donata se rió. «Eres tan linda».

«¿Qué?».

«Aquí no somos adolescentes habituales». Santino sonrió y sacudió la cabeza.

«Somos mafiosos, amor». Rex asintió hacia Donata. «¿Sigue ahí?».

«No. Mi tía revisa la habitación todos los días. Pero entré allí poco antes de que llegaran y puse un nuevo micrófono. Sacó su teléfono del bolsillo trasero de sus jeans. «Pina», llamó por encima del hombro. Cuando Giuseppina entró corriendo, Donata se giró en su asiento. «Te toca vigilar. Esta vez, avisa en el momento en que finalicen la reunión y no después de que salgan de la biblioteca. La última vez casi nos atrapan».

«Por supuesto. Pido disculpas».

«No te disculpes. Sigue vigilando», Donata hizo un gesto hacia la puerta.

Tan pronto como Giuseppina se fue, Donata pulsó la aplicación de su teléfono. «Aquí vamos. Tendrán que acercarse».

Di un paso hacia Donata y me detuve en el momento en que su perfume llenó el aire. A mi derecha, Enzo hizo lo mismo. Por un segundo, hicimos un baile sutil en el que él se inclinaba y luego yo me inclinaba hacia atrás. De un lado a otro, centímetro a centímetro, hasta que nuestros cuerpos se tocaron. El calor de su cuerpo hizo que mi estómago se revolviera.

«Creo que todavía se está conectando», Santino tocó la pantalla.

La estática llenó la habitación. Pero no surgió nada. Donata agarró su teléfono y subió el volumen. Luego, un fuerte aplauso, como una mano golpeando una mesa, se escuchó alto y claro.

«Oh, mierda», ella bajó el volumen.

La intensidad en la otra habitación goteaba a través del altavoz y se arrastraba a nuestro alrededor como humo. Don Alfera habló primero, lo que me hizo creer que había sido él quien había dado un golpe en la mesa. Solo pude adivinar que era él porque no se salía con la suya. ¿Por qué mamá pensaba que era tan buen tipo? ¿Porque nos había dado todo ese dinero y un puesto dentro de su círculo social?

«Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Vittoria. A estas alturas ya deberías saber que me importa un carajo si la gente vive o muere. Lo que necesito es más importante. Aquí está en juego la longevidad de la Sociedad. Debe hacerse».

Donata revisó su pantalla. «Como dije, el hombre nunca se rinde».

Pensé que papá era malo. Don Alfera se llevaba el oro. ¿Había escuchado eso bien? Quería matar a alguien. O tal vez alguien tenía que hacer algo peligroso por él.

«Son niños, Michael». La voz fumadora de la Signora Vittoria resonó en mi pecho. «¿Has pensado en lo que dirá su madre, tu esposa?».

«Ella es la razón por la que estoy haciendo esto. Ella nunca lo sabrá».

«¿Qué pasará con Rex? ¿Tiene voz y voto en esto? Matar a un mafioso. No me importa. Pero deberíamos trazar un límite con los niños inocentes. Entiendo que cruzaste esa línea hace mucho tiempo. Pero tus elecciones no tienen nada que ver con las mías. No iré allí».

«Ahí es donde te equivocas, Vittoria. Sigo siendo tu rey. Y harás lo que te digo».

«No me importa lo que diga, Vittoria. Me quedaré con la chica».

Mierda. Ese sonaba como Angelo Soprano. El chico con el que papá me había hecho cenar dos veces después de haberlo conocido en el almuerzo benéfico.

«Es Don Salvatore para ti», la Signora Vittoria alzó la voz. «¿Por qué está él aquí?».

«Él fue idea tuya. Alguien debe sacar la basura», Don Alfera dejó escapar un suspiro. Se creó estática en el teléfono y eso nos hizo a todos levantar la mirada. ¿Estaría cerca del dispositivo que Donata había colocado en la biblioteca de su tía?

«Ay, mierda», Donata se tapó la boca, luego agarró el teléfono y lo apagó.

Todos nos quedamos alrededor del mostrador. Después de que Donata apagó las voces molestas, la cocina pareció inquietantemente silenciosa. Exhalé y las palabras salieron de mi boca antes de darme cuenta de que estaba hablando. «Nunca son buenas noticias, ¿verdad?».

CAPÍTULO 21

La venganza es un plato que se sirve mejor frío

ENZO

«Bueno, fue un placer verte, Rory», Donata rodeó a Aurora con el brazo y la acompañó hasta la puerta de servicio. «Mi chofer está abajo. Te llevará a casa».

«¿Qué? No. No he hablado con la Signora Vittoria». Aurora esquivó a Donata mirándome.

Aurora no estaba aquí porque yo hubiera decidido traerla. Estaba aquí porque Donata había pensado que sería una buena idea. Después de escuchar a ese imbécil de Angelo en el altavoz hablar sobre Aurora como si fuera una especie de caballo árabe, tuve una idea bastante clara de por qué Donata quería a Aurora aquí.

Antes, cuando habíamos hecho la apuesta, todos habíamos acordado no contarle a Aurora sobre el matrimonio arreglado con Angelo. Por supuesto, en el momento en que Donata me vio progresando con Aurora, decidió que era hora de contarle ese pequeño y sucio secreto. ¿Qué pensaba que haría Aurora cuando descubriera que estaba comprometida con un viejo? ¿Donata había pensado que Aurora se encerraría en su habitación y le guardaría su tarjeta de la virginidad? ¿Que dejaría de verme?

El último pensamiento envió un escalofrío recorriendo por mi espalda. Fuera lo que fuese lo que pasaba con Aurora, no quería que terminara. Eso era exactamente lo que buscaba Donata. Como parte de la apuesta, ella había dicho que haría todo lo que estuviera en su poder para alejar a Aurora de mí... de nosotros.

Que se joda Donata y su apuesta épica.

Nunca me gustaban los juegos de Donata. Aunque esta noche, tuve que admitir, su esquema me había aportado información valiosa. Papá estaba planeando algo. Algo malo. Algo lo suficientemente grande como para que la Signora Vittoria jugara su papel de perra. No pensé que eso fuera posible. Ella era una reina en nuestro mundo. A su manera, siempre encontraba la manera de conseguir lo que quería. No había estado en la Sociedad ni era miembro de la junta durante mucho tiempo. Pero había visto lo suficiente para saberlo. La Signora Vittoria no se inclinaba ante nadie. Pero esta noche dejó que papá jugara su carta de rey con ella.

¿Por qué?

Lo que haya sido. Nos involucró al prometido de Aurora y a mí... bueno, a mis hermanos y a mí. Entendí que Massimo sería un activo valioso cuando llegara el momento. ¿Pero qué podría hacer mi hermana pequeña Caterina? Ella no podía convertirse en Don. Ese lugar era mi derecho de nacimiento. Nada podría quitarme eso. A menos, por supuesto, que estuviera muerto.

Pero ni siquiera papá intentaría algo así. ¿Lo haría? ¿Qué línea ya habría cruzado? ¿Qué era

tan terrible que ni siquiera la Signora Vittoria quería acercarse?

«Esto es asunto de la Sociedad, Aurora. No puedes estar aquí», Donata bloqueó el camino de Aurora hacia mí. «Cuando vi a Angelo, pensé que la conversación sería sobre otra cosa. No sobre esto. Quiero decir», ella se giró para mirarme. «¿Tu papá acaba de dar un golpe a alguien?».

«¿A qué creías que se dedicaban nuestros padres para ganarse la vida?», Rex levantó una ceja. «¿A jugar con gatitos todo el día?».

«No», ella puso los ojos en blanco. «Esto se sintió diferente. No sabía que había una línea que mi tía no estaba dispuesta a cruzar. Quiero decir, todos podemos estar de acuerdo en que es malo, realmente malo. ¿Cierto?».

«Un momento, ¿qué quieres decir con eso?», Aurora regresó a la cocina y se encontró con mi mirada y luego con la de Donata. «¿Qué tiene que ver Angelo conmigo?».

Miré a Donata. No tenía idea de cuál iba a ser la reacción de Aurora ante el contrato matrimonial, pero no podía ser buena. Y estaba seguro de que cualquier cosa que ella decidiera al respecto, no me incluiría a mí. Era una buena hija. Ella querría hacer lo que sus padres le pidieran. Mierda.

«Tienes razón. Ella debería irse a casa», me acerqué a Donata.

«Bueno, no tan rápido», Donata me sonrió. «Tenía la esperanza de que esta noche ella descubriera la verdad. No funcionó exactamente. Pero no hay ninguna razón por la que no podamos decírselo. Ella merece saberlo».

«Bueno, no todo», Santino arqueó las cejas y nos dirigió una mirada intensa.

Cabrón. Tampoco estaba preparado para que terminara la apuesta. Se me revolvió mi estómago. A estas alturas, ya sabía lo que era. Sabía que tenía un nombre: celos. No quería que nadie tocara a Aurora.

Me volví hacia Donata. La expresión de su rostro lo decía todo. Esto era parte de su juego. Hacer que nos atacáramos entre nosotros. Y luego, dejar que Aurora tuviera la última palabra.

«No», fruncí los labios y la miré.

«Dime», Aurora la tomó del brazo. «¿Qué merezco saber?».

«Mi tía se ha vuelto muy protectora contigo. Antes, cuando aparecieron don Alfera y Angelo, pensé que estaban aquí para pedirle permiso, por así decirlo».

«¿Permiso para qué?», Aurora dejó escapar una pequeña risita nerviosa. ¿Ella lo sabía?

«Para tu compromiso», la sonrisa en el rostro de Donata era de pura satisfacción... y maldad.

«¿Mi qué?».

«Tu compromiso».

«Compromiso suena demasiado arcaico», Rex se reclinó en la encimera del fregadero y cruzó los brazos sobre el pecho. A él le encantaba esto. Siempre le habían gustado sus juegos.

«De qué se trata esto», Donata le hizo un guiño y luego centró su atención en Aurora. «Tu papá firmó un contrato de matrimonio con Angelo». Los rasgos de Aurora permanecieron congelados, que no era lo que Donata esperaba. Quería un gran drama y lágrimas enormes brotando de Aurora. Pero ella no lo entendía. «Quiere que te cases con Angelo. Muy pronto», añadió después de otro momento.

La risa de Rex retumbó en mi pecho, como si algo tamborileara fuerte y rápido, esperando salir. Se apartó del mostrador y apoyó las manos en el mármol frente a él, de cara a Aurora. «Ya lo sabía».

«Qué buena chica», Santino se rió entre dientes. «¿Te parece bien eso?».

Pensé en nuestro tiempo anterior en el patio. Cuando nuestro beso casi se convirtió en otra

cosa. Ella me quería. Más específicamente, quería tener sexo conmigo, pero algo se lo impedía. Si ella quería tomar las cosas con calma, estaría feliz de esperarla. Pero todo este tiempo se había estado reservando para un chico que su padre había elegido para ella. En mi cabeza, la veía besándolo. Los veía tocándose. Y luego vi rojo.

La fulminé con la mirada. Y me concentré en sus rasgos antes de que mis pensamientos siguieran un camino que no entendía.

«Hasta aquí tu dramática revelación», le sonreí a Donata antes de mirar a Aurora. «Ojalá hubiera sabido que tu tarjeta de la virginidad estaba a la venta».

«No es así». Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se abrazaba el vientre. «Y no espero que ninguno de ustedes lo entienda».

Parecía tan perdida.

«Realmente lo harás, ¿eh?», Donata le tocó el hombro. «Investigué un poco sobre Angelo. Es un idiota pomposo. Pero en lo que respecta a opciones, es decente».

«Donata, simplemente detente», no podía soportar la idea de esos dos juntos.

¿Por qué hablaba de esto como si fuera algo inevitable? No lo era. Aurora tenía una opción en esto.

«¿Por qué? Ella tiene que enfrentar eso. No es como si ella fuera tu novia. Ya basta», ella me miró con el ceño fruncido.

«Suficiente», Rex levantó las manos.

«Bueno, esto complica muchas cosas». Santino se dejó caer en el taburete de la barra. Todavía estaba pensando en la apuesta.

Yo también. ¿Estaba dispuesto a renunciar a ella? ¿Quería hacerla cambiar de opinión y que me eligiera a mí? Sí, malditamente lo quería. Al diablo con su papá y Angelo.

«Nada ha cambiado», murmuré.

«Ese es el espíritu», Donata me sonrió y rodeó a Aurora con su brazo. «¿Qué tal un poco de té?».

La puerta se abrió de golpe y entró Giuseppina. Jadeó y luego habló. «La reunión ha terminado».

«Lo sabemos. Dios mío. ¿Por qué es tan difícil?», levantó la mirada y luego se quedó congelada. «Mierda», murmuró.

«Sí, la reunión ha terminado». La Signora Vittoria entró en la cocina. «Pina, ¿dónde está mi té?».

«De inmediato, señora», Giuseppina agarró una tetera, llenándola de agua antes de colocarla en la estufa.

Para alguien que acababa de tener un cara a cara con el rey de un enclave centenario, la Signora Vittoria no parecía perturbada en absoluto. Papá podría ser un idiota la mayor parte del tiempo. Pero tenía razón en una cosa: tenía mucho que aprender antes de poder empezar a considerar la idea de ocupar su lugar como rey. La Signora Vittoria sería una opción mucho mejor.

«¿A qué debo este placer? ¿Un grupo de estudio? Eso espero», le ofreció a Aurora una sonrisa amable.

«Ella quería hablar contigo», Donata puso ambas manos sobre los hombros de Aurora y la condujo hacia la Signora Vittoria.

Giuseppina colocó un plato y una taza frente a la Signora Vittoria. Cuando se demoró un poco más, Donata puso los ojos en blanco y luego señaló hacia la puerta. «Ustedes pueden escuchar detrás de la puerta».

«Mis disculpas», Giuseppina dejó una servilleta sobre el mostrador y salió.

«No la animes», la Signora Vittoria puso una bolsita de té en el agua caliente y luego miró a Aurora. «Tienes cuatro minutos. Habla rápido».

Aurora abrió la boca, pero no le salieron palabras. A pesar de toda su valentía cuando nos pidió que la trajéramos aquí, no podía hablar de lo que había sucedido con Brody e Ian. Era demasiado pronto. Las lágrimas llenaron sus ojos, luego sacudió la cabeza. «No les pedí que se reunieran conmigo allí».

La mirada de la Signora Vittoria pasó de Donata a Rex, a Santino y luego a mí. Soltó un suspiro y esperó. Tenía la sensación de que ella sabía lo que diría Aurora a continuación.

«Se refiere a Brody e Ian», Donata se agarró al respaldo del taburete.

«¿El chico Thomas?».

«Ese».

«¿Qué hizo?», preguntó la Signora Vittoria a Aurora.

«Se la sacó. Intentando que ella se la chupara». Santino hizo un gesto hacia Aurora, quien solo asintió.

La Signora Vittoria parpadeó lentamente. No podía decir si era por las palabras contundentes de Santino o por el comportamiento jodido de Brody. «Ya veo. Y estás aquí, ¿por qué?».

«Los quiero fuera del equipo», agregué. «Quiero que los expulsen».

Miró mis manos y añadió, «¿una paliza no fue suficiente venganza para ti?».

«Ni siquiera cerca», me acerqué a ella. «Eres su patrocinador. Puedes anular tu invitación».

Exhaló ruidosamente y sumergió la bolsita de té en el agua caliente varias veces. «La venganza es un plato que se sirve mejor frío, querido». Estudió el rostro triste de Aurora. «Desafortunadamente, tengo las manos atadas».

«¿Qué?», la voz de Donata subió unas octavas. «¿Hablas en serio? Eres la dama dragón».

«¿Disculpa?».

«Así te llaman», se encogió de hombros.

«Lo que pasó fue horrible. Lo entiendo. Créeme cuando digo eso. Pero ahora mismo la Sociedad está atravesando un momento crucial», sacudió la cabeza como si estuviera considerando algo. «Los Thomas son una parte integral de ello. Los necesito de mi lado».

«Política. ¿Esa es tu excusa?», Donata miró a su tía.

«Nuestro objetivo es conseguir todo lo que siempre quisimos. No puedo hacer lo que me pides. No ahora».

«No quiero venganza», la voz de Aurora se quebró. Ella tragó y luego continuó. «Solo quiero asegurarme de que nadie se entere. Especialmente mis padres».

Sus razones ahora tenían sentido para mí. Si su padre se enteraba de lo que había hecho Brody, sin duda asumiría que las cosas habían ido más lejos de lo que llegaron. Y Angelo también. Si todo lo que quería era una esposa virgen, ¿la querría si pensaba que había tenido relaciones sexuales con esos tipos? ¿La querría si todos lo supieran? Un imbécil como ese... supongo que no.

No debería importarme que ella quisiera cumplir con ese contrato. Pero lo hacía. Aurora no quería que su reputación se manchara porque quería casarse con Angelo Soprano. Apreté los puños y los metí en los bolsillos de mis pantalones. ¿Por qué eso me hacía querer golpear una pared?

Donata me agarró el brazo y luego deslizó su mano alrededor de mi codo. Su toque detuvo la avalancha de imágenes que invadían mi mente. «*Cálmate*», gesticuló mientras la veía.

«Estoy de acuerdo contigo en eso», la Signora Vittoria tomó un sorbo de su té. «Puedo

ayudarte a ese respecto. Hablaré con Amanda. Ella se asegurará de que su hijo haga lo correcto. Y su amigo, también».

«Puedo encargarme de Hanna», agregó Santino.

«Eso es todo lo que quería». Aurora dijo a la Signora Vittoria y a Santino le dedicó una sonrisa dócil. «Gracias».

Odiaba no poder hacer esto por ella. Que ahora tendría que volver a la escuela el lunes y ver a esos imbéciles. Tendría que animarlos durante los juegos. Todo porque los adultos tenían cosas más importantes en sus agendas.

«Vete a casa, Aurora. Tu familia te necesita». La Signora Vittoria recogió su servilleta y su taza de té y salió.

Donata soltó un suspiro y se pasó ambas manos por el cabello. «Lo siento, Rory. Eso es todo lo que conseguirás».

«Está bien. Es suficiente. Gracias».

«Deja de decir esa palabra. Nadie aquí ha hecho nada por ti. Confía en mí en eso», me arqueó una ceja. «Ya basta de Brody e Ian, ¿qué vamos a hacer con este momento crucial del que hablaba mi tía?».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Aurora.

«¿Fui la única que presté atención?», ella levantó un dedo. «Primero, hay un mafioso o mafiosa con un objetivo en su espalda», levantó otro dedo. «Dos, eso te involucra a ti y a tu prometido. ¿Y tres?», ella me agarró del hombro, «el gran Don Alfera, tu papá, está planeando algo con Massimo, Caterina y tú».

«Olvídate de la venganza», los surcos entre las cejas de Rex se profundizaron. Le encantaban los buenos rompecabezas. «Quiero saber qué están planificando».

«Yo quiero saber qué quieren», Santino rodeó el mostrador y pasó un brazo alrededor de los hombros de Aurora. «Tal vez Vittoria tenga razón. La venganza es un plato que se sirve mejor frío».

«Nuevo juego», Donata juntó las manos. Su rebelde coleta rubia, la falda del uniforme y el suéter atado a la cintura la hacían parecer una adolescente rebelde sin causa. Aunque había visto suficiente a Donata para saber que ella siempre tenía una causa. «Averigüemos en qué andan».

«¿Cuál era el viejo juego?», Aurora miró a Donata con los ojos entrecerrados.

«No te preocupes por eso», le sonrió. «Si nos ayudas, tal vez podamos encontrar una manera de deshacerte de tu problema con Angelo».

«¿Cómo podría ayudarte?», Aurora encontró los ojos de Rex y luego los de Santino.

Durante los últimos diez minutos, había vuelto a evitar el contacto visual conmigo. Tal vez ella pudiera sentir lo enojado que estaba. Y yo lo estaba. Pero esto era diferente. Lo que estaba pasando con la Sociedad, nos involucraba a todos.

«Obviamente, Angelo siente algo por ti, como algo real por ti. Contrato aparte», Donata apartó un mechón de cabello del rostro de Aurora. «Puedes ser nuestra espía».

«Ay, joder, no», no tenía ningún motivo para oponerme a este plan, aparte de que no me gustaba la idea de que Aurora usara sus encantos para sacarle información a Angelo. Porque no tenía dudas de que esa era exactamente la ayuda que Donata quería de Aurora.

«¿Por qué no?», se encogió de hombros, dándome una mirada inocente que no me creí ni por un segundo. «Ella tiene acceso a él. Y nosotros no».

«¿Mi familia está a salvo?», preguntó Aurora.

«No lo creo, ángel», respondí honestamente.

CAPÍTULO 22

El concurso de las camisetas mojadas

AURORA

Al día siguiente, me senté a la mesa del desayuno comiendo mi yogur griego mientras mamá y papá estaban en silencio. ¿Tenía razón Enzo al pensar que toda mi familia estaba en peligro? ¿Por qué? ¿Por el contrato matrimonial con Angelo? ¿En qué nos había metido papá esta vez? Toda esta situación empezaba a parecerse demasiado a aquella época en Las Vegas, cuando papá hacía un mal negocio tras otro hasta que no nos quedaba nada y mamá básicamente tenía que prostituirse para salvarle el trasero.

Por supuesto, ahora no tendría que ser mamá. Sería yo. Lo peor era que Angelo no solo quería fornicar rápido en un motel. Quería casarse, como 'para siempre'. Aunque eso todavía no iba conmigo. ¿Por qué alguien como Angelo querría comprometerse con alguien como yo? Yo era diez años menor que él.

«Tengo algo que hacer en la escuela esta mañana», tomé un sorbo de mi café.

«Eso suena divertido», mamá me sonrió. «Hoy iré de compras con la Signora Vittoria. Realmente nos estamos volviendo amigas muy rápido».

«¿Qué cosa de la escuela?», papá soltó.

«Una recaudación de fondos para la alfabetización», me aclaré la garganta. «Lavaremos autos para recaudar fondos y poder comprar libros para dos bibliotecas locales. Todas las animadoras lo harán. Hoy, también podré saber si entré en el equipo».

«¿Crees que soy un idiota?», papá me fulminó con la mirada. «También teníamos esas 'recaudaciones de fondos' cuando estábamos en el bachillerato», señaló a mamá y luego a sí mismo. «Es solo una excusa para ver chicas».

Agradecí que papá decidiera no terminar su pensamiento. Pero sabía lo que quería decir. Santino me dijo que estaba ansioso por este segmento de las pruebas de las animadoras. 'Concurso de las Camisetas Mojadas' era como lo había llamado. Incluso cuando Donata insistió en que solo era para recaudar fondos.

«No es así, papá. Midtown High no es tu bachillerato».

«Está en lo correcto», mamá puso su palma sobre su antebrazo. «Estas son personas con clase».

«Quiero que recuerde que ella no es como esas chicas. Ella tiene valores».

Hice lo mejor que pude para no poner los ojos en blanco. Por valores se refería a mi tarjeta de la virginidad. Estaba asumiendo que yo era la única virgen en la escuela. Tomé un gran trago de café y taché mentalmente los meses del calendario. Pronto no tendría que oír sus tonterías.

«Se refiere al matrimonio, Rory. Cuando te encontremos un buen chico, verás que estamos haciendo esto por ti. Tendrás un futuro con una hermosa casa como esta y un chofer». Me dio una sonrisa grande.

Mamá realmente creía que esto era por mi propio bien. ¿Y si les dijera que Angelo estaba tramando algo malo con don Alfera, algo que tenía que ver con nosotros? ¿Me creerían?

«Conozco a tantos hombres, mamá. No estoy segura de cuál le gusta más a papá», cambié mi mirada hacia papá, haciendo lo mejor que pude para parecer despistada.

«Tan pronto como tome una decisión, hablaremos», pinchó un trozo de huevos y se lo metió en la boca.

«Necesito ir a prepararme».

«Claro, cariño. Ve. Puedo dejarte de camino a encontrarme con la Signora Vittoria».

«Sí, seguro», me levanté y regresé a mi habitación.

¿Cuándo planeaba papá hablarme de Angelo? ¿O Donata se había equivocado en eso? Me presioné la mano para olvidarme del matrimonio y de los malvados planes. Necesitaba prepararme. Donata quería a todas las chicas con camiseta blanca y pantalones cortos. Por mucho que le dijera a Santino que se trataba de una recaudación de fondos, también sabía que era la mejor manera de ganar la mayor cantidad de dinero.

Me puse un par de pantalones cortos de mezclilla, una camiseta corta y me calcé un par de chancas de diseñador. Me reí mientras miraba mis pies pedicurados y pensaba en lo que mamá había dicho antes. “Estas son personas con clase”. ¿Qué tan despistada podría estar ella? O tal vez estaba fingiendo, de la misma manera que yo.

Me retoqué el maquillaje durante unos minutos y luego bajé las escaleras. La recaudación de fondos no comenzaría hasta dentro de una hora, pero quería llegar temprano y tal vez ayudar con la preparación y ganar más puntos con los jueces. Los jueces eran los miembros de la realeza. Necesitaría toda la ayuda que pudiera conseguir con Rex, Santino y Donata. Enzo era una causa perdida. Después de nuestra charla de ayer en casa de Donata, volvió a odiarme. Esperaba que me llevara a casa al final de la noche. Pero él no se ofreció. Me fui sola, sintiéndome, como siempre, aturdida y confundida.

«Rory, mira quién pasó por aquí», mamá intervino desde el pie de las escaleras.

Vaya, simplemente genial.

«Hola, señor Soprano», me gustaba que se encogiera cada vez que lo llamaba así.

Aunque él no hizo eso. En cambio, su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo y luego subió a mis senos. Sí, persona con clase.

«Angelo dice que puede llevarte. ¿No es lindo?», mamá le dio unas palmaditas en el hombro como si fuera un héroe.

¿Qué pensaba ella? ¿Que si ella lo tratara como si fuera mucho más joven, el contrato matrimonial no sería tan espeluznante?

«Mi auto necesita lavado. Es un gane por ambos lados».

«Se me hace tarde. Me tengo que ir ahora».

«Yo también ya me iba», hizo un gesto hacia la puerta.

Miré alrededor del apartamento, pero papá no estaba por ningún lado. Siempre dejaba que mamá hiciera el trabajo sucio por él. Pero supuse que un viaje rápido a la escuela no vendría mal. Aunque odiaba la idea de estar sola en un auto con Angelo.

«Bueno. Gracias».

Angelo puso su mano en mi espalda baja y me hizo salir de la casa. Esta parte era incómoda para mí desde que lo conocí. Esa forma en que actuaba como si fuera mi dueño. Ahora entendía

por qué. Pensaba que era mi dueño porque lo era. Lo dejé pasar esta vez porque hoy era más importante llegar al lavado de autos. No solo porque quería volver a ver a Enzo, sino porque quería saber si yo había formado parte del equipo.

Salimos a la acera y se detuvo una limusina. ¿En serio? Puse los ojos en blanco cuando su conductor abrió la puerta. Subí rápidamente y me senté en el asiento debajo de la ventana. Dejé caer mi mochila sobre mi lado izquierdo y luego puse mi botella de agua a mi derecha, sin dejarle otra opción que sentarse frente a mí. Me dolió el pecho cuando me di cuenta de que, si quería, podía sacar su polla ahora mismo y obligarme a chupársela. Nadie, ni siquiera papá, se inmutaría.

Era una elección decente, como había dicho Donata.

«No sabía que eras animadora», su mirada permaneció en mis piernas.

«Sí. Es divertido», apreté mis labios y sonreí.

Los siguientes quince minutos mantuve mi atención en la carretera mientras él me observaba desde su asiento. No intentó una conversación educada como antes. Tal vez finalmente se había cansado de mis respuestas de sí y no.

Cuando llegamos al frente de la escuela, intenté levantarme, pero él se acercó y me agarró la muñeca. «Quiero que tú laves mi auto».

«Sí, de acuerdo. Es por eso que estoy aquí».

«Pero solo tú».

«Tendrás que hablar con Donata sobre eso. Ella está a cargo».

El chofer abrió la puerta. Agarré mis cosas y salí corriendo. Mis pulmones se llenaron de aire tan pronto como mis pies tocaron la acera. No me había dado cuenta de lo sofocante que había sido estar en la limusina. Sin embargo, no podía permitir que la visita sorpresa de Angelo arruinara este día. Extrañaba ser animadora y ser parte de un equipo. Si todo iba bien hoy, recuperaría esa parte de mi vida.

Donata realmente había organizado bien el evento. Todo el patio delantero se instaló como un elegante lavado de autos con carpas blancas y estaciones de refrigerios para nuestros clientes. A la derecha, la primera tienda era la estación de enjuague con cubos de agua y una manguera que llegaba hasta 'Adaline'. La siguiente tienda tenía esponjas y recipientes llenos de soluciones limpiadoras. En el otro extremo, en la última carpa, había una mesa con trapos para secar autos y aspiradoras conectadas a un generador súper ruidoso.

«Oh, Dios. Lo lograste», me saludó Donata, mientras revisaba su portapapeles. «Estás en la tienda dos».

«Gracias», asentí.

«Trata de mantenerte seca», me guiñó un ojo.

Los días de verano habían quedado atrás. Pero a pesar de que hacía frío en el aire, el Sol brillante hacía que fuera cómodo estar en pantalones cortos. Aún así, tenía la sensación de que mojarme con este clima no sería divertido. Seguí el camino de entrada a la escuela hasta que encontré una tienda de campaña más grande destinada solo a la realeza. Enzo estaba sentado en una de las mesas con los pies sobre la silla. De repente, sentí más calor por dentro. Habíamos estado separados durante dieciséis horas y lo extrañaba. Lo empecé a extrañar desde el momento en que salí del edificio de Donata.

Como si pudiera sentir mi mirada, levantó la cabeza. La adrenalina me recorrió mientras él sostenía mi mirada. Todavía estaba enojado conmigo. No tenía idea de por qué. Pero ahora estábamos aquí. Tenía todo el día para averiguarlo.

«Hola», Hanna chocó mi hombro con el suyo y luego sonrió.

«Hola».

«Parece que hoy conseguiremos una buena cantidad. Mira todos esos autos esperando», señaló fuera de las puertas.

«Sí. Será bueno», metí las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos.

Entendí que ella lo sentía y quería hacer amigos ahora. Pero no estaba lista para olvidarlo. Ni siquiera había tenido tiempo de procesar todo lo que había pasado ayer.

«Oh, espera. Todos, hagan espacio, Su Alteza ha llegado», Brody empujó a la gente fuera del césped y hacia el asfalto, fingiendo dejarme paso.

«Madura», Hanna me acercó a su lado. «Y haz lo que te dicen».

Brody me miró fijamente, apretando los dientes. Su labio temblaba de rabia y tragó como si las palabras que quería decirme estuvieran atrapadas en sus cuerdas vocales, mantenidas allí por alguna fuerza mágica. Aquí no había magia. La Signora Vittoria era la razón por la que no podía decirme nada, al menos nada relacionado con el incidente en el patio.

La orden de silencio era suficiente para mí. Al menos todavía podría mostrar mi cara en la escuela y no tener que lidiar con las mentiras de Brody. No tenía ninguna duda de que, si la Signora Vittoria no hubiera hecho lo suyo, él le estaría contando a todo el mundo que yo había sido quien lo había citado en la torre del reloj y le había hecho una fea mamada, o algo por el estilo, algo desagradable que me hiciera sentir diminuta.

Cuando los rumores sobre mamá se extendieron por mi antiguo bachillerato en Las Vegas, tuve que lidiar con lo mismo. Las chicas y sus mamás me llamaban puta barata, mientras los chicos me arrinconaban en los pasillos para ofrecirme dinero por acostarme con ellos. Solté un suspiro, tratando de alejar los recuerdos. Ese tiempo había terminado. Repetía esas palabras en mi cabeza.

Levanté mi mirada y me fijé en la de Enzo al otro lado del césped. Su ceño fruncido había vuelto. Aunque esta vez estaba dirigido a Brody, quien apretó los puños, mirándome a mí y luego a Enzo, mientras decidía si esta pelea valía las consecuencias. Después de un momento, se inclinó y susurró, «No lo vales».

«Creo que eso fue lo peor», Hanna vio a Brody alejarse furioso hacia la entrada de la escuela.

«Eso espero».

«Está comenzando», Hanna jaló mi manga y le sonrió a Santino, que había salido de la tienda de los jueces.

«Buenos días, señoritas», se dirigió a las chicas que se habían reunido a su alrededor.

Todo el equipo se había presentado para participar en la última ronda de pruebas de las animadoras. De las treinta chicas restantes, solo quince serían elegidas. No tenía idea de cómo estaban juzgando esta ronda final, ya que solo estábamos lavando autos. La tarea no requería ninguna habilidad de animadora.

«Bienvenidas al ‘Concurso de las Camisetas Mojadas’ de este año», Santino sonrió. Cuando Donata lo golpeó en el brazo con su portapapeles, él corrigió, «lo siento. Ya no lo llamaremos así. Bienvenidas a la ‘Recaudación de Fondos para la Alfabetización’ de este año. Cuanto más dinero recaudemos hoy, más libros podremos donar a la biblioteca local de su elección. Así que, empiecen a lavar. Diviértanse. Y no tengan miedo de mojarse», hizo un gesto hacia las puertas de la escuela.

Las enormes puertas de hierro forjado se pusieron en marcha y se abrieron lentamente para dejar paso a los autos alineados afuera. La primera en la fila era la limusina de Angelo. Entró en el camino de entrada en forma de media luna y se detuvo frente a la primera tienda que se instaló como estación de enjuague. Luego pasó al mío para lavarlo.

Angelo me miró desde el otro lado del camino mientras yo cogía un balde y una esponja para empezar a lavar su auto. Hice lo mejor que pude para dejar espuma por todas partes, asegurándome de que no quedaran manchas en ninguna parte. La limusina ni siquiera estaba tan sucia. Apuesto a que papá lo llamó esta mañana después del desayuno para que se reuniera conmigo en la escuela.

Aparte de mí, la parte ingenua quería creer que mamá le había pedido a papá que esperara hasta que yo tuviera dieciocho años para contarme sobre el contrato matrimonial. Era dulce por querer darme tiempo para conocer a Angelo y tal vez enamorarme de él. Pero eso solo demostraba que mis padres no me conocían en absoluto. Pasar tiempo con Angelo solo me demostraba lo asqueroso que era.

«Oye, Rory», llamó Hanna desde su estación, «dejaste un lugar sin limpiar».

Cuando la vi, me roció con la manguera de agua. Comenzó en mi pecho y luego subió cuando me alejé de ella. Genial, simplemente genial. Si antes pensaba que Angelo me estaba mirando, ahora parecía que estaba listo para saltar sobre mí. Algo que, por alguna razón, hizo que el rostro de Enzo se pusiera rojo brillante. Si las miradas mataran...

Le lancé una mirada furiosa a Hanna, pero ella y las otras chicas ya habían pasado a su siguiente víctima. Sus risas eran contagiosas y recordé que ese era el propósito de este evento. La realeza quería divertirse. Sacudiendo la cabeza, me reí entre dientes mientras me quitaba la tela mojada de mis senos.

«Rory», Donata llamó detrás de mí, manteniendo la distancia para no mojarse. «Necesito verte en la tienda de los jueces».

«No he terminado», solo había hecho un lado de la limusina.

«Hanna puede hacerse cargo», hizo un gesto hacia la otra tienda donde Hanna y sus amigas todavía estaban persiguiéndose con la manguera de agua. «Necesitamos hablar».

Ayer, después de nuestra conversación con la Signora Vittoria, no tuvimos tiempo de comentar su plan para descubrir qué tramaba don Alfera. Debería haber sabido que usaría este tiempo para analizar los detalles y darme mi primera tarea. Yo no era una espía. Solo pensar en acercarme a Angelo me erizaba la piel.

No podía hacer esto por ella, pero no se trataba solo de la realeza. Lo que fuera que estuviera planeando don Alfera, también involucraba a mi familia. Cuando miré a Angelo, él estaba a unos metros de distancia, mirando abiertamente mi pecho. De ninguna manera el plan de Donata podría funcionar.

CAPÍTULO 23

El amor y el deber no combinan bien

AURORA

En el momento en que entré en la tienda de los jueces, Enzo salió por el acceso trasero. Un indicio de su aroma permaneció en el aire y caminé directamente hacia él. Con el corazón latiendo aceleradamente, me quedé allí hasta que me di cuenta de que todo lo que pensaba que podía oler no era real.

A mi derecha, Donata dejó escapar un suspiro. «Lo necesito aquí. ¿A dónde fue?».

«Lo siento», me encogí de hombros. No era como si tuviera el poder de hacer que Enzo se quedara.

«Ven, quítate esa ropa mojada», me arrojó una camiseta.

Cuando la levanté frente a mí, mi estómago dio un salto mortal. Era una camiseta con el escudo de la escuela y el emblema del equipo de animadoras. «¿Esto significa que estoy dentro?».

«Así es. Felicidades», hizo un gesto con la mano como que no era importante y tachó algunas cosas en su portapapeles. «Santino, ayúdame a encontrar a Enzo».

«¿Tenemos que hacer esto ahora?», preguntó mientras mantenía su atención en Hanna. «Se supone que esto es por diversión, no por trabajo».

«Podemos hacer ambas cosas», Donata recurrió a Rex en busca de apoyo.

Parpadeó lentamente y caminó hacia Santino. «Ella es problemática. Lo sabes, ¿verdad?».

«Los problemas pueden ser divertidos», Santino le sonrió, bajó de la acera y se dirigió directamente hacia Hanna.

Cuando llegó hasta donde estaba, la agarró de la cintura por detrás y le susurró algo al oído. Miró hacia el cielo y articuló algo antes de girarse para echarle los brazos al cuello. ¿Y qué si él quería salir con ella?

«¿Existe alguna regla según la cual los miembros de la realeza no pueden salir con plebeyos?», hice un gesto porque no había querido decir eso en voz alta.

«¿Realeza?», Rex levantó ambas cejas, pero de alguna manera logró mirarme. «La gente usa mucho esa palabra; olvidan lo que realmente significa».

Sabía lo que significaba. La realeza dirigía la escuela porque sus familias eran ricas y descendientes directas de las cinco familias originales del crimen que fundaron la Sociedad y esta escuela. Todavía era bastante nueva en su mundo, pero la idea de la realeza ya se había convertido en parte de mi vocabulario y forma de vida.

«¿Qué significa?», pregunté.

«Un día el peso del mundo caerá sobre nuestros hombros». Su intensa mirada azul se encontró con la mía mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. «Aquí no hay reglas, Rory. Solo instintos de supervivencia», señaló a Santino y Hanna. «El amor puede hacer que te maten».

Habían salido del túnel de lavado y se dirigían directamente a la torre del reloj. Por la forma en que se miraron, solo pude suponer que iban allí para besarse. ¿Era ese el lugar secreto de Santino y Hanna? Si lo era, no es de extrañar que se perdiera cuando me vio ir allí. Dios, ¿había pensado que había ido allí para reunirme con Santino?

Miré por encima del hombro, escaneando la tienda en busca de Enzo, pero aún no había regresado. El viernes pasado me había pedido que nos encontráramos en el patio. ¿Era el patio un lugar de encuentro para él también? Me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa. Hace solo unos días, Enzo me había invitado a estar con él allí. Él quería estar conmigo. Deseé que hubiera algo que pudiera decir para hacer que su estado de ánimo melancólico desapareciera.

«Ella no es tan mala», dije, cuando Rex chasqueó los dientes.

Tuve que preguntarme si la única razón por la que defendía a Hanna era porque estábamos en situaciones similares. Ella no era una buena pareja para un futuro Don. Y yo tampoco. ¿Cómo había llegado aquí? Hace apenas unos días, estaba firme en mi determinación de mantenerme alejada de Enzo y de concentrarme en salir del peligro tan pronto como terminaran las clases. Me toqué los labios. Ahora lo único en lo que podía pensar era en cómo quería besar a Enzo otra vez. Cómo quería que esos besos significaran algo para él, porque significaban mucho para mí.

Todavía quería irme de la ciudad. Eso no había cambiado. Mi matrimonio con Angelo seguía siendo una amenaza real. La única manera de evitar convertirme en su esposa era desapareciendo. La cosa era que también tenía esa sensación intensa y conmovedora en mi pecho que gritaba ¿por qué no podía tener a Enzo en su lugar?

«Viste lo que te hizo porque no le gustó que anduvieras con Santino».

«Ella dijo que lo sentía».

Cruzó los brazos sobre el pecho de una manera que lo hacía lucir tan majestuoso y por encima de todas esas cosas del bachillerato. «Dime. ¿Se disculpó antes o después de descubrir que estaba en problemas?».

Puse los ojos en blanco. ¿Alguien alguna vez ganaba una discusión con Rex? Lo dudaba seriamente. «Entiendo tu punto».

«¿Sí?», estudió mi perfil. Rex tenía una habilidad con las palabras que me hacía dar vueltas la cabeza. Era puro acertijos y rompecabezas. «Crees que conoces a Enzo, pero no es así. No entiendes quién o qué es. Es mejor de esta forma».

«¿Qué?», mi cabeza se alzó hacia él. «¿Sabes por qué está enojado conmigo? ¿Por qué se fue tan pronto como yo entré?».

«Esfuerzo sólido, Rex», Donata se acercó y le plantó un beso en la mejilla. «Y aquí pensé que tu corazón no estaba en eso. ¿Cómo conseguiste que Enzo retrocediera?».

«¿Retroceder ante qué?», pregunté, pero ella me ignoró.

«Esto es más que un juego, Donata. Estoy tratando de ayudarla», me señaló.

«Por supuesto que lo haces», le sonrió, luego a mí. Por alguna razón, toda esta conversación la hacía feliz. «Rex no cree en el amor».

«Tenemos un deber que cumplir. El amor y el deber no combinan bien». Avanzó poco a poco hacia mí. Fue un movimiento tan sutil e inocente que ni siquiera se me ocurrió alejarme de él. «Enzo será rey algún día. Y simplemente estarás en el camino. Lamento que sean más malas noticias para ti». Tomó un mechón de mi cabello y lo colocó detrás de mi oreja.

El gesto genuino me hizo pensar que realmente sentía lástima por mí, lamentaba haber

desarrollado sentimientos hacia un futuro rey, lamentaba no ser nadie en su mundo mafioso, lamentaba que Enzo nunca pudiera amarme.

«Tranquilo, Rex. Tenemos mucho tiempo antes de que algo de eso suceda», Donata me rodeó con el brazo. «Santino tiene razón. Los problemas pueden ser divertidos».

«Me voy a cambiar», les mostré mi nueva camiseta y me dirigí hacia la parte trasera de la tienda.

Retiré la solapa y salí. Además de que esperaba ver a Enzo parado allí, esperándome. Pero el pequeño callejón entre las tiendas estaba vacío. Menos mal que no necesitaba otro sermón de Rex sobre el deber y los instintos de supervivencia. Esa parte me quedaba muy clara. La vida nos había dictado caminos muy diferentes a Enzo y a mí. Aquí no existía el “nosotros”. Tenía que meterme eso en la cabeza, tal como lo había hecho Enzo.

En este punto, estaba segura de que anoche, Rex había tenido la misma conversación con Enzo y lo había convencido de que se alejara y no me volviera a ver. Fruncí el ceño mientras me quitaba la camiseta fría y mojada. ¿Qué planes tendría Enzo para después de graduarse? Me di cuenta de que no tenía idea de qué se esperaba que hicieran los futuros talentos de una sociedad secreta después del bachillerato. La forma en que Rex lo expresaba, sonaba intenso, como si estuvieran a punto de convertirse en monjes o algo así.

La idea me hizo sonreír. ¿Santino un monje? ¿Enzo? Pensé en la forma en que me besó con tanta pasión y tanta necesidad.

«Pareces satisfecha contigo», Enzo apareció en mi línea de visión.

Su voz profunda me sobresaltó y dejé caer mis dos camisetas al suelo. Cuando me agaché para recoger la que estaba seca, él hizo lo mismo. Era más rápido que yo, así que la alcanzó primero. Una brisa fría rozó mi espalda, mientras la ráfaga de calor de su cuerpo golpeaba mi frente y casi me derribó de trasero.

Alcanzó mi codo y me estabilizó con su mano libre. «Presta atención». Su mirada recorrió mi cuerpo. Lo sentí fijarse en mis pezones tensos que empujaban a través de la tela sedosa de mi sostén. La sangre palpitaba en mis oídos, mientras mi corazón amenazaba con aplastarme las costillas. Se le escapó un sonido enojado, algo así como un gruñido y un silbido juntos. «Puedo entender por qué Angelo está ahí afuera haciendo el ridículo por ti. Eres tan hermosa».

¿Era deseo lo que veía en sus ojos? Las palabras de Enzo de ayer inundaron mi mente al instante.

“Puedo hacerte sentir muy bien”.

“Si me permites”.

El problema era que el fuego en mi pecho ahora se había trasladado a mi vientre y al resto de mí. Y lo único en lo que podía pensar era en que Enzo era el único que podía apagar ese fuego. Él era el único que yo deseaba.

«No soy torpe. Me asustaste», cometí el error de mirar directamente a sus ojos tristes. «¿Por qué estás enojado conmigo?».

«No lo estoy», se encogió de hombros y me atrajo hacia él hasta que mi piel fría permaneció en su suave camiseta. «Te vi entrar con él».

«¿De eso se trata esto? ¿De Angelo?».

Sacudiendo la cabeza, dejó escapar un suspiro y deslizó su palma por mi pecho y luego la envolvió alrededor de mi cuello. De repente, su mano fue lo único que me sostenía. Mis ojos se cerraron. No me importaba estar parada en camiseta corta frente a Enzo. O que estábamos en la escuela con treinta animadoras y un grupo de jugadores de fútbol justo al otro lado de la tienda, lo que significaba que cualquiera podía entrar y vernos.

«Tan buena chica, ¿no? Reservándote para él, porque papá te lo pidió».

«No lo hago», agarré su muñeca cuando él me apretó con más fuerza. «No lo quiero».

«Ahí vas de nuevo», examinó mi rostro. «Confundiendo mi cabeza. Cada vez que me miras, dejo de pensar».

Nos quedamos así durante un minuto entero. Y justo cuando pensé que iba a alejarme de él, su boca chocó contra la mía. Puso presión en mi mandíbula y me abrí para él, dejando que su lengua explorara durante unos segundos antes de intentar devolverle el beso. Sus dedos en mi mandíbula se clavaron en mí, ordenándome que me detuviera. Este era su beso. Me estaba besando y no me permitía participar. Era un castigo: tenerlo tan cerca, en mi boca, y no poder sentirlo, saborearlo como yo quería.

Me dolían los pezones por ansiar el alivio. Cuanto más profundizaba la conexión, más se calentaba mi piel necesitada. Pero su mano en mi garganta fue todo lo que me permitió. Tomaba sin devolver nada.

«Deberías vestirme antes de que alguien te vea», susurró contra mis labios. «Angelo estaba a punto de correrse cuando te vio toda mojada. ¿Qué haría si te viera ahora? Dios sabe que se me ocurren algunas ideas».

Intenté negar con la cabeza, pero su agarre sobre mí era demasiado fuerte. Y tenía miedo de que, si me movía, él podría soltarme. Lentamente, solté su muñeca y deslicé mis manos hasta su duro estómago. Tal como temía, me soltó con una mueca, como si mi toque fuera repulsivo.

Con un suspiro tembloroso, tomé la camiseta que me ofreció y la deslicé sobre mi cabeza. ¿Por qué pensé que hablar hoy con Enzo resolvería algo? No podía culparlo. Si me dijera que estaba comprometido con otra persona, yo también me pondría furiosa. Pero, ¿cómo podría explicarle que solo estaba fingiendo ganar algo de tiempo con mi papá? No era una hija cariñosa como él me hacía parecer. Era egoísta. Estaba haciendo esto para salvarme.

Se quedó allí con su pecho subiendo y bajando, mirándome, ya no con ira. Solo era dolor.

Hice a un lado la solapa de la tienda y volví a entrar. Al menos con Rex y Donata, las cosas tenían más sentido. Hablaban del deber y de ideas más tangibles. Enzo me confundía. Me hacía desear cosas que no podía tener.

«Te tomaste bastante tiempo», Donata me hizo un gesto para que me acercara. «Necesitamos un plan».

«¿Para qué?». Realmente todavía no había regresado a la Tierra después del beso abrasador de Enzo.

«Por qué...», Donata exhaló un suspiro de frustración, «nos estás ayudando con Angelo, ¿recuerdas?».

«Ella lo recuerda», Enzo entró y se sentó en la mesa junto a Donata. «Solo dile qué hacer. Ella lo hará».

Miré mis manos. Tal vez Rex tenía razón. Era mejor así. Enzo actuando cruel y distante era un territorio familiar.

«Eso puedo hacer», Donata acercó una silla y me sentó. «¿Alguna vez pasan tiempo solos?».

Sin querer, lancé una mirada hacia Enzo. Él sonrió mientras esperaba mi respuesta. Pensé en las veces que Angelo había venido a cenar a casa. A excepción de un viaje en limusina, mis padres siempre estaban presentes.

«Él viene a la casa de visita. Pero nunca estamos solos».

«Mmm», se tocó la barbilla, «eso no va a funcionar. ¿Ustedes dos alguna vez hablan?».

«No precisamente». Sobre todo, le gustaba mirarme, pero no pensé que necesitaban saberlo.

«¿Crees que podrías atraparlo solo? Ya sabes, ¿para poder hacerle preguntas?».

Enzo movió su cuerpo, apretando la mandíbula y los puños.

«Creo que sí».

«Bien, bien. Eso es algo. Así que ahora todo lo que tenemos que hacer es decidir qué preguntar sin que sospeche», miró a Rex y a Enzo. «¿Algunas ideas?».

Andábamos a ciegas. Faltaban tantas piezas de este rompecabezas que no tenía idea de por dónde empezar a buscar. No era como si pudiera preguntarle directamente: “Oye, ¿Don Alfera te pidió que mataras a alguien?”.

«Me gustaría saber qué hay en el contrato matrimonial», Enzo habló primero. «¿Qué es lo que gana con esto? Aparte de lo obvio», me señaló.

«Me pregunto si hablará contigo acerca de Don Alfera. El viejo no confía en nadie. Pero ayer parecía que le había dado a Angelo un gran trabajo», dijo Rex.

«Eso es cierto», Donata estuvo de acuerdo y luego tomó mi mano. «Solo voy a decirlo. Cuando tía Vittoria dijo, “mata a un mafioso, no me importa”, pensé en tu papá».

«Yo también», Rex asintió. «Pero, ¿qué ganaría con eso? Stefano Vitali es un don nadie», se acercó a mí. «Sin ofender».

Antes de darme cuenta, me bombardearon con preguntas para Angelo. Poco a poco, entendí que necesitaba hacer esto tanto por mí como por ellos. Mi familia estaba en problemas. Y sí, todavía estaba planeando irme en unos meses, pero eso no significaba que estuviera bien dejarlos mientras papá tenía una amenaza de muerte sobre su cabeza.

Mierda. Iba a tener que acercarme a Angelo. Rex tenía razón. El amor y el deber no combinan bien. Tuve que hacer mis sentimientos a un lado y concentrarme en lo que había que hacer. Y en el proceso, con suerte, olvidarme de Enzo.

«¿Realmente tienes que irte?», la suave voz de Donata me hizo regresar.

Mi cabeza estallaba y entonces me di cuenta de que se estaba dirigiendo a Enzo. «¿Adónde vas?», pregunté.

«Lejos».

CAPÍTULO 24

¿Para esto viniste?

ENZO

Los últimos tres meses habían sido un infierno. No había seguido el consejo de Rex de mantenerme alejado de Aurora porque estaba de acuerdo con su sentido del deber. Aunque sabía que no estaba equivocado en eso. Me alejé porque estaba perdiendo el control. En nuestro mundo, eso era algo peligroso.

Papá, el gran Don Alfera, era un claro ejemplo de ello. Su vida en la Sociedad y su posición como rey estaban fuera de control. Todo porque mamá se negó a seguir su juego. Ella había hundido sus talones profundamente y no se movió. Papá apenas salía de Brooklyn estos días, lo cual era bueno porque eso significaba que tenía Manhattan para mí solo, lo que era paz para mí. Si pudiera llamarlo así.

Las manos de ella sobre mí, su olor y sus grandes ojos inocentes todavía me perseguían.

No pensaba que podría mantenerme alejado. Pero el miedo era un poderoso motivador. Las cosas que sentía cuando Aurora estaba cerca me asustaban muchísimo.

«Entonces, de nuevo, ¿por qué estamos aquí?», Rex se secó el sudor de la cara con su camiseta y la arrojó sobre el banco.

Habíamos estado jugando al baloncesto durante la última hora, esperando a papá en un parque cerca de su casa en Brooklyn. Estábamos cansados, pero ambos necesitábamos algo que hacer. Odiaba estar sin hacer nada, especialmente cuando se trataba de papá.

«Nos han citado».

«¿Sabes por qué?, me pasó la pelota.

«Él no lo dijo». Driblé un par de veces y luego lancé la pelota a la canasta. La atrapé y se la devolví. «El viejo se está volviendo loco».

«Lo sé. Papá lo mencionó».

«¿Hay algo que puedan hacer para ayudarlo? Puedo decirte que mamá nunca regresará al Upper East Side».

«Papá dice que están trabajando en ello», Rex se encogió de hombros.

«Dios no permita que nos informen al respecto», me burlé. «Entonces, ¿de qué me perdí esta semana?».

Durante las últimas semanas, me había quedado en casa, en mi penthouse de altos techos. Había hecho arreglos con mis profesores para que me dejaran hacer el trabajo desde casa. Una de las ventajas de ser miembro de la realeza era que los profesores no me cuestionaban. Cuando les dije que tenía que ausentarme por un tiempo, asumieron que estaba relacionado con la mafia.

Mientras siguiera enviando las tareas, no tenían motivos para quejarse ni para involucrar a mis padres.

No es que a mis padres les importara. Papá ni siquiera había asistido a ninguno de los partidos de fútbol en los que jugaba. El año pasado, ya lo había superado. Pero ahora era como si yo no existiera.

«Estás haciendo lo correcto», Rex me dio una palmada en el brazo.

Desde el día del lavado de autos, Rex me había mantenido informado. Lo único que quería saber era cómo iba el nuevo proyecto de Donata y cómo lo estaba manejando Aurora. Según Rex y Santino, Donata organizaba reuniones semanales en las que interrogaba a Aurora sobre su progreso. Podría presentarme y descubrirlo por mí mismo. Pero entonces tendría que verla. Y sabía que eso no terminaría bien. ¿Aurora había podido hablar con Angelo? ¿Cuánto tiempo habría tenido que pasar con él para obtener información? Y si le había dado información útil, ¿qué había pedido a cambio?

«Ella no se ha acostado con él. La mamá los observa como un halcón. ¿Y Santino? Bueno, ha estado tan distraído con Hanna que creo que se olvidó de la apuesta».

«Vete a la mierda», le lancé un pase duro que casi le da en el pecho.

«Mmm», se rió entre dientes. «¿No es por eso que me haces esta pregunta todas las semanas?».

No se equivocaba. Cuando Rex me aconsejó que me alejara de Aurora, sabía que la única manera de hacerlo era si Aurora estaba a salvo de ellos. Sabía que estaba interesada en mí. Pero Santino y Rex tenían sus métodos cuando se trataba de chicas. Siempre conseguían lo que querían. Estando yo atrapado en casa, sabía que intervendrían como buitres. Por supuesto, Rex se daba cuenta de mi situación y se ofreció a perder la apuesta. Para él, el deber era más importante que un juego estúpido. Santino no lo veía así. Aunque lo parecía, había estado demasiado ocupado con Hanna como para preocuparse por ganar.

«Quiero saber en qué está metido papá. Esto que le está pasando le está cobrando factura. Verás a qué me refiero cuando llegue aquí».

«Lo he dicho antes», apuntó al aro de baloncesto, «el amor y el deber no combinan bien juntos».

«Entonces, ¿sigue si haber progreso con Angelo?».

«No», me sonrió. «Aparentemente, la mamá de Aurora siempre está presente. Tengo la sensación de que Lily Vitali no confía en que Angelo esté a solas con su hija menor de edad.

«¿Eso crees?», sonreí.

La imagen de los dos con la mamá de Aurora sentada entre ellos me hizo sonreír. Supuse que eran buenas y malas noticias. No quería que Aurora estuviera a solas con Angelo. Pero mientras su madre estuviera entrometiéndose, las posibilidades de que obtuviéramos respuestas serían nulas.

«Ah, y te va a encantar esto», me dio una palmada en el brazo con el dorso de la mano. «Vas a amarlo. Durante las vacaciones de Acción de Gracias, Brody tuvo un accidente de esquí y se rompió ambas piernas», él sonrió, «de todos modos, está fuera del equipo. No volverá durante el resto del semestre».

«Santo Dios».

«¿Crees que la Signora Vittoria tuvo algo que ver con esto?».

«¿Su cabaña, su avión, su invitación? Oh, sí».

«La Signora Vittoria literalmente lo dijo cuando mencionó que la venganza era un plato que se servía mejor frío». No tenía pruebas de que ella estuviera detrás del accidente. ¿Pero a quién

más se le podría ocurrir un plan tan perfectamente ejecutado? Ahora Brody estaba fuera del equipo y, para todos los efectos, suspendido de la escuela.

«Los Thomas están devastados y muy agradecidos por el apoyo inquebrantable de la Signora Vittoria», se rió. «Palabras de Donata, no más».

«No te metas con la dama dragón, ¿eh? Estoy impresionado y aterrorizado al mismo tiempo». «Tú y yo, hermano».

«Enzo», gritó una chica detrás de mí.

«¿Campanita?». Hacía meses que no veía a mi hermana Caterina. Casi no la reconocí.

Cuando le hice una señal de saludo, se metió una barra de chocolate en la boca y corrió hacia mí. «Papá dijo que estabas aquí. No le creí. ¿Dónde has estado?».

«Escuela». Caminé hacia el banco y agarré mi camiseta. «¿Qué estás haciendo aquí?».

«Quería verte. ¿Te quedarás a cenar? Mamá está preparando tu favorito», me sonrió y luego se limpió el chocolate de la mejilla. Puede que ahora pareciera mayor, pero todavía era una niña pequeña.

Rex se rió detrás de nosotros. Le pareció divertida la idea de que yo cenara con mis padres.

«Hola», Caterina lo saludó con la mano.

«Hola», él hizo una mueca de disgusto. «¿Qué diablos estás comiendo?».

«Es una barra de chocolate», lo miró con fingida confusión. «¿No es obvio?».

«Esa mierda te matará lentamente. Deberías cuidar lo que comes».

«Deberías ocuparte de tus propios asuntos», ella le puso los ojos en blanco y luego le dio otro mordisco a su dulce. Cuando se volvió hacia mí, tenía una sonrisa de satisfacción en su rostro.

«Campanita, él tiene razón. ¿Has visto los ingredientes de esa cosa?». Le arranqué el chocolate de la mano.

«Oh, vamos. Devuélvemela», la intentó agarrar.

Pero yo era más alto que ella y logré mantenerla fuera de su alcance.

«No seas tonto», ella me empujó e intentó arrebátarmela de nuevo.

«Es por tu propio bien», le lancé la barra a Rex.

La atrapó y la hundió profundo en el contenedor de basura. «Eso cuenta como tres puntos», él se rió.

«Idiota», miró a Rex. «Pero está bien. Tengo más en casa», me alejó de ella.

«Caterina», la voz de papá retumbó a unos metros de distancia. «Ya viste a tu hermano. Vete a casa. Ahora».

Caterina respiró exhausta y miró a papá con los ojos en blanco. «Ya voy».

Al igual que mamá, mi hermana pequeña tenía a papá alrededor de su dedo meñique. Cualquier otra persona, incluyéndome a mí, habría sido derribada al suelo por responder.

«¿Cena esta noche? Por favor», juntó las manos, suplicando. «Te echamos de menos».

«Eres una mocosa».

«Pero me amas», besó mi mejilla. «Vamos. Todavía no te he dado tu regalo de cumpleaños. Mamá no está contenta de que te hayas saltado el pastel que ella preparó para ti. No todos los días su hijo mayor cumple dieciocho años. Apesta, ¿sabes? Ha pasado un mes. Ni siquiera apareciste para el Día de Acción de Gracias la semana pasada. Continuó con una larga lista de todos los eventos familiares que me había saltado.

La abracé contra mí para que se detuviera. Papá odiaba que mamá no estuviera feliz. Cuando dejó de hablar, le susurré al oído para que papá no me oyera. «Mamá sabe dónde vivo, Campanita. Pero sí, me quedaré a cenar. Vete ahora».

«Gracias», ella se alejó. Cuando se dio la vuelta, rodeó el cuello de papá con sus brazos y lo

besó en la mejilla. «¿Ves? Te dije que podía convencerlo».

«Tu madre estará contenta. Ve». El tono suave de su voz hizo que mi estómago se revolviera.

Un padre tan devoto. Sacudí la cabeza y me uní a Rex en el banco. Me apretó el hombro en solidaridad. Él, mejor que nadie, entendía la doble vida de papá y sus dos caras: un padre y esposo amoroso, y el despiadado rey de un inframundo mafioso.

Esperé hasta que Caterina se perdió de vista para dirigirme a él. «Querías vernos».

«Sí», papá inhaló, mientras su mirada se detenía en el camino que Caterina había tomado a casa.

Lentamente, dirigió su atención hacia Rex. Las cejas de este se alzaron con sorpresa. Él también lo notó, papá estaba perdiendo el control. Algo lo estaba carcomiendo.

Cuando finalmente se volvió hacia mí, sacudió la cabeza. «En otro momento, hijo. ¿Por qué no vienes a casa, te duchas y comes con nosotros?».

Mi boca se abrió un poco. Por un lado, porque papá nunca había usado ese tono suave conmigo. Y dos, porque parecía que mamá por fin había ganado. Papá llamaba casa, a su casa en Brooklyn. Después de todas sus peleas sobre lo tóxico que era el Upper East Side, mamá finalmente entendía su punto. Ella había conseguido que él viera las cosas a su manera. El problema era que podía ver las ruedas girando en los ojos de papá. No era un hombre cambiado. Simplemente estaba jodidamente cansado.

«¿Te nos unes?», pregunté a Rex.

«No, amigo. Tengo que llegar a casa», miró a papá. Cuando papá asintió, dándole permiso, Rex se levantó y comenzó a recoger sus cosas. «¿A la misma hora la semana que viene? Tu lugar esta vez».

Una risa escapó de mis labios. Aquí estaba yo preocupado por el deber y por todas las cosas que me exigían hacer. Renuncié a Aurora debido a una idea intangible de lo que la Sociedad y papá necesitaban de mí. Al viejo le importaba una mierda. Lo único que le importaba era él mismo y esta pequeña vida que se había creado en Brooklyn.

Si papá podía quedarse con su pastel y comérselo también, ¿por qué yo no?

«Te veré mañana. En la escuela».

«¿Seguro?», Rex frunció el ceño y luego se inclinó para susurrar. «Una cena familiar no cambia una mierda».

«No, no lo hace. Pero yo también estoy cansado».

EL LUNES por la mañana me desperté con un renovado sentido de propósito. Como había dicho Rex, una cena con la familia no cambiaba mucho. Aunque me dio claridad sobre lo que quería hacer con mi vida. Por un lado, no podía seguir escondiéndome de la chica que me gustaba. No podía dejar que ella tuviera tanto poder sobre mí. Yo tenía el control aquí.

El primer tiempo iba a ser el más duro. Pero una vez que me acostumbrara a estar cerca de Aurora nuevamente, estaba seguro de que podría concentrarme en la escuela y en nuestro plan para obtener información de Angelo. Abrí la puerta del edificio Salvatore con el hombro y me dirigí a la clase de química.

La descarga de adrenalina me golpeó como una pelota de baloncesto descarriada directamente en el pecho. Aurora seguía siendo Aurora, con su pelo largo, esos ojos grandes y esa mirada inocente que me hacía querer mostrarle todas las cosas que le faltaba conocer en la vida. Respiré hondo y rápidamente pasé corriendo junto a su mesa.

Santino y Donata ni siquiera parecieron sorprendidos cuando me vieron, lo que me dijo que Rex ya había hablado con ellos. Estaba agradecido por ello. No necesitaba un millón de preguntas esta mañana.

El Sr. Taylor comenzó su lección a tiempo y eso me dio la oportunidad de reagruparme y controlar mis emociones. Aunque por mucho que intenté mantener mi atención en la pizarra, mi mirada seguía desviándose hacia la cabeza rubia de Aurora. En algún momento durante la clase, se había recogido el pelo en un moño desordenado. Miré fijamente su nuca y pensé en nuestro breve encuentro en Tiffany en el verano.

Ese día me dejó ponerle un collar. La misma carga en el aire que crepitó en el momento en que mis dedos rozaron su piel llenaba el aire ahora. Como si ella también pudiera sentirlo, miró por encima del hombro. No me molesté en apartar la mirada. No quería.

Nuestras miradas se cruzaron. No se dio la vuelta hasta que el maestro la llamó. Luego tuvo que luchar para encontrar la respuesta en su libro. Al igual que yo, ella no había estado prestando atención a la lección.

Quizás una sola clase sería todo lo que podría soportar con ella en este día. Tan pronto como sonó el timbre, me dirigí hacia la puerta. Corrí por los pasillos llenos de gente y no me detuve hasta llegar al patio detrás del campanario.

Mientras yo no había venido, Mollie había estado a cargo de alimentar a Fluffy durante el día. Venía a verlo todos los días antes y después de la práctica de fútbol. Mollie aprovechó ese tiempo para darme un informe completo sobre cómo le estaba yendo. Varias veces mencionó que había visto a Aurora aquí, jugando con el gato.

«Regresaste».

Parpadeé lentamente y me volví hacia Aurora. No debería haberme seguido hasta aquí. ¿Qué pensaba que iba a pasar?

«Intenté llamar».

«Lo sé».

Ver su nombre en la pantalla le había hecho los días más llevaderos.

«Enzo...».

«No volví por ti», mentí.

Lo que ella quisiera decirme, no necesitaba saberlo. No estaba preparado para volver a estar tan cerca de ella. Escudriñé el patio en busca de mi gato, pero no salió. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho. Tenía que salir de aquí.

«Solo mantente fuera de mi camino», intenté irme, pero ella intervino para bloquear mi camino.

«No sé por qué estoy aquí», apoyó su mano en mi pecho.

Esta era mi perdición. Agarré su mano y la hice girar. Su espalda golpeó contra mi pecho y la abracé con más fuerza. «No estás preparada para esto. Yo no estoy listo para esto. ¿Lo entiendes?».

«No».

Enterré mi nariz en el hueco de su cuello y hombro. Luego besé el lugar que había pasado mirando la última hora. Una vez que comencé, no pude parar. Chupé y mordisqueé su piel, mientras mis manos recorrían su cuerpo, sus caderas, sus muslos y su trasero. «¿Para esto viniste?».

«Enzo. Detente», me miró, presionando su palma contra mi corazón. «Déjame hablar. Por favor».

«¿Hablar?», me reí. «Después de todo este tiempo, ¿quieres hablar?».

«Por favor», me sonrió con las mejillas rojas. «Te fuiste y no me dejaste explicarte».

«¿Explicarme qué?».

«¿Por qué necesito casarme con Angelo?».

El nombre en sus labios tuvo un efecto sobrecogedor en mí. Ella tenía razón. Necesitábamos hablar. Necesitábamos poner todas las cartas sobre la mesa ahora. Porque no podía seguir ignorando esta cosa en mi pecho. No podía seguir fingiendo que no era real. Ya no podía mantenerme alejado de ella.

«¿Quieres que salgamos de aquí?».

«¿Qué? No», ella se miró las manos.

¿Estaba perdiendo la determinación que había encontrado cuando me siguió hasta aquí?

«Tengo clase. Tengo un examen de matemáticas. Quiero decir, tenemos un examen de matemáticas».

Mantuve mi mirada en ella mientras ella repasaba todas las razones por las que no podíamos simplemente dejar este lugar. Era tan bella.

«Mmm...», se pasó una mano por el cabello. «Bueno. Sí, salgamos de aquí».

«A la hora del almuerzo. Encuéntrame en la puerta principal».

CAPÍTULO 25

¿Estamos aquí para decir adiós?

AURORA

Aturdida y confusa. Ese era el estado en el que me encontraba cada vez que tenía algún tipo de interacción con Enzo Alfera. Caminé en zigzag por el pasillo lleno de gente para llegar al segundo periodo. Tenía tres clases más, tres horas más antes de poder reunirme con Enzo para hablar. Toqué con mis dedos la nuca donde estaba segura de que me había dejado un chupetón, dejándome marcada.

«¿A dónde fuiste?», Penny dejó mi mochila en el escritorio junto al de ella. «Olvidaste tus cosas».

«Oh, no me di cuenta», moví mi bolso y me senté. «Quería hablar con Enzo».

«Me lo imaginé», sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

Durante los últimos tres meses desde que Enzo desapareció, había estado deprimida, yendo a clases sin pensar y, en general, sintiéndome sin rumbo. Penny tenía un asiento en primera fila para ver todo el lío. La aparición de Enzo hoy me desconcertó. Pensé que nunca volvería. Saber que nunca lo volvería a ver me afectaba.

«Bueno, ¿hablaste con él?».

«Algo así». Me mordí el labio inferior. A ella no le iba a gustar esta parte. «Mmm, me reuniré con él para almorzar».

«Supongo que, en algún momento, es necesario hablar. Creo que realmente le gustas». Ella apretó mi hombro.

«Yo también lo creo. Sí», me incliné hacia adelante para que nadie pudiera escuchar, «saldremos de la escuela».

«Dios mío, Rory», se frotó la sien y frunció el ceño. «Esa es una mala idea. ¿Qué piensas que va a pasar? Si estuviera interesado en hablar, lo haría aquí. Ahora mismo».

«Él solo quiere que estemos solos».

«¿Y por qué crees que es así?», me arqueó una ceja.

No me arrepentí de contarle a Penny mis encontronazos con Enzo. Por supuesto, recibía la versión “adolescentes acompañados con un adulto”, y con muy pocos detalles. No le dije cuánto lo vi en el baño, ni lo duro que estaba cuando me besó en el patio. Pero ella sabía que el sexo con Enzo estaba en mi mente todo el maldito tiempo. ¿Cómo podría no estarlo? Cuando se fue, me hizo darme cuenta de cuánto quería estar con él. Incluso si no tuviéramos futuro juntos. Alguien como Enzo solo aparece una vez en la vida. Estaba preparada para seguir adelante después de terminar el bachillerato y nunca lo volvería a ver. Pero solo por esta vez quería más.

«La última vez que lo comprobé era una adulta. Puedo hacerlo si quiero».

Ella soltó una carcajada. «¿En serio? Has tenido dieciocho años, ¿durante qué?», miró su reloj, «¿diez horas? ¿Y así es como eliges utilizar tu nuevo superpoder? Tomando una decisión estúpida».

«No es estúpida».

La clase empezó y pasé toda la hora pensando en las palabras de Penny. ¿Me metía en esto porque tenía miedo de que Enzo volviera a desaparecer? Lo estaba totalmente. Dejé los brazos cruzados sobre el escritorio y hundí la cara en ellos. Penny tenía razón. Dejar la escuela para irme con Enzo era una mala idea.

«¿Oye?», Santino me tocó el brazo.

«Ella ha estado así todo el día. Mmmm... ahora que lo pienso, ha estado así todo el semestre».

Levanté la cabeza y entrecerré los ojos para enfocar el rostro de Santino. Su cara feliz siempre me ponía de mejor humor. De alguna manera, sentí que, si todavía estaba cerca de la realeza, todavía tendría la oportunidad de volver con Enzo.

«Hola».

«Feliz cumpleaños», se sentó en el escritorio frente a mí.

Escaneé la habitación rápidamente y me di cuenta de que todos los demás se habían ido. Mierda. ¿Me había perdido el toque de la campana? «Gracias», miré la caja que puso frente a mí. «¿Qué es esto?».

«Un regalo. Ya sabes, porque es tu cumpleaños», me guiñó un ojo. «Eres oficialmente una adulta».

Miré a Penny y ella me puso los ojos en blanco.

«Vaya, no tenías que molestarte».

«Yo no lo hice, Pina lo hizo. Todos colaboramos. Anda», me sonrió.

Tomé el regalo y arranqué el papel. Desde que escuchamos a los Don hablar sobre sus planes secretos, Donata, Rex y Santino habían sido súper amables conmigo. Principalmente porque necesitaban algo de mí, pero no me importaba. Una amistad de conveniencia era mejor que un matón mezquino.

Abrí la caja y saqué un par de gafas de sol extrañas. «Mmm, ¿gracias?».

«Son gafas de visión nocturna. ¿Pruébatelas?», me las quitó y las puso en mi cara. Después de jugar con los botones laterales, toda la habitación se volvió verde y borrosa. «Obviamente funcionan mejor cuando está oscuro».

«¿Por qué crees que ella necesitaría esto?», Penny me quitó las gafas y se las probó.

«Por diversión». Intercambió una mirada significativa conmigo.

Mierda. Esto solo podía significar que Donata tenía una nueva misión para mí. No sabía por qué se molestaba. Hasta ahora les había fallado a todos. Angelo no era un idiota. Y mamá había demostrado que sí se preocupaba por mi bienestar. Incluso cuando le pedí que me dejara charlar con Angelo a solas en la oficina de casa de papá, ella se negó. Supuse que su capacidad para mentirse a sí misma solo podía llegar hasta cierto punto.

«Nos vemos más tarde», Santino se levantó de la silla y se fue.

«Por eso te dije que te mantuvieras alejada de la realeza. Son problemas, Rory. Grandes problemas».

Me encogí de hombros y agarré mi bolso. Tenía un minuto completo para llegar a mi siguiente clase. Cuanto más se acercaba la manecilla de las horas a las doce, peores se ponían mis nervios. Cuando sonó la campana del almuerzo, me sobresalté en mi asiento. La adrenalina

me recorrió y disipó cualquier duda que tuviera sobre encontrarme con Enzo. Necesitábamos hablar. En todo caso, porque quería explicarle por qué había seguido el plan de papá. No lo hacía por papá; lo estaba haciendo por mí misma. Quería que él supiera eso porque parecía que mi matrimonio con Angelo era inevitable.

Pasé por mi casillero para dejar todos mis libros. No había manera de que tuviera la energía para hacer la tarea esta noche. Eso tendría que esperar. Seguí a la multitud de estudiantes desde el edificio Buratti hasta 'Adaline'. Cerca de la entrada de la escuela, la gente se dividió en dos. Normalmente iba a la derecha, directamente hacia el comedor, pero hoy tomé la dirección contraria.

Tan pronto como las puertas de entrada estuvieron en mi línea de visión, mis piernas dejaron de moverse. Una chica chocó conmigo y luego otra.

«Fíjate», Me miró molesta.

«Lo siento», dije.

Pero el ruido de una motocicleta ahogó mis palabras. Con una enorme sonrisa, la chica se alejó de mí para ver quién era. Hice lo mismo y me quedé boquiabierto. ¿Por qué pensé que dejaríamos la escuela en silencio?

En la acera exterior, más allá del camino de entrada en forma de media luna, Enzo estaba sentado en su motocicleta, luciendo más sexy de lo que tenía derecho a estar. Se había quitado la chaqueta del uniforme y se había puesto la chaqueta de cuero. ¿Por qué? ¿Para torturarme? Se reclinó con los muslos abrazados al asiento de la bicicleta y me hizo un gesto para que me acercara.

«Oh, por supuesto. Quiere hablar», Penny apareció de la nada.

«Tal vez no pudo conseguir un servicio de automóvil», me encogí de hombros.

«Ve. Antes de que alguien más te gane», ella frunció los labios, reprimiendo una sonrisa.

Intenté ajustar mi mochila, luego recordé que antes la había dejado en mi casillero. Me sentía desnuda sin ella. Pero llevaba meses esperando este momento. No podía dar marcha atrás ahora. Inspiré profundamente y me dirigí hacia Enzo. Al principio, todos estaban demasiado ocupados comiéndose con los ojos la sexy Ducati de Enzo, con sus elegantes paneles rojos y manillares brillantes. Aunque en el momento en que centró su atención en mí, todos ellos también lo hicieron. O tal vez simplemente lo imaginé.

«No sé qué es peor. ¿La limusina o la moto?».

«Sube». Su tono exigente me hizo dar unos pasos hacia él.

Nunca había subido a una motocicleta. Por impresionante y poderosa que pareciera, no confiaba en ella. Solo Enzo podía sentarse en una máquina como esa y pensar que podía controlarla.

«No muerde. Lo prometo», me entregó un casco, una versión más pequeña del que llevaba él. «¿Confías en mí?».

«Todos están mirando», asentí y di un paso adelante.

«¿Te importa?» Me puso el casco y luego dio unas palmaditas en el pequeño asiento detrás de él, que era solo una extensión del suyo.

La única forma de seguir adelante era deslizar mi pierna detrás de él y acercar mi cuerpo a él. Con toda la gracia que pude reunir, me senté a horcajadas sobre sus caderas. Esta posición se sentía tan íntima. No me importaría, excepto que la mitad de la escuela todavía nos miraba, como si esperaran que sucediera algo grande.

Miró por encima del hombro, con una sonrisa en los labios. «Vas a tener que aferrarte a mí».

Intenté rodearle el estómago con mis brazos y me olvidé del mundo exterior. Ahora éramos

solo nosotros.

«Mucho más fuerte que eso, Aurora». Tomó mis manos y las apretó más bajo su camisa. Luego agarró mis muslos y los levantó sobre los suyos.

Dios mío. Sentarse así era a la vez mortificante y excitante.

El motor retumbó bajo mi trasero cuando los neumáticos tomaron la carretera y despegaron.

Libertad.

Durante los últimos meses, desde que mi familia y yo llegamos a la ciudad de Nueva York, había estado soñando con la libertad. Hasta ahora, no me había planteado cómo sería. Pero estaba segura de que me sentiría así: conduciendo a toda velocidad por una carretera larga, edificios altos pasando rápidamente y quedándose atrás mientras yo avanzaba con la brisa fría en la cara, y un horizonte completamente nuevo delante de mí pintado en azules claros y blancos esponjosos.

Después de unos minutos, deslicé mis manos hacia arriba por el torso de Enzo, sintiendo cada músculo tenso de sus abdominales y pecho. No me había dejado tocarlo antes, pero parecía que ahora se me permitía. Su risa llenó el aire por un segundo antes de llegar hasta mí. Mis mejillas se calentaron. Ya no me sentía avergonzada. Lo deseaba demasiado. Todo mi cuerpo estaba afectado por él.

No le había preguntado adónde íbamos y no me importaba. Doblamos la esquina y aparecieron a la vista un montón de edificios que reconocí. Había dado la vuelta a la misma manzana al menos dos veces. Cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo, aprovechó el tiempo para relajarse y frotarme el muslo. Su toque encendió una chispa en mi vientre, una sensación familiar y muy frustrante.

Me acurruqué en su espalda. Antes de que el pensamiento estuviera completamente formado en mi cabeza, las palabras salieron de mi boca. «Vamos a casa, Enzo».

En el momento en que lo dije, agarró mi pierna con más fuerza. «¿Estás segura?».

«Sí».

Maniobró la Ducati entre el tráfico y entró en un garaje tranquilo. El rugido del motor resonó a nuestro alrededor mientras se dirigía al último piso. Estaba bastante segura de que estábamos en su edificio. Mi corazón se aceleró cuando se detuvo en un lugar de estacionamiento cerca del vestíbulo y apagó el motor. El silencio llegó a nuestro alrededor. Sin las vibraciones del asiento, tenía la sensación de que estaba flotando. Se quitó el casco y yo hice lo mismo.

«Siento las piernas como espaguetis». Hice lo mejor que pude para peinar mi cabello lejos de mi cara sudorosa.

Él se rió entre dientes. «Dales un minuto».

Me ayudó a bajar de la motocicleta y luego colocó el soporte en su lugar. Se movió más lento de lo habitual, como si estuviera dudando acerca de traerme aquí. Ahora que no estaba tan cerca de él, mi cerebro empezó a funcionar de nuevo. Mierda, ¿realmente estábamos en su casa? ¿Dónde vivían sus padres?

«¿Es este tu edificio?».

«Así es». Se metió el casco bajo el brazo, mientras el mío colgaba de sus largos dedos.

«¿A tus padres no les importa?».

«Están en Brooklyn jugando a la casita». Se burló y luego sacudió la cabeza. Me miró y sus rasgos se suavizaron antes de que una brillante sonrisa apareciera en su rostro. «¿Quieres que te dé un recorrido?».

«Ya estamos aquí».

Tomó mi mano entre las suyas y me reí. Dios, ¿podría por favor actuar con calma solo una vez? «Lo siento».

«No te pongas nerviosa. Solo estamos aquí para hablar. ¿De acuerdo?».

«Claro».

Tomamos el ascensor hasta el penthouse. Cuando las puertas se abrieron, no me sorprendió descubrir que su casa tenía pisos de mármol, ventanas de piso a techo y muebles caros. El lugar estaba impecable. ¿Realmente vivía aquí solo?

«Estamos solo nosotros», me hizo entrar. «La empleada se va después del almuerzo. Luego regresa para servir la cena. Luego se vuelve a ir».

«¿Te gusta estar solo?».

«Está bien. Massimo también vive aquí. Pero no volverá a casa hasta dentro de unas horas».

Dejó su equipo en un banco debajo de la gran escalera y luego me quitó la chaqueta del uniforme. Mariposas inundaron mi vientre cuando su cálido aliento rozó mi nuca nuevamente. No tuve que mirar para saber que estaba admirando su trabajo en mi piel. La forma en que pasó los dedos por el chupetón me decía que lo había hecho a propósito. Su intención era marcarme, como si marcara su territorio.

«¿Qué tal si tomamos algo?».

«Tomaré agua», resoplé.

«Agua será». Se dirigió hacia la sala de estar, caminó a lo largo de la habitación y luego desapareció hacia la izquierda.

Me tomé el tiempo para mirar a mi alrededor, más que nada para aliviar mis nervios. El arte elegante en las paredes, la enorme chimenea de piedra y los colores apagados encajaban con el humor melancólico de Enzo. Nunca pensé en cómo sería ser hijo de un rey de la mafia. Rex una vez me preguntó si entendía lo que significaba ser miembro de la realeza. Pensé que lo había hecho. Pero estaba equivocada. Enzo vivía solo en un lujoso penthouse, lejos de su familia y de todo lo demás.

«¿Te gusta?», me entregó un vaso y luego centró su atención en el gran cuadro que había sobre la repisa de la chimenea. El que había estado observando prácticamente desde que entré. Cruzó los brazos sobre el pecho, examinando el lienzo. «Es mi madre».

«Es hermoso. Ella es hermosa», bebí un sorbo de agua.

«Ella lo odia. Piensa que es extremadamente ostentoso», se rió.

«Está bien, puedo verlo», también me reí. «Enzo». Me tragué el nudo en la garganta. «¿Estamos aquí para decir adiós? O...». Ya no tenía idea de lo que éramos. Ciertamente no éramos pareja.

«Esperaba el “o”», acarició mi mejilla. «Pensé que podía mantenerme alejado de ti. Pero estaba equivocado. ¿De qué sirve tener todo esto si no puedo tener lo que realmente quiero?».

«¿Qué es lo que realmente quieres?», la adrenalina me recorrió.

Todo se reducía a ese simple hecho. Había tenido tres meses para pensar en lo que yo quería. Más que nada, quería esto. ¿Pero me quería Enzo Alfera, el príncipe enigmático con todo un camino ya predestinado?

«A ti, Aurora. Solo te quiero a ti».

CAPÍTULO 26

Te pertenezco

AURORA

«¿Y tú?», Enzo me quitó el vaso y lo dejó en la mesa auxiliar. «¿Por qué aceptaste salir conmigo? ¿Qué quieres, Aurora?».

«No creo que se me permita tener lo que quiero», miré mis manos.

Soltó un suspiro y colocó un dedo debajo de mi barbilla para que lo mirara. Las suaves arrugas alrededor de sus ojos me desarmaron. Parecía feliz. Para nada enojado como antes cuando lo seguí al patio detrás de la torre del reloj. Esta versión de Enzo era muy difícil de resistir.

«Eso no es lo que pregunté».

«Quiero estar contigo». Tomé su mano entre las mías. «Sé que tu vida es complicada. Todo ese asunto del futuro rey te hace...».

«¿Solitario?».

Iba a decir inalcanzable. «¿Es eso lo que eres?».

«Es difícil formar un vínculo con alguien cuando tu futuro está más o menos escrito en piedra». Llevó mis manos a sus labios. «Nunca me importó todo eso. Contigo, me encuentro con ganas de más».

«¿Más?».

«Más», asintió una vez y se inclinó para capturar mi boca.

La última vez que nos besamos, él estaba enojado conmigo porque pensaba que quería casarme con Angelo. Pero ahora, me preguntaba si tal vez no estaba enojado conmigo, sino más bien con nuestras circunstancias. ¿Qué le importaba si yo estaba comprometida con otra persona? Tampoco era que él fuera libre de elegir novia. Rex me lo explicó más o menos en el lavado de autos. Se esperaba que Enzo fuera rey y que finalmente se casara con alguien que beneficiara a la Sociedad. Yo no tenía nada que aportar a la mesa. Yo era una don nadie.

Profundicé el beso y pasé mis dedos por su cabello. Cuando estábamos solos, era difícil mantener nuestros problemas en perspectiva porque lo único que quería era estar con él. Mi corazón latía más rápido cada vez que su lengua giraba alrededor de la mía. Me rodeó con sus brazos y acarició mi nalga. Sabía hacia dónde nos dirigíamos. Cada vez que nos besábamos, terminábamos justo aquí, al borde de algún precipicio que no entendía. Pero ya no tenía miedo. En este momento, era todo lo que teníamos. Y no quería desperdiciarlo.

Esta mañana me desperté con un dolor en el pecho porque extrañaba a Enzo. Porque no sabía cuándo lo volvería a ver, si es que lo volvía a ver. Hoy era mi decimoctavo cumpleaños. Y lo

único en lo que podía pensar era en que quería pasarlo con Enzo, no en una gran fiesta como sugirió mamá, solo necesitaba esto.

«Cuando te vi en la escuela, pensé que habías venido por mí». Lo miré y me reí. «Pensé que habías vuelto porque era mi cumpleaños».

«¿Qué?», entrecerró los ojos. «No sabía que era tu cumpleaños».

«Oh, supuse que lo sabías. Donata y los chicos me dieron un regalo. Santino dijo que todos colaboraron, pensé que se refería a ti también». No debería avergonzarme por eso, pero lo estaba. No tenía motivos para creer que mi cumpleaños fuera importante para alguien como Enzo.

«Te estás sonrojando. Yo soy el idiota aquí. Solo había estado pensando en verte de nuevo». Tomó mi rostro y me besó de nuevo. «Feliz cumpleaños, Aurora».

«Feliz cumpleaños a ti también. Te envié una tarjeta el mes pasado».

«Lo sé». Parpadeó como si le doliera no haberme llamado, ni siquiera para agradecerme. «Gracias».

«¿Qué pasó? ¿Por qué te fuiste?». Me sentí muy herida cuando Rex me dijo que Enzo no volvería. Me dolió porque sabía que me estaba evitando. Me dolió porque no me dio la oportunidad de hablar de todo el asunto con Angelo. «No me dejaste explicarte».

«No hiciste nada malo. Quiero decir, yo sí, o todavía estoy enojado porque estás considerando a Angelo. No es por eso que me fui. Pensé que estaba haciendo lo correcto al mantenerme alejado de ti». Presionó su boca contra la mía. «Que se jodan la Sociedad y mi padre. No son mis dueños».

«No, no lo son». Presioné mi cuerpo contra el suyo. «Nos perdimos el tuyo, pero sigue siendo mi cumpleaños. Sé cómo quiero pasarlo». Deslicé mi mano debajo de su camisa.

Una pequeña parte de mí esperaba que me detuviera. Antes, cuando intentaba tocarlo, me sujetaba las manos detrás de mí o sobre mi cabeza. Ahora, me estaba dejando explorar. Apoyé la palma de mi mano en su duro estómago, mientras trabajaba los botones de su camisa con mi mano libre.

Observó con intensa curiosidad. Dejé su camisa abierta y retrocedí para verlo. Era hermoso. Con una media sonrisa, tomó mi mano y la colocó sobre su pecho. Era difícil pasar por alto los latidos de su corazón. Yo le provocaba esto. El subir y bajar de todo su cuerpo, sus ojos oscuros y mejillas rojas, todo eso era por mí, porque todavía me deseaba. Nuestro tiempo separados no había cambiado eso.

«¿Estás segura?». Su voz sonaba tensa, como si estuviera usando todas sus fuerzas para mantenerse quieto.

«Ya no tengo miedo».

«Muéstrame». Su mirada cayó a mi blusa. «Muéstrame que no me tienes miedo».

Enzo me había visto en sostén hace meses, pero esto era diferente. Habíamos estado en la parte trasera de una tienda de campaña con gente no muy lejos de nosotros. El sexo ni siquiera estaba sobre la mesa. Pero ahora, si hacía lo que me pedía, no habría vuelta atrás, al menos para mí. O tal vez el punto de no retorno ocurrió cuando salí de la escuela subiendo a la parte trasera de la Ducati de Enzo. Pensé que, si Enzo y yo teníamos relaciones sexuales, me enamoraría de él. Me equivoqué. Enzo me robó el corazón hace mucho tiempo, mucho antes de que siquiera considerara la idea de que alguien como él amara a alguien como yo.

Me quité la chaqueta del uniforme y luego seguí con los botones de la blusa. Antes de llegar al último, entró en mi círculo y me ayudó a quitármela. Sus manos quemaron mi piel dondequiera que me tocara, ya fuera mi hombro desnudo, mi cintura y entre mis senos.

«Tengo algo para ti». Él se rió mientras su mirada recorría mi frente. «Había olvidado que lo

tenía».

¿En serio? Estaba a punto de explotar de tanto desearlo, ¿y él tenía algo que darme? Pasé mis manos por sus abdominales. «¿Puede esperar?».

«No». Apartó mi cabello para susurrarme al oído, «quiero verlo en ti mientras te tomo».

Si él no hubiera estado soportando la mayor parte de mi peso, me habría caído de bruces. ¿Tomarme? Cintas de deseo brotaron de mi cuerpo. A estas alturas ya conocía bien esa sensación. También sabía que solo había una manera de aliviar el dolor entre mis piernas.

«Está bien», murmuré.

«Está en el piso de arriba». Agarró mi cintura con más fuerza. «En mi cuarto».

Cuando asentí, dio un paso atrás y recogió mi ropa. En lugar de dármele, se las puso bajo el brazo y me ofreció la mano. Traté de cubrir las copas de mi sostén, por donde asomaban mis pezones duros. Pero Enzo y yo ya habíamos superado ese punto. Quería que él me viera, solo a mí.

Se dirigió hacia las escaleras y yo lo seguí. No se había quitado la camisa. Con todos los botones desabrochados, la tela volaba tras él y me daba una vista espectacular de sus abdominales. Me aferré a su mano como si mi vida dependiera de ello mientras me hacía pasar a su suite.

¿Me esperaba la habitación desordenada de un adolescente? Un poco. Pero, por supuesto, el dormitorio de Enzo estaba tan impecable como el resto de su penthouse. La cama tamaño King en el medio de la habitación estaba decorada en azul real con almohadas de terciopelo y mantas acogedoras. En el otro extremo, tenía un escritorio con lo que parecía una computadora súper elegante. Incluso el arte de las paredes estaba cuidadosamente realizado con líneas limpias en grises suaves.

«Vaya, tu habitación está muy ordenada».

«Tengo una empleada que se encarga de eso». Luego sonrió y se dirigió a su enorme vestidor. Cuando se volvió, tenía una caja azul Tiffany en la mano y la miraba como si nunca la hubiera visto antes. «No sé qué me hizo comprar esto el día que te conocí. Quería hablar contigo, pero yo...». Me miró fijamente a los ojos. «Me acobardé».

Me reí. «¿Por qué?».

«No sé. Parecías tan inocente y fuera de lugar». Tocó mis labios con la yema de su pulgar. «Date vuelta».

Hice lo que me pidió y esperé hasta que abrió la caja y luego colocó el collar en mi cuello. Cuando lo miré, no me sorprendió encontrar el zafiro que me había hecho probar en Tiffany. La piedra se sentía fría contra mi piel acalorada, pero era tan hermosa como la recordaba. «¿Por qué harías esto?».

«Te dije. Pensé que deberías tenerlo». Besó mi nuca. «Sube a la cama».

Enzo tenía esos lapsos de dulzura y exigencia. Me derretía cuando era tierno y cariñoso. Cuando me controlaba y me ordenaba, hacía que me doliera todo el cuerpo. Me sentí en carne viva cuando su voz cambió a una dominante.

Era producto de su entorno, rudo y cruel. Pero tuve la sensación de que, para mí, él intentaba ser algo diferente. Estaba tratando de ser lo que pensaba que yo necesitaba. La cuestión era que necesitaba a ambos, lo necesitaba todo de él.

Caminé hasta la cama, me giré para mirarlo y luego me levanté. En ese momento se había quitado los zapatos y la camisa. Su cinturón colgaba desabrochado junto con sus pantalones. Me retorcí sobre la suave ropa de cama y avancé poco a poco por el colchón. Miró su erección y sacudió la cabeza.

«No tengas miedo».

«No tengo», mi mirada cayó hasta su entrepierna.

Como si pudiera leer mis pensamientos, se desabrochó los pantalones y se los bajó. Y Dios mío, era perfecto, caderas delgadas, todo músculos y piel suave. Se quedó allí y me dejó comerlo con los ojos por un minuto. Cuando se acercó a mí, su tamaño me resultaba familiar y tenía ganas de tocar su pene. Con una sonrisa de complicidad, se inclinó y levantó mi pie para quitarme el zapato y el calcetín. Sus labios tocaron mi tobillo antes de agarrar mi otra pierna. Mordisqueó y sacó el otro.

Sabía dónde terminaría todo esto. Pero no saber qué planeaba hacer a continuación hizo que mi sangre bombeara más fuerte de lo normal. Miré hacia el pequeño candelabro de su habitación. Cuando me desperté esta mañana, no tenía idea de que terminaría con los brazos extendidos frente a un Enzo Alfera muy desnudo.

«Respira, Aurora», apoyó una rodilla sobre las sábanas, justo entre mis muslos. «Quítate la ropa».

Mis mejillas ardían, pero hice lo que me ordenó. Levanté mi trasero y busqué a tientas la cremallera. No intentó ayudar ni acelerar el proceso. Simplemente me miró con hambre en sus ojos, absorbiéndome por completo. Él gimió mientras me quitaba la ropa interior, junto con la falda y los pantalones cortos que llevaba debajo. Mi sostén fue el siguiente. Mariposas revolotearon en mi estómago cuando él me sonrió con agradecimiento. Quería que le gustara mi cuerpo.

«¿Querías saber cómo se sentía estar en el lugar de Hanna?». Pasó el dorso de su mano por mi sexo. Una ráfaga de energía cruda revoloteó a través de mí cuando soltó un aliento sobre mi clitoris. No quería pensar en Hanna y Santino ahora mismo. Pero ya era demasiado tarde, ya había puesto esa imagen en mi cabeza. Pensé en lo excitada que había estado, lo frustrada que me había sentido por no saber qué hacer con el dolor en mi pecho y lo avergonzada que había estado cuando Rex me sorprendió espionando a Santino mientras él estaba acurrucado entre las piernas de Hanna.

Todo eso volvió rápidamente y me llevó a un nuevo nivel de excitación. Exhaló otro suspiro y me retorció hacia él. ¿Me iba a hacer eso ahora?

«Enzo», lo llamé, prácticamente rogándole que lo hiciera ya.

«Eres tan jodidamente hermosa», lamí a lo largo de la entrada de mi vagina.

Era demasiado. La sensación de su lengua húmeda sobre mi dolorido capullo era insoportable. Jadeé y alcancé su cabello, alejándolo, pero también atrayéndolo hacia mí.

«Muéstrame cómo lo quieres».

«No sé. No lo vi», murmuré, aferrándome a la imagen en mi cabeza. Aunque ahora no estaba Santino en mi mente. Éramos Enzo y yo. Me concentré en eso y relajé mis caderas.

«Qué buena chica», chupó con fuerza mi clitoris.

Entonces sucedió algo más, una chispa en lo más profundo de mí. Creció con cada mordisco y cada beso hasta que sentí que estaba al borde de algo, tambaleándose entre el borde del precipicio y la dura caída. Enterró su cara en mi coño y gimió con un gemido largo y fuerte que me empujó fuera de la cornisa. Vi estrellas. Presioné mis muslos a los lados de su cara mientras un orgasmo me desgarraba. Permaneció ahí y luego se abrió camino a través del resto de mí. Lo hizo dos veces más antes de que colapsara y soltara el cabello de Enzo.

«¿Todavía quieres hacer esto?». Bombeó su pene un par de veces, abriendo mis piernas y luego tomando mis pechos. «Dime que me vaya al infierno».

«Quiero esto».

«Respira hondo y luego suéltalo».

Cuando exhalé, se hundió en mí. Estaba tan mojada que se deslizó dentro, pero no sin esfuerzo de su parte. Se agarró el edredón a ambos lados de mi cabeza y luego empujó un poco más. Con otro suspiro, empujó de nuevo hasta tocar fondo. Le rodeé el cuello con mis brazos y lo acerqué a mí. Él yacía allí tan quieto, mientras yo intentaba descubrir lo que sentía. Dolía. Pero el deseo que sentía en lo más profundo de mí, la chispa que alimentaba mi necesidad por él, había regresado.

«Jesús, joder. Estás tan apretada». Respiró pesadamente en mi oído. «¿Estás adolorida?».

«No», mentí. No quería que se detuviera. «Puedo hacerlo».

Salió del todo y miró hacia abajo. Yo también lo hice y vislumbré mi sangre en su erección. No era mucho. Pero lo suficiente para que este momento pareciera importante. Pensé en lo que esto significaba por un segundo, en las posibles repercusiones, y luego las descarté. Había elegido esto. Esta era mi decisión. El mundo podría irse al infierno.

Su mirada se dirigió desde donde yacía su pene en mi entrada, a mis pechos, luego a la piedra azul colocada en mi clavícula. Había dicho que quería que usara el zafiro mientras él me tomaba. Estaba lista. Asentí y él sonrió.

«No esperaba esto», presionó sus labios contra los míos en una especie de rendición y luego volvió a entrar en mí.

El dolor disminuyó cuando empezó a moverse de nuevo, dentro y fuera, con movimientos lentos y lánguidos. Me relajé, agotada por mi orgasmo anterior y el impacto de que él rasgara mi himen.

«Aún no hemos terminado, ángel», se balanceó un poco más fuerte, chupando mis pezones. «No quiero nada más que dejar mi carga dentro de ti». Besó mis labios hasta que estuvieron en carne viva, empujándose más profundamente dentro de mí.

«Sí», respiré con dificultad.

Sus palabras y su voz grave en mi oído me enviaban nuevamente a la madriguera del conejo. Todavía no tenía ni idea de cómo hacer que eso sucediera, pero venía por mí otra vez. La quemadura lenta y luego la caída. Aumentó el ritmo. Un minuto después, estaba allí con él de nuevo. La sensación de dolor explotó, enviando oleadas de placer a cada centímetro de mi cuerpo. Había algo más también, algo que se envolvió alrededor de mi pecho y lo agarró con fuerza.

Antes de que mi clímax se agotara por completo, sacó y dejó caer su pene sobre mi vientre mientras el semen salía de la punta. Lo miré. Entre la marca en mi cuello, el zafiro y ahora esto, me di cuenta de que, poco a poco, Enzo me había marcado como suya. ¿Era eso lo que quería?

Se cernió sobre mí con su intensa mirada sobre la mía. «Me perteneces. Dilo».

«Te pertenezco».

CAPÍTULO 27

Hablemos, pero sin ropa

ENZO

Aurora acurrucó su cuerpo contra el mío, mientras yo miraba al techo, sonriendo como un idiota. Ella yacía en mis brazos, sin llevar nada más que el collar de zafiro que le regalé. Hace meses lo había comprado por impulso. Cuando me di cuenta de lo estúpido que era comprar un regalo para alguien que ni siquiera conocía, lo guardé en el fondo de mi armario. Tenía toda la intención de devolverlo, pero nunca lo hice. Quizá todo este tiempo había esperado encontrar el camino de regreso a Aurora.

Estar aquí con ella superó todas mis expectativas. También confirmaba cuán grande había sido mi error al bajar la guardia con ella. Porque ahora ya no podía mentirme más. Tenía sentimientos por ella. Más que eso, no podía soportar la idea de dejarla ir.

Aparte de Rex, Santino y Donata, nunca había llevado a nadie al penthouse. Principalmente porque no quería que extraños vieran mi casa: cómo vivía en una torre de marfil con un padre enojado, que no podía entender lo que quería ser. Papá todavía luchaba por ser una buena persona y un mafioso. Claro, él era rey, pero en el fondo de todo, era solo un criminal. Mis amigos eran los únicos que lo entendían. No tenía que fingir con ellos.

Besé la parte superior de la cabeza de Aurora. Mierda. La quería aquí. Quería que ella me viera por quién era. De alguna manera, sabía que ella lo entendería.

«Tengo que irme», enterró su rostro en el hueco de mi cuello y hombro.

«La escuela no termina hasta dentro de una hora». Inspiré, abrazándola con más fuerza. «Quédate».

«¿En serio?». Movié su cuerpo para mirarme y en el proceso me frotó sus tetas.

«No parezcas tan sorprendida». Pasé mis dedos por sus pezones. Se fruncieron en respuesta y carajo si no quería estar dentro de ella otra vez. «¿Pensaste que te iba a echar a patadas a la acera después de haberme salido con la mía contigo?».

«No», ella rió. «Bueno, un poco».

«Oh».

En su defensa, yo había sido un verdadero imbécil con ella. Sobre todo, porque me asustó. ¿Sería porque me veía en ella? Nuestros padres nos consideraban peones y no tenían reparos en utilizarnos para salir adelante. No había olvidado que todavía estaba comprometida con Angelo Soprano. Amasé su pecho, sonriendo por lo perfectamente que encajaba en mi mano. Cuando pensé en Angelo haciendo lo mismo, se me formó ácido en la boca del estómago.

Nunca había sentido celos. No podía soportarlo.

«Lo dije en serio antes, Aurora», agarré su cintura y la puse encima de mí. «Me perteneces». «Enzo», se sonrojó.

A estas alturas ya conocía lo suficiente sobre ella para saber que no estaba avergonzada. Estaba jodidamente excitada. Mi pene se endureció contra su vagina. Demasiado bueno. Ella era demasiado buena para ser verdad.

«Dilo. Quiero oírte decirlo otra vez».

Antes, en medio de su primer orgasmo, había pronunciado las palabras cuando se le ordenaba. Ahora que la niebla se había disipado, no podía decirlo. La aparté de mí y me senté. Plantando mis pies en la alfombra del área de abajo, hice ademán de levantarme. ¿Por qué pensé que follarla cambiaría algo entre nosotros? Yo todavía estaba atado a la silla del rey y ella estaba comprometida.

«Espera», me abrazó por detrás.

Sus manos apenas me habían tocado, pero no podía moverme. No tan en el fondo, quería que ella dijera las palabras, “*Angelo puede irse al infierno*”.

«¿Podemos tener esa conversación ahora?», me rodeó para agarrar su ropa del suelo.

«No». La agarré por la muñeca y luego la inmovilicé contra la cama, sometiéndola con mi cuerpo. «Hablemos, pero sin ropa. Quiero la verdad desnuda. ¿Por qué te casas con él? ¿Qué tienen tus padres sobre ti?».

«No me están chantajeando, Enzo», puso los ojos en blanco.

«Están haciendo algo».

Abrió la boca, pero las palabras no salieron.

«Mierda. Dime que no sientes nada por él», levanté mi peso de encima de ella, lo suficiente para ver sus ojos.

«No tengo sentimientos por él. Por supuesto que no. Simplemente no sé cómo explicarlo. Deber es la única palabra que se me ocurre. Cuando papá me dijo que estaba planeando concertar un matrimonio, le seguí el juego para esperar un tiempo. Nunca tuve la intención de seguir adelante con eso», soltó un suspiro.

«Pero, ¿ahora lo haces?».

«La vida en Las Vegas fue dura, Enzo. Papá hizo algo que metió a mamá en problemas. O mejor dicho...», calló.

«¿Qué hizo él?».

La solté y me acosté a su lado. Se giró de costado para estudiar mi rostro. «Un mal negocio. Perdió y luego robó algo de dinero. Su jefe vino tras él. Cuando no pudo pagar, ofreció a mamá como pago. Ella estuvo de acuerdo. La vi».

«Lo siento».

«Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que tuviera que hacer lo mismo por él. Al principio no quería venir a Nueva York. Por muy malo que fuera, Las Vegas era mi hogar, un lugar que conocía. Pensé que cuando cumpliera dieciocho años podría conseguir un trabajo en los casinos y alejarme de papá».

Por lo que sabía sobre su padre, Stefano Vitali era un soldado leal. Conoció a papá en Las Vegas durante un tiroteo, donde le salvó la vida. Como recompensa, papá le ofreció un trabajo como su segundo al mando, un puesto que el padre de Penny había ocupado durante muchos años. Nunca entendí por qué papá echaría a James Conti cuando estaban tan unidos. Papá nunca explicó lo que pasó allí, aparte de que ahora tenía una nueva mano derecha y que su familia se mudaría al Upper East Side para unirse a nuestras filas.

Aurora estaba aquí conmigo porque su papá había salvado la vida a mi papá.

«Así que Nueva York puso un freno a tus planes».

«Sí y no. En cierto modo, los mejoró. Siempre quise ir a Columbia, obtener un título y un trabajo que no implicara servir bebidas a hombres ricos y borrachos».

«Ese es un plan formal».

«Eso fue solo un sueño. La Signora Vittoria usó eso para que firmara su acuerdo de confidencialidad y siguiera su juego para ser una buena adolescente mafiosa. Ella se ofreció a llevarme a Columbia, pero ahora se ha echado atrás. Cree que debería casarme con Angelo».

«Y con decir que ella lo cree, ¿te refieres a que te lo ordenó?».

«Sí».

«Pues di que no».

«Oh, buena idea. ¿Exactamente cómo hago eso?», se sentó sobre sus talones. «¿Cómo le digo a Don Salvatore que no obtendrá lo que quiere? Viste lo que le pasó a Brody. Ese tipo nunca volverá a jugar al fútbol».

«Buen punto», me quedé mirando al techo. Esta era una de esas situaciones de buenas y malas noticias. La buena noticia era que a Aurora le importaba un carajo lo que su padre quisiera. Y ella no sentía nada por Angelo. La mala noticia era que la Signora Vittoria estaba involucrada y eso significaba que Aurora no tenía forma de rescindir este contrato. «¿Qué gana ella con esto?».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Qué gana la Signora Vittoria con este matrimonio? Angelo es nadie».

«Escuchaste lo que dijo tu papá. Angelo fue idea de la Signora Vittoria».

La miré. Ella era toda una visión estando aquí en mi habitación, con tetas turgentes en exhibición, cabello rubio por todas partes, y ese collar que le di hacía que sus ojos se vieran aún más azules. Sacudí un poco la cabeza. Este no era el momento de distraerse. «Sí, y eres toda una recompensa».

«Ya no», miró su cuerpo tenso. «Te diste cuenta».

«¿Te arrepientes?».

«No», sacudió su cabeza. «Solo te quiero a ti. Me pregunto qué pasará ahora. ¿Qué hará cuando descubra que no soy virgen?».

La única manera de saberlo era si follaban. La ira se revolvió en mi estómago ante la idea de que los dos estuvieran juntos. «No le perteneces. Y no lo serás». Tomé su mejilla y la atraje hacia mí.

Choqué mi boca contra la de ella y la besé, deseando poder dejar una marca más grande en ella. Cualquier cosa para que Angelo nunca volviera a mirarla. Pensé en lo que dijo en la biblioteca de la Signora Vittoria el día que escuchábamos a escondidas su conversación secreta. “*Me quedo con la chica*”. Pensé en cómo él la devoraba con los ojos mientras ella lavaba su limusina, en cómo apenas podía contenerse.

Conocía bien esa sensación, desear a Aurora era insoportable. Dolía físicamente. Sus manos se deslizaron hasta mi erección. Mordisqueé su labio inferior y gemí mientras ella me acariciaba. El deseo subió en espiral desde debajo de mi ombligo hasta mi pecho. Bajé para besar su cuello y pecho, avanzando de un montículo al otro.

«Solía considerarme muy disciplinado. Pero ahora mismo, estoy raspando el fondo del barril buscando lo último que me queda de autocontrol, así que no te daré la vuelta ahora mismo y te follaré de siete maneras hasta el domingo. Agarré su coño y lo apreté con fuerza. Estaba mojada para mí, pero no estaba seguro de si podría aguantar otra ronda. Especialmente porque esta vez no planeaba ir con calma o despacio. «Te necesito».

«¿De verdad te gusto?», estaba más cerca de mí para darme un mejor acceso.

«¿Qué crees tú?». El deseo me envolvió como un reguero de pólvora. La palmeé con una mano y luego la ayudé a acariciarme con la otra, comenzando en la base y pasando por el eje. Con una sonrisa, repitió el proceso unas cuantas veces más por su cuenta. Joder, aprendía rápido. Moví un dedo más allá de su entrada. «Así».

«Mmmm... puedo hacerlo», gimió. «Hacer que se sienta mejor».

¿Quién podría decir que no a eso?

Pasé mi lengua por sus labios. Ella se abrió para mí, dejándose caer sobre la cama. Cuando acomodé mis caderas entre sus muslos, ella me rodeó con sus piernas. ¿Por qué alguna vez pensé que el sexo con Aurora sería algo más que intenso y absorbente? Tal vez quería creer que ella sería un mala follada, así no la desearía tanto. Pero eso era imposible. Había tenido una erección con ella desde el día en que irrumpió en el baño de hombres de la escuela.

Durante días, pensé en su mirada ansiosa sobre mi miembro. Pensé en ella tocándose pensando en mí y en lo que había visto. Arrastré mi longitud a lo largo de la entrada de su coño recortado. Una parte de mí quería creer que ella había hecho eso por mí. Que se había preparado, esperando que yo pudiera verlo hoy.

«Me gusta esto». Puse una mano entre nosotros y la froté, sintiendo sus pliegues húmedos. «Sé que no te recortaste por mí».

«Mmm». Sus ojos se cerraron mientras doblaba sus caderas hacia mi mano. «Las chicas en los vestidores. Están todas afeitadas. Yo quería intentarlo».

«Me encanta». Trabajé sus propios jugos por todas partes y luego la penetré.

Esta vez no requirió tanto esfuerzo como la primera vez. No debería importar. Pero saber que yo era su primera vez despertó en mí un instinto salvaje. Quería poseer su cuerpo, ser el único en tocarla. Sus resbaladizas paredes se apretaron a mi alrededor y me aventuré por una espiral de pura felicidad. Me hundí en ella una y otra vez, hasta que encontré mi propio clímax. Era como antes, un calor abrumador de éxtasis y placer. Saqué mi pene y mi semen se salió. Al verlo, me puse más duro que antes. Sin idea de por qué, me deslicé dentro de ella nuevamente, empujando todo mi esperma hacia adentro.

Cuando levanté la vista, ella me estaba mirando con ojos de cierva. Su mirada oscilaba entre mi cara y mi pene enterrado en sus pliegues. Había en ellos la habitual inocencia, pero también algo más. «¿De cuántas maneras puedes dejarme marcada?», dejó escapar una risa suave. «Te pertenezco, Enzo. ¿Me crees?».

«Aún no». Chupé con fuerza su pezón y luego besé su boca. Entonces me di cuenta. Joder, me había comportado como un perro marcando su territorio, no había pensado en protegerme, no por mí, yo siempre llevaba un condón. Pero por ella. «Me vine dentro de ti».

«Lo hiciste».

«Jesús, estoy actuando como si fuera mi primera vez. Lo siento». Pasé una mano por mi cabello. «Hay una farmacia al final de la calle. Pueden ayudarnos». Recogí su ropa del suelo.

Cuando puse su mirada, ella sonrió. «Tranquilo».

«¿Qué?». Entrecerré los ojos para centrarme en su rostro. «Sabes cómo se hacen los bebés, ¿verdad?».

«Sí. Relájate. Estoy tomando la píldora».

«Oh, joder. Jesús, debería haber preguntado», me senté a su lado en la cama y luego la miré. Sí, el pensamiento me vino a la cabeza y no pude deshacerme de él. Ella tomaba la pastilla por Angelo. O para la boda. Lo que fuera, era lo mismo. «¿Por qué estás tomando la píldora?».

«Fue idea de mamá. Ella quería que estuviera lista». Se puso de pie y se metió entre mis

piernas. Cuando no encontré su mirada, tomó mi cara con ambas manos y me hizo mirarla. «No te enojés. No importa lo que quieran de mí. Somos solo nosotros».

«Todo este día no ha resultado como pensaba. No me quejo», agregué cuando su sonrisa se desvaneció. «Es solo que siento que estoy perdiendo el control de todo: mis sentimientos por ti, mi vida, yo, especialmente yo. Especialmente cuando estoy contigo».

«Yo también. ¿Pero no se trata de eso? Soltarse. Enamor...», sacudió la cabeza y miró hacia abajo.

«¿Enamorarnos?», levanté su barbilla y luego sequé una lágrima de su suave mejilla.

«Sí».

«¿Me amas?». No quise reírme, pero el vértigo en mi pecho me hizo ese sonido y no pude reprimirlo.

«Creo que sí». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «No tienes que amarme también. Lo entiendo».

«Creo que yo también te amo», envolví mis brazos alrededor de su cuerpo desnudo. Se sentía tan bien en mis brazos. «¿Qué hacemos ahora? Más específicamente, ¿cómo diablos vamos a deshacernos de tu problema con Angelo?».

«No tengo ni idea», besó la parte superior de mi cabeza. «Sin la ayuda de la Signora Vittoria, no veo cómo puedo deshacer el contrato matrimonial. Incluso si huyera en este momento, no creo que me dejara ir. Parece del tipo orgulloso. Lo consideraría como un insulto».

Huir. Parecía una gran idea. ¿Pero adónde iríamos? ¿A casa de papá en Ibiza? ¿Los Hamptons? ¿París? Todos esos lugares le pertenecían. La verdad era que no había un rincón en el mundo donde papá no pudiera encontrarnos. Si ya había aceptado que Aurora era la recompensa para Angelo, no iba a cambiar de opinión... ciertamente no en mi nombre.

«He estado tratando de resolverlo. El semestre casi ha terminado y todavía no tengo nada».

«Las cosas serían más fáciles si tuviéramos la ayuda de la Signora Vittoria», pasé mis manos por su espalda. «Sin embargo, contamos con alguien».

«¿Quién?».

«Donata».

CAPÍTULO 28

Los problemas pueden ser divertidos

AURORA

Al día siguiente, zigzagué por el pasillo lleno de gente para llegar a la clase de química. Algunos estudiantes me miraban de arriba abajo, como si trataran de descubrir qué tenía de especial. Solo podía asumir que se trataba de que Enzo y yo habíamos salido de la escuela a mitad del día. No me importaba lo que pensarán. Tenía problemas mayores con los que lidiar.

Aceleré el paso, aunque aún faltaban diez minutos para que sonara el timbre. Llegué temprano, pero no quería quedarme en las escaleras del pasillo del 'Adaline' y arriesgarme a encontrarme con Enzo y sus amigos. Principalmente, porque ya no sabía cómo actuar con él. Las horas que pasamos en su penthouse fueron increíbles. Una fantasía loca hecha realidad. Pero ahora tenía que lidiar con las consecuencias. Enfrentarme con mi familia y con Angelo.

Cuando dejé la casa de Enzo anoche, todavía estaba en las nubes. No pensé en preguntarme cómo serían las cosas en el futuro en la escuela. La apuesta más segura era fingir que no pasaba nada entre nosotros, fingir que él no era mi primero, o que no estaba perdidamente enamorada de él. ¿Qué tan estúpida podía ser una persona? Nunca debí haberme acercado tanto. No había vuelta atrás en esto.

«Buenos días», Penny arqueó una ceja cuando entré al salón. «¿Cómo estuvo el viaje?».

«¿El qué?».

«Vamos», puso los ojos en blanco. «Toda la escuela te vio salir ayer».

«Oh, eso». Mi ritmo cardíaco se disparó, a pesar de que estábamos solas. No estaba lista para responder preguntas. «Estuvo bien».

«Y entonces, ¿qué?».

«Y entonces nada», me senté a su lado y saqué mi libro de química. «¿Cómo estuvo tu velada?», Dios, eso sonaba tan falso.

«Igual. Mamá estaba de muy mal humor. No la invitan a fiestas». Lanzó una mirada hacia la puerta y luego volvió su atención a las notas que tenía delante.

Mi pulso pasó de cien a doscientos latidos por minuto porque la expresión de su rostro me decía que él estaba aquí. Tragué y lentamente levanté la cabeza. Cuando Donata me sonrió, dejé escapar un suspiro.

«Tanta tensión hoy», Donata me apretó el brazo. «¿Seguimos con vernos después del almuerzo?».

«Eh. Sí. Seguro». Puse una sonrisa.

Durante los últimos tres meses había tenido reuniones secretas con la realeza. Bueno, con

todos menos con Enzo. Donata insistió en recibir actualizaciones semanales sobre mi progreso con Angelo, que, a partir de ahora, era exactamente cero. Mamá no confiaba en que estuviéramos solos. Algo por lo que estaba agradecida porque Angelo se estaba poniendo más espeluznante a cada minuto. Saber que creía que era mi dueño me ayudó, pero aún así era muy extraño.

Por supuesto, mis padres todavía no me habían hablado del contrato matrimonial. Aunque ya no intentaban disimular. Por un lado, todos los otros chicos que papá quería que conociera habían desaparecido. Las visitas de Angelo a la casa eran casi diarias. Pasaba por allí para cenas planificadas, visitas aleatorias e incluso almuerzo los domingos.

Le informé de todo esto a Donata. Algo que fue súper frustrante para ella porque, a sus ojos, yo ya debería saber lo que él sabía. Pero yo no era ella. Hablar con Angelo me hacía sentir sucia.

El aroma característico de Enzo me trajo de vuelta de mi fiesta de lástima. Mariposas revolotearon en mi estómago incluso antes de que levantara la vista. Esta vez, supe con seguridad que él estaba aquí. Levanté la mirada, ansiosa por volver a ver sus ojos color avellana. A veces, cuando la luz de la ventana llega a la habitación correctamente, sus iris se vuelven verdes. Lo extrañaba. Extrañaba su rostro.

Cuando levanté la vista, se rió de algo que dijo Santino y luego pasó junto a mí como si no me conociera, como si no hubiéramos pasado una tarde entera juntos en su habitación. Las burbujas de felicidad en mi pecho estallaron una a una hasta que me sentí vacía y triste.

¿Por qué pensé que las cosas serían diferentes entre nosotros? Supongo que debería estar agradecida de que no me echara de su casa tan pronto como terminamos de tener relaciones sexuales. Frunciendo los labios para no llorar, abrí mi libro y comencé a leer sobre las reacciones químicas de una base. Dejé que los números reemplazaran todas las imágenes de Enzo en mi cabeza. Aunque haría falta mucho más para borrar la sensación de sus manos y su boca en mi piel.

«Por un minuto, pensé que me estabas mintiendo», Penny se inclinó para susurrar. «Es mejor así, Rory».

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Ella tenía razón. Enzo no era más que un hermoso sueño. «Sí». Tuve que volver a fingir que mi corazón no daba vueltas en mi pecho cada vez que Enzo entraba a la habitación.

Cuando llegó la hora del almuerzo, los rumores sobre el viaje en motocicleta se habían calmado. En cambio, los rumores se referían a que Santino le había dado una paliza a Ian esta mañana. No me importó. Me alegré de que las miradas hubieran cesado.

«¿Escuchaste?», Penny se sentó a mi lado en nuestra mesa habitual del almuerzo. «Santino encontró a Ian y Hanna haciéndolo».

«¿En serio?».

«Sí, nunca lo había visto tan enojado. Llevaron a Ian a la enfermería con el labio partido. Pero, aparentemente, ahora está camino al hospital con una conmoción cerebral o algo así».

Pobre Santino. Realmente le gustaba Hanna. «Qué locura. ¿Se metió en problemas?».

«¿En serio me preguntas eso? Nunca se meten en problemas, Rory. Esto es lo que he estado tratando de decirte», bebió su agua. «¿Quizás ahora me escuches y te mantengas alejada de ellos?». Bajó la cabeza hacia la entrada donde Enzo estaba escaneando la habitación.

Nuestras miradas se encontraron y toda la ira que se había estado acumulando en mi estómago se derritió. No debería tener tanta influencia sobre mí. Empecé a saludar, pero entonces entró Donata y lo acompañó hacia su mesa en el extremo opuesto del comedor.

«Sí, tenías razón en todo», me puse de pie, señalando la fuente de refrescos. «Olvidé mi bebida».

Saqué un vaso de la bandeja y lo llené de hielo. Fui a tomar un chorrito de limonada cuando Mollie, la cocinera encargada de alimentar al gato de Enzo, apareció de la nada. La había visto un par de veces en el patio cuando fui a ver a 'Peludo'. Ella nunca me saludaba, pero tuve la sensación de que sabía quién era yo. Incluso la primera vez que nos encontramos, a ella no le sorprendió verme allí.

«¿Tienes mi dinero, chico?», ella me preguntó.

«¿Qué?», eché un vistazo detrás de mí y me encontré cara a cara con Enzo. «Oh».

Mollie estaba hablando con él. Me quedé allí como una idiota, congelada en el lugar, mientras Enzo le entregaba un sobre grueso. La mujer era más baja que yo y con esa redecilla no debería parecer tan amenazadora. Pero sí lo provocaba. Me asustaba. No era de extrañar que el chef la mantuviera al fondo de la cocina, lejos de los niños ricos y mimados.

«Después de todo este tiempo, ¿sigues sin confiar en mí?», Enzo se rió entre dientes.

«De ninguna manera», ella se burló de él mientras se lamía los dedos para contar el dinero. «Veo que te gustan las desamparadas».

«Hola, Mollie», saludé torpemente. Había estado observando su intercambio durante un buen minuto, así que me sentí obligada a decir algo.

«Hola, desamparada», ella me dio una media sonrisa y luego desapareció de la misma manera que había entrado.

«Veo que tú y Mollie se hicieron amigas», Enzo me sonrió.

«Sí», dejé escapar un suspiro y luego volví mi atención a la fuente de refrescos.

«Oye», Enzo me agarró del codo.

Se me puso la piel de gallina en el brazo. Frotó su pulgar sobre mi piel, ladeando su cabeza hacia un lado para ver mis ojos. «¿Estás enojada conmigo o algo así?».

«Tú eres quien me ha estado ignorando todo el día». No tuve que mirar atrás para saber que Penny nos estaba observando. Podía sentir sus vibraciones molestas centrándose en mi espalda. «No importa». Intenté irme, pero él me mantuvo en el lugar.

«Esta mañana, cuando entré, casi saliste corriendo por la puerta. Me di cuenta de que no hablamos sobre lo que queríamos decirle a la gente, así que te di algo de espacio». Entró en mi espacio personal. «Han pasado cuatro horas. ¿Estás lista?».

«¿Lista para qué?».

La sonrisa juvenil que me dirigió hizo que mis rodillas temblaran. «Para decírselo a la gente».

«Oh», me aclaré la garganta. Lo que hicimos anoche iba a tener consecuencias. Pero permanecer juntos era la única manera de superarlo todo. Mantener nuestros sentimientos en secreto ya no tenía sentido. «Creo que sí».

«Bien», acunó mi mejilla. «Porque todo el día he ansiado hacer esto».

Presionó sus labios contra los míos y me besó con la lengua delante de toda la escuela. Esta era una mala idea. El pensamiento pasó por mi mente por un segundo antes de ceder ante el calor que se acumulaba en mi vientre. Mis ojos se cerraron y luego quedé flotando, perdida en el mundo de fantasía de Enzo.

Él se alejó primero, respirando pesadamente en mi oído. «Te extraño».

La habitación osciló unas cuantas vueltas. Entonces todo quedó claro. Bien, todavía estábamos en el comedor. De repente, no eran solo las miradas de Penny las que me quemaban la espalda, sino las de todos. Cuando levanté la vista, Donata, Santino y Rex nos devolvieron la mirada. No parecían sorprendidos por la noticia como todos los demás. ¿Por qué? ¿Enzo les había contado lo que pasó? El calor subió a mis mejillas.

«¿Les contaste?», señalé detrás de mí. «¿Sobre ayer?».

«No. Eso no es asunto suyo», me sonrió. «Ven a sentarte con nosotros».

¿Sentarme con la realeza? Con todos mirando. Parecía una idea terrible, algo que Penny definitivamente no aceptaría, porque sabía que la Signora Vittoria no lo aprobaría. ¿No era ese su trabajo? ¿Asegurarse de que hiciera lo que quería la Signora Vittoria?

«No puedo. Estoy sentada con Penny. Está sola», señalé detrás de mí.

«Ya no», él arqueó una ceja.

Cuando miré hacia atrás, vislumbré rápidamente la mochila de Penny mientras salía del comedor. Nunca iba a escuchar el final de esto. Fui e hice exactamente lo que ella me había advertido que no hiciera.

«Estoy en muchos problemas», me froté la frente. Sin duda se había ido para llamar a la Signora Vittoria y contarle sobre Enzo y sobre mí.

«Los problemas pueden ser divertidos», él sonrió.

«Estás empezando a sonar como Santino», negué con la cabeza, aunque no podía dejar de sonreír.

«La mayor parte del tiempo él actúa como un arma suelta, pero no se equivoca», rozó sus labios contra los míos. «Vamos. Voy a recoger tu bandeja».

Me quedé allí y lo vi regresar a mi mesa, tomar mis cosas y luego dirigirse al otro extremo de la habitación. Tomé un gran trago de mi bebida y caminé hacia la mesa de la realeza.

Tan pronto como me senté, Santino dejó caer el tenedor en el plato y se inclinó hacia Enzo. «Esto va en contra de las reglas».

«No, no es así», Donata se recostó con una sonrisa de gato de Cheshire en su rostro.

«Ella debería saberlo. Ella inventó las reglas», Rex puso los ojos en blanco.

El comportamiento y el lenguaje corporal general de Enzo cambiaron en un instante. Se sentó a mi lado, listo para lanzar un puñetazo. Bebí de mi vaso para tapar la sonrisa que no podía contener. Enzo estaba dispuesto a poner a sus amigos en su lugar. Estaba listo para estar conmigo.

«¿Entonces qué? ¿Eso es todo?», Santino cruzó los brazos sobre el pecho. «¿Él ganó?».

«Creo que sí», Donata se acercó y apretó el abultado bíceps de Santino. «No seas un mal perdedor».

¿Cuál había sido su trato? De los tres, él era el que pensé que estaría feliz por nosotros. Había sido muy amable conmigo los últimos meses.

«No soy un mal perdedor. Estoy enojado porque no tuve una oportunidad real de jugar mis probabilidades. Eso es hacer trampa. Nos pidió que pusiéramos la apuesta en espera, luego vino en medio de la noche y le partió la cereza. Ni siquiera sabía que el juego había continuado».

«Déjalo ir, Santino», Rex golpeó el hombro de Santino con su puño. «Está hecho».

«Sí, puedo ver eso», se puso de pie. «Felicitaciones, ganaste el concurso de “Terminar con la virginidad” de este año».

«Vete a la mierda», Enzo se puso de pie fulminando a Santino con la mirada.

Mientras tanto, mi mente daba vueltas con todas las cosas que había dicho Santino. ¿Un juego? ¿Todo esto de que los miembros de la realeza fueran mis amigos había sido por una apuesta? Me devané los sesos para juntar todas las piezas. Uno, todos sabían que yo era virgen. Y dos, hicieron una apuesta sobre ¿quién sería mi primero? En partirme la cereza, como había dicho Santino. Se me revolvió el estómago y solté mi vaso. Azotó en la mesa y se derramó por todas partes.

Donata saltó fuera del camino. «Bien, Santino. Simplemente excelente».

Yo era la chica más estúpida del mundo. Tenía tantas ganas de hacer un amigo que estaba dispuesta a mirar para otro lado cuando estaba tan claro que personas como la realeza nunca podrían ser mis amigos. Veníamos de mundos completamente diferentes. ¿Por qué alguna vez pensé que podría cruzar esa línea y no quemarme?

Todos estos meses, todos habían fingido ser mis amigos como una broma. A su manera, Enzo, Santino y Rex habían intentado acercarse a mí y ahora sabía por qué. Había sido para diversión de Donata. Ni siquiera podía mirarla. Pero apostaba que no había cambiado desde antes. En el momento en que vio a Enzo besándome delante de todos, supo que era porque él había ganado. Me había quitado la virginidad.

No me importaba eso. Me importaba el hecho de que lo hubiera hecho sabiendo lo que significaría para mi familia, para Angelo e incluso para la Signora Vittoria. Los adultos habían hecho un trato que me involucraba. Y la realeza pensó que sería divertido arruinar ese trato y, en el proceso, arruinar a mi familia. Yo también había participado en ello, pero lo había hecho por amor. Ellos por diversión.

«Él hizo trampa», Santino empujó su bandeja hacia el charco de líquido y nos salpicó a Enzo y a mí, luego se fue furioso.

Y aun así no lo entendían. Se quedaron allí discutiendo entre ellos sobre si Enzo seguía o no las reglas. No les importó. No lo entendían.

«La temporada navideña es difícil para él desde que mataron a su madre», Rex dejó caer su servilleta sobre el desastre que tanto Santino como yo habíamos hecho. «Volverá a estar tan alegre una vez que retiren las decoraciones navideñas».

«Entonces, ¿qué?». Mi mirada se movió entre Enzo, Donata y Rex. «Así que ¿él había estado mintiendo? ¿Había inventado todo?».

«No, sí estaba diciendo la verdad», Enzo alcanzó mi codo, pero lo aparté.

«No me toques», pasé el dorso de mi mano por mi mejilla. Cuando lo intentó de nuevo, le di una fuerte bofetada. «No eres quien pensé que eras».

CAPÍTULO 29

Perdóname

ENZO

Me quedé afuera del ‘Adaline’ escaneando el área del césped en busca del rostro de Aurora. El jodido Santino no pudo mantener la boca cerrada sobre la apuesta. ¿A quién le importaba cómo o por qué Aurora y yo nos habíamos juntado? Lo que importaba era que nos amábamos, que después de todos estos meses de estar separados, finalmente había descubierto lo que sentía por ella.

Aurora estaba enojada y no la culpaba. Pero estaba totalmente equivocada si pensaba que iba a dejar que terminara las cosas entre nosotros por algún juego estúpido. Hice otro barrido rápido del terreno y encontré a Penny mirándome desde una de las mesas de picnic. Me apresuré hacia ella. Tan pronto como me vio llegar, comenzó a empacar sus cosas. Aceleré el paso y la alcancé antes de que ella también se fuera.

«¿Dónde está?».

«¿Cómo debería saberlo? Estaba contigo la última vez que lo comprobé». Ella apartó su brazo y la solté.

«Necesito hablar con ella».

«Estuvo contigo durante diez minutos y ya le rompiste el corazón».

«¿Ella te dijo eso?».

«No, pero vi cómo fue. Obviamente estaba herida», sacudí la cabeza hacia mí. «Déjala en paz. Tiene muchos problemas en casa. No necesita esto de ti».

«¿A dónde fue?», no tenía tiempo de sentarme aquí y explicarle a Penny que todos teníamos problemas con nuestros padres. O que Aurora estaba mejor conmigo. Que ahora que nuestros sentimientos estaban a la vista, no la dejaría ir. «Dímelo ahora».

Ella puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre el pecho. «Biblioteca», murmuró.

Corrí hacia el edificio pasando ‘Adaline’. A esa hora del día casi todo el mundo estaba fuera del campus o en el comedor almorzando. La biblioteca era el mejor lugar para hablar. ¿Era por eso que había ido allí? La presión en mi pecho se desató. Aurora estaba enojada, pero no lo suficiente como para no querer hablar conmigo durante días. Llevábamos bastante tiempo separados.

El silencio cayó tan pronto como la puerta se cerró detrás de mí. Inhalé el aroma de los libros y la caoba y contuve la respiración para calmar mi ritmo cardíaco. En este silencio, podía escuchar mi propio pulso y fuertes exhalaciones. No me gustaba que Aurora tuviera este tipo de efecto en mí. Me ponía nervioso.

Cuando la encontré en la sección de Biografías, estaba entre molesto y arrepentido. Tenía las mejillas secas, pero el rojo de los ojos y la nariz me indicaban que había estado llorando. Reduje el paso para poder verla acomodar un libro. Ayer, ella había estado feliz gracias a mí. ¿Penny tenía razón? ¿Estaba lastimando a Aurora solo por estar con ella? Me negué a creer eso. Pertenecíamos el uno al otro. Incluso si nuestro futuro pareciera sombrío en este momento, no estaba dispuesto a renunciar a nosotros, especialmente no por alguna apuesta estúpida.

Ella se congeló y luego lentamente se giró hacia mí. Le ofrecí una sonrisa y me imaginé agitando una bandera blanca. Ella me miró entrecerrando los ojos. Esperé a que ella me regañara, pero en lugar de eso, salió corriendo. Mierda. La perseguí por el largo pasillo de libros. Cuando estuvo a mi alcance, la abracé como un oso.

«¿Por qué estás corriendo?».

«No quiero estar cerca de ti», ella se retorció en mis brazos.

La apreté con más fuerza. Lo que me sorprendió fue el matiz de desesperación que se apoderó de mi pecho cuando ella pronunció esas palabras. «No digas eso. Sé que quieres estar conmigo. Déjame explicarte».

«Se explica por sí mismo. A menos que estés aquí para decirme que Santino estaba mintiendo sobre todo el asunto. ¿Mintió?».

«No, no mintió».

«¿Te causó mucha risa?», luchó contra mi agarre y, en el proceso, su cabello cubrió mi rostro.

Olía a algo dulce, a fresas. Cuanto más se frotaba contra mi cuerpo, más notaba su culo pegado a mi pene y mis brazos sobre sus pechos. Estaba aquí para hablar, pero ella hacía que fuera casi imposible concentrarme. Se retorció de nuevo sobre mi erección y eso finalmente llamó su atención.

«No puedes hablar en serio».

«Cada palabra que te dije anoche fue sincera». Solté un suspiro en su cuello y luego besé la marca que le había dejado. «Te amo».

«Los dejaste mirar mientras me enamoraba de ti. Como la chica estúpida que soy, me enamoré de ti. Y todo fue un juego. Estuviste jugando conmigo todo el tiempo. Desde el principio cuando irrumpí en el baño de chicos. Todas las cosas que me dijiste, fueron parte de tu plan», resopló.

Sus lágrimas cayeron sobre mi brazo. Enterré mi cara en su cabello. Cuando lo dijo así, quedábamos como unos idiotas. Pero esa no era toda la verdad. No había aceptado la apuesta porque estuviera aburrido, ni porque estaba tratando de conseguir algún trofeo. Lo hice porque la quería. Solo a ella.

«Fui un imbécil por aceptar la apuesta. Pero tenía mis razones. Te soltaré. ¿Prometes quedarte y escucharme?».

Su cuerpo se sentía tan bien presionado contra el mío, pero le resultaba difícil concentrarse. Y necesitaba que ella escuchara la verdad por mí. No la versión retorcida que Santino le arrojó. No podía hablar por mí porque nunca le dije a nadie lo que realmente sentía por Aurora.

Al final, no pude resistirme a ella, la aflojé lo suficiente para poder acariciar sus tetas. Se derritió contra mí y la solté un poco más. Durante un largo minuto, consideré levantarle la falda y enterrar mi pene en ella. Si esta fuera la última vez que estuviéramos juntos, quería que fuera memorable.

«¿Qué más podrías decir que no haya dicho ya Santino? Me sedujiste sabiendo que era virgen. Sabiendo que tendría problemas con mi familia por ello. No te importó si Angelo tomaría

represalias por no conseguir lo que le prometieron». La tristeza en su voz me afectó. Parecía derrotada, destruida.

Yo le provoqué eso.

Pensé en lo que quería decir. Pero no había una sola palabra para explicar lo que había hecho y por qué. Así que opté por la verdad desnuda y comencé desde el principio. «Me sentí atraído por ti desde el momento en que te vi en Tiffany. Parecías tan fuera de lugar e inocente».

«Un objetivo fácil».

«Sí, eso es lo que yo pensaba. Entonces me di cuenta de que cada vez que me acercaba a ti, caía presa de mi propio juego. El primer día de clases, solo quería meterme contigo en el baño y verte retorcerte. Pero en cambio, sentí una conexión contigo. Me intrigaste». Jadeé, mientras mordisqueaba su cuello. «Luego nos besamos y me di cuenta de que yo era el primero. Me obsesioné contigo».

«¿Te obsesionaste?».

«Fue entonces cuando me di cuenta de que, si quería mantener la cordura, necesitaba mantenerme alejado de ti. Eras más problemas de lo que pensé al principio».

Ella se volvió hacia mí. «Pero no te detuviste».

«No, no lo hice. Fue entonces cuando Donata tuvo la brillante idea de hacer la apuesta de este año. Te lo juro. Mi primera reacción fue decir que no. Luego nos habló de Angelo. Eso me arruinó la cabeza. Me dije a mí mismo que era solo un juego, pero en verdad, todo lo que quería era a ti. Quería hacerte mía, marcarte de todas las formas posibles, para que él no pudiera tenerte. Y no, no me importaba una mierda en qué tipo de problema se metería tu padre por eso. Por eso, lo siento. Lamento no haber pensado en cómo te haría sentir eso».

Abrió la boca, pero las palabras no salieron. La buena noticia era que ya no lloraba y no parecía herida. Confundida como un carajo, pero sin dolor. Inhaló y se alejó de mí. Cuando la alcancé, ella apartó mi mano de un golpe. «No me toques».

Mierda. Volvíamos a eso. Ese era el problema ahí mismo. No estaba listo para tomar eso como su respuesta final. Necesitaba tocarla, sentir su piel y su cuerpo contra el mío. «Si alguna vez hubo un castigo para cometer el crimen, creo que sería este. Aurora, me enamoré de ti. Es más que eso». Tomé una bocanada de aire para aliviar la presión en mi pecho. «Estoy enamorado de ti. ¿Tienes alguna idea de cómo me siento al saber que algún imbécil te considera suyo y que algún día lo serás?».

Se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos, como si no se hubiera dado cuenta de que su matrimonio con Angelo era una posibilidad muy real. «No lo quiero a él».

«Yo sé eso», me acerqué a ella. Cuando retrocedió de nuevo, tomé su mejilla. «Si nos mantenemos unidos, podemos encontrar una manera de detenerlo». Presioné mi frente contra la de ella. «Perdóname».

Sus rasgos se suavizaron. Ella quería creerme. «Enzo», desvió la mirada de mí. Luego miró dos veces. «Alguien viene».

«Espera», la agarré del codo y bajé la voz. «No nos iremos hasta que me des una respuesta».

Su mirada se movía entre la mía y la pareja que se dirigía a la sección de Biografías, dos filas más abajo de nosotros. Se frotó la sien y luego frunció el ceño. Seguí su línea de visión y me giré justo a tiempo para ver un par de tetas salir del sostén.

Una cosa que sabía sobre Aurora era que le gustaba mirar. Ella no pudo evitarlo. Sus mejillas ya se habían puesto de un rojo intenso. Y no podía apartar la mirada. La pareja estaba tan metida y apurada que no nos notaron detrás de dos pasillos de libros.

Caminé en círculo detrás de Aurora y envolví mi brazo alrededor de su cintura. Presionando

mis labios contra su oreja, le susurré para que solo ella pudiera escucharme: «Apuesto a que él ya la ha puesto mojada».

Ella asintió.

«Apuesto a que se muere por enterrarse en ella».

Se echó hacia atrás para presionar su espalda contra mi pecho. «Nosotros... mmm, nosotros, deberíamos irnos». Sus palabras fueron apenas audibles.

Deberíamos dejar que se divirtieran solos. Pero todavía necesitaba que Aurora me dijera que me había perdonado. Todavía no estaba listo para dejarla ir. Lentamente le levanté la falda y metí la mano en su ropa interior mojada. Se tapó la boca mientras dejaba escapar un suspiro.

«Estamos tan bien juntos. No lo echas a perder por una apuesta», pasé mis dedos arriba y abajo de sus pliegues. «¿Es ahí donde duele?», palmeé su clítoris.

«Sí».

No tenía idea de lo que estaba haciendo la otra pareja. Pero podría adivinarlo basándome en los gemidos de la otra chica. A diferencia de Aurora, a la otra chica no le importaba si disfrutaba ruidosamente. Y al chico tampoco.

«Ya casi has llegado, ¿no?», deslicé un dedo dentro de ella.

Ella alcanzó detrás de ella y tiró de mi cabello en respuesta. La forma en que cedió me hizo desearla aún más. Me encantaba que ella confiara en mí. Incluso ahora, en medio de nuestra primera pelea, ella confiaba en mí para tomarla allí, para darle la liberación que tanto necesitaba.

Su completa entrega me hizo amarla aún más. Teníamos la misma edad. Pero en mis dieciocho años, para seguir el ritmo de papá, había visto y hecho mucho más que ella. Quizá por eso no tenía miedo de darme tanto de sí misma, por eso no tenía miedo de caer. No sabía lo que este mundo mafioso podía hacerle a gente inocente como ella. Ella no conocía todas las mentiras y traiciones que se escondían bajo la superficie. En nuestro mundo, la vida era desechable.

Necesitaba protegerla.

«Perdóname», detuve mi mano. «Di las palabras».

Agarró mi muñeca y cerró los ojos. Me reí entre dientes porque, a pesar de lo enojada que estaba, estaba demasiado lejos para regresar. Su coño se sentía caliente en mi mano. Todo lo que tenía que hacer era acariciarla un poco más y se correría. Pero quería algo a cambio.

«Te perdono».

Puse mi mano libre en su mandíbula para acercar su boca a la mía. La besé fuerte y desesperadamente mientras frotaba su clítoris. Sentí que mi pene estaba a punto de explotar. Pero se trataba de ella y de lo que necesitaba.

«Cuando te corras, tienes que hacerlo en silencio. ¿Crees que puedes hacer eso?». Reduje mis movimientos, introduciendo dos dedos en ella. Todo su cuerpo se estremeció mientras apretaba los muslos. «Shh». Pasé mi lengua por sus labios cuando llegó su orgasmo.

Ella se derritió en mis brazos mientras balanceaba sus caderas, montando suavemente mis dedos hasta que su clímax se agotó por completo. Era tan jodidamente perfecta. Pensé en mi confesión de hace unos minutos. Aurora sabía lo obsesionado que me había vuelto con ella. Y en lugar de huir, me dejó tocarla en la biblioteca. Como si entendiera que estábamos destinados a estar juntos. Al diablo el resto del mundo.

«Oh», la mirada de Aurora se dirigió a la mía.

La otra pareja había terminado. La chica se arregló la falda riéndose de lo que el chico le había dicho. En el siguiente momento, ella lo agarró de la mano y lo empujó hacia la entrada principal de la biblioteca. Si notaron que los miramos, no lo demostraron.

«¿Qué pasa?», pregunté.

«No quiero renunciar a nosotros. Lo digo en serio», ella inhaló, todavía tratando de recuperarse de su clímax. «Si esto es real, no quiero que termine».

«Es real», acuné su mejilla. «Puedo protegerte, pero debemos permanecer juntos. Los dos».

Hace mucho tiempo, Donata, Rex, Santino y yo habíamos hecho un pacto para hacer exactamente eso. Permanecer juntos y cuidarnos las espaldas unos a otros. Hoy quería que supieran que Aurora también necesitaba ser parte de ese pacto. «Vamos. Llegas tarde a tu reunión semanal con Donata».

Ella se rió discreta. «No sé por qué se molesta. Han pasado meses. Todavía no tengo nada que podamos usar. Ni siquiera sé lo que estoy buscando».

«Nunca debí haberte dejado. Ahora estoy aquí. Juntos podemos resolverlo. No te vas a casar con él». Presioné mis labios contra los de ella. Quería hacer mucho más que eso, pero se nos acababa el tiempo. Mi única esperanza era que todavía tuviéramos tiempo para arreglar este asunto con Angelo Soprano.

«¿Vendrás con nosotros hoy?».

«Sí, lo haré».

CAPÍTULO 30

Hicimos un pacto

AURORA

Me lavé las manos en el lavabo del baño, mientras miraba mi reflejo en el espejo. Le pedí a Enzo que me diera un minuto para limpiarme y recuperarme. Mis mejillas todavía estaban rojas y mis ojos tenían esa mirada brillante. A estas alturas, sabía que esas eran mis señales de que estaba excitada. Dios mío, Donata no podía saber qué hicimos Enzo y yo en la sección de Biografías. Sería demasiado vergonzoso.

Se me aceleró el pulso cuando me di cuenta de que, en algún momento, todos se habían sentado y hablado sobre mi tarjeta de virginidad y la mejor manera de lograr entregarla. Jesús. Quería estar enojada con Enzo por un tiempo más. Era mezquino, pero me gustaba verlo humillarse. El dolor en sus ojos por perder lo que teníamos me hizo sentir en control por primera vez desde que lo conocí. Pero entonces apareció esa pareja y Enzo supo cómo usarlo a su favor para confundirme y volverme dócil.

Dejando a un lado el orgasmo alucinante, le creí a Enzo cuando dijo que estaba enamorado de mí. Que la apuesta solo había sido una excusa para acercarse a mí. Que él tenía sentimientos por mí mucho antes. También le creí cuando dijo que quería protegerme de Angelo. Aunque, en verdad, solo necesitaba la protección de su padre ya que él era quien estaba detrás de todo.

«Aurora», Enzo asomó la cabeza. «La hora del almuerzo casi ha terminado. Necesitamos ponernos en marcha».

«Sí». Cogí una toalla de papel y me sequé las manos.

La sala donde nos reuníamos todos los martes estaba hacia la parte trasera de la biblioteca. Estaba configurada como una sala de profesores con un gran escritorio, una zona de estar y un aparador con cafetera y nevera. Donata era la única que tenía la llave. Utilizaba la habitación principalmente para hacer la tarea y cualquier programa que tuviera durante la semana.

Enzo me guió a través del laberinto de estanterías. Su mano en mi espalda baja me hizo sentir caliente por dentro. ¿Era esto normal? Desde que tuvimos relaciones sexuales por primera vez, no podía dejar de pensar en él ni en eso. Incluso ahora, después de haber llegado, quería hacerlo de nuevo.

«Mantén ese pensamiento», me susurró al oído y abrió la puerta.

Le lancé una mirada. La sonrisa de complicidad que me dedicó me puso seria. Teníamos trabajo que hacer. No podía pasar el poco tiempo que nos quedaba antes de clase pensando en los abdominales de Enzo y en todas las cosas que podía hacer con sus manos.

«Oh, qué bueno que se unen a nosotros», Donata se sentó en el largo sofá junto a Rex. Su

mirada se detuvo en mí por un momento y luego se dirigió a Enzo. «Ni siquiera voy a preguntar. Empecemos». Señaló los dos sillones frente a ella.

«Antes de empezar», Enzo tomó mi mano entre las suyas y la besó. «Quiero dejar las cosas claras».

«Por favor, hazlo», Santino se apoyó en el umbral. Cuando Enzo se volvió hacia él con una sonrisa, caminó hacia el escritorio y se sentó en él. «Es bastante obvio lo que está pasando aquí. Pero adelante».

«Sí, ustedes no son muy discretos». Donata metió los tobillos debajo del trasero y apoyó el codo en el respaldo del sofá.

Todo mi cuerpo se calentó de vergüenza. Todos sabían lo que sentía por Enzo. Y lo que estábamos haciendo. «Me explicó lo de la apuesta y yo le creo».

«Estoy enamorado de ella», Enzo lanzó la bomba sin preámbulos. «Hemos estado viviendo al margen durante los últimos tres meses. No saldremos de esta habitación hasta que tengamos un plan sólido para deshacernos de Angelo y de su ridículo contrato matrimonial».

«En primer lugar, estoy muy feliz por ustedes. Bien está lo que bien acaba», Donata se pasó las manos por el largo cabello. «Y también, Dios mío, finalmente. Estaba empezando a pensar que nunca subirías a bordo. La cavilación se estaba volviendo tediosa».

«¿En serio? ¿Está sucediendo esto?», Santino se inclinó hacia adelante y nos señaló a los dos con el dedo.

«Sí, en serio», Enzo me sonrió.

«Mmm, entonces felicidades», Santino se encogió de hombros antes de volverse hacia mí. «¿Estás segura acerca de esto?».

Asentí.

«Necesitamos clavar el trasero de Angelo a la pared», Enzo me abrazó con más fuerza mientras se dirigía a toda la habitación.

«No pude entrar a la oficina de papá», me encogí de hombros y encontré la mirada de Donata. «Lo siento».

«Está bien. Fue una mala idea de todos modos. No creo que tu papá sepa lo que está pasando», le dio unas palmaditas en el hombro a Rex. «¿Te importaría compartirlo con el grupo?».

Rex arqueó una ceja como si esta última noticia no le sentara bien. El día que Enzo se fue, me había dado un discurso completo sobre el deber y cómo no había lugar para el amor. Y ahora aquí estábamos diciéndole que lo dejara pasar. Pero, ¿de qué servía algo si no pudiéramos tener amor? Mirando a Enzo ahora, no podía imaginar mi vida sin él. Le amaba. Y no había nada que Rex pudiera hacer o decir para que eso desapareciera.

«Don Alfera visitó a papá anoche», Rex me miró. Por un segundo, sus ojos se llenaron de lástima por mí. «La fecha ha sido fijada».

«¿La fecha de qué?», pregunté ya que todavía me estaba mirando.

«Tu boda».

«Jesús, joder», Enzo soltó mi mano. «¿Cuándo?».

«Antes de que termine el semestre. Diecisiete de diciembre. El día después de la gala navideña de la escuela».

«¿Tus padres te dijeron algo?», preguntó Donata. «O quiero decir, ¿están esperando hasta que su polla esté dentro de ti para decírtelo?».

«Eso me parece», Santino se rió entre dientes.

Enzo los fulminó con la mirada. Pero antes de que pudiera decirles que se fueran a la mierda,

Donata levantó las manos en señal de fingida rendición. «Lo siento. Sonaba gracioso en mi cabeza. Pero tienes que estar de acuerdo. La están tratando como ganado». Ella me miró con el ceño fruncido. «¿Por qué no les has dicho nada? Si fuera yo, ya le habría reñido a tía Vittoria».

Aceptaba que Donata daba en el clavo. Ella no estaba equivocada. Me convertiría en nada más que un cerdopreciado. Y eso sería enteramente culpa mía. Desde que llegamos a Nueva York, había estado siguiendo el juego, esperando el momento oportuno, esperando tontamente que alguien viniera a salvarme. Pero ya había pasado todo un semestre y mi situación había empeorado. No tenía salida. Dios, incluso Columbia parecía un sueño lejano en este momento. Nada de eso podría suceder sin la ayuda de la Signora Vittoria.

Tenía la cabeza metida en el trasero porque no quería reconocer que estaba atrapada. «¿Realmente pueden obligarme a casarme con él? Esperaba que tu tía me ayudara a salir de esto».

«¿Y por qué haría eso?», preguntó Rex. «Ella no es un hada madrina. ¿Lo sabes bien? La escuchaste el día que ustedes dos fueron a su casa para obtener justicia por lo que Brody e Ian hicieron. A ella solo le importa lo mejor para su familia. Y no me refiero a Donata. Me refiero a su imperio, el poder y el dinero que conlleva».

Cuando lo expresaba así, me hizo parecer una niña ingenua. Odiaba que tuviera tanto sentido. «Ahora tengo dieciocho años. No pueden obligarme a firmar nada».

«Oh, cariño, por supuesto que pueden». Donata puso su mano sobre su corazón. «Y ni siquiera menciones a las autoridades. También están aquí para servirse a sí mismos».

«Es suficiente», Enzo levantó la mano. «Lo entendemos. Son malas noticias para todos. Ahora necesitamos un plan».

«Pensé que nunca lo dirías», Donata se puso de pie, agarró la pizarra encajada en la esquina junto al escritorio y la sacó con una sonrisa en su rostro. «Tomé algunas notas». Hizo girar el tablero para mostrárnoslas.

Me quedé mirando su cuidada escritura. Había hecho una lista de lo que sabíamos. Verlo todo junto me hizo darme cuenta de que tal vez no necesitábamos seguir paso a paso lo que los adultos planeaban hacer. ¿A quién le importaba por qué Angelo quería casarse conmigo? Lo que importaba era que yo era su recompensa. Lo que fuera que Don Alfera fuera a sacar de este gran plan suyo tampoco hacía ninguna diferencia para mí. Porque lo único que teníamos que hacer era frustrar el gran encargo de Angelo. Si pudiéramos hacer eso, entonces Don Alfera y papá no tendrían motivos para cumplir su promesa de casarme con Angelo.

Solo quedaba la Signora Vittoria. ¿Me ayudaría a huir de este lugar si no conseguía lo que quería? Según las notas de Donata, la Signora Vittoria y don Alfera querían lo mismo.

«Creo que tenemos que descubrir qué se le encomendó a Angelo. Si podemos hacer eso, tal vez papá escuche lo que quiero», miré a Enzo y él asintió.

«Entonces, ¿qué se supone que debe hacer Angelo?», Enzo tocó el gran signo de interrogación que Donata tenía junto al nombre de Angelo. «¿Y cómo lo sabremos?».

«Bien», Donata agarró un marcador morado e hizo una línea desde mi nombre en la pizarra hasta el de Angelo. Luego escribió dos nuevos datos, la fecha de la boda y la de este sábado.

«¿Qué pasará este fin de semana?», crucé los brazos sobre el pecho, sintiéndome perdida de nuevo. Cada vez que sentía que estábamos progresando, mis padres hacían algo para sacarme de control.

«Tu fiesta de compromiso», Donata levantó la vista y articuló, «lo siento».

«No lo sientas», me froté el costado de la cara. «Esta noche tendré una conversación seria con mamá. ¿Cómo pueden estar planeando todo esto y no decirme nada? ¿Qué están pensando?»

Preguntaba, deseando que uno de ellos me dijera que tal vez mis padres no me habían dicho nada porque estaban trabajando en secreto para asegurarse de que el matrimonio no se llevara a cabo. «En serio, chicos. ¿Cualquier cosa? Siéntanse libres de endulzarlo un poco».

«El azúcar es malo para ti», Enzo apoyó los brazos sobre los muslos y me ofreció una media sonrisa. ¿Estaba siendo lindo y comprensivo?

«Hay algunas buenas noticias. La fiesta de compromiso es en el penthouse de Angelo. Y estamos todos invitados», Rex hizo un gesto hacia Enzo. «¿Querías un plan? Aquí lo tienes. Entramos en su oficina y descubrimos qué tiene que hacer para quedarse con Aurora».

«Y luego se lo quitamos», Enzo terminó la frase de Rex.

«Exactamente».

«Sabía que esas gafas de visión nocturna serían útiles», Santino me sonrió.

Tuve la sensación de que los tres sabían de la fiesta y del hecho de que tendríamos acceso a la casa de Angelo. Pero esperaron hasta que Enzo y yo estuviéramos listos para escuchar la noticia. Todos querían ayudarnos.

«¿Por qué nos están ayudando?». Los miraba al otro lado de la habitación. «Podrían tener problemas con sus propias familias».

«Hicimos un pacto», Santino se encogió de hombros.

«Un pacto que ahora te incluye a ti, Rory», Donata me guiñó un ojo. «No parezcas tan perdida. No puedo soportarlo. Tienes que quitarte esos grandes ojos de cierva y encontrarte con Angelo donde está. Véncelos a todos en su propio juego».

«Fácil para ti decirlo. Creciste con todas estas cosas de la mafia», me froté la piel de gallina en el brazo.

Por un momento escuché la vocecita en el fondo de mi cabeza que decía que no estaba hecha para esto, que no era lo suficientemente fuerte. Luego volví a mirar la pizarra y me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, no estaba sola. Cualquiera que fuera el plan de mis padres tuvieran para hacerse ricos, no importaba. Ya no sería su estúpido peón. Y lo que era más importante, no estaba sola. Tenía a la realeza de mi lado.

«Cierto», Donata alzó una ceja. «Podemos sentarnos aquí y hablar de todos tus defectos, o podemos hablar de cómo vas a irrumpir en la oficina de Angelo».

«¿Por qué ella?», Enzo pasó su brazo alrededor de mi cintura. «Yo puedo entrar allí».

«Deja de pensar con tu polla», Santino dibujó una gran polla y pelotas en el tablero y luego puso una X encima. «Si Angelo la sorprende, Rory podría calmar la situación mostrando un poco de escote. Él nunca sospechará de ella. No me mires así. Sabes que tengo razón».

Pensé en Angelo y en la forma en que me miraba cuando mis padres no estaban en la habitación. «Lo haré. ¿Pero no es algo malo para los negocios, ya saben, tener los planes malvados escritos por ahí?».

«No lo tendrá etiquetado tal cual. Pero estoy seguro de que hay un correo electrónico o algo así en el que papá describe sus expectativas», Enzo se frotó el cuello. «Hay millones de maneras de matar a un mafioso. A papá le gustaría que las cosas se hicieran a su manera».

Volví a las notas de Donata donde tenía las palabras de la Signora Vittoria escritas en negro, *matar a un mafioso*, y luego el nombre de papá al lado con un signo de interrogación. ¿Qué hizo papá para estar en la lista de objetivos de Don Alfera? Sabía que los motivos de papá siempre se basaban en el dinero, pero ¿hasta dónde había llegado esta vez? Me había vendido y eso ya era bastante malo. Ahora, había muchas posibilidades de que hubiera hecho algo más para que lo mataran. Quería contarle al resto del grupo sobre las travesuras de papá en Las Vegas. Pero era demasiado vergonzoso. No podía contarles que papá le robó a su jefe o lo que mamá tuvo que

hacer para salvarnos a todos.

De cualquier manera, no necesitaban saberlo. El sábado, si tenía acceso a la computadora de Angelo, sabría exactamente dónde empezar a buscar.

Seguir el dinero.

«Bueno, tengo que ir a clase». Donata buscó en su bolsillo trasero. Colgó las llaves frente a Enzo y luego las presionó contra su pecho. «Asegúrate de cerrar con llave».

Todos formaron una fila hacia la puerta. Un minuto después, Enzo y yo quedábamos solos en una sala secreta de la biblioteca. Un sinfín de malas ideas pasaron por mi mente. Saber que Donata y los chicos ahora sabían lo que Enzo y yo estábamos haciendo sentí una descarga de adrenalina a través de mí. Hizo que mi piel hormigueara con anticipación. Ya íbamos muy tarde a clase, pero no me importó.

«¿Cómo te sientes con todo esto?», Enzo rodeó mi cintura con sus brazos.

«Todo apesta». Solté un suspiro para calmar mi pulso que latía rápidamente. «Pero creo que estamos progresando».

«No me gusta la idea de servirte en bandeja de plata». Besó mi cuello y luego lo rodeó con sus dedos. «Si él te toca...».

«No lo hará. Puedo hacer esto», mi garganta se contrajo bajo su agarre. «Estaba pensando, ¿qué haría Angelo si descubre que no soy la virgen que cree que soy? ¿Renunciaría a toda esta idea del matrimonio?».

«No sé. Se siente como si hubiera entrado en el reino de la obsesión contigo. Es un asesino entrenado, Aurora. No queremos meternos con él. No te preocupes. Encontraremos una manera de quitártelo de encima».

Suspiró y me acompañó de regreso al escritorio. Cuando mi trasero tocó el borde, me tomó por la cintura y me sentó sobre él. No tuve la oportunidad de pensar en el sábado por la noche y en nuestros planes. Enzo estrelló su boca contra la mía y me besó, mientras sus dedos trabajaban en los botones de mi blusa. Oh, vaya, tenía toda la intención de tener sexo conmigo aquí.

Pensé en la chica de la sección de Biografías. A ella no parecía importarle que la gente pudiera acercarse a ellos. Estaba medio desnuda mientras su novio la follaba contra las estanterías. ¿Era eso lo que quería? Mi piel se calentó ante la idea de que alguien irrumpiera y nos viera. Eché un vistazo hacia la puerta cerrada mientras Enzo me desabrochaba la blusa. Podría decirle que se detuviera. Pero entonces tendría que ir a clase con este dolor entre las piernas.

Su boca se aferró a mi pezón tenso y toda la razón se fue por la puerta. Le quité la chaqueta del traje por los hombros y luego le saqué la camisa por la cabeza. Su cuerpo era un músculo sólido, una obra de arte, el resultado de días de entrenamiento al aire libre y luego de recibir una paliza en el campo de fútbol. Su piel caliente contra la mía me resultaba familiar. Se sentía como mío.

«Eres tan jodidamente hermosa». De un solo golpe, jaló mis caderas hacia él, me quitó las bragas y me penetró como si se nos acabara el tiempo, como si no quisiera decirme adiós jamás.

CAPÍTULO 31

Jugar a los mafiosos

AURORA

«Quedaban dos semanas del semestre de otoño», mamá me dio unas palmaditas en la pierna para llamar mi atención. «Prácticamente has terminado con el bachillerato».

Dejé de mirar el tráfico que venía en sentido contrario para mirarla. «Sí. Pasó rápido».

Esta mañana, después del desayuno, mis padres insistieron en llevarme a la escuela. Papá se sentó en el asiento delantero como siempre, dejando que mamá llevara la conversación. Intenté evitar compartir auto con ellos, pero insistieron. Cinco minutos después, mamá seguía hablando sobre el clima y las próximas vacaciones semestrales. Si pudiera aguantar otros cinco kilómetros, estaría libre en casa. Y podría pasar un día más sin saber del compromiso.

«Rory», mamá volvió a tocarme la rodilla.

El aire fresco se llenó de lástima y remordimiento. O tal vez era solo una ilusión de mi parte. Quería creer que todo lo que Donata había dicho sobre los planes de mis padres era mentira, que nunca me venderían al mejor postor. O al menos, que mamá intentara ayudarme.

«Como sabes, papá ha estado tratando de encontrarte un marido adecuado. El mundo es un lugar duro. Necesitas a alguien que pueda protegerte», mamá me sonrió. Un dulce gesto que cualquiera que mirara hacia dentro lo consideraría maternal. Quizás ella estaba preocupada. Quizás ella sí me amaba. «Encontramos a alguien».

«No fue fácil», papá movió su cuerpo para mirarme. «Queríamos lo mejor para ti. Y lo encontramos».

Vaya, me pregunto quién podría ser. ¿Podría ser el tipo que venía a cenar dos veces por semana durante los últimos tres meses y me miraba como si fuera mi dueño?

«Ella lo sabe, querida», mamá me apretó los dedos. «Angelo se preocupa por ti».

Mantuve la mirada fija en la ciudad más allá de la ventanilla del auto. *Auxilio*. La palabra pasó por mi cabeza mientras intentaba concentrarme en las diferentes caras que pasaban. Iban tan rápido que no podía mirarlos el tiempo suficiente para distinguir sus rasgos o recordar cómo eran. Supuse que a ellos les pasaría lo mismo. No me veían. No podían ayudarme. Lo que mis padres y Angelo habían planeado para mí, estaba sucediendo.

«Di algo», mamá me dio unas palmaditas en el pelo. «Estarás bien, Rory».

Donata tenía razón. Todo este tiempo había sido una cobarde. Desde el primer día, podría haberles preguntado a mis padres sobre el llamado compromiso. Podría haberles rogado que no firmaran un contrato matrimonial en mi nombre. Pero estaba demasiado asustada. En lugar de eso, enterré mi cabeza en la arena, esperando que mamá hiciera algo para salvarme. Pero, ¿por

qué lo haría? Finalmente había conseguido todo por lo que había trabajado tan duro. Todo lo que ella siempre había querido.

Inspiré y me preparé para el impacto. «No mamá. Tú dilo. Dime qué está pasando aquí mismo».

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Llevábamos veinte minutos en el auto. Estábamos a cuerdas de mi escuela y todavía no habían dicho las palabras.

«Te casarás con Angelo Soprano en un par de semanas. No hay razón para esperar. Ya eres lo suficientemente mayor», papá me lanzó una rápida mirada mientras pronunciaba las palabras rápidamente.

«¿Y si digo que no? Quiero decir, todavía tengo que terminar la escuela. Y luego, iré a la universidad. Y de nuevo, ¿cuántos años tiene él?».

«Rory», mamá se me acercó, pero la agarré de la muñeca y luego puse su mano sobre el asiento de cuero. Ya no podía interpretar a la madre preocupada.

«¿En qué clase de mundo crees que vivimos? ¿De dónde crees que viene todo este dinero? ¿Tu elegante escuela y tu ropa de diseñador? No tienes elección en esto. Ninguno de nosotros lo tiene. Está hecho». Me miró durante una cuadra entera, hasta que el auto se detuvo frente a la escuela.

Finalmente, papá había dicho la verdad. Y era todo lo que temía. Tenía mis respuestas. Una, lo hacían por dinero. Dos, no les importaba. Y tercero, el contrato no se podía deshacer.

«Hablares más esta noche, cariño», mamá me sonrió. «Hay mucho que planificar. Por supuesto, la Signora Vittoria está ayudando en todos los detalles y ha pensado en todo. No tienes nada de qué preocuparte. Esa es la ventaja de casarse con alguien mayor y con dinero. Angelo te cuidará muy bien. Ya lo verás».

Me burlé, sacudiendo la cabeza. No importaba lo que dijera. O lo que pensara. Todos ya habían tomado una decisión.

«Anunciaremos oficialmente el compromiso este sábado. Sería bueno que pasaras un tiempo con Angelo. Solos. Ya sabes, como pareja en su nuevo hogar. Ahí es donde organizaremos la fiesta». Estaba radiante de emoción.

Se me revolvió el estómago al pensar en mi nuevo hogar con Angelo. «Tengo que ir a clase».

El chofer me abrió la puerta y bajé. Tan pronto como lo hice, apareció el rostro de Enzo. Por la expresión severa de su rostro, solo podía suponer que sabía que mis padres me iban a dar la noticia esta mañana. ¿Cómo es que siempre sabían todo antes que yo?

Pasé junto a él porque sabía que mis padres todavía estaban mirando. Si se enteraban de Enzo y de mí, tenía la sensación de que algo malo pasaría, como que adelantarían la fecha de la boda a este fin de semana. O mandar lejos a Enzo. Don Alfero y la Signora Vittoria tenían el poder de hacer eso y mucho más.

Enzo me llamó, pero no paré hasta llegar a la clase de química. Penny ya estaba en nuestra mesa, mirándome como si fuera un corderito camino al matadero. Entonces, ella también lo sabía. Cuando me di vuelta, Donata y Enzo estaban en el umbral. Intercambiaron una mirada significativa y luego cerraron la puerta detrás de ellos.

«Así que finalmente te lo dijeron», Donata caminó hacia nuestra mesa. «¿Qué dijeron?».

«Nada nuevo», fijé mi mirada intensa en Enzo. «La fiesta es este fin de semana y luego la boda. También han decidido que me mudaré al penthouse de Angelo después de casarnos.

«Eso tiene sentido», Donata se apoyó en la mesa y observó el rostro de Penny. «¿Qué hay de ti, Penny?».

«¿Qué?».

«Vamos. Sé que te has reunido con tía Vittoria casi todas las semanas. Me tomó un tiempo darme cuenta de que eras tú. Pero ahora no tengo ninguna duda». Donata soltó un suspiro y con cuidado colocó un mechón de cabello rubio detrás de su oreja. Sus brillantes ojos azules se centraron intensamente en Penny hasta que se retorció en su asiento. «Puedo hacer de tu vida en la escuela un infierno. Pero tú ya sabes eso».

Penny asintió.

«Entonces, cuéntanos lo que sabes. Y lo que le dijiste a tía Vittoria». Cuando Penny abrió la boca, Donata le agarró la mandíbula. «Sé que te pidieron que espieras a Rory aquí. Así que evita las mentiras».

«No le he hablado de Enzo. Lo juro».

«Tan amable de tu parte», crucé los brazos sobre mi pecho. «Realmente, todo este tiempo no me ayudaste a sobrevivir en la escuela. ¿Estabas simplemente qué? ¿Recopilando información?».

«Ambos». La mirada de Penny pasaba entre Donata y yo. «Lo siento, Rory. Pero las cosas son difíciles en casa. Estamos pendiendo de un hilo. Sin el apoyo de Don Alfera, el negocio de papá ha ido decayendo. Han desairado a mamá dondequiera que vaya. Tuve que hacer lo que me pidió la Signora Vittoria».

«¿A quién le importa? Pobrecita», Donata puso los ojos en blanco mientras soltaba a Penny. «¿Qué sabes sobre Angelo?».

«Que se casará con Rory en un par de semanas. Eso es todo. Ha venido a la casa varias veces. Nunca se queda mucho tiempo. Cuando papá era la mano derecha de Don Alfera, Angelo solía admirarlo. Creo que le debe un favor a papá. Pero no estoy segura».

«Mmm», Donata apoyó las manos en las caderas. «Si Don Alfera quisiera muerto a su viejo brazo derecho, ya se habría encargado de eso hace mucho tiempo. ¿Cierto?», le preguntó a Enzo.

«Creo que sí. Esto no nos ayuda», Enzo dio un paso hacia mí, pero yo me alejé de él.

Todavía estaba tratando de procesar la idea de que ahora estaba oficialmente comprometida con otra persona. Sí, ese había sido el caso por un tiempo, pero ahora que mis padres lo habían dicho en voz alta, realmente parecía real. No quería que le pasara nada malo a Enzo por mi culpa. Me senté en el taburete de la barra con el miedo aplastando mi pecho.

Sonó el timbre y Donata señaló con un elegante dedo a Penny. «Aún no hemos terminado aquí. Hablaremos más durante el almuerzo».

LA HORA del almuerzo fue más de lo mismo. Donata pasó su tiempo interrogando a Penny sobre lo que sabía, mientras yo pasaba mi tiempo preguntándome si la Signora Vittoria o Angelo tenían otro espía en la escuela. ¿Cuánto sabían sobre lo que Enzo y yo hacíamos todos los días?

«Nada ha cambiado, Aurora», Enzo se inclinó hacia mí. «Sabías todo esto ayer. Y el día anterior», él levantó una ceja.

Por supuesto que Enzo tenía razón. Supe del compromiso cuando decidí tener sexo con él en su penthouse y ayer, en la biblioteca. Sí, la información que teníamos era la misma, pero ahora mis padres y Angelo sabían que yo lo sabía. Y eso marcaba la diferencia porque ahora, cualquier cosa que Enzo y yo hiciéramos, Angelo lo consideraría una falta. Y quién sabía lo que eso significaría para mi familia y para mí... y para Enzo.

«Lo sé», negué con la cabeza. «No estaba pensando antes. Esto entre nosotros. Es peligroso. No vivimos en un mundo normal».

«Déjame preguntarte esto. ¿Te propuso matrimonio?».

«No».

«¿Dijiste que sí?».

«Por supuesto que no».

«Entonces no le debes nada a ese imbécil. No tienes ninguna obligación moral aquí. No es cometer una falta si eso es lo que estás pensando». Tomó mi mano entre las suyas y besó el interior de mi muñeca. «Cualquiera que sea el reclamo que crea que tiene sobre ti, no durará mucho. No te vas a casar con él», me acunó la nuca y me acercó a él.

Solté un suspiro de pánico porque pensé que me iba a besar mientras todos miraban. Él había hecho lo mismo el día anterior. Pero nuevamente, esto era diferente.

«Tengo tantas ganas de besarte», presionó su frente contra la mía.

«Antes podíamos alegar ignorancia. Ahora ya no podemos».

«Tú ganas», me soltó, cogió su bandeja y se puso de pie. «Nos vemos en el patio en cinco minutos». Se inclinó para poder susurrarme al oído. «Si no apareces, volveré por ti y te besaré delante de todos».

Miré su forma en retirada con los ojos muy abiertos. Excelente. Simplemente genial. Frotándome la nuca, escaneé rápidamente nuestra mesa y luego el resto del comedor. Donata y Penny todavía estaban inmersas en una conversación. Rex y Santino tomaron sus cosas y siguieron a Enzo hacia la puerta.

Durante un minuto entero jugué con la fruta de mi plato. Una parte de mí quería perseguir a Enzo. Pero la otra parte, la parte lógica que no quería que saliera lastimado, me decía que me quedara quieta. Aunque sabía lo suficiente sobre Enzo para saber que no hacía amenazas vanas. Si no lo conociera, regresaría y recordaría a todos que estábamos juntos.

«Maldita sea», dije en voz baja, poniéndome de pie.

Antes de tomar la decisión de encontrarme con él, ya estaba en el camino de grava que conducía al patio escondido detrás del campanario. Lo encontré allí sentado en el borde de la fuente de agua jugando con ‘Peludo’. El gato le había traído un ratón de juguete. Enzo luchó contra la cosa de los dientes de ‘Peludo’ y luego de sus garras. Cuando tuvo el peluche en la mano, lo arrojó al otro lado del jardín y el gato salió tras él.

«¿Estás jugando a las atrapadas con un gato?», me reí.

«A él le gusta. Mira».

Me senté a su lado mientras el gato le traía nuevamente el ratón de color naranja brillante. Cuando Enzo gritó hacia el muro de piedra, ‘Peludo’ cargó como había visto hacer a los animales salvajes en la televisión. «Es gracioso. Nunca he visto a un gato hacer eso».

«Matar ratones es su instinto. Aquí no puede hacerlo de verdad. Esta es la mejor opción». Enzo pasó su brazo alrededor de mi cintura. «Algo así como nosotros, ¿no crees? Venimos a la escuela todos los días y lo que hacemos es jugar a los mafiosos».

Me levanté porque su mano sobre mi cuerpo ya estaba poniendo todo tipo de malas ideas en mi cabeza. Caminó detrás de mí y besó mi cuello, luego mi hombro. Una chispa se encendió en mi vientre y luego se extendió por todo mi cuerpo. Antes de darme cuenta, estaba en sus brazos, besándolo como si solo me quedaran unas pocas semanas de vida, como si fuera mi único salvavidas.

Con un gemido, profundizó el beso, una mano apretaba mi trasero, mientras que la otra ahuecaba mi pecho sobre mi blusa. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos y silenciaba todos los pensamientos de hacer lo correcto. Lo único que me importaba era estar aquí con Enzo, saborearlo y tocar su cálida piel. Besó mi cuello mientras bajaba para chupar mi pezón. ¿Por qué no nos reunimos en la habitación secreta de Donata en la biblioteca? Podríamos estar haciendo

mucho más en privado. Necesitaba saber que Enzo no se rendiría con nosotros. Quería demostrarle que yo tampoco.

«No ganarán», murmuró, chupando con fuerza cualquier trozo de piel que pudiera encontrar. «No lograré ganarte».

«Esto no es un juego, Enzo», pasé mis dedos por su suave cabello. El dolor en sus ojos me hirió, pero tenía que entender. «Las palabras de papá sonaron muy definitivas esta mañana. No creo que pueda deshacer nada de eso, incluso si quisiera. El contrato es algo muy real».

«Nosotros también somos reales». Mordisqueó mi labio inferior y luego me dedicó una de sus encantadoras sonrisas. «Olvídate de Angelo».

«Claro. Hecho». Apoyé mi cabeza en su pecho. No podía simplemente desear que todo desapareciera, pero podía hacer esto. Podría hacer que los últimos cinco minutos de nuestra pausa para el almuerzo duraran un poco más.

Su pecho retumbó con una risa baja. «Hay una gala navideña el último día de clases. Es en mi casa, en los Hamptons. Habrá nieve y travesuras. Deberías venir. Como mi cita».

«¿Qué?», levanté la cabeza para mirar su hermoso rostro. «Sabes que no puedo hacer eso».

Si la fiesta elegante era en la casa de la playa de los Alfera, había un cien por ciento de posibilidades de que Angelo también fuera invitado. Y no tenía ninguna duda de que esperaría que apareciera con él. Las lágrimas corrieron por mis mejillas. No podía pasar el resto de mi vida casada con alguien a quien no amaba, observando a mi único amor verdadero desde lejos, suspirando por él día tras día.

«¿Por esa persona de la que nos olvidamos?», me abrazó con más fuerza.

“Después de la fiesta de este sábado, estaré oficialmente comprometida. No me pueden ver contigo en público». Rodeé su cintura con mis brazos, absorbiendo el calor y el aroma de su cuerpo.

«Encontraremos una manera de estar juntos. Te lo prometo». Besó la parte superior de mi cabeza. «Ya terminé de jugar a los mafiosos».

CAPÍTULO 32

Este es el teléfono de Rory

ENZO

La última vez que puse un pie en el apartamento de Angelo fue el año pasado, cuando consiguió su gran ascenso como jefe de uno de los equipos de papá. A juzgar por todos los muebles y obras de arte nuevos de su nuevo penthouse, a Angelo le estaba yendo bien. No me importaba eso. Lo que tenía ahora no podía compararse con lo que tenía mi familia, con lo que yo podría ofrecerle a Aurora algún día.

Recordando ese día, pensé en la otra gran noticia de papá. Había anunciado que James Conti ya no era su mano derecha y que había encontrado a alguien mejor. Su sustituto ya estaba trabajando duro y haciendo grandes cosas. Humilló a la familia Conti y luego los desechó. Nadie sabía lo que había pasado entre papá y James Conti, y nadie tenía otra opción, tenían que aceptar el hecho de que Conti estaba fuera.

James estaba casado con la prima hermana de papá, Bianca. Mientras crecíamos, pasamos mucho tiempo con la familia Conti. Penny no era miembro de la realeza, pero estaba en nuestro círculo debido al rango de su padre dentro de la Sociedad. Todo eso desapareció prácticamente de la noche a la mañana. Y ahora el padre de Aurora, Stefano, dirigía el espectáculo cuando papá no estaba presente, que últimamente era todo el maldito tiempo. Según mi hermano Massimo, que todavía visitaba a mamá todos los fines de semana, mamá y papá se peleaban constantemente. Tanto así que apenas salió de Brooklyn estos días. Esto le dio a Stefano carta blanca para gestionar el negocio como quisiera.

Tan pronto como entré a la sala de estar, un mesero me ofreció una copa de champaña. La bebí de un trago y luego tomé otra mientras examinaba la sala llena de los miembros más destacados de la Sociedad. Incluso el papá de Santino estaba aquí. Después de que su esposa fuera asesinada hace dos años, rara vez salía en público. La fiesta de compromiso de Angelo tenía que ser algo especial. Bebí más vino para aliviar el mal sabor de boca. Toda esta noche era una ridiculez.

Llegué tarde porque no quería estar aquí para el gran anuncio; fue mi suerte que la familia de Aurora tampoco llegara a tiempo.

«Tal vez se arrepintió», Santino me quitó la copa de champaña de la mano y la reemplazó por un vaso corto lleno de algo más apropiado para la ocasión. «Relájate, hombre. Todo esto es solo exhibicionismo. No es como si él se fuera a casar con ella esta noche».

Le lancé una mirada y luego bebí. «¿Qué está haciendo ese imbécil? Actúa como si estuviera a cargo».

«Lo descubriremos esta noche», desvió la mirada hacia la entrada principal y luego sonrió. «Ahí está ella».

Aurora entró, llevaba un vestido de satén con corsé de un solo hombro y una abertura que le llegaba hasta el muslo. Usaba el vestido para Angelo, pero yo sabía que el colgante de zafiro que descansaba sobre su escote era para mí. El azul real era su color, hacía que sus ojos grandes e inocentes resaltaran.

«Jesús, joder».

«Se ha arreglado muy bien», Santino me dio unas palmaditas en la espalda y luego me agarró del hombro. «Puedes dejar de mirar ahora».

Quise hacer lo que dijo porque tenía razón. Aurora no necesitaba que me la comiera con los ojos en toda la noche. Pero entonces, Angelo apareció de la nada, con la mirada pegada a las tetas de Aurora que, gracias a ese vestido, estaban completamente a la vista. Ahora que estaban comprometidos, Angelo no intentaba ocultar sus verdaderos sentimientos por ella. Él se paró allí mismo, mirándola a los ojos delante de todos.

«Esta va a ser una maldita larga noche», resoplé.

«Ni lo digas».

Angelo no perdió el tiempo. Aurora apenas había entrado por la puerta cuando él la agarró de la mano y la condujo al centro de la habitación. «¿Puedo pedir la atención de todos, por favor?».

Le puse los ojos en blanco, ya había terminado con esta farsa. Mientras todas las personas en la sala se concentraban en Angelo, Aurora encontró mi mirada. Estaba pálida, como una muñeca sin vida. En cierto modo, eso era exactamente lo que querían sus padres: una hija maleable que hiciera lo que le decían. Parecían satisfechos con su actuación.

«En primer lugar, gracias por venir esta noche», levantó su copa hacia papá, que había aparecido de la nada.

Al igual que yo, esto era el tipo de cosas que mamá odiaba más de la Sociedad: cómo usábamos el dinero para encubrir lo feo. Cien personas bajo un mismo techo, y a nadie se le ocurrió preguntar por qué un hombre de treinta años se casaba con una chica que todavía estaba en el bachillerato. Todos llevaban esmoquin y vestidos elegantes para celebrar la recompensa de Angelo porque papá lo había pedido.

«Significa mucho para mí tenerlos a todos aquí para acompañarme a celebrar mi compromiso con Aurora». Angelo habló una y otra vez sobre sí mismo. Muy rápidamente, su anuncio se convirtió en un discurso de aceptación que nada tenía que ver con Aurora.

Desconecté su voz porque el imbécil me ponía de los nervios. Todo lo que quería hacer era acercarme a él y darle un puñetazo. Pero eso no ayudaría a Aurora. Lo mejor que podía hacer era seguir el juego y encontrar una manera de entrar en su biblioteca y descubrir qué había hecho para merecer todo esto.

«Por la nueva pareja», el padre de Aurora levantó su copa mientras Angelo hacía un gran espectáculo poniendo un anillo de diamantes en el dedo de Aurora.

Una salva de aplausos recorrió la sala mientras Angelo bebía ansiosamente de su copa. Cuando papá se unió a él y le dio un abrazo sincero, me abrí paso entre la multitud y me dirigí hacia la cocina. No podía quedarme ahí y ver más de eso.

El personal me miró con los ojos muy abiertos, pero aparte de eso, no me pidió que me fuera. Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta de esmoquin y saqué un par de billetes de cien dólares.

Se los entregué a la mujer que parecía estar dirigiendo el espectáculo. «¿Por qué no se toman un descanso de quince minutos?».

Ella agarró los billetes mientras me miraba de arriba abajo. «Estaremos de vuelta en diez».

Salieron por la puerta de servicio. En el siguiente momento, Aurora entró corriendo con una mirada salvaje en sus ojos. «No tengo mucho tiempo. Angelo insiste en mantenerme a su lado», cerraba el puño varias veces.

«¿Te lastimó?», alcancé su cintura, pero ella me empujó.

«No. Simplemente tiene un agarre firme», me miró y sus rasgos se suavizaron. «Te ves bien con esmoquin».

«Tú», acaricié su suave mejilla.

«Enzo», atrapó mis dedos y los apretó, sacudiendo la cabeza.

Bien. Estaba oficialmente comprometida y no se le podía ver conmigo. Tenía miedo de lo que Angelo pudiera hacerme. Pero realmente, ¿qué podría hacer si me viera hablando con su prometida? Puede que a papá no le importara una mierda, pero le importaría si Angelo cruzaba la línea y viniera tras de mí. No me importaba la reciente buena suerte de Angelo; todavía lo superaba en rango.

«Oh, bien, estás aquí», Donata entró corriendo a la cocina con el móvil en la mano. Cuando levantó la mirada, se detuvo en seco. «Oh, guau, tu cara, Enzo. Componla ahora mismo».

«¿Componer qué?», apoyé mis manos detrás de mí en la encimera del fregadero.

«Parece que estás listo para asesinar a alguien».

«Y estás en lo correcto», Rex entró con Santino a su lado.

«¿Podemos seguir con esto?», hice un gesto hacia la puerta de servicio. «El personal volverá pronto».

«Mis padres me están esperando», Aurora leyó algo en su teléfono y luego se acercó a la entrada de la cocina.

«Bueno, mientras Angelo hacía su pequeño discurso, rápidamente bajé por el pasillo para revisar las habitaciones. Hay una habitación de invitados a la izquierda y luego un tocador. A la derecha, hay una puerta doble que está cerrada con llave. Supongo que esa es su oficina. Revisé el piso de arriba, pero allí solo hay dormitorios», ella hizo una mueca. «Su habitación huele a colonia barata. ¿Por qué? Ciertamente tiene dinero para algo mejor».

«A algunas personas les gusta el olor del dinero nuevo. Sin ofender», Santino hizo un gesto hacia Aurora antes de sonreírle a Donata. «Puedo abrir la cerradura. Eso no es un problema».

«Bien, Rory, ¿crees que podrás manejarlo? Nadie sospechará de ti».

«Si, lo tengo».

«Rex, tendrás que mantener a Angelo entretenido. Envíame un mensaje de texto si lo pierdes», Donata le mostró su teléfono. «Me quedará fuera de la biblioteca y sacaré a Rory de allí si es necesario».

«¿Qué hay de mí?», di un paso hacia Donata.

«Quédate aquí y trabaja en tu cara», se alisó el vestido y regresó a la fiesta.

Tan pronto como Rex, Santino y Aurora se marcharon, recibí un mensaje de texto grupal de Donata. Tenía la intención de organizarnos a todos desde su teléfono. Levanté el pulgar y me senté en la mesa del desayunador en la esquina. El personal regresó a la cocina, pero no se quejó cuando vieron que aún no me había ido.

Quizá Donata tuviera razón. Si volvía a salir, no sabía qué iba a hacer. Odiaba ver a Angelo encima de Aurora, presionándola contra su cuerpo como si le perteneciera.

Llegó el siguiente mensaje al grupo.

Rex: Tengo a A.

Santino: entrando

Miré mi pantalla esperando la próxima actualización.

Santino: R, estás arriba...

Aurora: Ok

Donata: La costa está despejada

Los siguientes cinco minutos parecieron una eternidad. Podía imaginarme a Rex conversando con Angelo mientras Santino y Donata permanecían en el fondo para asegurarse de que no se alejara de ellos. Mi corazón se aceleró cuando pensé en Aurora en la oficina de Angelo, hurgando entre sus cosas. Yo debería ser el que estuviera ahí.

Aurora: No hubo suerte con su computadora. Pero aquí hay un armario cerrado con llave. ¿Santino?

Pasó un minuto entero sin respuesta.

Aurora: ¿chicos? Un poco de ayuda.

Aurora estaba pidiendo ayuda. Si Santino no entrara allí, todo este plan sería un fracaso. Agarré mi teléfono y conté mentalmente. Cuando llegué a diez, me puse de pie y salí. No podía quedarse allí esperando a Santino. Podría abrir una cerradura con la misma facilidad que él.

Mientras caminaba por la sala de estar, donde estaban reunidos la mayoría de los invitados, vi a Donata, Rex y Santino acurrucados alrededor de Angelo. Por la forma en que Donata hacía alarde de su escote, tuve que asumir que a Angelo no le importaba mucho la educada conversación de Rex. Ni siquiera estaban revisando sus mensajes de texto.

«Disculpe», detuve a un mesero. «¿El baño?».

«Al final del pasillo a la izquierda», hizo un gesto cortés.

«Gracias», le lancé otra mirada a Donata y entré.

¿Cuáles eran las probabilidades de que Angelo tuviera información incriminatoria en su computadora? Yo diría cero. Ahora, los documentos fuertes que podrían salvarle el trasero más adelante si las cosas se iban a la mierda, eran un asunto diferente. Yo diría que ese cajón cerrado con llave era nuestra mejor opción. Abrí la puerta de la biblioteca y maldije en voz baja. Aurora ni siquiera había pensado en cerrarla detrás de ella.

Entré justo cuando ella estaba revisando los papeles en el escritorio de Angelo. Por la expresión desesperada de su rostro, diría que no estaba teniendo suerte. Cuando la puerta se cerró, ella me miró.

«Dios mío. Eres tú», ella se lanzó hacia mí.

Me encontré con ella en medio de la habitación y la besé como me moría por hacerlo desde que llegó. Apoyó una mano fría en mi mejilla y luego enterró su rostro en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Aurora no era una criminal. Ella no era como nosotros, que crecimos en medio de esto. Jugábamos a policías y ladrones desde pequeños.

«No hay nada aquí. Esta fue una idea estúpida. ¿Por qué dejaría algo por ahí?».

«Cálmate».

«¿En serio?», ella me miró fijamente y se llevó una mano a la frente.

«Elección incorrecta de la palabra», besé su frente. «Déjame probar el cajón. ¿Cuál es?».

Corrió hacia allí y luego jaló la manija para comprobar que estaba cerrado. Hoy, temprano, cuando puse mi navaja y dinero en efectivo en mi bolsillo, dejé que mi mente pasara por una rápida fantasía en la que tenía que apuñalar a Angelo en el pecho. Supuse que su cajón secreto era todo lo que iba a conseguir esta noche.

Jugueteé con la cerradura hasta que cedió. Tan pronto como se abrió, Aurora se abrió paso frente a mí y comenzó a revisar los archivos. Las carpetas no estaban etiquetadas. Algunos tenían facturas, llaves, chequeras, tarjetas de crédito, pasaportes. Aurora abrió todo rápidamente.

«Es un mafioso. Por supuesto que tiene pasaportes con nombres diferentes», frunció los labios. Entonces sus ojos se abrieron enormes. Cuando se volvió hacia mí, me mostró la foto. «Esta carpeta es mía. “Aurora Soprano”». Puse los ojos en blanco. «Ya está asumiendo que estoy tomando su apellido».

«Nos lo llevaremos». Lo agarré y lo metí en el bolsillo interior de mi chaqueta. «¿Qué más hay ahí dentro?».

«Una transferencia bancaria por un millón de dólares a una cuenta en el extranjero», murmuró mientras sus delicados dedos revisaban cada archivo en la parte de atrás. «Muchas facturas por envíos a África. Les está vendiendo autos usados».

«Eso es normal. ¿Qué otra cosa?».

«Bueno», ella me miró por un momento. «No sé qué significa todo esto».

«Espera. Regresa», saqué una carpeta manila. «Compró una casa en los Hamptons. A una cuadra de la nuestra, justo en la playa».

«Bien por él», ella soltó un suspiro. «¿Podemos simplemente terminar? Toda esta misión es un fracaso».

«No precisamente», cerró el cajón. «Ahora sabemos que planea sacarte del país después de casarse». A propósito no quise usar la frase ‘luna de miel’, pero no pude evitar echar un rápido vistazo a su anillo de compromiso. El ácido se acumuló en el fondo de mi estómago ante la idea de que Angelo me quitara a Aurora.

«Enzo», ella encontró mi mirada.

«Te ves tan hermosa con ese vestido». La agarré por la cintura y la acompañé hacia el escritorio. Cuando su trasero llegó al borde, deslicé mi mano por la hendidura a lo largo de su muslo. «Sé que no lo elegiste. Tus padres no pueden ser tan cínicos. ¿Te lo compró?».

Ella asintió.

Choqué mi boca contra la de ella para recordarle que ella era mía. Que toda esta fiesta era una completa farsa. Ella gimió suavemente contra mis labios. Habían pasado demasiados días desde la última vez que estuvimos juntos. La necesitaba. Aunque solo fuera por un minuto. Como si pudiera leer mi mente, saltó sobre el escritorio y abrió las piernas, acercándose a ella y pasando su lengua por mis labios.

Cuando me bajé los pantalones, mi polla estaba dura como el acero. Le subí el vestido, más allá de sus caderas, y aparté su tanga. Apenas había tela que cubriera su coño, y eso fortaleció mi decisión de follármela ahí mismo.

Me hundi en ella y toda la habitación quedó enfocada. «Joder, te sientes tan bien». Planté suaves besos en los montículos apenas contenidos por su corsé. El arrastre de sus paredes resbaladizas contra mi erección hizo que la ira que atenazaba mis entrañas se soltara. Poco a poco, me derretí y moldeé mi cuerpo alrededor del de ella.

«Enzo», envolvió una pierna alrededor de mi cintura.

Su teléfono vibró sobre el escritorio.

Ambos nos detuvimos y nos miramos a los ojos. Cuando miré la pantalla, el nombre de Angelo me hizo ver rojo. «¿Por qué te llama?».

«Probablemente me esté buscando», se esforzó por recuperar el aliento. «Antes me decía que no quería que me fuera de su lado».

«Contesta. Dile que necesitas un minuto».

«¿Qué?». Bajó la mirada hacia donde mi polla todavía estaba enterrada dentro de ella. «No puedo».

Antes de decidir qué decir, agarré el teléfono y lo puse en mi oreja, mirando el zafiro en su

pecho. «Este es el teléfono de Rory».

Los ojos de Aurora se agrandaron. Ay, *carajo*. Era tan sexy cuando me miraba así. La empujé, luego saqué hasta la punta antes de sumergirme de nuevo.

«¿Quién diablos es éste?», su tono estaba mezclado con todo tipo de desprecio.

«Enzo Alfera».

CAPÍTULO 33

Huye conmigo

AURORA

Apoyé mis manos detrás de mí mientras Enzo me penetraba de nuevo. ¿Qué diablos estábamos haciendo? Nos encontrábamos en la biblioteca de Angelo teniendo sexo. Angelo no solo era oficialmente mi prometido, sino que también era un mafioso peligroso. Cinco minutos a solas con él fue todo lo que necesité para darme cuenta. Él no se preocupaba por mí. Le importaba su precioso premio virgen. Y cómo le hacía verse delante de los demás. No era muy diferente a papá, hacía lo que fuera necesario para conseguir lo que creía que se le debía. Yo era su juguete nuevo y brillante, su pago por algo. Y él me veía como nada más.

Toda la noche, cada vez que Angelo pasaba sus manos por mi brazo, fingía que era Enzo tocándome. Enzo había hecho lo correcto y se mantuvo alejado de mí. Aunque por la mirada en sus ojos, pude ver que lo estaba matando, al igual que a mí. Pero cuando lo vi parado en el umbral, me di cuenta de cuánto lo había extrañado. Cuánto no quería que se alejara o lo dejara ir.

Enzo vino a ayudarme cuando se lo pedí, y eso me metió todo tipo de malas ideas en la cabeza. Un gemido quedó atrapado en mi pecho cuando Enzo presionó una mano en mi boca. Lo admito, esto de aquí, Enzo follándome en el escritorio de Angelo, era la madre de todas las malas ideas. Y tenía que parar. Muy pronto...

«No te detengas».

Su cálida mano amortiguó mis palabras. «Ella me lo dio». La voz tensa de Enzo hizo que me detuviera. «Tuvo que salir para tomar un poco de aire. Parecía que no se sentía bien». Deslizó su pulgar por mis labios. Mi boca se curvó alrededor de él, mientras sus caderas abrían más mis piernas. «Tal vez bebió demasiado».

¿Qué? ¿Qué? En serio estaba hablando con Angelo por teléfono, ¿mientras su pene estaba dentro de mí?

Dios mío.

Mis ojos se abrieron con sorpresa. El crescendo que crecía en mi vientre se disolvió en pequeños pedazos de deseo insatisfecho. Porque no había manera de que pudiéramos terminar lo que habíamos empezado mientras Angelo caminaba hacia afuera buscándome. Coloqué mis manos entre nosotros y empujé el pecho de Enzo.

Me abrazó con más fuerza. «Deberías ir a buscarla afuera. Quizá necesite ayuda. Dejaré su teléfono con un mesero». Terminó la llamada y luego dejó escapar un gemido. «Joder, te sientes tan bien».

«Enzo, detente». Puse mi palma sobre su pecho y le di un codazo.

«No le debes nada».

«Lo sé. Pero él no lo verá así. ¿Tienes ganas de morir o algo así?».

«¿Crees que su acto de mafioso me asusta? Él no es nadie».

«Te amo», acaricié su rostro. «Pero ya no podemos hacer esto. Quiero decir, ¿por qué respondiste a su llamada?».

«Porque me muero por decirle que eres mía. Que toda esta farsa de fiesta es solo eso, una puta mentira». Exhaló un suspiro y dio un paso atrás, dejándome expuesta y sintiéndome muy vacía.

Dejé caer mis piernas temblorosas al suelo y apreté mis muslos mientras me arreglaba el vestido y la ropa interior. Mi sensible clítoris dolía en protesta, enviando crudas oleadas de deseo a través de mi vientre, un último intento de intentar recuperar el orgasmo no obtenido. Dios, dolía.

Cogí mi teléfono y revisé los mensajes para ver si Donata y los chicos sabían dónde estaba Angelo. No podíamos simplemente salir de la biblioteca y arriesgarnos a que nos atraparan. Cuando seleccioné el chat grupal, veinte mensajes aparecieron en la pantalla.

Rex: Puedo ayudar.

Santino: Mierda. Romeo está entrando.

Donata: oh no, no, no. Enzo. Detente. No entres ahí.

Santino: Entró.

Rex: Joder, Enzo.

Donata: Chicos, perdí a A.

La conversación siguió y siguió mientras Rex, Santino y Donata se asustaban porque Enzo había venido a ayudarme. Habían pasado los últimos diez minutos buscando a Angelo, mientras estábamos aquí jugando a la ruleta rusa. Empecé a escribir lo siento, pero luego llegó un nuevo mensaje de Donata.

Donata: Acabo de derramar vino tinto sobre una alfombra turca muy cara. Será mejor que salgas de allí ahora. R, ve directo al baño, te espero allí.

Enzo: Envié a A. afuera.

Santino: Comprobando

«Enzo, vamos», corrí hacia la puerta y la abrí lo suficiente para poder ver si el pasillo estaba vacío.

«Ve». Agitó la mano mientras estaba de pie junto al gabinete. Se tomó unos segundos para ordenar el escritorio y luego corrió hacia mí. «Baño». Tomó mi teléfono y señaló detrás de mí mientras se dirigía en la dirección opuesta.

Me quedé allí, mirando con los ojos la silueta de Enzo alejándose mientras mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en mi garganta. Por un minuto, olvidé a dónde tenía que ir y qué debía hacer a continuación. No estaba hecha para esto.

Agarrando el ajustado corpiño de mi vestido, tomé varias bocanadas de aire para calmarme. Si mamá me viera así, sabría que algo estaba pasando. Eso era lo que pasaba con ella. Ella siempre podía saber cómo me sentía con solo mirarme a la cara. Por supuesto, sabía que sentía repulsión por Angelo. Pero ella decidió no verlo.

Me di la vuelta para encontrar el tocador y corrí directamente hacia Angelo. Tonterías. El espacio entre sus cejas se arrugó mientras me miraba de arriba abajo. Mi conciencia culpable inmediatamente volvió a Enzo. ¿Angelo se había dado cuenta de que hace unos minutos había tenido sexo? ¿Era por eso que estaba tan enojado ahora?

«Cuando llame, espero que contestes tu maldito teléfono», me agarró del codo. «¿Dónde

estabas?».

Se me cerró la garganta y de repente no pude respirar. «Afuera. Necesitaba un poco de aire fresco». Me devané los sesos, tratando de recordar lo que Enzo le había dicho por teléfono. «Quería tomar un poco de aire. Hace mucho calor aquí. Pensé que iba a vomitar».

Mierda. ¿Había dicho demasiado? Era la peor mentirosa.

«¿Has estado bebiendo?», se inclinó para oler mi aliento.

Retrocedí porque olía a cerveza rancia. «No. Toda esta gente. Me hizo sentir mareada. Es demasiado para mí. No estoy acostumbrada a las fiestas. Siento que voy a vomitar», la parte de sentirme mal ya no era una mentira.

Odiaba tenerlo tan cerca, maltratándome como si fuera una muñeca de trapo. «Quiero ir a casa. ¿Has visto a mis padres?».

«Están en la sala de estar con nuestros invitados. Donde deberías estar tú». Rodeó mi cintura con su brazo. «Nos casaremos en un par de semanas. ¿Qué tal si dejamos de fingir ahora? Se abalanzó sobre mi boca, pero me di la vuelta a tiempo. No pareció darse cuenta mientras se aferraba a mi cuello. «Pensé que este vestido te quedaría bien. Pero estaba equivocado. Te ves absolutamente follable en él».

«Gracias», me alejé de él.

«Quédate», me atrajo hacia él y bajó la mirada hacia mi escote. «He sido muy paciente contigo. Me debes esto». Su erección presionó mi cadera al mismo tiempo que movía su mano hacia mi trasero. Hice una mueca cuando se frotó contra mí con una mirada engreída en su rostro, como si se supusiera que su giro me volvería loca de deseo.

¿No se daba cuenta de lo disgustada que estaba en este momento?

«Debo encontrar a mis padres. Probablemente me estén buscando».

«No les importará si saben que estás conmigo».

La ira se acumuló en mi pecho. No, por supuesto que a mis padres no les importaría. ¿Qué habían conseguido con todo esto? ¿Una transferencia bancaria a su cuenta en el extranjero por un millón de dólares? Supuse que debería sentirme agradecida de que alguien estuviera dispuesto a pagar tanto dinero por mí y por mi tarjeta de virginidad. Odiaba que papá me pusiera en esta posición. Y que mamá no hiciera nada para ayudarme.

«Por favor detente. No», lo empujé tan fuerte como pude con ambas manos. «Dije que no».

Angelo estaba tan borracho que perdió el equilibrio y tropezó hacia atrás. «No tienes permitido decir que no», dijo con los dientes apretados, agarrando mi codo. Frunciendo los labios, levantó la otra mano y me dio una ligera palmada en la mejilla. Por una fracción de segundo, me pregunté si siquiera lo había hecho. «¿Lo entiendes?».

¿Entender qué? ¿Que esta situación podría empeorar para mí?

«Angelo», la voz de Enzo retumbó en el pasillo. La cacofonía de voces y música en la sala sonaba muy lejana. «Veo que encontraste a nuestra chica».

«¿Qué quieres? Esta es una conversación privada».

«Vine a devolverle el teléfono a Rory», su mirada se posó en mi brazo, donde Angelo lo tenía agarrado como si fuera un tornillo de banco. «Tienes algunas llamadas perdidas». Tomó mi mano y colocó el teléfono en ella.

Quería cerrar la mano y sentir su calor, pero Angelo ya estaba de mal humor. No quería empeorar las cosas de lo que ya las tenía. Esta noche había estado llena de un montón de ilusiones de mi parte. Angelo no había llegado a ser el hombre de mayor confianza de Don Alfera por ser estúpido o descuidado. Esta noche, todos asumimos un gran riesgo que no funcionó. Y ahora tenía la sensación de que Angelo me iba a hacer pagar por mi transgresión.

Quería que me colgara de su brazo para poder hacerme desfilar por la habitación delante de sus amigos. Me había pedido específicamente que no me alejara de su lado esta noche y desobedecí.

Ahora sabía qué esperar si nos casábamos. Angelo quería una esposa joven y obediente.

«Ahí está ella», Donata se pavoneó por el pasillo con una gran copa de vino en la mano. «No te he felicitado», su mirada rápidamente se movió entre el agarre de Angelo en mi codo y la mano de Enzo sosteniendo la mía. «Démonos un abrazo».

Ella me jaló con el tipo de fuerza que no podría tener si estuviera tan borracha como pretendía estarlo. Enzo y Angelo no tuvieron más remedio que soltarme. «Gracias». La abracé fuerte, tragándome el nudo en mi garganta.

«Sí, bueno, tengo que informarte», ella se separó primero. «Angelo, Don Alfera te está buscando. Quiere despedirse».

La mención del nombre tuvo un efecto aleccionador en Angelo. Se arregló el pelo y la chaqueta del esmoquin y salió sin volver a mirarme.

«Casi arruinas toda esta operación», señaló con el dedo a Enzo. «¿Qué diablos estabas pensando?».

«Aurora necesitaba ayuda. Eso es lo que estaba pensando».

«Abrió el cajón», aparté mechones de cabello sueltos de mi cara. «Pero no encontré nada. Esta noche resultó un fracaso».

«No, no lo fue», Enzo me sonrió. «Descubrimos que Angelo planea irse del país con Aurora».

«¿Oh sí?», el rostro de Donata se iluminó. «¿Qué encontraron?».

«Un pasaporte para Aurora Soprano».

«Ay, cariño», me frotó el brazo. «No puedo imaginarme pasando mucho tiempo con ese neandertal».

«Ella no tendrá que hacerlo», abrió su chaqueta y le mostró a Donata un trozo del pasaporte.

«Lindo. Buen trabajo», soltó un suspiro. «Pero volvemos al punto de partida. La boda prácticamente está aquí y todavía no sabemos cómo podemos deshacer el contrato».

«¿Estamos seguros de que existe uno?», pregunté. «Siento que, si tuviera una copia, habría estado en ese cajón».

«Soy tan estúpida», Donata se golpeó la frente con la palma de la mano. «Por supuesto que hay un contrato. Así es como hacemos las cosas. Pero no se lo van a dar a ese idiota. El ejecutor, el testigo, se queda con él».

«¿Qué quieres decir? ¿Un albacea, como un testamento?».

«Sí. Sus ojos recorrieron de un extremo al otro del pasillo.

Podía ver su mente yendo a cien kilómetros por hora. ¿Qué nos perdimos? Estábamos buscando pruebas incriminatorias de que Angelo fue contratado para matar a alguien. Su pago era yo y posiblemente un millón de dólares. Eso sería suponiendo que el recibo que encontramos en su cajón secreto de una transferencia bancaria fuera el pago de este próximo trabajo. ¿Quién sabía qué más estaba haciendo por Don Alfera?

«Una ejecutora, para ser exactos», se mordió el labio inferior. «La tía Vittoria no llegó a donde está dejando que los hombres dirigieran el espectáculo. Cuando ustedes vinieron a verme, ella fue muy explícita sobre ese punto. Hay algo que quiere y está a punto de conseguirlo. Angelo es parte de esa ecuación. ¿Por qué si no le dejaría poner un pie en nuestra casa?».

«Eso tiene sentido», Enzo se rió entre dientes. «Tu tía tiene ese contrato».

«Y te apuesto que ha estado delante de mis narices todo este tiempo», Donata apretó los puños con frustración. «Pero eso está bien. Puedo encargarme de eso esta noche».

«¿Qué vas a hacer?».

«Irrumpir en la biblioteca de la tía Vittoria. Esta noche. Reunámonos en el salón para que podamos hacer un nuevo plan».

Asentí como un idiota porque por mucho que intentara pensar en qué hacer para salir de este matrimonio, siempre regresaba sin nada. En este momento, los planes de Donata eran los únicos que teníamos.

«Los veo el lunes», se alejó con un pavoneo especial en su paso.

De acuerdo con el programa de mierda de esta noche, no sabía cuánto tiempo más iba a aguantar Enzo la idea de que Angelo y yo nos casáramos. Todo ese asunto del sexo en el escritorio de Angelo fue porque Enzo dejaba claro un punto. Yo le pertenecía a él y solo a él. Casarse con cualquier otra persona sería una muerte en vida.

Pensé en la obra de Shakespeare que teníamos que leer en nuestra clase de idiomas. Romeo y Julieta construyeron todo un plan para alejarse del hombre que sus padres habían elegido para ella y poder casarse con su verdadero amor. Al final, todos sus planes se fueron al carajo y terminaron muertos. No podríamos ser nosotros. Me negaba a morir para pagar por los errores de papá. Los ojos sin vida de mamá mientras el jefe de papá se la follaba en la habitación de nuestro motel aparecieron en los ojos de mi mente. No, papá no podría hacerme esto. Si alguien tenía que morir por sus acciones, tenía que ser Angelo.

No estábamos en algún drama del siglo XVI. Teníamos opciones. Podríamos huir juntos. Si el plan de Donata no funcionaba. Enzo y yo podríamos desaparecer y empezar de nuevo en otro lugar. Me encontré con su mirada. Me ofreció una sonrisa amable mientras colocaba su mano sobre su corazón y mi pasaporte.

Levanté la vista y mamá hizo una señal con la mano en mi dirección. Ella articuló algo que parecía “nos vamos”. Asentí en respuesta y me dirigí hacia ella. No quería arriesgarme a que me vieran a solas con Enzo otra vez. Cuanto menos supieran mis padres sobre mi relación con Enzo, mejor. En este momento, no tenían motivos para sospechar que la realeza y yo estábamos haciendo todo lo posible para romper el contrato matrimonial.

Mientras pasaba junto a Enzo, él se inclinó hacia mí y me susurró, «Huye conmigo».

CAPÍTULO 34

Este chico era un problema

AURORA

«Asegúrate de comer todo tu desayuno», papá añadió otra tira de tocino a mi plato de huevos, tocino y fruta. «Estás demasiado flaca».

En mi cabeza, agarraba la comida y se la arrojaba sobre la cabeza. Pero cuando él siguió mirándome, esperando que yo hiciera lo que decía, tomé un bocado de melón y le di un mordisco. Me obligué a tragar y luego sonreí dulcemente. Sí, la boda era la semana siguiente y mi único plan era seguir el juego hasta encontrar una salida. Demasiado patético.

«Rory, saluda a los gemelos», mamá entró desde la cocina y se sentó a mi lado. «Chicos, enséñenle la ropa nueva que les envié», me sonrió. «Juro que han crecido quince centímetros desde que comenzaron las clases».

«Hola, chicos», los saludé con una señal de mi mano. «¿Cuándo vendrán a casa?».

Mamá frunció el ceño y me quitó el teléfono. «No hemos hablado de eso todavía. Pero no te preocupes, llegarán a tiempo para tu gran día».

«¿Mi gran día?».

«Sí, ya sabes», se levantó y se alejó de nuevo. «¿Pueden mostrarme la parte de atrás de sus pantalones? Quiero ver qué tal les quedan».

«Supongo que no está lista para contarles sobre la boda».

«Lo descubrirán cuando lleguen aquí», papá se encogió de hombros. «Angelo quiere verte esta noche. Asegúrate de volver a casa inmediatamente después de la escuela».

«¿Por qué?», comí más tocino y luego bebí café solo para aliviar el mal sabor de boca. Cada vez que pensaba en Angelo y sus manos sobre mí, quería vomitar sobre sus zapatos de cuero italiano.

«Es tu prometido. Quiere verte. Ha pasado una semana».

Había aprovechado los exámenes de fin de semestre como excusa para no ver a Angelo. Pero obviamente se me acabó el tiempo. En la escuela también había evitado ver a Enzo. Y eso me estaba matando, pero ¿qué opción tenía? Nuestros sentimientos mutuos eran una bomba de tiempo. Cada vez que Enzo me hablaba o incluso miraba en mi dirección, corríamos el riesgo de que alguien viera la verdad en nuestros ojos y saliera corriendo a contárselo a la Signora Vittoria. Por ahora, Donata había infundido miedo en Penny para que guardara nuestro secreto. Pero ni siquiera la realeza podía tener a toda la escuela bajo su control.

«Angelo está preocupado por ti. Dijo que te enfermaste durante la fiesta. ¿Es eso cierto?».

No sabía qué era peor, si papá fingiendo que yo no existía o cuando se hacía el padre

preocupado. «No, solo necesitaba un poco de aire fresco. Estoy bien».

«Rory», mamá llamó desde la otra habitación. «El servicio de automóviles está aquí. Ve. No llegues tarde a la escuela».

«Nos vemos esta noche», papá centró su atención en su teléfono.

«Sí», agarré mi mochila y salí.

Vivir con mis padres se había vuelto realmente insoportable. Odiaba cómo vivían sus vidas, como si no me hubieran vendido como una especie de premio de consolación a un hombre mucho mayor que yo, alguien que era a la vez despiadado y violento. Me froté el costado de la cara. Angelo me había golpeado en la fiesta de compromiso. No fuerte, pero me abofeteó como si nada. ¿Estaba tan borracho que no le importaba lo que mis padres pensarán si me maltrataba? ¿O sabía con certeza que a mis padres no les importaría que me pusiera la mano encima?

Huye conmigo.

Las palabras de Enzo pasaron por mi mente. La idea puso una sonrisa en mi rostro. Nada me encantaría más que alejarme de este lugar y pasar todo mi tiempo con él. No lo había visto desde el sábado pasado por la noche y lo extrañaba muchísimo. Tuvimos dos clases juntos, pero sentarnos en el mismo salón no fue suficiente. Quería tocarlo, besarlo.

En la acera llegué hasta la limusina estacionada frente a mi edificio cuando me di cuenta de que no conocía al tipo que sostenía la puerta del auto. Me parecía familiar, pero ahora que estaba tan cerca de él, estaba segura de que no lo conocía.

«Lo siento. Pensé que estaba aquí para mí».

«¿Srita. Vitali?».

«Sí».

«Estoy cubriendo a Zack esta mañana», me hizo un gesto para que entrara.

«Ah, Ok», subí al auto y me acomodé.

Me había vuelto bastante buena en desconectarme durante el viaje en auto a la escuela. Los escaparates de las tiendas y toda la gente corriendo por la avenida se habían convertido en ruido de fondo en estos últimos meses. Veía pasar todo sin prestar atención. Mientras el auto se abría paso entre el tráfico, me empujó hacia adelante, así que tuve que extender la mano para evitar caer de cara al suelo. El bocinazo justo a mi lado me sacó de mi ensoñación.

Cuando miré por la ventana, me di cuenta de que no íbamos en la dirección correcta. «Disculpe», me cambié al banco junto a la ventana y golpeé el cristal polarizado. «¿A dónde me lleva?».

Él no respondió. Y eso disparó mi ritmo cardíaco a toda marcha. ¿Qué demonios? Golpeé de nuevo. Pero siguió sin haber respuesta. No me llevaba a la escuela. Me deslicé hacia la derecha para abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Mierda. Nunca había considerado que las limusinas fueran trampas mortales. Podría patear y gritar y nadie me oiría. El chofer podría llevarme a donde quisiera. No tenía salida.

¿Sería esto obra de Angelo? ¿Decidió que no quería esperar hasta después de la escuela para verme? Mi estómago se revolvió. Pensé en la forma en que me miró en la fiesta, en cómo frotó su entrepierna contra mí y me agarró el trasero. Supuse que esperaría hasta después de la boda para tener sexo conmigo, pero en realidad no había nada que lo detuviera. Él mismo lo había dicho el sábado por la noche. “*No tienes permitido decir que no*”.

¿Era esta su manera de demostrar su punto? Quería mostrarme que tenía el control. Ahora que estábamos comprometidos, podía hacer lo que quisiera conmigo. Intenté no pensar en lo que me obligaría a hacer una vez que me tuviera sola en su apartamento. Pero ahora estaba en modo de pánico total. La adrenalina subió y no pude contener las lágrimas. No podía evitar que las

imágenes pasaran por mi mente.

Después de otro minuto, me limpié las mejillas y respiré profundamente para calmarme. Quizás esto no tuviera nada que ver con Angelo. Pero entonces, ¿quién más querría secuestrarme así? Saqué mi teléfono del bolsillo delantero de mi mochila. Mis dedos se cernieron sobre la pantalla mientras consideraba a quién llamar y qué decir. Si esto fuera obra de Angelo, a mis padres no les importaría. Busqué el nombre de Enzo en mi lista de contactos cuando la limusina se detuvo. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió.

«No te enojés», el cuerpo sin camisa de Enzo entró en mi línea de visión.

«¿Estás loco?». Salí y lo golpeé justo en el pecho. «Me asustaste hasta la muerte».

«Quería verte», levantó las manos en señal de rendición. Luego se volvió hacia el chofer que estaba junto a la limusina. «Gracias, Arthur. Puedo encargarme desde aquí».

«¿Él es tu chofer?».

«Sí. Lo conociste antes. ¿No es así?».

«No», pasé una mano por mi cabello. O tal vez lo hice alguna vez. Pero sinceramente no lo recordaba. «No puedes traerme cuando quieras. Tengo clases. Llamarán a mis padres si no me presento».

«Donata tiene eso cubierto», envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me besó. «No quería verte desde lejos en la escuela o en ese salón mal ventilado. Podemos pasar el día aquí, como la última vez».

Mariposas revoloteaban en mi vientre cuando pensaba en lo que habíamos hecho cuando él me trajo a su casa por primera vez. Dios, ese día parecía que había sucedido hace meses, no solo semanas. «Podrías haberme dicho que estabas planeando esto».

«Sí, pero eres una mentirosa terrible. No quería que tus padres sospecharan».

Tomó mi mano y me llevó hacia el vestíbulo privado. Subimos en el ascensor hasta el penthouse en completo silencio. Principalmente porque todavía estaba tratando de ordenar mis sentimientos. Había pasado mucho miedo en el camino hasta aquí. Ahora que estaba a solas con Enzo, todo lo que quería era estar con él.

«Aún sigo enojada contigo», entré a su sala de estar mientras los últimos restos de adrenalina se desvanecían.

«Déjame compensarte entonces», presionó su pecho contra mi espalda y besó mi cuello. «Lo que dije en la fiesta de Angelo va en serio».

Me giré para mirarlo a los ojos. «¿Huir? Eso nunca funcionaría. Tú lo sabes».

«Tu perteneces a mi lado», presionó sus labios contra los míos y me acompañó hacia la gran escalera.

Al final de las escaleras, me dedicó una sonrisa sexi y subió. Por supuesto que sabía que lo seguiría. En verdad, lo seguiría hasta los confines de la tierra, si eso significara estar con él una vez más. Apoyé la mano en la barandilla y caminé junto a él. Los planos y valles de sus abdominales eran una gran distracción.

De repente, no me importaba cómo había llegado hasta aquí. No me importaba volver a faltar a la escuela por culpa de Enzo. ¿Qué importaba de todos modos? Nuestros padres ya habían decidido nuestro futuro. Columbia nunca iba a existir. Pero al menos tenía a Enzo. Durante unos días más, todavía lo tendría.

Tan pronto como puse un pie dentro de su suite, comenzó a desabotonar mi blusa. La última vez que estuvimos juntos, tuvimos que parar antes de que alguno de los dos terminara. Fue tan doloroso dejarlo así esa noche. «Te extrañé», me encontré con su mirada mientras me quitaba los tirantes del sujetador de los hombros.

«Lo sé», metió su mano dentro de mis bragas y palmeó mi coño. «Ya estás tan mojada».

Él tenía ese efecto en mí. Sabía lo que estaba haciendo cuando decidió encontrarse conmigo en el garaje sin camiseta. Pasé mis manos por todo él, haciendo lo mejor que podía para memorizar cada centímetro de él, como el vello en su pecho, los músculos tensos y esos músculos en forma de ‘V’ que entraban en la cintura de sus calzoncillos.

Cuando pasó su dedo arriba y abajo por mis pliegues, mis ojos se cerraron. Por mucho que quisiera verlo, la sensación era demasiada. En el siguiente latido, estaba flotando en un mar de deseo desenfrenado, esperando la dulce liberación que sabía que él podía darme. Marcaba círculos alrededor de mi clitoris dolorido y luego se inclinó para chupar mi pezón. El impacto de pura felicidad en mi vientre hizo que mis rodillas se debilitaran. Agarré su hombro y lo empujé hacia la cama.

Sacudiendo la cabeza, agarró mi muñeca y la sujetó detrás de mí, dejando que sus dedos rozaran la curva de mi nalga. «Quédate exactamente donde estás. No te muevas».

¿No te muevas?

Mis piernas estaban a punto de fallar debajo de mí, pero amplí mi postura de todos modos para darle un mejor acceso. Con una sonrisa de complicidad, bajó para besar mi vientre y mis caderas. Todo mi cuerpo tembló con la nueva sensación de sus labios y lengua sobre mi piel sensible. Y justo cuando pensé que me caería por el intenso calor que bajaba hasta los dedos de mis pies, movió su rostro entre mis muslos y cerró su boca alrededor de mi brote excesivamente estimulado.

Allí me besó con la boca abierta, mientras insertaba un dedo dentro de mí. «Eso es. Quédate así». Resopló varias veces sobre mi coño y luego reanudó su succión y mordisco. Hice lo que me pidió porque no quería que se detuviera. Aunque cada vez era más difícil no dejarme caer al suelo. Continuó trabajando mi punto G, acercándome al límite con cada caricia y beso. «Mmm», la palabra vibró dentro de mí. «Eres una chica jodidamente buena».

«No lo soy» mis ojos se abrieron de inmediato y se posaron en el espejo de cuerpo entero que colgaba sobre su puerta. ¿Lo puso ahí para mí?

«Dime qué ves», me miró con ojos oscuros. «Dime qué tan bien te ves».

Sacudí la cabeza, pero no aparté la mirada de nuestro reflejo erótico. Me quedé allí, desnuda en medio de su habitación, y lo vi volver a enterrar su rostro entre mis muslos. Y entonces sucedió, finalmente, la liberación con la que había estado obsesionada desde el sábado pasado. Explotó profundamente dentro de mí y se abrió camino hacia afuera, bajando por mis piernas hasta mi pecho. El calor subía una y otra vez, mientras Enzo trabajaba sin descanso para arrancarme otro orgasmo.

«Dios mío, Enzo», mis rodillas cedieron, pero él estaba ahí para atraparme.

Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me llevó a la cama. Me tumbé de trasero. Cuando quise acostarme, me agarró las caderas y me dio la vuelta. «Mi turno», jadeó.

Mi cerebro apenas había registrado sus palabras cuando empujó dentro de mí por detrás. Bombeó varias veces hasta que encontró su propio clímax. Gemí entre las sábanas y dejé que su aroma me invadiera. Cuando terminó, no podía moverme. Mis piernas y todo mi cuerpo estaban agotados.

«No tengo un marco de referencia, pero no puedo imaginar que esto vaya a mejorar».

«Definitivamente estoy dispuesto a intentarlo», dejó que parte de su peso cayera sobre mi espalda mientras respiraba pesadamente en mi oído. «Todos los días podrían ser así. Si quisieras».

Nada me encantaría más que despertarme junto a Enzo cada mañana y pasar nuestros días en

la cama teniendo sexo. Pero ese era un sueño imposible, nada más que una fantasía. ¿No era así?

Se apartó de mí y apoyó la cabeza en su mano para mirarme. «Huye conmigo».

«Deja de decir eso», me acerqué un poco más a él y lo besé. «¿Dónde iríamos?».

«Ibiza. Tengo un barco allí», acunó mi mejilla y presionó sus labios salados contra los míos, rozándolos suave y lentamente antes de susurrar, como si me estuviera contando un secreto. «Podríamos navegar por el Mar Balear. Solo nosotros».

«Ni siquiera sé dónde está eso», me reí. «Espera. ¿Tienes un barco?».

«Un yate», me sonrió. «Un regalo por mi decimoctavo cumpleaños».

«Oh, vaya, todo lo que yo recibí fue un par de botas de cuero».

«Mira, te mostraré dónde está», se sentó para dibujar sobre mi espalda sudorosa con su dedo. «Esto de aquí es España», dibujó una forma sobre mi omóplato que era algo así como un cuadrado. Luego trazó un camino largo y sinuoso en el lado opuesto que llegaba hasta mi cintura. Me retorcí un poco y él se rió entre dientes. «Esto es Italia. Hay un puñado de islas entre los dos países». Tocó un punto más cercano a España. «Ibiza está justo aquí».

«Mmm», apoyé mi cabeza en las sábanas, dejando que su suave toque me calmara. «Puedes ser mi tutor de geografía en cualquier momento».

«Me gustaría llevarte allí».

Me mordí el labio inferior y me permití considerar la idea de ir con Enzo a una isla muy lejos de aquí. ¡Qué hermoso y divino sueño! Cada vez que hablaba de huir, lo hacía parecer muy factible. Como si pudiéramos acordar encontrarnos en el aeropuerto y volar hacia el atardecer. Quería que ese sueño fuera realidad. Quería huir con él. No quería tener que volver a pensar nunca más en Angelo y su estúpido contrato matrimonial.

«Creo que iría a cualquier parte contigo».

«Demuéstralo», levantó una ceja y me mostró una atractiva sonrisa.

Problema. Este chico era un problema.

CAPÍTULO 35

Sueños convertidos en planes

ENZO

«¿Demostrarlo?», ella se rió. «¿Cómo? ¿Vas a grabar tus iniciales en mi trasero?».

«No me tientes», le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus tetas estaban erguidas, poniendo a prueba mi determinación de mantenerme concentrado y terminar de contarle mi plan antes de que nos perdiéramos en otra ronda de sexo. «El sábado pasado me di cuenta de que Angelo no te va a dejar ir. Cualesquiera que sean sus razones, está seguro de que podrá retenerte. La única forma de detenerlo es que tú y yo desaparezcamos.

«Dios mío, ¿hablas en serio?».

Me senté en la cama y dejé que mi espalda descansara en la cabecera tapizada, mientras su mirada recorría mi cuerpo desnudo de arriba abajo. Hacía imposible concentrarse. Pero se nos estaba acabando el tiempo. Por algún milagro, Angelo no sabía que Aurora y yo éramos una pareja. Teníamos el elemento sorpresa de nuestro lado. Aunque esa ventana se estaba cerrando rápidamente. Si quería una vida con Aurora, no podía darme el lujo de tener sueños convertidos en planes.

«Como un ataque al corazón», pasé un pulgar por la línea de mi mandíbula, tratando de ordenar todas las ideas en mi cabeza. Pasé toda la semana pensando en cuáles deberían ser nuestros próximos pasos. «La gala navideña de la escuela es el último día de clases del semestre. Todos nuestros conocidos estarán ocupados preparando todo hasta esa noche. Te veré en la fiesta y podremos partir desde allí».

«Angelo no podrá decir que no si se trata de una cuestión de la escuela», ella se miró las manos y frunció el ceño. A estas alturas ya sabía que esa era la respuesta de Aurora. Estaba considerando seriamente mi propuesta. Es más, estuvo a punto de decir que sí.

«¿Así que estás de acuerdo?».

«Claro que lo estoy», ella se acercó más a mí. «No quiero pasar ni un solo día con Angelo. Ahora que el compromiso es oficial, actúa como si fuera mi dueño».

«Lo sé. Yo estuve allí».

Cuando vi a Angelo agarrándola del brazo, listo para golpearla, quise matarlo con mis propias manos. Pero matar a Angelo no solucionaría nada. Sus padres simplemente encontrarían un chico nuevo al que venderle a su hija. La única manera de solucionar este lío era que Aurora y yo huyéramos a algún lugar lejano, como Ibiza. Juntos teníamos la oportunidad de tener algo real. Si no actuaba ahora, sabía en mi interior que la perdería para siempre.

«Conozco a los lugareños en Ibiza. Te prometo que Angelo no nos encontrará allí. Estarás a

salvo. El océano es un lugar grande».

«Una semana va a parecer mucho tiempo. Pero puedo hacerlo. Te esperaré. Lo prometo».

La acerqué hacia mí hasta que su cabeza descansó sobre mi pecho. En un mundo ideal, Aurora y yo podríamos quedarnos así para siempre y no preocuparnos por los malvados planes de los mafiosos y los matrimonios concertados. Pero la realidad era que vivíamos en un mundo de mafiosos, donde los inocentes pagaban por los pecados de los malvados.

Aurora estaba asustada. Lo sentía en la forma en que se aferraba a mí. Pero yo seguía siendo el príncipe enigmático. Por mucho que odiara el título que me había puesto Donata, hoy me daba la confianza que necesitaba para saber que podía proteger a Aurora de Angelo y de sus padres. Después de todo, yo era el futuro rey de la Sociedad. Eso tenía peso para cualquiera que entendiera cómo funcionaba nuestra organización. Cuando la rueda volviera a girar y papá ya no pudiera cumplir con sus deberes como jefe de la junta, sería mi turno de dar un paso al frente.

Según los estatutos, cuando se producía un ascenso al poder, ya fuera rey o Don, cualquiera que fuera leal al antiguo líder tenía que ser ejecutado. Como en una partida de ajedrez, había que quitar ciertas piezas para proteger al rey. Angelo Soprano estaba para mí en lo más alto de esa lista. Un día, papá se habría ido. Y finalmente podría borrar la sonrisa de satisfacción de la cara de Angelo. Pero el anciano tenía muchos años por delante. Por ahora, Aurora y yo tendríamos que escondernos y esperar el momento oportuno.

Me senté y dejé caer mis pies sobre la suave alfombra debajo de la cama.

«¿Qué pasa?», ella preguntó.

«Lo siento. Antes, cuando tuve la brillante idea de enviar a Arthur a buscarte, no pensé en cómo se vería para nuestros padres». Pasé una mano por mi cabello. Cedí en mi necesidad de verla y perder lo único que teníamos a nuestro favor: el elemento sorpresa. «No pueden saber de nosotros hasta que nos hayamos ido».

«Estamos bien. No me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que nos alejamos de mi edificio. No llamé a nadie», ella rodeó mis hombros con sus brazos. «En realidad, la única persona a la que pensé en llamar fuiste tú. Sabía que serías el único al que le importaría».

«Aún así. Deberíamos ir a la escuela. Tomar algunas clases antes de que finalice el día».

«Mmm», presionó sus pesadas tetas contra mi espalda y besó mi cuello. «Bueno. Tienes razón. Deberíamos ir sobre seguro». Soltó un aliento caliente que rápidamente se extendió por mi columna como agua tibia. «¿Qué te pasó aquí?», pasó un dedo por la piel en carne viva sobre mis omóplatos y mi espalda baja.

«Papá», simplemente lo dije. Con Aurora, no necesitaba ocultar las partes feas que constituían mi vida. «Todo comenzó hace un par de años cuando mamá se mudó a Brooklyn. A ella no le gusta su lado mafioso. Él se enoja con ella y se desquita contigo», me abrazó fuerte. «¿Por qué nos tratan como si nuestras vidas les pertenecieran? No es justo».

«La vida es dolor», moví mi cuerpo para mirarla. «Creo que eso es lo que ha estado tratando de enseñarme. La única manera de ganar es contraatacando».

«Sí», se sentó a horcajadas sobre mis caderas y rozó sus labios con los míos. «Sigo esperando que papá haga lo correcto. Pero nunca será el hombre que necesitamos que sea. Ya ha hecho esto antes. Por mamá».

«¿Qué parte?».

«Se metió en problemas con su antiguo jefe. Luego hizo que mamá tuviera sexo con ese viejo para salvarse».

«Y ahora lo está haciendo de nuevo. Pero contigo».

Ella asintió.

Pasé mis manos por sus muslos y la curva de su cintura; era toda piel suave y dulce perfume. Le planté un beso en el hombro y luego me acerqué hacia sus tetas. No podía dejar de tocarla. Mi vida no parecía tan sombría cuando ella estaba cerca. No me sentí tan solo cuando ella me miró como si fuera la única persona en el mundo.

«Tal vez no tengamos que irnos en este momento», enterré mi cara en su cabello.

La sacudida de su coño endureció mi polla. De repente, estar dentro de ella era todo en lo que podía pensar. La necesitaba como necesitaba el aire. Con un movimiento fluido, me puse de pie y luego la acosté. Aspiré el olor de su excitación y la vi tendida en mis sábanas, esperándome.

«¿Sabes lo que me provocas?», pasé mis dedos índice y medio arriba y abajo de su entrada. Estaba tan mojada; sus pliegues cedían con la más mínima presión. Jugué con los labios de su entrada, incitándola, jalando y pellizcando, solo para verla retorcerse. «Respóndeme», sacudiendo la cabeza, indicaba que no, levantó las caderas y luego abrió más las piernas para mí. «Creo que sí sabes. Me vuelves loco por desearte tanto».

Empujé en su entrada con mi pene, frotándolo arriba y abajo por su vagina para mostrarle cuánto la deseaba. Fui muy duro con ella; dolía. Me incliné para chupar su pezón rosado y lo presioné. El agarre de sus apretadas paredes a mi alrededor jaló algo debajo de mi ombligo. Y así de simple me perdí en el viaje. Su cuerpo se sentía tan perfecto debajo del mío, suave y tonificado al mismo tiempo.

«Eres mía», le abrí las piernas y la embestí. «¿Sientes eso?».

«Sí», ella respondió, mordiéndose el labio y pasando sus manos por todo mi torso.

Ella se quedó allí, tomando todo lo que tenía para darle. Caí en un ritmo en el que tocaba fondo, sacaba mi pene firme como el acero y luego volvía a penetrarla. Verla tomarlo así fue muy excitante. Cuanto más le daba, más difícil se volvía. Seguí así, hasta que la carga cruda que crepitaba en mi ombligo salió disparada, como si tratara de encontrar una manera de salir de mi cuerpo y entrar en el de ella.

«Enzo», sus paredes resbaladizas me agarraron con fuerza mientras alcanzaba el clímax.

Verla correrse, con las mejillas rojas y respirando jadeantemente, fue mi perdición. Enganché su pierna sobre mi hombro, presionando mis caderas contra su trasero. Quería mi semen muy dentro de ella. Quería que ella se quedara con cada gota. Quería dejar mi huella en ella para siempre. Todo mi cuerpo se tensó encima del de ella mientras lo último de mi orgasmo revoloteaba a través de mí.

Mierda. Estaba tan perdido. Y tan enamorado de ella.

«Nunca pensé que mi cuerpo podía sentirse así», ella rodeó mi cuello con sus brazos. «No sabía que el sexo podía ser así».

«¿Así cómo?», besé su boca.

«¿Cómo sabes siquiera qué hacer?», deslizó su lengua por mis dientes.

«Tal vez esa sea una conversación para otro momento», me reí entre dientes, dejando que parte de mi peso cayera sobre ella. «Ya sabes, cuando mi pene no esté dentro de ti».

«Solo tenía curiosidad».

Con una fuerte exhalación, me aparté de ella para acostarme de espaldas a su lado. «Empecé temprano, supongo que esa es la respuesta. Básicamente, en el momento en que pensé en tener relaciones sexuales, aparecieron las mujeres. Por quién soy. Algunas de esas veces, estaba seguro de que papá las enviaba. Créeme, no siempre se siente así. Lo que tenemos es especial», me quedé mirando el candelabro que colgaba en el medio de la habitación.

«Lo siento», me besó mi mejilla. «Tengo que dejar de asumir que has vivido una vida encantadora solo porque eres miembro de la realeza».

Me puse de lado para mirarla. «Ha sido todo lo contrario. Para todos nosotros».

«Te amo», ella me sonrió. Lo que vi en sus ojos me calentó hasta lo más profundo. No era lástima. Era empatía pura y absoluta porque ella entendía, porque nuestras vidas estaban igualmente jodidas.

«Yo también».

Rocé sus labios con los míos. Y la ahora familiar oleada dentro de mí se encendió de nuevo. ¿Alguna vez no la desearía tanto? Porque ahora mismo, mi pene estaba listo para otra ronda. Pero un golpe vacilante en la puerta me detuvo en seco.

«¿Enzo?», la tímida voz de Maggie estaba llena de advertencia.

Mierda.

«Sí. No entres. ¿Qué pasa?». Salí de la cama y comencé a recoger nuestra ropa de la habitación.

«Arthur acaba de llamar. Tu padre está subiendo».

Mierda. Mierda. Mierda.

«Gracias», contesté a Maggie, luego agarré a Aurora para sacarla de la cama. «Lo siento mucho, pero tendrás que esconderte. Él no puede verte aquí».

Sus ojos se abrieron con sorpresa. «Oh».

«No, oh. Tienes que apurarte», puse su ropa en sus manos y la empujé hacia la puerta del baño.

«Espera. ¿Quién era?».

«Maggie. Nuestra empleada. Mi sirvienta», le di un codazo de nuevo. «Ve. No salgas hasta que yo te lo diga».

Ella asintió. Después de otro latido, dio un paso y luego otro hasta que estuvo en modo de escape total. Recogí mis calzoncillos del suelo y me los puse. Tan pronto como me di vuelta para coger mis jeans, papá abrió la puerta. Olvídate de llamar o darme privacidad. Esas cosas no tenían sentido para el rey de la Sociedad.

«Faltaste a la escuela esta mañana», su mirada recorrió la habitación mientras lentamente sumaba dos y dos. Había traído a una chica a casa.

«No me sentía bien», me tomé mi tiempo para ponerme los pantalones, los zapatos y la camiseta.

«Puedo ver que estás mejor ahora». Enfocó el sujetador debajo de la silla de mi escritorio. Mierda. Lentamente, caminó hacia la puerta de mi baño. Era un depredador que cazaba a su presa, seguía su olor y sentía su miedo. «Deshazte de tu puta y reúnete conmigo en mi oficina de abajo».

Abrí la boca para decir “sí, señor”, pero él me interrumpió.

«Ahora, Enzo». Con una mirada de disgusto en sus ojos, giró sobre sus talones y salió.

¿Qué diablos había pasado para ponerlo en ese estado de ánimo? Últimamente había estado enojado y voluble. Pero esto era algo nuevo. Parecía trastornado.

Corrí hacia la puerta y asomé la cabeza al pasillo. Al no verlo, regresé al baño para dejar salir a Aurora. «¿Escuchaste algo de eso?».

«Dios mío», puso una mano sobre su frente. «Pensé que él estaba aquí por mí».

«No. Él está aquí por mí». Tiré mis sábanas al suelo y luego rebusqué entre ellas hasta que encontré mi teléfono. Le envié un mensaje de texto a Arthur y le pedí que se preparara. «Papá está en su oficina. Tendrás que apresurarte. Anda». Tomé su mano entre las mías y la jalé detrás de mí. Corrí por el pasillo y las escaleras. Cuando estuve segura de que papá no estaba en la sala de estar, corrí hacia la puerta del ascensor. «Oprime el nivel del garaje. Arthur te llevará a la

escuela», tomé su rostro y la besé. «Lo siento mucho».

«No, no te preocupes. Te veré mañana».

«Sí, hasta mañana». Odiaba decir adiós. Odiaba no saber si la vería mañana. Porque esto con papá se sentía grande y nada bueno. «Ve».

Solté un largo suspiro para que mi ritmo cardíaco bajara a un ritmo normal. Agarrando mi teléfono en la mano, me detuve frente a la oficina de papá. Por mucho que no me gustara la idea de arrastrar a mis amigos a través de mi propio lío, mi instinto me decía que no podía hacer esto solo. Hoy no. El futuro de Aurora, nuestro futuro, estaba en juego.

Le envié un mensaje a Rex. *Papá está de mal humor. ¿Me mandas un mensaje más tarde?*

Él respondió casi de inmediato.

Rex: Lo haré. Algo pasó. Necesitamos hablar en persona.

En el mismo instante, aparecieron en mi pantalla los nombres de Santino y Donata.

Donata: ¿Cómo estás? Llámame.

Santino: Voy a tu casa. Responde tu maldito teléfono.

¿Me habían estado llamando? Revisé mis llamadas perdidas. Y, joder, tenía diez llamadas perdidas de todos ellos. ¿Qué diablos había pasado? Solo podía suponer que fuera lo que fuese, había encabronado a papá. No podía ser que se hubiera enterado de lo de Aurora y yo. Habría irrumpido en mi baño, donde estaba seguro de que escondía a una chica. Entonces, si no se trataba de Aurora, ¿qué pasaba?

Llamé a su puerta.

«Entra», prácticamente ladró las palabras.

A la mierda mi vida.

CAPÍTULO 36

Vete a casa, hermano

ENZO

Tentativamente abrí la puerta con el hombro. La oficina de papá estaba tan silenciosa que pensé que tal vez se había ido otra vez. Pero no, estaba sentado en su escritorio, hojeando algunos papeles, haciendo clic en el teclado como si estuviera comparando datos de la copia impresa frente a él con su pantalla. No hace mucho, antes de que comenzaran las palizas, me encantaba esta versión de papá. El rey de la Sociedad, un líder y un padre amado.

Pero luego mamá se fue y todo se volvió una mierda. Por los mensajes que me habían enviado mis amigos, tenía la sensación de que la mierda estaba a punto de cambiar otra vez. Aunque papá ya no parecía perturbado. En todo caso, se parecía a como era antes, cuando solíamos hablar sobre el hombre que él quería que yo fuera, ese líder que la Sociedad necesitaba que fuera. En estos días, yo no era más que una garantía de que cuando él muriera, el asiento más alto dentro de nuestra organización criminal permanecería en la Familia Alfera, como lo había sido durante las últimas cuatro generaciones.

«¿Está todo bien?», vacilante me acerqué a él.

Cuando levantó la vista, sus cejas se alzaron con sorpresa, como si no hubiera esperado verme aquí. Hace diez minutos había irrumpido en mi habitación, luciendo como si hubiera perdido la cabeza, me pidió que despidiera a mi puta y luego se fue. Ahora me miraba como si ni siquiera supiera que existía.

«Enzo», me sonrió. «Me alegra que estés aquí. Siéntate», hizo un gesto hacia la silla frente a él.

Este era un nuevo nivel de locura. ¿Había recibido una lobotomía después de salir de mi suite?

«Papá, ¿qué pasa? Antes parecías de mal humor. Preocupado», elegí mis palabras con cuidado. Llamarlo trastornado podría provocarlo nuevamente. Aunque lidiar con una versión súper paternal de papá me asustaba porque no era mejor que su versión violenta.

«¿Qué? No», con una sonrisa, señaló hacia el piso de arriba, en referencia a nuestro intercambio anterior. «Estaba apurado. ¿Estás listo para salir?».

Mierda.

«Seguro», me incliné para mirar la factura que tenía delante. «¿A dónde vamos?».

«Llegó un envío. Pensé que tal vez quisieras unirme a tu padre. Como en los viejos tiempos», me ofreció una sonrisa amable que me hizo extrañar cómo solían ser las cosas entre nosotros antes de que mamá se fuera y se arruinara todo.

«Hagámoslo», me puse de pie y luego di un paso atrás para dejarle guiarme.

Cogió un juego de llaves y luego se palpó los bolsillos buscando algo. Cuando no sacó nada, se encogió de hombros y salió de su oficina conmigo detrás de él. Rápidamente le envié un mensaje de texto a Arthur para ver si ya estaba regresando de dejar a Aurora. Me respondió con frases completas para básicamente decir que sí. Al menos, ella estaba a salvo. Desafortunadamente, la única manera de descubrir qué había pasado para que Rex, Donata y Santino se asustaran era emprender este divertido viaje entre padre e hijo.

«Enzo», me agarró del hombro cuando la puerta del ascensor se cerró.

Su mano sobre mí me sobresaltó y puso todo mi cuerpo tenso. «¿Nos dirigimos a los muelles?».

«Sí», me dio unas palmaditas en el hombro. «Cuando lleguemos allí, quédate cerca de mí. Presta atención. Pero no te involucres. Déjame manejar las cosas. ¿Entendido?».

«Sí. Entiendo».

Cuando llegamos al estacionamiento, Arthur ya había cambiado de una limusina a un SUV negro. Asintió hacia mí como diciendo, *Ella está a salvo*.

«Arthur, viejo amigo», papá le apretó el hombro, como lo había hecho conmigo hace unos minutos. «Aprovechemos esto».

Arthur había sido nuestro chofer durante tanto tiempo que no recordaba al tipo que había estado antes que él. Como nuestro chofer, tenía acceso a mucha información confidencial. Algunas de las cosas que sabía sobre mí podrían llevarme a la cárcel ahora mismo... o a un reformatorio, hace unos meses. Pero Arthur era leal. Era familia. Me alegré de ver que, por muy idiota que pudiera ser papá, al menos recordaba quiénes eran sus amigos.

«Siempre, señor», Arthur sonrió cortésmente y luego dio un paso adelante para abrirle la puerta.

Rodeé la parte trasera de la camioneta y subí por el otro lado. Ahora que no estaba solo en el penthouse con papá, me sentí más cómodo con este paseo hacia los muelles. La importación y exportación de automóviles no era ilegal. Sin embargo, con el volumen de mudanzas que papá metía y sacaba del país cada año, no creía que se le debiera exigir que pagara impuestos. Gastaba el dinero donde más se necesitaba, con la gente que trabajaba en los muelles. Era apreciado por ello.

Ese siempre había sido uno de nuestros principales mandatos. La Sociedad se creó en un momento en que nuestro gobierno no podía ayudarnos. En opinión de papá, no había cambiado mucho en el último siglo. Nuestro propósito no había cambiado.

Fac Fortia et Patere. “Haz hazañas valientes y resiste”.

Todos vivíamos según ese código. Nosotros éramos los protectores. Éramos orden.

Arthur entró en el estacionamiento, rodeó el edificio principal y continuó hasta el área donde se almacenaban los contenedores de envío. El lugar estaba vacío. Tuve que asumir que el equipo de papá había despejado los muelles para su llegada. El todoterreno se detuvo. Tan pronto como se abrió la puerta, me indicó que fuera con él.

Hice lo que me pidió. En parte porque tenía curiosidad por saber de qué se trataba todo esto. La última vez que salí a correr con él fue hace dos años. Mucho había cambiado desde entonces. Todavía no podía decidir si la invitación de papá era algo bueno o malo.

Nos adentramos más en el astillero hasta un contenedor que coincidía con el número de la factura de papá. Sería una entrega fácil. Todo lo que papá tenía que hacer verificar la entrega y firmar.

«Don Alfera», un chico bajo y fornido estrechó la mano de papá. «No lo esperábamos hoy».

«Cambio de planes», papá hizo como si escaneara el área, que estaba vacía. «¿Dónde está el resto de tu equipo?».

«Ya vienen». El hombre me miró de arriba abajo.

Como papá no se había molestado en presentarnos, decidí dejarlo así. Estaba aquí para mirar y prestar atención. Crucé los brazos sobre el pecho, aparentemente tranquilo. Pero, en verdad, mi cuerpo estaba tan alterado que estaba listo para reventar a cualquiera. Papá y el hombre continuaron hablando sobre el envío y el pago acordado. En el siguiente momento, papá agarró la camisa del hombre por el cuello y apretó, asfixiándolo.

Habló rápido al oído del hombre, pero no pude entender ninguna de sus palabras. El hombre luchó bajo el agarre de papá durante un minuto más antes de que papá lo soltara. Entonces papá se volvió hacia mí con esa mirada salvaje en sus ojos. La que había tenido cuando irrumpió en mi habitación por primera vez el día de hoy.

Mierda.

Levanté las manos en el aire mientras él metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del traje, sacaba una navaja y le cortaba la garganta al hombre con un rápido movimiento hacia atrás. La sangre brotó del cuello del hombre cuando cayó de rodillas.

«¿Qué pasó?», di un paso adelante ligeramente, pero mantuve la distancia. «Lo mataste».

«Era una rata».

En el momento en que pronunció la palabra, apareció el resto de sus hombres. Eran cinco ellos y dos nosotros. ¿Cómo diablos se suponía que iba a permanecer cerca, pero no involucrarme como me había pedido? El personal del muelle avanzó, mirándonos con intenciones asesinas. Pero aparte de eso, no movieron un dedo. Tenían miedo de papá y de las represalias de los otros Don. Los civiles no sabían exactamente cómo funcionaba la Sociedad ni cómo estaba organizada. Aunque todos tenían claro el tipo de apoyo que papá tenía de las otras familias y sus miembros.

Lo que sea que les dijeran sus sentidos arácnidos, estaban en lo cierto. No podían meterse con papá, a pesar de que acababa de matar a uno de los suyos a plena luz del día.

«Tony», señaló al hombre que yacía en un charco de su propia sangre. «Me ha puesto en una posición difícil hoy». Caminó hacia uno de los chicos con la navaja todavía en sus manos. «Odio las ratas. Las odio aún más cuando se hacen amigos de los cerdos».

«Don Alfera», el chico juntó las manos para formar una punta de iglesia.

Como antes, los movimientos de papá eran como un reflejo, una memoria muscular. Fue rápido y preciso. El segundo tipo cayó al suelo, ahogándose con su propia sangre, pataleando como si estuviera tratando de alejarse de papá. Los otros cuatro hombres ya habían captado lo que sucedería. Al menos, eso esperaba. Porque papá estaba aquí por todos ellos.

Le dio un puñetazo al siguiente tipo en el estómago. El miedo puro y una pizca de esperanza mantuvieron al hombre en el suelo, con miedo a represalias si se defendía y esperanza de que tal vez papá hubiera terminado de matar, que pudiera ser él quien sobreviviera al asalto. El hombre permaneció de rodillas mientras sus amigos huían en diferentes direcciones.

«Don Alfera», el hombre habló cuando papá lo agarró por el cabello para mirarlo a la cara. «Yo no lo delaté. Lo juro sobre la tumba de mi madre».

«Como en los viejos tiempos», papá le dio unas palmaditas en la mejilla al hombre y lo manchó de sangre.

El frío en el aire no fue suficiente para mantener alejado el hedor a sangre. Se elevaba en montones del cemento y se mezclaba con la brisa salada hasta que el olor a muerte se extendía por todas partes. Me cubrí la nariz y la boca con el dorso de la manga, manteniendo los ojos en

papá. En el fondo de mi mente, la misma pregunta daba vueltas una y otra vez.

Y luego, cundió el pánico. ¿Era esto lo que preocupaba a mis amigos? ¿Era tan estúpido como el tipo que se arrodilló frente a papá, pensando que él sería el único al que papá perdonaría?

Eché un vistazo detrás de mí y vi a Angelo. Estaba aquí con otros diez hombres, a quienes reconocí como el equipo de limpieza. El equipo al que todos llamaban cuando era necesario limpiar un asesinato. Sabía que Angelo había sido ascendido recientemente. Pero no me había molestado en preguntarle cuál era su nuevo papel, simplemente porque me importaba una mierda su vida. Debería haber preguntado cuándo tuve la oportunidad. La comprensión llegaba demasiado tarde. Era el nuevo jefe del equipo de limpieza.

Ahora la pregunta era, ¿papá me había traído aquí para aprender una lección o para matarme? Lo jodido de todo esto era que el estado de ánimo de papá podía ir en cualquier dirección. Aparté mi mirada de Angelo justo a tiempo para ver a papá hundir una navaja en la garganta de otro hombre. Se dio la vuelta y esperó mientras los chicos de Angelo traían al resto del equipo.

Observé al hombre que había visto leerle a mi hermana pequeña por la noche, enseñarle a Massimo cómo atrapar una pelota y besar a mamá como si fuera la única mujer en el mundo, y matar brutalmente a los tres restantes. Me vino a la mente el dicho de *dispararle a peces en un barril*. Los hombres nunca tuvieron ninguna posibilidad.

Cuando terminó, papá se quedó sin aliento. Su pecho se hinchó con cada inhalación y exhalación mientras se pasaba una mano por los mechones de cabello mojado pegados a un lado de su cara. Las gaviotas chirriaban a lo lejos. Eran las únicas que se atrevían a emitir un sonido.

Con la brisa soplando en mi cara, me quedé allí y esperé a que papá hiciera lo peor. Príncipe enigmático o no, estaba en el mismo barco que los demás hombres. Si papá quería que me fuera, no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

¿Se trataba de Aurora? Miré a Angelo, quien lentamente caminó a mi alrededor para unirse a papá y la pila de cuerpos ensangrentados frente a él. Abrí la boca para decirles que siguieran adelante. Si se trataba de quién y qué le había quitado a Angelo, que así fuera.

«Cuando llegue el momento», papá rompió el silencio, «espero que hagas lo correcto por tu familia, Enzo. ¿Lo entiendes?».

No lo entendía.

«La vida es dolor. Tú me mostraste eso».

«Sí, lo es. Pero la familia es lo único que importa. Te necesitamos ahora más que nunca. Ven», me hizo un gesto para que me acercara a él.

Me puse a su lado mientras regresábamos a nuestra camioneta, donde los cuatro Don nos esperaban. La tensión en mi cuerpo cedió tan pronto como vi a Rex junto a Don Valentino y Don Gallo. Santino junto a Don Buratti. Y Donata junto a su tía Don Salvatore. Mis amigos soltaron un suspiro al mismo tiempo que me vieron, lo que me indicaba que ellos también pensaban que papá me había traído aquí para matarme.

¿Por qué no lo hizo? ¿Porque yo era familia?

«Jesús. Míralo», la Signora Vittoria miró a papá con disgusto. «Tenías que hacer un espectáculo».

«Querías sangre. Ahí está. Tómalas», extendió la palma, pero la Signora Vittoria retrocedió. «Hay más allá atrás. Cubos de eso».

«Suficiente, Michael», Don Valentino intervino. «Vete a casa, hermano. Y nunca vuelvas».

Donata se coló detrás de Rex y me jaló hacia ella. Cuando me volví para mirarla, articuló, *Vamos*.

Estar aquí era como llegar al final de una película. Algo grande sucedió hoy. Habían pasado las horas y papá seguía hablando en acertijos, sin decirme nada. Ya había terminado de esperar respuestas. Lo que fuera que estuviera pasando, no me importaba ser parte de ello.

«Yo también me voy», le dije a papá y me di la vuelta.

Vi a Arthur sentado en el asiento del conductor de nuestra camioneta. Por extraño que pareciera, su presencia aquí me hizo sentir seguro. Estaba entrenado para protegernos y, pasara lo que pasara, llevarnos a casa.

«Enzo, espera», dijeron al unísono Don Valentino y la Signora Vittoria.

Empecé a preguntar ¿para qué? Pero en el siguiente instante, un fuerte estruendo resonó en todo el puerto. Sonó muy lejano, aunque sabía que la explosión había ocurrido a quince metros de distancia porque ahora nuestra camioneta estaba volteada y en llamas. El calor me lamió la cara y sentí que mi ropa se había incendiado. Traté de correr hacia la camioneta, pero Rex y Santino me detuvieron.

Moviendo mi cuerpo para buscar a papá, lo encontré caminando en dirección opuesta con Angelo a su lado. El viejo había traído a Arthur aquí para morir.

«¿Qué putada era esta?». Luché contra el control que mis amigos tenían sobre mí.

«Él no te lo dijo, ¿verdad?», preguntó Santino.

«¿Decirme que?», mi mirada se movió entre Santino y Rex.

«Tu papá dejará la Sociedad. Renunció como rey y Don de la familia Alfera», Rex habló en voz baja.

«Vamos», Donata tiró del frente de mi camisa. «Vamos, Enzo. Tenemos mucho que contarte».

CAPÍTULO 37

Hasta que la muerte los separe, ¿eh?

ENZO

Rex abrió la puerta del penthouse de sus padres en el piso cuarenta y cuatro del Crucible. Hace años, papá les había vendido la propiedad. Algo que todos pensamos que no era propio de él: renunciar a una parte de sí mismo que estaba tan profundamente conectada con la corona. El Rey de la Sociedad era dueño del Crucible, desde el inicio de la Sociedad. Y, sin embargo, papá permitió que la familia Valentino se hiciera cargo.

O tal vez no había permitido una mierda. ¿Hace cuánto abdicó papá? Seguro que no sucedió hoy. Papá había estado trabajando para lograr este objetivo durante mucho tiempo. ¿Qué había sobre eso? Cuando prometió que pronto no tendríamos que mentirle a mamá, lo decía en serio. Por supuesto, supuse que estaba pensando en hacer que mamá reconsiderara su postura en lo que referente a la vida mafiosa de papá. Ya nada de eso importaba.

Papá ya no era rey.

Repetí esas palabras en mi cabeza. Era tan difícil de creer. Si Rex me hubiera dicho antes que habían matado a papá en algún callejón, lo habría creído de inmediato. ¿Pero esto? ¿Abdicación? No podía ser. Aunque la decisión de papá me pareció real cuando incluí a mamá en la ecuación.

¿Qué diablos pasaría ahora?

«Di algo», Rex cerró la puerta detrás de él.

«Él lo hizo por ella. Por mamá», lo miré y luego cambié mi atención a Donata y Santino.

Todos me miraron como si fuera un animal salvaje herido, destinado a estallar en cualquier momento. Mi mente repasó la misma información unas cuantas veces más. Papá ya no es rey. Pieza por pieza, todo el tablero de ajedrez apareció a la vista. Examiné lo que sabía sobre papá y los estatutos de la Sociedad mientras intentaba descubrir qué harían los Don a continuación.

Al mirar a mis amigos con sus ojos muy abiertos y expectantes, solo podía suponer que ya lo habían descubierto. Estaban esperando que yo conectara los puntos.

«El cambio de guardia», susurré.

«El cambio de guardia», Rex asintió. «Papá se hizo cargo».

«Lo entiendo», señalé el lujoso penthouse, sintiéndome como un idiota por no percatarme antes de nada de esto. Pero ahora todo tenía sentido, el comportamiento reciente de papá, las reuniones secretas entre los Don, el abandono de la familia de Penny. Todo era porque sabía que este día llegaría. Rex era ahora el siguiente en la fila para ser rey. Y yo... solo el daño colateral. «¿Qué vas a hacer, hermano?», me burlé. «¿Matarme?».

El punto entre las cejas de Rex se frunció. «Por supuesto que no».

«Por supuesto que no», dije, aliviado. No es que pensara que Rex quisiera hacerme daño. Pero la Sociedad significaba todo para él.

Papá era un asesino a sangre fría, un monstruo despiadado, pero a pesar de todo eso, la familia lo era todo para él. Hoy me había mostrado eso. El viaje de padre e hijo a los muelles consistió en demostrar lo mucho que nuestra familia significaba para él. Por mucho que odiara a papá estos días, tenía que estar agradecido. Me hizo un favor al quitarme esta responsabilidad de encima. Una sonrisa apareció en mis labios.

Ahora era libre de casarme con Aurora.

«Borra esa sonrisa de tu cara, Enzo», Donata me agarró del hombro. «Estas no son buenas noticias para ti».

«Lo son», me encontré con su mirada. «Ahora a papá no le importará si me escapo con Aurora».

«¿Qué dije?», Santino se frotó la mejilla con exasperación. «Deja de pensar con tu pene y mira el panorama general. Donata, enséñale el contrato».

«Al diablo con el contrato», apoyé mis manos en mis caderas. «Ahora puedo casarme con Aurora si quiero. Ya no hay nada que me ate a esta Sociedad, a la llamada corona».

«Angelo es quien está haciendo espacio para el nuevo rey, Enzo». La voz de Rex retumbó en el vestíbulo. Ni siquiera habíamos llegado a la sala cuando comenzamos nuestra conversación. «¿Crees que la dejará irse? Está obsesionado con ella».

«Está obsesionado con la idea de tener una esposa virgen», dejé escapar un suspiro. «Puedo encargarme de Angelo».

«¿Cuando eras el futuro rey? Seguro. Pero ahora, eres solo un soldado más. ¿Lo entiendes?», Rex me agarró del hombro. «No puedes dejar la Sociedad. Solo Michael. Pero tú, Massimo y Caterina», tragó, «nos pertenecen».

¿Eso era? El gran secreto sobre el que la Signora Vittoria y papá discutieron hace meses. Papá estaba dejando la Sociedad. Mis hermanos y yo éramos el pago a cambio de este último favor de dejarlo ir. Eso solo dejaba una cosa por hacer. Angelo era ascendido a jefe de equipo porque estaba a cargo de matar a todos los miembros del círculo íntimo de papá. Y ahora tenía sentido por qué papá abandonó a su anterior mano derecha. Lo hizo para salvarlos, porque los Conti eran familia.

La familia Vitali no lo era.

Ellos eran los reemplazos.

La Sociedad necesitaba sangre para sellar este trato. Papá les había traído a Stefano Vitali, el tipo que le salvó la vida el verano pasado.

Levanté la cabeza para encontrar la mirada de Rex. «Aurora. Él la va a matar».

«No», Donata me agarró la mano y me llevó a la sala de estar. Dejó una carpeta manila sobre la mesa de café y señaló hacia ella. «Gracias a la tía Vittoria, Aurora puede vivir...», se aclaró la garganta, «como la esposa de Angelo».

«Sobre mi cadáver», cogí los papeles.

«Ese es el punto, Enzo», Santino se acercó al carrito de la barra y sirvió whisky en cuatro vasos. Me puso uno en la mano. «Lee».

La primera página describía lo que Aurora debía aportar. Principalmente, su virginidad, junto con la capacidad de tener cinco hijos. ¿Quería siquiera tener hijos? Angelo ni siquiera se había molestado en preguntarle si quería casarse con él. Dudaba que se hubiera molestado en preguntarle si quería ser madre.

Había que reconocer que era generoso en sus ofrecimientos. Siempre que fuera pura, Aurora

recibiría un millón de dólares en una cuenta bancaria en el extranjero. Eso explicaba por qué tenía ese recibo en su gabinete. Conseguiría una casa en los Hamptons y un viaje completo a Columbia.

«Mierda. Esto es todo lo que ella siempre había querido».

«No es un mal acuerdo», Donata hizo una mueca. «Ya sabes, si ella está dispuesta a...».

Me alegré de que Donata dejara que el final de la frase quedara en el aire. Aunque ya era demasiado tarde. La imagen de ellos dos juntos ya estaba tatuada en mi mente. Angelo quería una vida con Aurora. No, quería más que eso. Quería hacer uso de su alma y su cuerpo. Y estaba dispuesto a pagar por ello. Todo lo que encontramos en el gabinete cerrado con llave de Angelo estaba destinado a Aurora como un jodido regalo de bodas.

«No importa lo que quiera o lo que diga este contrato», me puse de pie. «Aurora ya no se ajusta a su definición de pura», arqueé una ceja. «Y ella es una terrible mentirosa. Nunca podría engañarlo. No creo que ella quiera hacerlo tampoco. Ella quiere estar conmigo».

«Lo entiendo», Rex se aclaró la garganta, lo que normalmente significaba que estaba a punto de decir algo que no nos gustaba. «Pero contigo, tiene garantizada una vida muy corta. ¿Es eso lo que quieres?».

«Enzo», la voz de Donata apenas era más que un susurro. Cuando habló, su tono era suave, como si le estuviera hablando a un niño. «Tienes que considerar el hecho de que ella podría estar mejor sin ti. Claro, ella no te aceptará. Pero ella tendrá todo lo que quiere. Estará libre de sus padres; irá a la universidad. Incluso tendrá una casa junto a la playa. Y todo lo que tienes que hacer es dejarla ir».

«Si superara el hecho de que su marido mató a sus padres, podría ser feliz», Santino se encogió de hombros.

Aurora nunca amaría a alguien como Angelo. Alguien que la compraba simplemente porque la vio un día y se le ocurrieron un montón de ideas locas sobre quién era ella. Él no la amaba. No podía hacerla feliz. Viviría una vida mediocre. Eso era peor que morir.

«No lo sabes. No es posible que sepas qué la haría feliz porque no la conoces como yo. No puedo dejarla ir». Inspiré, tratando de ordenar todas las ideas que flotaban en mi cabeza.

Cada hilo que seguí hasta su conclusión, volvía al mismo lugar. Si huyéramos juntos, Angelo nos encontraría. Papá lo ayudaría, por supuesto. Quién sabe qué tipo de castigo le asignarían. La lastimarían por venganza y luego la matarían. Si ella se quedaba y Angelo descubría que había estado conmigo, su reacción sería la misma. Si me casara con ella, ¿papá cambiaría de opinión?

«¿Leíste?», la voz de Rex me hizo regresar. «Angelo está obsesionado con ella. O, mejor dicho, la idea de ella. ¿Qué crees que pasará si ella se escapa contigo?».

«Sí», pasé una mano por mi cabello. «Lo mismo que pasará si se acuesta con ella. ¿Tengo que explicártelo? Ella no es virgen. Este contrato es nulo y sin efecto. A menos que haga algo, ella morirá junto con su familia». Me pellizqué el puente de la nariz para mantener a raya las lágrimas. «Mi padre se encargó de eso. Ella está aquí gracias a él».

«Enzo», Donata me rodeó el cuello con sus brazos. «Angelo tiene una larga lista de personas a las que matar en los próximos días. Y sus padres están en eso. No sabemos cuándo sucederá eso. Lo que sí sabemos es que, si Angelo se entera de ustedes dos, agregará a Aurora a esa lista. ¿Lo entiendes?».

«Sí», le sonreí. «Sabemos una cosa más. Angelo no matará a los Vitali antes de la boda. Eso significa que tenemos hasta el día diecisiete para idear un plan que no incluya usar a Aurora como esclava sexual».

«Eso es este fin de semana», Santino apuró su bebida. «Así que, ¿cuál es el plan?».

«¿Hay alguna posibilidad de que podamos apelar al lado romántico de Don Valentino?», Donata miró a Rex. «Él se preocupa por Enzo y su familia».

«Papá necesita a Angelo. Tiene las manos atadas», Rex dejó escapar un suspiro. «Todos están haciendo todo lo necesario para que todos obtengan lo que quieren».

«Tal como dijo la tía Vittoria», Donata asintió. «El rey despiadado ya no existe y ahora pueden administrar las cosas como siempre quisieron. Necesitan que Angelo despeje el camino».

«Exactamente», Rex cruzó los brazos sobre el pecho como si tuviera más que decir. Su mirada se clavó en la mía. Después de otro momento, sacudió la cabeza y caminó hacia el carrito de la barra.

A su manera, papá se preocupaba por mí. Podría haberse ido y dejarme con los lobos, pero decidió no hacerlo porque era como había dicho: la familia es lo único que importa. Incluso su prima se salvaba gracias a él. Penny terminaría el bachillerato y tendría una vida larga porque papá la consideraba familia. ¿Qué pasaría con Aurora? ¿Qué haría falta para que papá extendiera su buena voluntad a Aurora?

La Signora Vittoria tenía razón. Un contrato matrimonial era la mejor manera de mantener a salvo a su protegida. Pero ella eligió al chico equivocado. Aurora me pertenecía a mí y no a Angelo. Ella me quería.

«¿Qué pasa con la sensibilidad romántica de la Signora Vittoria?», le pregunté a Donata. «Si le dijera la verdad, que me quiero casar con Aurora. ¿Nos ayudaría? Si ella está casada conmigo, es familia, ¿verdad?».

«Oh Enzo, no lo sé», las lágrimas llenaron sus ojos. «La tía Vittoria nunca hace nada gratis. Y ciertamente no por la bondad de su corazón. No contaría con su ayuda. O no lo sé. Supongo que no tenemos nada que perder. Podría preguntar».

Excepto que teníamos todo que perder. En ese momento, Aurora y yo teníamos el elemento sorpresa de nuestro lado. Podríamos casarnos mañana e irnos antes de que alguien se diera cuenta de que faltábamos a la escuela. Pero, ¿si le pedíamos ayuda a la Signora Vittoria y ella decía que no? Seguramente arruinaría todos nuestros planes.

«¿La amas tanto?», Rex me miró entrecerrando los ojos. Como si la idea de renunciar a todo para amar a alguien le fuera completamente ajena. Supuse que así era. Nunca había conocido a alguien como Aurora; nunca había estado con alguien como ella. No conocía el amor verdadero. «Lo que estás planeando podría matarte».

«Ella vale el esfuerzo. Ella lo vale todo».

«Ella no puede saberlo», Donata me quitó la carpeta. «De hecho, nadie fuera de este círculo puede saber acerca de la abdicación. Los adultos tienen un plan para manejar eso. Está fuera de nuestro control. Hasta que hable con tía Vittoria, Aurora no podrá saber nada de sus padres ni que ya no eres miembro de la realeza».

«No me importa eso», miré a Rex. «Rex quiere ser el príncipe enigmático. Él puede serlo».

«No era como si tuviera otra opción», él frunció los labios.

«Excepto que la tenías», Santino agarró el hombro de Rex. «Podrías haber dicho que no».

«¿Y dejar que el gran don Alfera causara estragos hasta el final de los tiempos? Al ritmo que iba, no pensé que su heredero pudiera sobrevivir más a su reinado». Rex levantó las manos cuando lo miré fijamente. Luego se sentó en su sofá de chenilla con las piernas extendidas frente a él. Cuando sus ojos se cerraron, volvió a hablar como si simplemente vomitara hechos que no tenían nada que ver con la vida o la muerte. «Sin tu título, estás desprotegido».

Parecía más que exhausto. Desafortunadamente, no tenía tiempo de pensar en lo que significaba para él toda esa mierda con papá. Si tenía elección o no, no importaba. La elección

era más una figura retórica en nuestro mundo. De cualquier manera, Rex estaba a punto de descubrir qué tan pesada era la corona.

«Entonces prométeme algo», me senté frente a él y apoyé los brazos en las rodillas.

«Cualquier cosa por ti, hermano».

«Prométeme que la protegerás. Pase lo que pase, prométeme que estarás ahí para ella».

Él asintió. «Lo prometo».

«Hicimos un pacto, Enzo», Donata me sonrió. «Aurora es ahora una de nosotros. La mantendremos a salvo».

«Realmente te vas a casar, ¿eh?», Santino puso un vaso nuevo en mi mano. «Todo esto se siente extremo. Tienes dieciocho años. Y no te ofendas, hay muchos peces en el océano. Sin mencionar que las mujeres son engañosas. Quiero decir, ¿Rory quiere siquiera casarse contigo?».

Estaba confiando mucho en ese hecho. Aurora ya había aceptado huir conmigo. Casarse era el siguiente paso lógico. Mi pecho se expandió cuando el aire entró en mis pulmones. Por primera vez desde que la vi salir del apartamento hoy, me sentí más ligero, como si pudiera respirar de nuevo. Aurora como mi esposa parecía un sueño imposible. Pero estaba dispuesto a morir en el intento si ella lo estaba también. Solo teníamos esta única oportunidad de estar juntos.

«Tenías que arruinar el momento», Donata se colocó entre Santino y yo y luego le empujó el hombro. «No todas las mujeres son Hanna. Lo que tienen Enzo y Aurora es real. Tenemos que ayudarlos».

«Sí, seguro. Estoy aquí para ayudar», Santino puso una mano sobre su pecho, mirándome con lástima en sus ojos. «Hasta que la muerte los separe, ¿eh?».

«Esa es la idea».

CAPÍTULO 38

La vida es sufrimiento

AURORA

Todo el día tuve una sensación opresiva en el pecho. Como si a Enzo le hubiera pasado algo malo. Le envié mensajes de texto como cien veces, pero él me ignoraba. Algunas veces vi los tres puntos revolotear en mi pantalla. Contuve la respiración durante varios segundos, esperando su respuesta que nunca llegó. ¿Qué era tan malo que no podía decirme?

Me quedé en la escuela todo el tiempo que pude. Pero Angelo no quiso esperarme más, así que envió a su chofer a buscarme. No quería hacer una escena en las puertas de la escuela, así que me subí al auto. Me alegré por el tráfico porque no estaba de humor para las cosas espeluznantes de Angelo. Había pasado una semana entera desde nuestra fiesta de compromiso, pero no podía evitarlo para siempre. Especialmente cuando nuestra boda era en cinco días.

No estaba lista para renunciar a Enzo y a mí. Todavía teníamos tiempo de huir juntos como él quería. Miraba mi teléfono en mi regazo cada dos minutos. ¿Todavía quería eso? ¿O su papá le hizo cambiar de opinión? Había sido muy intenso cuando irrumpió en la habitación de Enzo esta mañana. Todo mi cuerpo se estremeció ante el recuerdo. Si Don Alfera me hubiera encontrado en el baño de Enzo, medio desnuda, probablemente ya estaría muerta. O Angelo o Don Alfera se habrían encargado de eso.

«Señorita», el chofer de Angelo encontró mi mirada por el espejo retrovisor. «Hemos llegado».

Con un gesto de asentimiento, el chofer se detuvo. El portero ya estaba en la acera, esperando para abrirme la puerta. Me relajé un poco cuando lo vi. Encontrar a Angelo en casa me hizo sentir más segura que en su casa. Al menos aquí tenía que mantener las manos quietas. Muchas veces, durante la semana pasada, había pensado en nuestro intercambio en el pasillo: la bofetada en la cara, la forma en que frotó su erección contra mí y sus manos por todo mi trasero; la ira me invadía cada vez que lo recordaba. Odiaba que pensara que tenía permitido tratarme así.

Salí y me armé de valor para lo que Angelo tenía reservado para mí, nada menos que en mi propia casa.

«Rory. Estás en casa», mamá me recibió en la puerta. «Mira quién vino a verte».

Puse los ojos en blanco. ¿No sabía que Angelo me había llamado? «Lo veo, mamá», lo saludé con la mano. Y ni siquiera me importaba si él se daba cuenta de que estaba molesta con él. Nunca había sido la mejor mentirosa. El disgusto que sentía por él estaba pintado en toda mi cara.

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo. «Te ves radiante», me miró unos segundos más

antes de volverse hacia mamá. «Me gustaría verla en privado».

Apreté la mandíbula y luego me volví hacia mamá, esperando que ella dijera que no, como lo había hecho muchas veces antes. Excepto que esta vez ella no se negó. «Por supuesto. Puedes utilizar la oficina de Stefano. Estarás más cómodo allí», ella hizo un gesto hacia arriba.

«¿Mamá?», la miré.

«Necesito prepararme. Angelo nos invita a cenar esta noche. Vamos a ese lugar elegante que le gusta a tu padre», ella me sonrió y luego se dirigió por el pasillo hacia la cocina.

Abrí la boca para decirle que iba por el camino equivocado, pero pensé que no tenía sentido. Ella había sido así desde el principio. Estaba sola cuando se trataba de Angelo. Con un profundo suspiro, me ajusté la mochila al hombro y subí las escaleras hasta la oficina de papá. Durante todo el camino, pude sentir a Angelo mirándome el trasero.

«Toma asiento», cerró la puerta detrás de él y señaló el sofá de cuero a lo largo de la pared, frente al gran escritorio de papá. «Tengo algo para ti. Te lo habría dado antes, pero has estado muy ocupada esta semana».

«Sí, cosas de fin de semestre».

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de su traje y sacó un sobre. «Quiero que sepas que tengo muchas ganas de conocerte. Quiero ser un buen marido para ti». Colocó una carpeta manila en mi regazo y se sentó a mi lado.

Reconocí los papeles que me mostró. Los había visto en su gabinete la semana pasada cuando Enzo y yo fuimos a husmear en su oficina. Mis cejas se cerraron por la sorpresa, no por lo que era, sino porque me di cuenta de que se trataba de un regalo de bodas: una casa en los Hamptons, un millón de dólares, un viaje completo a Columbia. Era todo para mí.

Mis ojos se nublaron mientras miraba todas las cosas que siempre había querido. Supuse que una vez que tuviera mi propio lugar, dinero y una educación de primer nivel, sería libre de mis padres y de esta vida. Parecía que cada vez que resolvía un problema, uno más grande ocupaba su lugar. Para conseguir lo que quería, tenía que aceptar el contrato de Angelo. Y renunciar a Enzo. Tendría que vender mi cuerpo y mi alma a un mafioso despiadado.

Enzo tenía razón. *La vida es sufrimiento*.

«La vida conmigo puede ser muy fácil para ti. Puedo darte lo que quieras». Su tono suave hizo que sus palabras sonaran como una especie de confesión, como si realmente me amara. Pero, ¿cómo podría hacerlo? Ni siquiera me conocía. Hasta ahora, no creía que pudiera ver más allá de mis tetas. Se aclaró la garganta y luego pasó el dorso de sus dedos por mi muslo desnudo. «Si me permites».

«Todo esto está sucediendo demasiado rápido».

«Lo sé. Hace meses que quería contarte sobre nuestros planes. Pero tus padres querían que primero te acostumbraras a la idea. Ya sabes, conocernos primero». Se acercó más a mí. «Tendremos la boda aquí en el ayuntamiento. Algo pequeño. Solo nuestro círculo de amigos. Luego pasaremos unos días en los Hamptons. Hace frío allí en esta época del año, pero planeo pasar todo el tiempo adentro». Él se rió entre dientes.

Me alejé de él. De repente, mis pulmones se negaron a respirar el aire viciado. Si planeaba pasar nuestra supuesta luna de miel en la playa, ¿por qué me había conseguido un pasaporte? Si Donata estuviera aquí, sabría exactamente cómo sacarle más información. Yo ya no podía soportar su aliento caliente en mi cara.

«Sé que eres virgen», parecía tan satisfecho consigo mismo.

Haría cualquier cosa para borrar esa sonrisa engreída de su cara. No podía comprarme como si fuera una baratija brillante. Por instinto, me puse de pie. «Creo que conocernos primero es una

buen idea».

«Y lo haremos». Su mirada bajó hasta mi pecho. «No puedo esperar para comerme esa cereza».

«Toma», le devolví los papeles, aunque lo que realmente quería era darle un puñetazo en la cara. No tenía una cereza metida en la vagina. ¿Qué diablos le pasaba?

Por mucho que intentaba mantener una cara de póquer, ya no podía continuar. No podía ocultar mi disgusto por él. Cuando alcanzó mi mejilla, retrocedí y fruncí los labios. Ese fue un movimiento equivocado porque eso le hizo abandonar el acto de marido amoroso.

«¿No es esto lo que querías?», apretó un puño mientras colocaba la carpeta sobre la mesa de café. «Pensé que estarías feliz con mi regalo de bodas. Esperaba una reacción diferente». Su mirada se oscureció.

Había visto esa expresión en su rostro antes, en la limusina cuando me pidió que lavara su auto, luego en la fiesta de compromiso cuando se frotó sobre mí. Mi corazón se aceleró mientras los pelos de mi nuca se erizaban. Me alejé de él para ocultar mis emociones. En el siguiente suspiro, sus manos agarraron mi cintura y hundió su nariz en mi cabello, inhalando una larga bocanada.

«Por favor. Aquí, no». Empujé sus muñecas hacia abajo mientras sus dedos se clavaban en el hueso de mi cadera.

«¿Entonces dónde? He sido paciente contigo. Me debes esto». Movié mi cuerpo para que yo lo mirara.

Quería decir que nunca le había prometido nada, que nunca le había pedido nada. Pero estaba convencido de que, fuera cual fuese el trato que hiciera con papá, yo debía cumplirlo. Estaba equivocado. Nunca le había dicho que sí.

Cuando se acercó para besarme, estaba lista. Me aparté de él y lo empujé tan fuerte como pude. Ese truco le había funcionado antes porque estaba borracho. Pero esta noche estaba sobrio. Se mantuvo firme, mirándome con mucho desprecio en sus ojos. Herí su ego, otra vez. Intenté alejarme de él, pero él me abrazó demasiado fuerte. Antes de que me diera cuenta de lo que quería hacer, me acompañó hasta el escritorio de papá y me empujó sobre él, boca abajo. No es posible que quisiera tener sexo conmigo aquí, en la oficina de papá.

«Mierda. Tu trasero». Metió su codo en mi espalda baja mientras levantaba mi falda con su mano libre para apretar mi nalga.

«Pe... pensé que querías una boda tradicional», dije con los dientes apretados. Mamá había mencionado que había elegido un vestido blanco para que yo lo usara este fin de semana porque Angelo quería hacer las cosas bien. Era su manera de decir que él había aceptado esperar hasta nuestra noche de bodas para quitarme la virginidad. Me devané el cerebro buscando las palabras adecuadas para lograr que se detuviera. Mi rechazo lo había irritado. No podía retractarme. «No estoy lista para esto».

«Puedo hacer esto tan difícil o tan fácil como quieras. Estaba seguro de que elegirías que fuera fácil. Que, si te colmaba de regalos, serías amable conmigo. Me darías lo prometido. Pero ahora estoy pensando que tal vez no tengas tan buen carácter como parece. ¿Todo fue una actuación? ¿Eres una maldita mentirosa como todas las demás?».

«¿Qué?», miré por encima del hombro para encontrar su mirada. «Yo no pedí esto».

Él no me miró. Más bien, se concentró en mi espalda mientras metía su mano debajo de mi falda para encontrar la curvatura de mi trasero. «¿Cuál eres tú, Rory? ¿Eres una buena chica o una puta?».

El sonido de su cinturón desabrochándose y luego de su bragueta abriéndose hizo que mi

ritmo cardíaco se acelerara. Intenté escaparme, pero él me inmovilizó con más fuerza contra el escritorio. Cuando empujó por detrás, su polla rozó toda la parte exterior de mi muslo. Cerré los ojos con fuerza porque no quería ver ninguna parte de él. Se había desabrochado los pantalones y ahora se estaba apretando la polla con el puño. Lo que fuera que planeaba hacer, ya fuera follarme o simplemente meterme miedo, no había nada que yo pudiera hacer para detenerlo. Si gritaba, nadie vendría a ayudarme.

Me agarré al borde del escritorio e hice lo mejor que pude para bloquear los gruñidos que hacía cada vez que su erección frotaba mi piel. Mis ojos se abrieron cuando finalmente entendí lo que estaba pasando. Se estaba masturbando, sobre mi trasero, como si yo ni siquiera estuviera aquí. Un gemido escapó de sus labios mientras se acercaba a mí, clavando su codo más profundamente en mi columna para mantenerme en mi lugar.

No tenía ninguna duda de que esta era la idea de Angelo de hacer lo correcto. Pero fue humillante. ¿No se daba cuenta de eso? Por un segundo, pensé en lo que pasaría si mis padres irrumpieran ahora mismo. Pero luego me di cuenta de que eso nunca sucedería. Mamá nos envió aquí para que él hiciera esto. Ella lo sabía. Y, por supuesto, papá también lo sabía. ¿Por qué si no estaría fuera de casa ahora mismo?

Los ruidos húmedos y lascivos que hacía su mano cada vez que se bombeaba aumentaron de ritmo. Siguió así, usándome como apoyo, más que cualquier otra cosa en este punto, como un puto mueble.

Pensé que, si me quedaba muy quieta, él no intentaría metérmelo. En verdad, estaba tan aturdida por el giro de los acontecimientos que no podía moverme de ninguna manera. Con la boca abierta, me quedé mirando nuestra foto familiar en el escritorio de papá mientras esperaba que Angelo terminara. No recordaba dónde había sido tomada la foto. Todos parecíamos mucho más jóvenes, así que tenía que ser antes de que perdiéramos nuestra casa en Las Vegas. Antes, mamá había tenido que salvarnos dejando que el jefe de papá se la follara en el motel donde vivimos durante meses. Odiaba la expresión de mi rostro, tan ingenua y llena de esperanza.

La chica de esa foto ya no estaba. Nunca iba a librarme del control de papá y de sus malos negocios. Sin embargo, esta vez le había ido bien. Había conseguido quince mil dólares para mamá en Las Vegas. Yo, había recibido un millón. Eso era lo que valía su hija.

«Ah», hice una mueca y apreté los labios para mantenerme en silencio mientras Angelo me empujaba contra el escritorio otra vez.

«Oh, joder». Usó su mano libre para levantar mi falda aún más y quitar mi ropa interior del camino.

Hilos de algo húmedo y cálido pintaron mi trasero mientras Angelo hacía sonidos guturales, aguantando su orgasmo. Jadeó y dio un paso atrás. Solo podía imaginar que estaba admirando su obra. ¿Había terminado? Mi labio tembló una vez, luego, lo hizo todo mi cuerpo.

«No tienes que tenerme miedo», me agarró del codo y tiró de mí para ponerme de pie. «Ve a prepararte para la cena. Saldremos en quince minutos».

No podía mirarlo. No quería ver la satisfacción en sus ojos. No quería escuchar palabras amables de él. Cuando me alejé, me sorprendió que mis piernas pudieran moverse nuevamente. Las lágrimas llenaron mis ojos y luego salí corriendo. Mientras corría por el pasillo hacia mi habitación, el aire fresco rozó mi trasero desnudo y me recordó el semen que me había dejado, como un perro marcando su territorio.

Cuando llegué a mi suite, cerré la puerta detrás de mí y fui directamente a la ducha. Abrí el agua y entré antes de que estuviera lo suficientemente caliente, antes de siquiera pensar en quitarme el uniforme escolar. Todo lo que quería hacer era quitarme su hedor.

Estuve bajo la regadera durante unos buenos cinco minutos. Cuando dejé de temblar, lentamente comencé a quitarme la ropa. Usé mucho gel de baño y me froté el trasero hasta que sentí la piel en carne viva. Odiaba a papá y a mamá por hacerme esto, por traer a alguien como Angelo a mi vida.

¿Cómo diablos se suponía que iba a pasar mi vida con alguien a quien no amaba, alguien a quien no podía soportar, alguien que no era Enzo?

“La vida es sufrimiento”. Las palabras de Enzo resonaban en mi cabeza. “Creo que eso es lo que ha estado tratando de enseñarme. La única manera de ganar es contraatacando”.

CAPÍTULO 39

Entonces, cástate conmigo

AURORA

Papá nos alcanzó en el restaurante. Faltando solo cinco días para la boda, mamá y papá tenían prisa por finalizar el contrato. Querían asegurarse de que el dinero y la casa estuvieran a mi nombre y que la transferencia se hubiera realizado. El propósito de la cena era terminar con todo el papeleo. Claro, podríamos haber ido a la oficina del bufete de abogados, pero estaba segura de que eso incomodaba a papá. Eso era lo que pasaba con todas las cosas ilegales. Si las adornabas elegantemente, no parecían tan feas.

El caviar y el champaña en nuestra mesa hicieron que todos pasaran por alto el hecho de que yo iba a recibir un millón de dólares y una casa para casarme con un chico al que apenas conocía y que él estaba dispuesto a pagar esa cantidad para, como él mismo decía, comerse mi cereza.

Miré mi teléfono ubicado en mi regazo, escondido en la tela fluida de mi vestido de coctel. Aún no había mensajes de texto de Enzo. En ese punto, estaba cien por ciento segura de que me estaba ignorando. Aunque en el fondo de mi cabeza quería creer que estaba ocupado con su padre, que su silencio no tenía nada que ver con nosotros.

«Srita. Vitali, si gusta, por favor», el elegante abogado que Angelo me había presentado cuando llegamos señaló los papeles que tenía delante.

Inspiré y miré a mamá. Me había distraído durante los últimos cinco minutos y me perdí gran parte de su conversación. Pero no me importaba por qué estábamos aquí. Yo no era la virgen que Angelo quería. Y seguro que no tenía planes de seguir adelante con esta ridícula boda. Incluso, si Enzo ya no quisiera huir conmigo, yo no me quedaría.

Hoy había tenido una buena idea de cómo sería mi vida con Angelo una vez que nos casáramos. Preferiría morir antes que pasar un solo día con él. Mamá también demostraba que no le importaba mi bienestar. Me había dejado sola con Angelo, sabiendo lo que podía hacerme. Ella permitió que sucediera porque servía a sus planes. Si Don Alfera perseguía a mis padres porque yo no cumplía mi parte del trato, sería culpa de ellos, no mía. No les debía nada.

«Rory, necesitan que firmes. Para demostrar que lo entiendes», mamá le sonrió cortésmente al abogado.

Pensé en el contrato que firmé durante el verano cuando nos mudamos al Upper East Side. La Signora Vittoria me hizo firmar un acuerdo de confidencialidad. Tenía claro que los términos no eran negociables y no podían romperse.

“No hay un lugar en el mundo donde nuestra organización no los encuentre a ti o a tu familia, si alguno de ustedes decide traicionarnos”.

Ella era mi dueña. Y ahora, Angelo también lo sería.

Pasé la página y sonreí. Durante meses, Donata y yo habíamos estado intentando conseguir ese contrato de boda. Lo que daría por mostrárselo ahora mismo, que ella lo revisara y me dijera que todo iba a estar bien. Hojeé la jerga legal hasta llegar a la página donde decía claramente lo que Angelo esperaba de mí. Sí, quería una esposa virgen. Eso lo sabíamos. Pero él también quería tener hijos.

Levanté la cabeza de golpe para mirar a mamá, pero ella ni siquiera me reconoció mientras untaba caviar sobre una tostada. Luego me volví hacia papá. Estaba ocupado hablando con Angelo. ¿Por qué seguía intentando comunicarme con ellos? Nunca iban a cambiar de opinión.

Desvié la mirada hacia la puerta y mi estómago dio un salto mortal. Enzo. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Escaneé rápidamente a las personas en la mesa antes de volver a mirar en dirección a Enzo. Me guiñó un ojo y caminó hacia la barra, donde una rubia alta lo esperaba.

Sonreí.

Enzo no me había estado ignorando. Todavía me quería. Estaba aquí por mí. Me aclaré la garganta. «Necesito ir a refrescarme».

«Por supuesto, cariño», mamá lanzó una mirada al contrato. Su sonrisa se desvaneció cuando notó que todavía no lo había firmado. ¿Por qué necesitaban mi firma? Ya estaban forzándome a aceptar este matrimonio. ¿Qué importaba? ¿Sería para aliviar su conciencia? «Toma tu tiempo».

Asentí y lentamente me puse de pie. Cuando Angelo no me detuvo, prácticamente salí corriendo al baño. Con el corazón latiendo con fuerza, pasé por el bar donde Enzo y Donata estaban sentados cautivados conversando. Desearía tener su talento para este tipo de cosas. Angelo era un mafioso despiadado. Incluso si Donata y Enzo fueran miembros de la realeza, aún podrían resultar heridos. Tenían que saberlo y, aun así, no les importaba.

Se sentaron allí como dos superhéroes a los que no se podía tocar.

La puerta del baño se cerró lentamente detrás de mí. Exhalé ruidosamente mientras revisaba cada puesto para asegurarme de que estaba sola. El lugar era ideal para una reunión clandestina con sus luces tenues, tonos rojos detrás de los espejos y una acogedora sala de estar cerca de la entrada. Me concentré en el arte elegante y la música suave mientras caminaba de un lado a otro. En la tercera ronda, vi el reflejo de Enzo en el espejo.

Por un momento, me quedé helada porque no estaba segura de si realmente era él. O simplemente una ilusión. Era increíblemente hermoso. Y era mío. Como si yo fuera suya.

Soltando un suspiro, me di la vuelta, esperando que desapareciera. «Realmente estás aquí».

«Te seguí», dio un solo paso hacia mí. «Pasé por tu apartamento cuando iban saliendo», él hizo una mueca.

Sin duda vio cómo Angelo me había tocado con sus manos mientras me conducía a su camioneta.

«Enzo».

«No importa», cerró el espacio entre nosotros y me besó. «Solo necesito unos días más. Lo prometo», susurró entre besos.

«Tengo tanto que contarte», deslicé mi mano debajo de su camisa, sintiendo sus abdominales tonificados y su piel suave.

«Yo también», acunó mi cara y pasó su lengua por mis labios.

Habíamos estado juntos esta mañana, pero ahora mismo parecía como si nuestro tiempo en su habitación hubiera ocurrido hace meses. Lo necesitaba. Necesitaba estar con él. «Te deseo», pasé mis dedos por su cabello, esperando que entendiera lo que quería decir.

«¿Aquí?», él se rió besando mi mejilla. «No podemos arriesgarnos a que nos vean juntos. Es

lo único que tenemos a nuestro favor en este momento».

«Sí, lo sé». Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos y concentrarme. «Oye».

«¿Qué pasa?», buscaba mis ojos. Las líneas entre sus cejas se hicieron más profundas por la preocupación. «¿Acaso él...?».

Su pregunta quedó en el aire. ¿Por qué iría allí? ¿Porque estaba pensando en lo que hizo Angelo en la oficina de papá? ¿Estaba escrito en toda mi cara: la vergüenza, la ira, la sensación de impotencia? No podía decírselo. Enzo ya no podía hacer nada al respecto.

«No». Pasé una mano por mi cabello, evitando su mirada. Técnicamente, no estaba mintiendo. Angelo no me había obligado a hacerlo. Solo me usó para liberarse. «Solo quiero decir que Angelo tiene planes para este fin de semana».

«¿Qué está planeando? ¿Descubriste adónde te llevará después de la boda?».

«Sí, los Hamptons. Me compró una casa allí. ¿Recuerdas la escritura que vimos en su oficina? ¿El dinero? Eso era todo para mí».

«Lo sé», me atrajo hacia él hasta que mi cabeza descansó sobre su pecho. «Donata recibió una copia del contrato. ¿Así que no habrá luna de miel?».

«Bueno, no de inmediato, de cualquier manera», lo miré. «Si él tiene un pasaporte para mí, ¿por qué no salir del país de inmediato y comenzar este supuesto matrimonio? ¿Por qué espera unos días en los Hamptons precisamente? ¿No hace frío allí?».

«Sí, es posible que nieve este fin de semana. Mmm. ¿Qué planea hacer? Quiero decir, aparte de lo obvio», besó mi frente, abrazándome fuerte. «Si me casara contigo, me gustaría llegar a la consumación lo antes posible».

«No quiero casarme con él, Enzo. Por favor».

«Entonces, cástate conmigo».

«¿Qué?», tropecé hacia atrás. «No puedes hablar en serio».

«¿Parece que no hablo en serio?», la intensidad en sus ojos oscuros me hizo dar un paso más lejos de él.

En un instante, una vida como esposa de Enzo pasó por mi mente. Me vi en su casa, en su cama y en sus brazos. Siempre. Mis ojos se llenaron de lágrimas porque ese era el tipo de fantasías que nunca me permitía tener. Por un lado, éramos demasiado jóvenes para casarnos. Pero también porque era Enzo Alfera, el futuro rey. Yo era una don nadie.

Negué con la cabeza.

«Él no puede casarse contigo si estás casada conmigo». Sus rasgos se suavizaron como si la idea de una vida conmigo le agradara.

¿Cómo era esto posible? «¿Tanto me amas?».

«Más de lo que crees», exhaló ruidosamente y luego dijo con los dientes apretados, «no soporto la idea de que seas suya. La idea de que esté ahí fuera comiendo caviar, bebiendo champaña y pensando en ti como suya me está matando».

«Rory, ve a lavarte las manos», Donata irrumpió en el baño y agarró a Enzo del brazo. «Él viene hacia aquí».

«Mierda», Enzo se dirigió hacia la puerta.

«No, no tenemos tiempo para eso», ella lo llevó a uno de los cubículos.

Me quedé allí en medio de la habitación, buscando una salida. Al final hice lo que dijo Donata. Corrí hacia el fregadero y abrí el agua. El frescor calmó un poco mis nervios. Cuando Angelo apareció en el umbral, ya no temblaba.

«¿Por qué diablos estás tardando tanto? Tu comida se está enfriando», me chasqueó los dedos. «Vamos».

Corrí hacia él principalmente porque no quería que dijera nada más, nada que pudiera irritar a Enzo. Ambos estábamos al borde del abismo. Cuando pasé junto a Angelo, me agarró del codo y luego se tomó otro segundo para escanear los cubículos y el área de descanso.

Mi corazón se aceleró de nuevo. Esbocé una sonrisa, esperando que eso aliviara lo suficiente el intenso bombeo en mi pecho, y que él no sintiera mi pulso, que no viera lo asustada que estaba. Cuando finalmente dejó que la puerta se cerrara, solté un suspiro.

«No me siento bien», y esa era la verdad. Toda la noche había tenido ganas de vomitar.

«La cena aún no ha terminado», me acompañó a mi asiento.

Papá me miró con el tenedor a medio camino de la boca. «Asegúrate de terminar tu filete. Te estás volviendo demasiado flaca».

Apreté los dientes. Abrí la boca para decirle lo que podía hacer con sus preocupaciones paternas, pero entonces vi una cabeza rubia acercándose a la puerta principal y toda mi ira desapareció. No habíamos podido discutir nuestro plan de escapada. Pero saber que Enzo y sus amigos estaban ahí afuera cuidándome hizo que toda la cena fuera menos jodida.

«Se ve delicioso, papá».

«Ella no necesita comerlo todo», Angelo se acercó a la mesa para acariciar mi mejilla. «Su cuerpo me parece bien».

Durante el resto de la comida, me senté allí y fingí escuchar su conversación. Mamá, más o menos, hizo lo mismo. Habló varias veces para agradecer a Angelo su generosidad y decirle lo feliz que estaba de que ahora todos fuéramos una gran familia.

Las palabras de mamá hicieron que el abogado volviera a preguntar sobre el contrato. Ya no me preocupé más por eso porque no importaba. Podría firmar un millón de contratos y aún así eso no me impediría huir con Enzo.

«Una gran familia feliz», cogí el bolígrafo que tenía delante y firmé.

Tan pronto como lo hice, el abogado tomó los papeles, los metió en su carpeta y luego se disculpó. Si hubiera sabido que la cena terminaría tan pronto como firmé, lo habría hecho mucho antes.

«Me divertí esta noche», Angelo me lanzó una mirada significativa, como si ahora compartiéramos secretos como una pareja real. «Pero tengo mucho que hacer mañana. Trabajo», levantó la mano para llamar la atención del mesero y luego pidió la cuenta.

En el camino de regreso a casa, Angelo me dejó sentarme entre mamá y papá. Me alegré porque no podía soportar estar cerca de él ni un segundo más. Sin embargo, una vez que la camioneta llegó a nuestro edificio, bajó, abrió la puerta y me sacó del auto. Sus dedos se clavaron en mi cadera mientras me acercaba a su cuerpo.

«Tan caballero», mamá me sonrió y luego miró a Angelo, como si fuera un gran héroe por acompañarnos hasta el vestíbulo. «Gracias de nuevo por la cena. Rory se lo pasó genial».

«Fue un placer», él asintió, manteniendo su mirada en mí. «Te veo mañana».

«¿Por qué?», me aclaré la garganta. «Quiero decir, tengo un proyecto escolar pendiente. Tengo que quedarme hasta tarde».

«También tenemos que ir de compras. La gala navideña es este viernes», añadió mamá.

Angelo me miró fijamente, como si intentara decidir qué hacer. Faltaban solo unos días para la boda. ¿Estaba planeando masturbarse conmigo en la habitación hasta entonces? El azul de sus ojos se atenuó a medida que sus pupilas se dilataban. Tuve la sensación de que estaba pensando en eso.

«¿Te unes a nosotros a tomar una copa?», preguntó papá.

«Puedo tener un poco más de paciencia», Angelo miró fijamente a papá y luego se fue

furioso.

Giré sobre mis talones y corrí hacia el ascensor. Mamá y papá se quedaron en el vestíbulo. Sus peleas fueron lo último que escuché cuando las puertas se cerraron. Entumecida, subí las escaleras y fui directo al baño. No sabía cuántas duchas necesitaría para quitar el toque de Angelo de mi piel; más de dos, seguro. Dejé correr el agua caliente, me quité el vestido y luego entré.

Mis músculos tensos se relajaron bajo el cálido rocío. Y entonces vinieron las lágrimas. En ese momento, no tenía ningún evento específico en mente por el cual llorar; los sollozos simplemente se sentían bien. Me froté todo el cuerpo nuevamente y luego me lavé el cabello.

Cuando ya no pude oler la colonia de Angelo, cerré el agua y agarré una toalla. Mi bata de baño no estaba donde la había dejado antes, colgada detrás de la puerta. ¿La había dejado sobre la cama y lo había olvidado?

Una ráfaga de aire frío golpeó mi cuerpo desnudo tan pronto como abrí la puerta. Con un escalofrío, salí del baño. Las luces de mi habitación estaban apagadas, aunque recordaba claramente haberlas encendido cuando entré. Mi pulso se aceleró cuando distinguí una sombra en un rincón. ¿Angelo había decidido subir a tomar una copa después de todo? Corrí hacia la puerta. Dos pasos más adelante, el extraño en mi habitación me tapó la boca con una mano y con la otra me sujetó por la cintura. Me estrellé contra su frente mientras luchaba contra él frenéticamente.

«Shh».

CAPÍTULO 40

La lograremos

ENZO

«Shh», repetí contra su oreja. «No grites. Soy yo».

Dejó de luchar contra mí y, en el siguiente latido, se derritió contra mi pecho. «Dios mío», ella se giró para mirarme. «Me asustaste hasta la muerte. Pensé...».

«¿Qué era él?».

Ella sacudió su cabeza. Tuve la sensación de que Angelo le había hecho algo. De vuelta en el restaurante, parecía desesperada por estar lejos de él. No había olvidado lo pálida que se puso cuando Donata entró para decirnos que Angelo iba camino al baño. Joder, los próximos días iban a ser un infierno para nosotros dos.

«¿Qué estás haciendo aquí?»., caminó hasta la puerta y giró la cerradura. «¿Cómo...?».

«¿Cómo entré aquí? El padre de Santino es dueño de este edificio. El portero me dejó entrar».

«¿Así nada más?».

«Resulta que estaba corto de dinero. Yo le hice la noche», le guiñé un ojo.

Entrar resultó un poco más complicado que eso, pero Aurora no necesitaba saberlo. Hasta que nos casáramos y nos alejáramos de Nueva York, ella no podía saber en qué peligro se encontraba. ¿Me odiaría por no intentar salvar a sus padres? Probablemente, pero mi esperanza era que algún día ella viera que su padre había provocado esto. Y nadie podía hacer nada para salvarlo. Acostarse con la mafia nunca terminaba bien para nadie. Stefano era solo otro peón en el tablero de ajedrez de papá.

Mi mirada recorrió su cuerpo de arriba abajo. «¿Siempre andas desnuda por tu habitación?».

«Oh». Fue a coger su bata de baño de la cama.

«No, déjala», la agarré por la cintura y la atraje hacia mí. «Me gustas así».

Tomé su pecho y levanté su pezón. Cuando tuve la brillante idea de colarme en su suite para terminar nuestra charla de antes, no pensé en lo difícil que sería estar a solas con ella y no hacer nada. Eso era lo que pasaba con Aurora. No tenía ningún control cuando ella estaba cerca. En este momento, quería enviar todos nuestros planes al infierno y enterrar mi polla profundamente dentro de ella.

Levantó su mirada azul para encontrarse con la mía. Y, joder, si ella no estuviera tan excitada como yo. Capturé su boca y la besé con fuerza, abrazándola fuerte contra mí. «Tus padres están abajo», metí mi mano entre nosotros para encontrar su coño. «Ya estás mojada».

Ella se sonrojó. «Hice todo lo que me pidieron hoy. Se sienten culpables por ello».

«¿No vendrán a llamar a la puerta?», enterré mis dedos en sus pliegues, dibujando círculos alrededor de su clítoris.

«No, no lo harán», susurró, dejando caer su cabeza sobre mi pecho.

Era adicto a su rendición, a su olor y a los pequeños sonidos que hacía cuando estaba a punto de correrse. Estaba al límite en este momento, y me encantó. La froté un poco más fuerte antes de deslizar dos dedos dentro de ella para provocar su punto G. Teníamos mucho de qué hablar. Planes que hacer para este viernes. Pero en ese momento tuve la extraña sensación de que nunca la volvería a ver. Pasarían demasiados días hasta que pudiéramos estar juntos para siempre. Si esto era todo lo que teníamos, quería que valiera la pena.

«Córrete para mí», le hablé al oído, tomando un puñado de su trasero para mantenerla en su lugar mientras trabajaba su coño mojado. «Suéltate, ángel».

«Enzo», agarró la solapa de mi chaqueta de cuero mientras empujaba mi palma.

«¿Alguna vez hiciste esto aquí?», jadeé. Se veía tan bien así. «¿Alguna vez jugaste contigo en esta habitación?».

Ella asintió.

Su piel se volvió sedosa con manchas rojas por todas partes. Estaba tan cerca. Besé la vena palpitante de su cuello. Me encantó poder hacerla sentir así. Que ella fuera un charco lascivo por mi culpa. «¿Pensabas en mí? Mientras jugabas con tu lindo coño. ¿Pensabas en mí?».

Ella acurrucó su acalorado cuerpo contra el mío, cerrando los ojos con fuerza. «Sí. Sí», ella se aferró a mí.

«Puedo verte, ángel. Toda bonita en tu cama, con las piernas abiertas para mí, fingiendo que estoy aquí mientras juegas contigo. ¿Fue así?».

Parpadeó rápidamente, como si pudiera ver claramente en su mente la imagen que acababa de pintar. A Aurora le gustaba mirar. Pero si pudiera verse a sí misma en este momento, entendería por qué estaba tan enamorado de ella. Cada vez que había estado conmigo su entrega era absoluta. Nunca había conocido a nadie como ella. Nunca nadie me hacía sentir tan importante. Ella me necesitaba.

Saqué mis dedos completamente y luego los sumergí nuevamente. Agarrando su nuca, acerqué su boca para encontrar la mía. Llegó justo a tiempo para amortiguar sus gemidos. Sus jugos gotearon por su pierna mientras se corría con fuerza en mi mano. Era tan hermosa y perfecta cuando llegó al orgasmo, cuando confiaba en mí lo suficiente como para llevarla allí.

Después de varios latidos, tomó mi muñeca y apartó mi palma de ella. «Oh». Su mirada permaneció fija en el desastre que sus jugos habían dejado en el suelo. «No sabía que eso podría pasar».

«Nunca lo había visto suceder en persona», me reí. «Y eso me está poniendo muy duro».

La acompañé hacia la cama. Cuando la parte posterior de sus rodillas tocó el borde del colchón, la levanté por la cintura y la dejé caer sobre las sábanas. Ella se rió mientras me veía quitarme la ropa. Fue un verdadero milagro que hubiera durado tanto tiempo. Si no encontraba la liberación pronto, iba a explotar.

Empujando sus rodillas hacia abajo, acomodé mis caderas entre sus muslos y me hundí en ella. «Mierda», el arrastre de sus paredes resbaladizas sobre mi pene me hizo gemir.

«Shh», ella tomó mis mejillas y luego presionó sus labios contra los míos.

Bombeé dentro de ella, memorizando la sensación de su cuerpo debajo del mío, su piel suave y sus manos sobre mí. Quería esto para nosotros. Para siempre. Dentro de unos días, ella sería toda mía. Ese solo pensamiento me llevó más allá del límite. La chispa habitual se encendió en mi ombligo y luego no pude hacer nada para detenerla. La energía cruda revoloteó a través de mí

mientras empujaba su coño, llenándola con mi semen. De repente, las luces eran demasiado brillantes y mi jadeo era demasiado fuerte. La monté con fuerza hasta que se agotó todo mi clímax.

Ella me abrazó con sus piernas alrededor de mi cintura, dándome toda ella, mientras su respiración entrecortada rozaba mi oreja. Tuvo un efecto calmante y tranquilizador en mí. Me aparté de ella y me senté a su lado. «Demasiado para estar callado».

«No creo que se hayan dado cuenta. Tomaron una botella entera de vino en la cena», ella rió.

Me quedé allí por un minuto, mirando al techo. Ahora que había bajado de la nube más alta, recordé que esta noche tenía una razón muy específica para colarme en el dormitorio de Aurora. «No recibí tu respuesta antes».

Ella soltó un suspiro. «¿Una respuesta sobre qué?».

«Mi propuesta».

«Espera», se sentó. «¿Qué? Vas en serio».

Su cabello mojado estaba pegado a su mejilla mientras sus pechos estaban cubiertos por una fina capa de sudor. Carajo, tenía que concentrarme. «¿Sobre casarme contigo? Sí. Es la única manera de mantenerte a salvo». Tomé su mano y la llevé a mis labios. «Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas». Presioné su palma contra mi pecho, justo encima de mi corazón. «Y estoy desesperadamente enamorado de ti».

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Aurora, ¿te casarías conmigo?», le sonreí. «Y no me preguntes si hablo en serio. Sí o no. Esas son las únicas dos palabras que puedes decirme ahora mismo».

«Sí», ella se inclinó hacia delante y me besó. «Por supuesto que quiero casarme contigo».

«No parecía así antes». Quitó mechones de cabello mojado de su sien.

«Yo estaba en shock», me besó de nuevo. «Todo esto está sucediendo demasiado rápido».

«Lo sé. Desafortunadamente, no somos nosotros los que tomamos las decisiones aquí. Angelo lo hace. Todo lo que podemos hacer es ganarle».

«¿Casándome antes de mi boda con Angelo el sábado?», ella se sentó sobre sus tobillos.

«Exactamente».

Ya teníamos planes de escaparnos juntos este viernes. Casarnos, solo añadía una parada más a nuestro plan de salida. «Nos encontraremos en la gala navideña. Y partiremos desde ahí. Santino está trabajando para encontrar a alguien que oficie el matrimonio. Luego saldremos del país y tomaremos un avión hacia Canadá».

«Vaya, parece que lo has resuelto todo».

«He tenido toda la semana para pensar en ello. Tu respuesta era lo último que necesitaba».

«Y ahora ya la tienes», se mordió el labio y luego miró mis manos. «Angelo parece del tipo que tomaría esto como un insulto personal. No creo que nos deje en paz».

«Tienes razón, pero podemos lidiar con eso. Sigo siendo el príncipe enigmático». Esa última parte ya era una mentira. Me habían degradado a simple soldado debido a la reciente abdicación de papá. Pero todavía contaba con el apoyo de Rex. Confiaba en mis amigos. «Lo lograremos. Lo prometo».

Ella se acurrucó a mi lado. «Pensé en pedir ayuda a la Signora Vittoria. Ella parece preocuparse por mí».

«Así es como ella trabaja, Aurora. No te dejes engañar. Ella puede hacerte pensar que es tu protectora. Pero lo único que quiere es controlarte. Solo mira lo que hizo».

«¿Qué quieres decir?».

«¿De verdad crees que tu padre tiene la inteligencia para llegar a un acuerdo con Angelo?».

sacudí la cabeza y me pellizqué el puente de la nariz.

Por un momento pensé que la Signora Vittoria quería ayudar a la familia de Aurora. Tal vez la bondad finalmente la había afligido en su vejez. Pero no, eso no era lo que buscaba la Signora Vittoria. Desde el principio, consideró a Aurora como una ventaja. A través de ella lograría controlar a Angelo. Y todo porque quería que papá estuviera fuera de la escena. El día que escuchamos su conversación en el apartamento de Donata, papá trató a la Signora Vittoria como a su pequeña perra. Me sorprendió que ella lo hubiera aguantado. Incluso si papá fuera rey, la Signora Vittoria no tenía tolerancia alguna ante ese tipo de insolencia. Pero se mordió la lengua en nombre de un bien mayor.

Papá estaría para siempre fuera de la Sociedad. Angelo estaba aquí para hacerle lugar al nuevo rey. La Signora Vittoria usó a Aurora para controlar a Angelo. No sabía cómo ni qué quería la Signora Vittoria de Angelo, pero Aurora era la clave. Todo este contrato matrimonial no fue en absoluto una brillante idea de Stefano Vitali. La dama dragón había estado moviendo sus hilos desde el principio.

«¿Estás diciendo que ella lo ayudó?».

«Hay mucho más en juego aquí, Aurora».

«Dime».

«Te contaré todo», la acerqué a mí. «Cuando estemos lejos de este lugar. Te lo contaré todo».

«¿Por qué no ahora?».

«Porque eres una terrible mentirosa», intenté reír.

Sabiendo el tipo de peligro en el que estábamos, no quería que ella se asustara. Y si era honesto, no quería que ella supiera cuán bajo había caído. Mi amistad con Rex era lo único que me mantenía con vida. Si él no hubiera respondido por mí, Don Valentino habría venido por mí. Y nadie lo culparía por ello. En este momento, yo era la única persona que se interponía en el camino de su ascensión. Pero Rex sabía que yo no quería iniciar una guerra entre las familias para reclamar el lugar que me correspondía en la cabecera de la mesa. Papá lo había arrojado todo por la borda. Y estaba bien con eso.

Solo la quería a ella, a mi ángel.

«Soy perfectamente capaz de decir una mentira», ella balanceó su peso en mis brazos, frotando sus tetas por todo mi costado.

«Oh, ¿sí?, déjame preguntarte esto. ¿Angelo te folló hoy? ¿Lo intentó?».

Su rostro palideció y esa fue mi respuesta. El imbécil sí le había hecho algo hoy.

«No, no lo hizo», tragó fuerte y se retorció para alejarse de mí.

«¿Te metió la polla?».

«No», dijo con verdadera convicción en su voz.

«Entonces, ¿qué hizo?», rocé su mejilla con mis dedos. «Me lo puedes decir».

«Se masturbó sobre mí».

«Ese maldito imbécil», dije con los dientes apretados y presioné mis labios contra su frente. «En unos días, no tendrás que volver a verlo más».

«Te creo».

Me quedé en su cama hasta que su respiración se hizo más lenta y ella me soltó. Rex, Santino y Donata estaban esperando abajo. Les pedí que me dieran una hora con Aurora, para poder aliviar sus nervios y descubrir qué le había hecho Angelo. Desafortunadamente, debido a su posición con Don Valentino y su papel en el cambio de guardia, no podía tocarlo.

Con un gran peso sobre mi pecho, saqué las piernas de la cama y me senté. Dejar a Aurora era cada vez más difícil. Pero tenía que actuar con inteligencia.

«¿Adónde vas?», me alcanzó. «Quédate».

«No puedo», cambié mi peso para mirarla. «Los chicos me están esperando abajo. Pero te veré el viernes, ¿sí?».

Ella asintió. Luego se sonrojó.

El rosa en sus mejillas era un claro indicio de que estaba pensando en sexo, que estaba excitada por alguna razón. Apuesto a que ya estaba mojada. El deseo me invadió como una avalancha. Cuando pensé en cuántos días teníamos antes de que pudiéramos estar juntos nuevamente, no pude encontrar una razón para irme ahora. Incluso cuando sabía que mis amigos estaban esperando abajo.

«Te excita, ¿verdad? Saber que nuestros amigos saben lo que estamos haciendo en este mismo momento», extendí la mano y acaricié su pecho, jugando con su pezón como a ella le gustaba.

«¿Qué? No», ella dejó escapar un suspiro contenido.

«Eres una terrible mentirosa», me reí y me acerqué a ella para besar sus labios.

Acunando su cuello, profundicé el beso y la bajé conmigo, enganchando su pierna derecha sobre mi cadera. Aterrizamos sobre las almohadas con ella a horcajadas sobre mí. Mi pene se endureció al verla así, con sus tetas balanceándose frente a mí y el coño mojado que frotaba mis pelotas. Joder, la quería tomar otra vez.

Agarré sus caderas, levantándola para poder entrar en ella. Ella se abrió para mí, dejándome deslizarme. Sus ojos azules se abrieron con sorpresa. Durante un minuto más largo, se quedó quieta como si no tuviera idea de cómo habíamos llegado hasta aquí, como si no supiera qué hacer a continuación. Tomé sus nalgas y la guié para que subiera y bajara por mi eje. Ella sonrió y siguió adelante, incluso después de que la solté. Su pecho se volvió de diferentes tonos de rojo mientras observaba mi erección entrar y salir de ella. Cuando froté su clítoris, ella clavó sus uñas en mi pecho, pero su mirada permaneció en nuestra conexión.

«Te ves hermosa montando mi polla así. ¿Lo sabías?», envolví mis dedos alrededor de su delicado cuello. Sus labios se separaron. Luego moví mi pulgar de sus pliegues a su boca. Se aferró a él como si fuera la cosa más deliciosa del mundo. Cuando lo chupó hasta dejarlo limpio, lo deslicé hasta su coño nuevamente. «Pronto. Cada noche será como esta noche».

«Prométemelo», ella arrastró sus caderas hacia mí, haciéndome ver estrellas.

«Lo prometo, ángel».

CAPÍTULO 41

El lo sabe

AURORA

«Te ves hermosa, Rory», los ojos de mamá se llenaron de lágrimas de felicidad. «Angelo es muy generoso. Y considerado».

«Sí, mi *'sugar daddy'* tiene buen gusto», alisé el vestido de terciopelo azul que Angelo me había enviado esta mañana. Me las arreglé para evitarlo toda la semana con proyectos fingidos y agendas ocupadas. Pero nuestra boda era mañana. Quería asegurarse de que yo supiera que no se había ido.

«Sé agradecida», mamá alisó algunos mechones de cabello en mi peinado. «Él se preocupa por ti».

Me quedé allí y observé a mamá ocuparse del vestido, del peinado y del maquillaje. Por mucho que no estuviéramos de acuerdo en muchas cosas, ella seguía siendo mi mamá. Incluso, si lo que quería era huir con Enzo, sabía que la extrañaría. Odiaba no poder tenerlo todo. A mi familia, la escuela y a Enzo. Pero sus elecciones me llevaron a tomar esta decisión.

«Te quiero, mamá», la abracé, percibiendo su dulce perfume y su pequeño cuerpo. Quizás algún día ella vería las cosas a mi manera. Quizás algún día recuperaría a mi familia. «Me tengo que ir».

«Sí, por supuesto, cariño», se secó el rabillo del ojo. «El auto te ha estado esperando».

«Quería ver a papá antes de irme».

«Estará trabajando hasta tarde. Lo verás por la mañana», ella miró a su alrededor. «¿Ya llevas todo lo que necesitas?».

«Sí. Creo que sí».

El lunes por la noche, cuando Enzo vino a verme a mi habitación, acordamos no llevar equipaje. Se llevó un bolso donde había puesto lo esencial, un traje para escapar esta noche y una muda extra de ropa. Tenía su auto empacado y listo para partir. Mi pecho se hinchó de vértigo. Enzo y yo nos casaríamos en apenas unas horas. Donata había asegurado el lugar e incluso lo había decorado. Me envió fotografías del salón en la parte trasera de la biblioteca, decorado con flores blancas y un pasillo lleno de pétalos. Santino también había confirmado que tenía a alguien con licencia completa para realizar una ceremonia rápida. Rex sería el padrino y Donata mi dama de honor. Estábamos más preparados que nunca.

Aunque todavía no podía creer que esto estuviera sucediendo. Hace unos meses no quería salir de mi casa en Las Vegas. Ahora me iba de nuevo para empezar una nueva vida con el hombre que amaba.

Mamá me tomó un millón de fotografías mientras bajaba en ascensor y luego en el vestíbulo, que estaba decorado con luces navideñas y enormes flores de pascua. Más allá de las altas puertas dobles de cristal, las ráfagas de nieve que se arremolinaban hacían que la Quinta Avenida pareciera una tarjeta de Navidad. Con un suspiro, me volví hacia mamá y le di un último abrazo.

«Te veré pronto, mamá», lo dije en serio. Quería volver a verla algún día. Una vez que Enzo se convirtiera en rey, encontraría una manera de traernos a casa.

«No te quedes despierto hasta tarde», ella me despidió.

«Señorita Vitali», nuestro chofer me abrió la puerta con una sonrisa educada.

No sabía por qué pensaba que esta parte de nuestro plan de escapada sería más complicada. Enzo tenía razón. El elemento sorpresa estaba de nuestro lado. Para cuando alguien pensara en buscarnos, ya nos habríamos ido. Nunca había estado en Canadá. Un viaje por carretera con Enzo parecía un sueño hecho realidad.

El viaje hasta el recinto escolar fue más largo de lo normal. O tal vez mis nervios se estaban apoderando de mí. Pero una vez que llegamos y Donata salió a recibirme, supe que estaríamos bien.

«Ahí estás», Donata tomó mi mano y luego se inclinó. «Estamos todos listos. Esperaremos a que el baile esté en pleno apogeo en el ‘Adaline’ antes de dirigirnos a la biblioteca. Por ahora, diviértete. Enzo ya está dentro».

«¿Adónde vas tú?», pregunté una vez que entramos al comedor, que parecía un paraíso invernal.

«A revisar la comida. ¿Crees que todo esto sucede por arte de magia? Te veré en un momento» me guiñó un ojo y luego se dirigió hacia la cocina.

Me paré en el umbral, admirando la increíble decoración: las luces brillantes, la nieve artificial que caía del techo y todas las guirnaldas cubiertas de flores blancas. Al otro lado del camino, en la mesa de la realeza, vi a Enzo, Rex y Santino. Las mesas del centro de la sala habían sido retiradas para dejar espacio para el baile. No era coincidencia que la mesa de la realeza estuviera exactamente como siempre. Donata había dispuesto la habitación a su alrededor.

Mi mirada se centró en Enzo. Debería ser ilegal lucir tan sexy con esmoquin. Me dedicó una sonrisa que derritió mi corazón. En el siguiente tiempo, se levantó de la mesa y vino a mi encuentro a medio camino. En el momento en que estuvo a distancia, la banda en vivo comenzó a tocar una melodía lenta.

«Estás preciosa», alcanzó mi cintura y me atrajo hacia él.

«Todos están mirando», pasé mis manos por su cabello.

«Nos iremos en unos minutos. Ya no importa», presionó su nariz contra mi cuello e inhaló. «Te extraño».

Sí, cuatro días era mucho tiempo para estar lejos de Enzo. Pero valía la pena. Mis padres y Angelo no sospechaban en absoluto de nuestros planes porque yo me quedaba en casa o en la escuela todo el tiempo.

«Yo también».

«Así que tan pronto como la pista de baile esté llena, podremos ir a la biblioteca». Me giró un par de veces y luego adoptó un paso fácil que podía seguir. Por supuesto que Enzo era un buen bailarín. Él era todo para mí. «No te estás arrepintiendo, ¿verdad?».

«Jamás. Simplemente no puedo creer que realmente estemos haciendo esto».

«No nos dejaron otra opción».

«Lo sé».

Cinco minutos después de la canción, las parejas se dirigieron a la pista de baile. Antes de darme cuenta, estábamos bailando en un mar de cuerpos. Y ese era el punto. Necesitábamos volvernos invisibles, algo que era un poco imposible dado el estatus de Enzo. Pero las luces tenues y la música hicieron que todos se olvidaran de nosotros.

«¿Estás lista?», Enzo besó mi mano.

«Sí», asentí, aparentemente tranquila. Aunque tenía mil mariposas revoloteando dentro de mi vientre. «Vamos».

Enzo tomó mi mano y zigzagueó entre la multitud, hacia la entrada principal. Tan pronto como llegamos al borde de la pista de baile, mi corazón cayó hasta mi estómago como un ladrillo. La adrenalina se disparó y llevé a Enzo de regreso a la seguridad de la multitud.

«Angelo está aquí», le dije al oído. «Él no debe verme».

«No lo hará. Vayamos por la cocina», señaló en la dirección opuesta a donde estaba Angelo. Dos pasos después, se detuvo en seco. «¿Qué carajo?».

Seguí su línea de visión hacia Angelo. «¿Por qué está hablando con Brody? ¿Por qué está Brody aquí? ¿No estaba en rehabilitación, recuperándose de un accidente de esquí?».

A principios de semestre, Brody y su amigo Ian me habían agredido en el patio detrás del campanario. Brody no se metió en problemas por eso, pero la Signora Vittoria se aseguró de que mantuviera la boca cerrada sobre lo que pasó conmigo. Ella me ayudó a mantener intacta mi reputación en la escuela porque no quería que el contrato matrimonial con Angelo fracasara. Fui estúpida al pensar que ella me ayudaba porque le importaba.

Pero ahora la pregunta era, ¿Brody se quedaría callado? Tenía que saber que su accidente de esquí no había sido eso, sino que la Signora Vittoria lo había hecho para darle una lección. Por supuesto que no necesitaba contarle a Angelo cómo casi me hizo chupárselo. Todo lo que tendría que hacer para arruinarme las cosas era decirle a Angelo que Enzo y yo nos habíamos estado viendo e incluso nos habíamos besado delante de toda la escuela hace unas semanas.

Ni siquiera quería pensar qué haría Angelo si se enteraba de Enzo y de mí. Definitivamente detendría la boda de esta noche. ¿Y luego qué? ¿Qué me haría? ¿Y a Enzo?

«Supongo que está completamente recuperado», Enzo miró hacia la mesa de la realeza. Rex y Santino todavía estaban allí. «Pasa por la cocina. Te veré en la biblioteca».

«Me quedaré contigo».

«No, si Angelo te ve, no te dejará ir. Anda, ve. Nos aseguraremos de que Brody mantenga la boca cerrada», me acompañó más allá de la fuente de refrescos y luego hasta el pequeño pasillo que conducía a la cocina. «Encuentra a Mollie. Ella te ayudará a encontrar el camino».

«Te amo», besé sus labios.

«Yo también», abrió la puerta y me hizo pasar.

El lugar era un caos con los preparativos de la cena, lo cual era bueno, porque nadie se inmutó cuando me vieron corriendo a través de la fila de estufas y estaciones de preparación. Con el corazón latiendo con fuerza, seguí las señales de salida. Cuando llegué a la parte trasera del edificio, abrí la puerta con el hombro y encontré a Mollie tomando un descanso para fumar. Ya no necesitaba ayuda para encontrar mi camino. Pero de todos modos me detuve para hablar con ella, en caso de que Enzo viniera a buscarme.

«Hola, Mollie», miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solas.

«Hola, desamparada», dio una larga calada a su cigarrillo y luego exhaló una nube de humo blanco.

«Si Enzo viene a buscarme, ¿podrías decirle que lo estoy esperando en la biblioteca?».

«Seguro», se encogió de hombros.

«Gracias», salí corriendo.

Con tacones no podía ir tan rápido, pero era algo. Antes de llegar a los escalones, recibí un mensaje de texto. Con manos temblorosas, me detuve para sacar mi teléfono del bolsillo de mi vestido.

Enzo: él lo sabe

Yo: ¿y ahora qué?

Enzo: espérame en el salón.

Yo: apúrate

Entré a la biblioteca y corrí hacia la trastienda. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Donata había hecho un hermoso trabajo al convertir el lugar en una mini capilla para bodas. Mi única esperanza ahora era que Enzo pudiera llegar pronto. Por supuesto, mi cerebro evocó un montón de escenarios en los que Enzo y Angelo se peleaban. ¿Y si Angelo trajera un arma? ¿Por qué lo haría si estaba aquí por un baile escolar, para espiarme?

«Vamos, Enzo. ¿Dónde estás? ¿Dónde están todos? Caminé a lo largo de la habitación, agarrando con fuerza mi teléfono, esperando noticias.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió. Cuando me giré, me encontré cara a cara con Angelo. Él estaba solo. ¿Eso significaba que Enzo estaba a salvo? ¿O había resultado herido en algún lugar del recinto escolar? Abrí la boca para preguntar qué había hecho. Pero pensé que eso empeoraría las cosas para mí.

«¿Qué pasa?».

«Putá», prácticamente escupió la palabra y luego cerró la puerta de golpe. «Al principio pensé que tu amigo Brody estaba mintiendo porque estaba celoso, porque yo había encontrado una virgen. Puedo ver que te desea. Pero ahora lo entiendo. Me estaba diciendo la verdad». Hizo un gesto hacia las flores y el corredor del pasillo. «Te vas a casar con el chico Alfera. ¿De verdad pensaste que podrías hacerme quedar en ridículo de esa manera?».

«Puedo explicarlo», las palabras se derramaron, pero eso era todo. No tenía nada más que decir. Todo lo que había dicho era la verdad.

Se acercó mientras se desabrochaba el cinturón. «Quería tratarte bien, pero eres como las demás. Acostándote por ahí como una puta. Él no es nada. ¿No sabes eso?».

En el siguiente suspiro, jaló su hebilla. Fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar en lo que estaba haciendo. Me empujó contra el escritorio y me golpeó en la espalda. El impacto del asalto me congeló en el lugar. Dolía, pero la tela de terciopelo proporcionaba cierta protección. Me golpeó de nuevo, luego dos veces más.

Cuando arrojó el cinturón a un lado, solté un suspiro. En el fondo, esperaba que ese fuera el final de su perorata. Pero sabía que algo peor se avecinaba. Entonces lo escuché, se bajó la cremallera y luego el pantalón. Hace unos días, una cosa le había impedido tomar lo que pensaba que era suyo. Angelo había tenido la idea de que quería hacer lo correcto conmigo. Gracias a Brody, todo eso desaparecía.

Corrí hacia la puerta, pero él me agarró del pelo y luego me empujó boca abajo sobre el sofá. Con su rodilla en mi espalda baja, me levantó el vestido. Mi cerebro tardó en darse cuenta. Tal vez estaba en shock, o tal vez todavía me negaba a creer que los hombres pudieran ser tan malvados. En su opinión, le debía sexo. Ese era su plan en este momento. Antes, no peleaba con él cuando estábamos en la oficina de papá, porque mantener en secreto mi relación con Enzo era más importante. Pero ahora, finalmente, todas las cartas estaban sobre la mesa. Y ya no tuve que fingir delante de él.

Mientras se colocaba entre mis piernas, agarré el jarrón de flores que había en la mesa

auxiliar, torcí mi cuerpo y le golpeé la cabeza. El cristal no se rompió. Entonces lo golpeé de nuevo. Sus ojos ya se habían quedado en blanco, como si se hubiera desmayado, pero su cuerpo aún no se había dado cuenta. Sabía que debía parar, pero no podía. Incluso con toda la sangre por todas partes, no podía detenerme. Le golpeé el jarrón en la cabeza de nuevo y luego todo se hizo añicos.

Cuando Enzo y sus amigos irrumpieron, Angelo estaba en el sofá inconsciente y cubierto de fragmentos. Yo estaba al otro lado de la habitación, con la sangre de Angelo manchada en mi vestido. «Él me atacó», dije cuando entraron. Sus ojos se abrieron como si me tuvieran miedo o sospecharan que hubiera perdido la cabeza.

«Por supuesto que sí», Enzo corrió a mi lado y me ayudó a levantarme. «Lamento mucho no haber llegado aquí antes. Brody empezó una pelea conmigo. No me di cuenta de que todo era una distracción, para que Angelo pudiera llegar hasta ti hasta que Mollie me envió un mensaje para decirme que Angelo iba detrás de ti».

«¿Cómo supo siquiera dónde estaba?».

«Él te siguió. Mollie lo vio. Por eso me envió un mensaje de texto». La mirada de Enzo se posó en el cinturón en el suelo y luego tocó con sus dedos los puntos en carne viva de mi nuca. «¿Te lastimó?».

«No importa ahora. Sácame de aquí».

«Es una gran idea», Rex caminó hacia Angelo para tomarle el pulso. «Mierda. Por supuesto que está vivo. ¿Deberíamos atarlo? Podría darnos algo de tiempo».

«¿Con qué?», Santino apoyó las manos en las caderas. «Estamos perdiendo el tiempo. Sus hombres llegarán pronto. Estoy seguro de eso».

«Sí, vamos», Enzo me acercó a él y salimos.

Afuera, el frío del aire hizo que mis escalofríos empeoraran. Aunque el frío intenso en mi piel era mejor que las manos de Angelo o los azotes de su cinturón sobre mí. Lo que casi hizo era la menor de mis preocupaciones en este momento. Tenía que pensar en cuál sería su próximo movimiento. Porque no había manera de que me dejara libre tan fácilmente.

«Aurora», Enzo se volvió hacia mí cuando llegamos a la puerta principal. Me tomó la cara. La mirada en sus ojos envió un escalofrío por mi espalda. «Tendrás que ir con Rex».

«No. ¿Por qué? No quiero irme sin ti».

CAPÍTULO 42

Donde nadie pueda encontrarlos

AURORA

«¿Qué me perdí?», Donata corrió hacia nuestro grupo mientras Rex y Enzo hablaban por sus teléfonos, tratando de encontrar a sus choferes. Fui al salón de la biblioteca. Por favor dime que esa no era tu sangre», ella examinó mi cara y mi ropa.

«¿En resumen?», Santino la empujó hacia la pared donde estaba oscuro. «Angelo se enteró de los tortolitos. Intentó que Aurora pagara, pero ella le rompió en la cabeza uno de tus jarrones».

«Oh no, ese era de un buen cristal».

«¿Viste a Angelo?», mi ritmo cardíaco se disparó.

«No, no había nadie allí», Donata se llevó una mano a la frente.

Esto no era bueno.

«Pero, ¿dónde está él?», pregunté.

«Probablemente aún no esté despierto. De lo contrario, estaría aquí», Santino se encogió de hombros y adoptó una fachada de indiferencia. Pero por la forma en que los músculos de su cuello se tensaban bajo su camisa, me di cuenta de que estaba tan preparado y listo para luchar como Enzo. «Como sea», hizo un gesto hacia la calle. «Estamos esperando el auto de Rex. Y, además, Enzo estaba a punto de contarle todo a Aurora. Pero creo que es mejor si esperamos hasta que ella esté lejos de aquí».

«Y eso es ahora», Enzo pasó su brazo alrededor de mi cintura. «Rex te lo explicará todo. Lamento no haberlo hecho antes. Realmente», las lágrimas llenaron sus ojos mientras se inclinaba para presionar su boca contra la mía. «¿Confías en mí?».

«Sí», me reí entre dientes ante sus palabras.

«Entonces, por favor, ve con Rex. Él te lo explicará todo».

«Te amo», le rodeé el cuello con mis brazos y lo besé de nuevo.

«Yo también te amo», sonrió. «Te veré en el otro lado».

Abracé a Donata y a Santino mientras Rex me esperaba impaciente junto a su auto. Sostuve la mano de Enzo hasta que se alejó y me soltó. Mi única motivación para subirme a la camioneta con Rex era descubrir qué cosas me ocultaba Enzo y por qué se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se disculpó por no decírmelo antes.

Subí al asiento trasero. En el siguiente suspiro, los neumáticos chirriaron mientras se alejaban de la acera. Con manos temblorosas, agarré el cinturón de seguridad y busqué a tientas la hebilla.

«Aquí», Rex se acercó para ayudar, pero le aparté el brazo.

«Puedo hacerlo».

Arqueó las cejas mientras me observaba atentamente, esperando que lo hiciera bien. Cuando fallaba una y otra vez, él se acercó y me abrochó el cinturón. Su cuerpo junto al mío se sentía muy reconfortante y me recordaba mucho a Enzo. Antes de que pudiera detenerlas, las lágrimas corrieron por mis mejillas.

«Shh».

En el momento en que pasó su brazo alrededor de mis hombros, lo solté y comencé a llorar. Sí, estaba en el brillante auto de Rex Valentino, llorando a mares. Todos los planes que teníamos para esta noche habían salido mal. Lo peor era que Angelo sabía que yo no era la virgen que había comprado. Y estaba enojado. Estaba más que enojado. Estaba en pie de guerra.

«¿Atacará a mis padres por mi culpa?», pregunté entre sollozos.

Rex estiró la mano hacia el asiento delantero y agarró un paquete de pañuelos. Empezó a darme uno y luego decidió dejarme toda la caja. «Iba a hacer eso de todos modos».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Estás segura de que quieres saberlo?», miró hacia el camino delante de nosotros. «Tenemos unos treinta minutos para hablar».

«Lo estoy», parpadeé para aclarar mi visión e inhalé profundamente para calmarme. Este no era el momento de perder la cabeza. «Por favor, no te contengas. Necesito saber qué está pasando».

«Sí, lo necesitas saber», inhaló. «Michael Alfera abdicó al trono», hizo un gesto hacia sí mismo. «Mi papá ha tomado el cargo».

«No sabía que se podía hacer eso».

«No es lo ideal y ciertamente no es común. Pero durante todo el año, esto es en lo que los adultos han estado trabajando. Encontrar la manera de que el viejo Don Alfera renunciara. Angelo fue elegido personalmente por la junta para despejar los obstáculos para el nuevo rey, o sea, mi padre.

Lo miré con ojos enormes y la boca ligeramente abierta. Mi mente iba a un millón de kilómetros por hora mientras intentaba conectar los puntos. Aunque seguía volviendo a un solo detalle. «Enzo ya no es el príncipe enigmático».

«No. De hecho, ha sido degradado a soldado. Cuando se difunda la noticia, sus privilegios desaparecerán».

«¿Eso es lo que no pudo decirme?», resoplé. «Tenía miedo de que yo ya no quisiera estar con él. ¿Es por eso que estoy aquí contigo?».

«Honestamente, estoy seguro de que esa es parte de la razón. Enzo puede ser un verdadero idiota a veces. Piensa que atrae a las mujeres por lo que representa o lo que representaba, más que por quién es en realidad. Quería que te dijera que si quieres seguir con tu vida, que puedes hacerlo».

«Idiota es una palabra demasiado bonita».

«Él realmente te ama. ¿Puedo asumir que no te importan esas cosas, que él ya no sea tu príncipe enigmático?».

«Nunca me importó que fuera miembro de la realeza».

Si Enzo estuviera aquí, le diría lo que pienso. ¿Cómo podía pensar que dejaría de amarlo solo porque no sería el futuro rey de una sociedad secreta? ¿No le había demostrado mi valía? Dejé atrás a mi familia y todos mis sueños solo para estar con él. Eso debería contar para algo. Debería contar para todo.

«¿Qué más debo saber?», me limpié la nariz con un pañuelo. «¿Por qué estoy aquí contigo?».

«Porque Angelo no puede tocarme».

«Porque eres el nuevo futuro rey».

«Correcto. Estás a salvo conmigo. Estamos de camino al aeropuerto de Teterboro. Tengo un avión privado esperándonos. Volaremos a Canadá y esperaremos unos días a que Enzo nos encuentre allá. Desde allí, puedes ir a donde quieras. Casarte. Ser feliz». Tocó mi barbilla para que lo mirara. «Él merece ser feliz».

«¿Vas a volar conmigo? ¿No te estará buscando tu papá?».

«No, él confía en mí. Enzo es como un hermano para mí. Yo se lo debo», desvió su mirada hacia el parabrisas.

Si no lo supiera mejor, diría que Rex se sentía culpable. Como si le hubiera robado algo a Enzo. No sabía mucho sobre sus reglas y la dinámica entre las cinco familias originales del crimen. Pero no parecía que Rex y Enzo tuvieran elección en nada de esto. Al igual que no me dieron la opción de casarme con Angelo. Para nuestros padres, éramos solo peones en su demente tablero de ajedrez.

Un momento. ¿Qué había dicho antes sobre mis padres? *“Iba a hacer eso de todos modos”*.

«¿Que quisiste decir con eso? Con que él iba a hacer eso de todos modos». Las lágrimas volvieron a picarme los ojos porque tenía una idea bastante buena de lo que diría. Pero quería que lo dijera en voz alta. Quería escuchar las palabras. «Angelo. ¿Fue elegido a dedo?».

Asintió como si esperara que yo dedujera el resto. Cuando no pude decir las palabras, terminó por mí. «Cuando se produce una ascensión, el círculo íntimo del antiguo Don, o rey en este caso, tiene que ser eliminado. Esa es tu familia. Habrías sido eliminada tú también. Excepto que te entregaron a Angelo como regalo. Lo sedujeron con la idea de tener una novia virgen».

«No», me acerqué y toqué al chofer. «Dé la vuelta. Quiero ir a casa».

El chofer me ignoró porque estaba aquí para cumplir las órdenes de Rex, no las mías. Se encontró con la mirada de Rex. Cuando este negó con la cabeza una vez, el chofer permaneció en su carril.

«Rex, por favor. No sabía que mis padres estaban en este tipo de peligro. De haber sabido...».

Me detuve porque no sabía qué habría hecho si desde el primer día papá me hubiera explicado que mi matrimonio con Angelo significaba que toda mi familia podía vivir. «¿Por qué no me lo dijeron? Dé la vuelta», le grité al conductor. «Dé la vuelta ahora».

Golpeé mi mano en el respaldo del asiento del chofer. Cuando intenté subir al frente, Rex me agarró por la cintura. El auto se desvió unos cuantos carriles cuando jalé la manga del hombre. Apartó su brazo y continuó conduciendo, como si no tuviera a una chica loca alterada en su auto.

«Detente, Rory. Que provoques un accidente no va a cambiar nada», me abrazó con fuerza. Pateé y grité un poco más. Solo porque eso era todo lo que podía hacer. Él estaba en lo correcto. No podía ayudar a mi familia. Sus destinos quedaron sellados el día que papá aceptó mudarse a Nueva York. Rex exhaló ruidosamente en mi oído. «No te lo dijeron porque no lo sabían. Consiguieron dinero para ti y eso fue todo. Iban a morir sin importar qué. ¿Aún no has hecho los cálculos? Tu familia fue llevada al Upper East Side para morir.

«¿Por qué?», sollocé en la manga de su chaqueta de esmoquin.

«Para salvar a la familia de Penny. Su padre solía ser la mano derecha del viejo rey. Está casado con la prima de Michael. De una manera jodida, esta era la manera que tenía Michael Alfera de mantener segura a su familia extendida».

«Y sacrificar a la mía en el proceso», mi voz sonaba muy lejana.

«Pero la Signora Vittoria encontró una manera de salvarte».

Ahora todo tiene sentido. Por qué, cuando le pedí ayuda con la situación de Brody, ella intervino e hizo que todo desapareciera. Sabía que, si mi reputación se manchaba, Angelo ya no me querría. Y ella necesitaba que él me aceptara. Porque, de lo contrario, si no se casaba conmigo, tendría que matarme. Había arruinado sus planes.

«Él también me va a matar, ¿verdad?».

«No, no lo hará», Rex aflojó su fuerte control sobre mí, pero no me dejó ir. «Le prometí a mi hermano que haría todo lo que estuviera en mi poder para ayudarte. Y eso es exactamente lo que voy a hacer».

«¿Cómo?», moví mi cuerpo para enfrentarlo.

«Estás a salvo mientras estés conmigo. Volamos a Canadá. Espera a Enzo allí. Luego, irán donde nadie pueda encontrarlos. Lejos de todo esto».

Antes, cuando Enzo y yo habíamos hecho planes de huir juntos, asumí que nos esconderíamos solo por un tiempo. Unos cuantos años, hasta que todo el desastre pasara. Lo tenía todo mal. Esto nunca iba a terminar para nosotros. Angelo tenía órdenes de matar a mis padres y quién sabe a quién más. Y ahora yo estaba en su lista de objetivos.

Nunca presté mucha atención a nada de lo que me decía. Pero aun así logré conocer algunas cosas sobre él. Primero, el mundo era blanco o negro para él. Hacer o no hacer. Vivir o morir. Era meticuloso e inteligente. La rabia que vi en sus ojos después de que Brody le dijera que estaba con Enzo y que posiblemente ya no era virgen pasó por mi mente. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando me di cuenta de que Angelo nunca me dejaría marchar. Nunca me perdonaría por haberle entregado mi virginidad a Enzo.

«Él nunca dejará de buscarnos, ¿verdad?».

«No», pasó su pulgar por mi mejilla. «Es por eso que necesitas pensar mucho antes de subirme a ese avión conmigo».

Gracias a Rex, Enzo y yo teníamos un sólido plan B: huir juntos. ¿Era eso lo que quería para él? ¿Una vida en fuga? Si nos fuéramos esta noche, nunca podríamos volver a casa. Pero entonces ¿cuál era la alternativa? ¿Una vida con Angelo? Suponiendo que pudiera convencerlo de que todavía era virgen, ¿podría pasar el resto de mis días así, amando a Enzo desde lejos?

«Estoy siendo egoísta».

«Sí, lo eres. Pero Enzo también. Quizá dos errores puedan dar lugar a un acierto», se encogió de hombros.

«Estoy confundida. ¿Crees que lo que estamos haciendo es algo incorrecto, pero aún así quieres que huyamos juntos?».

«Como dije, Enzo es como mi hermano. Merece ser feliz. Incluso si está lejos de nosotros. Sin mencionar que le prometí que te mantendría a salvo».

«¿Y tú? ¿Qué quieres, Rex? ¿Estás de acuerdo con que ahora te arrojen todo esto a ti? Vi lo que le hizo a Enzo, llevar el peso del mundo sobre sus hombros solo porque un día tendría que reemplazar a su padre».

«Yo no tuve elección. No precisamente», él se rió. «Nunca la tenemos. Espero que lo entiendas ahora».

«Por eso nos vamos», miré mis manos. «¿Tú quieres ser rey? Porque no creo que Enzo alguna vez lo haya querido».

«Su padre estaba tan preocupado por evitar que sus dos mundos colapsaran que se olvidó de enseñarle a Enzo lo que somos para la Sociedad».

«¿Y tú lo sabes?».

«Sí. Creo que podemos hacer grandes cosas». Ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

«Entonces, ¿qué va a ser, ángel?», puso énfasis en la palabra ángel, el término cariñoso que Enzo usaba para mí.

Yo no era ningún ángel, ni una buena chica como pensaba Enzo. Porque cualquier otra persona en mi posición estaría pensando en hacer lo correcto.

Yo no lo hacía. No quería pensar en lo correcto.

No quería pensar en mis padres, sentados en casa, sin saber que algo terrible les esperaba. No quería pensar en lo que Enzo podría tener si se quedaba aquí. Incluso como soldado, todavía podría tener una buena vida. El futuro rey lo consideraba un hermano. Eso tenía que servir para algo.

Así que me concentré en lo único que podía ver claramente en mi cabeza. Nuestro futuro juntos, navegando por el mar Balear en su yate, como él quería.

«Quiero a Enzo».

En el momento en que pronuncié las palabras, el chofer me miró por el espejo retrovisor. Puso las luces intermitentes y redujo la velocidad. Con un fuerte estruendo, las ruedas giraron hacia las franjas rugosas, mientras intentaba averiguar qué estaba pasando. El camino por el que íbamos estaba oscuro y vacío. Pero tan pronto como apagó el motor, otros dos autos se detuvieron, uno delante de nosotros y otro detrás.

«Mierda», la voz de Rex retumbó en el auto.

Seguí su línea de visión hasta donde Angelo estaba parado bajo el resplandor circular proyectado por los faros. Uno por uno, sus hombres se le unieron. Dejé de contar cuando llegué a diez. ¿Qué importaba? No era como si pudiéramos luchar contra todos ellos. Nos superaban en número.

El chofer de Rex salió y abrió mi puerta. «Lo siento, señor Rex. Órdenes del rey».

«Me traicionaste», Rex apretó los puños.

«El rey está tratando de conservar a los amigos que tiene». El conductor frunció el ceño como si dejar a Rex en el suelo le doliera. «Él los va a necesitar».

«Rory», Rex acarició mi mejilla. «Encontraré una manera. Tú y Enzo estarán juntos. Se lo prometí. Y ahora te lo prometo a ti».

«Protégelo, Rex», lo abracé.

Angelo metió la mano y me agarró del codo. Pensé en correr. Pero, ¿qué caso tendría? Era como había dicho la Signora Vittoria, no había un lugar en este mundo donde su gente no me encontraría. Eso incluía a Angelo y su mandato de hacer espacio para el nuevo rey.

CAPÍTULO 43

El rey ha muerto

ENZO

¿Dónde diablos estaban? Aurora había salido de la escuela con Rex hace más de media hora. Ya debería haberme enviado un mensaje de texto para informarme que habían llegado a Teterboro. Habíamos acordado mantener la comunicación al mínimo, para que Angelo no sospechara que Rex nos estaba ayudando. Pero, ¿cuánto tiempo tomaba escribir un rápido mensaje para decir “ella está a salvo”?

En un abrir y cerrar de ojos, nuestros planes se habían ido a la mierda. Pero tenía que admitir que el plan B era sólido, incluso si eso significaba estar lejos de Aurora por ahora. Por mucho que odiara la idea de que Rex interpretara a su héroe, tenía razón. Gracias a papá, ahora no era más que un soldado. Y ya que Angelo sabía la verdad sobre Aurora y yo, usaría cualquier excusa para matarme.

Con Rex, tenía la oportunidad de llegar a Canadá.

Si viajara solo con Donata, podría llegar allí también. Nueva York ya no era segura para mí.

Rex no me lo había explicado, pero yo no era idiota. Don Valentino había mostrado misericordia a mi familia al dejarnos vivir. Más allá de ese gesto, no se le pidió que hiciera mucho más.

El nuevo rey dormiría mejor por las noches si yo no estuviera vivo. Si papá o yo alguna vez hiciéramos algo que pusiera en peligro su asiento a la cabecera de la mesa, Don Valentino no tendría reparos en pedir nuestras cabezas.

Mi mirada se dirigió al reloj sobre la repisa de la chimenea y luego a la pantalla de mi computadora portátil, mientras caminaba a lo largo de la sala de estar. Mierda. Cinco días sin ver a Aurora iban a ser un infierno. Esperaba estar casado con ella ya. Pero mientras estuviera fuera del país esa noche, no tendría que volver a ver a Angelo nunca más... y mucho menos casarse con él mañana.

La semana próxima, a esta hora, seríamos marido y mujer. Claro, estaríamos huyendo, escondiéndonos, pero no me importaba. Solo quería estar con ella. Por extraño que pareciera, después de todo este tiempo, ni siquiera podía decir que extrañaría este lugar. Desde que mamá se había ido, mi vida aquí había estado llena de dolor.

Me senté en el sofá y revisé la señal de seguridad en mi pantalla. Los hombres que me siguieron a casa todavía hacían guardia abajo. No tenía ninguna duda de que estaban aquí por orden de Angelo. Papá ya no era rey. Ya no contaba con un equipo a su disposición, lo que significaba que no podían seguirme.

Papá todavía no se había tomado el tiempo de explicarme cómo había logrado convencer a los otros Don para que lo dejaran irse. O por qué había decidido abandonar la Sociedad, por qué me había engañado, haciéndome creer que algún día sería rey.

Mamá odiaba este mundo mafioso y lo que le hacía a papá. ¿Era posible que él estuviera haciendo esto por ella? Ese había sido mi pensamiento inicial. Pero si esa fuera su única motivación para abdicar, significaría que papá era un marido medio decente. Y sabía a ciencia cierta que no lo era. Cualquiera que fuera su razón, ya no importaba porque ya casi me había ido.

Pasaron otros cinco minutos. No podía quedarme aquí y esperar noticias. Saqué mi teléfono del bolsillo interior de mi chaqueta y llamé a Rex. El teléfono sonó y sonó, sin correo de voz ni Rex. ¿Qué carajo?

Me puse de pie. Cuando me volví, me encontré cara a cara con papá. Tenía la misma mirada enloquecida que tenía el día que mató a todo un equipo delante de mí. Fue como si no me reconociera. Estoy seguro de que no entendía esta versión de él. Papá había perdido oficialmente la cabeza.

La sangre acumulada entre sus dedos me hizo retroceder un par de pasos. Pensé en el día en los muelles. Después de matar a esos hombres, se fue con Angelo, sin duda para cumplir con su parte del trato que hizo con el nuevo rey. Papá y Angelo tenían una oscura misión: matar a todos los miembros del círculo íntimo de papá. Ese era el precio que había acordado pagar para mantenernos con vida al resto de nosotros.

«¿Dónde está mamá?», pregunté, no solo para que se reaccionara, sino también para recordarle que todavía tenía una familia que cuidar.

«En casa».

«¿Qué estás haciendo aquí?».

«Vine por ti». Se pasó una mano por el pelo. «Recoge tus cosas. Te mudarás a Brooklyn con nosotros».

Al diablo con eso.

«No», me mantuve firme. «No voy a ir a ninguna parte contigo».

«Este siempre fue el plan. ¿No lo entiendes? Nunca ibas a ser rey». Tenía que hacer que pareciera que todo era culpa mía, pero no podía culparme a mí. Ya había terminado de ser su saco de boxeo. Se encontró con mi mirada. «Tu madre quiere una familia normal. Y eso es exactamente lo que obtendrá. Quiere que estés en casa para las vacaciones».

Hice una mueca porque no había pensado en cómo se sentiría mamá si no regresaba a casa para Navidad, pero ella tenía que entender que esto que tenía con papá no era real. No era un padre devoto ni un marido cariñoso. Incluso si ya no era un mafioso, seguía siendo un criminal, un asesino. Eso era lo que era.

«¿Realmente dejaste la Sociedad por mamá?».

«Sí, le hice una promesa. Hace tantos años. Este soy yo cumpliendo esa promesa».

Tragué fuerte intentando no pensar en Aurora y su familia. Había muchas posibilidades de que la sangre en las manos de papá perteneciera a sus padres. ¿Mamá tenía idea de cuántas personas tuvieron que morir porque él le había hecho una promesa?

Cerró los ojos con fuerza y se secó la mejilla. Cuando los volvió a abrir, se desabrochó el cinturón. Este era el ciclo de papá, pasaba tiempo haciéndose el buen marido. Solo para sucumbir a su necesidad de ser este monstruo. Entonces aparecía la culpa porque realmente quería ser un mejor hombre para mamá. Lo mataba saber que ella no podía aceptarlo tal como era y quién era.

La ira brilló en sus ojos. Odiaba que mamá le obligara a hacer esto. Así que ahora él me necesitaba. Necesitaba alivio, un lugar donde descargar toda su ira.

«No viniste aquí porque quisieras llevarme a casa. Estás enojado con ella». Apunté con mi barbilla a sus manos ensangrentadas, apretando su cinturón con fuerza.

Lo levantó por encima de su cabeza y lo bajó sobre mi pecho.

«Dije que no», cogí el extremo de la correa.

Me lanzó una mirada fulminante y tiró de la hebilla. Me acerqué a él y enrosqué el cuero alrededor de mi puño. Luego tiré con tanta fuerza que no tuvo más remedio que soltarlo. Sabía que, si peleaba conmigo, perdería. Todo este tiempo dejé que me usara porque él era nuestro rey. Porque era el hombre más poderoso que conocía. Ahora él no era nadie. Éramos iguales.

«Esto no es lo que mamá quería de ti. Ella es tan ciega como tú. Todos pueden ver que nunca serás el tipo de hombre que ella cree que puedes ser».

«¡Cómo te atreves!».

«Mírate a ti mismo», levanté la voz. La adrenalina me recorrió mientras intentaba controlar el dolor y la frustración que salían a la superficie. «No eres nada más que un criminal».

Arrojé el cinturón a un lado y me dirigí hacia la puerta. Si me quedaba, si me rebajaba a su nivel, no sería mejor que él. Porque todo lo que quería hacer era devolver el golpe y aliviar la presión en mi pecho, encontrar alivio.

«No te atrevas a darme la espalda, muchacho».

Sus pasos se movieron rápidamente por el suelo. Me di la vuelta a tiempo para encontrarme con la lamida de su cinturón. Puntos rojos flotaron frente a mí mientras el dolor atravesaba mi mejilla. Le di un puñetazo, luego una y otra vez. La sorpresa en sus ojos tenía que coincidir con la mía. No había sido mi intención romperle la mandíbula. No había sido mi intención pegarle en absoluto. Pero ahora que había empezado, no podía encontrar una razón para parar.

Cayó hacia atrás y aterrizó con un ruido sordo. Su labio y nariz rotos sangraban profusamente y añadió una capa de sangre fresca a sus manos. Eso me hizo detenerme. Verlo tan vulnerable, mirándome con miedo real en sus ojos.

El rey ha muerto.

«Vete a casa, papá. Hemos terminado aquí».

Bajé las escaleras mientras mi mente mostraba más imágenes de papá, ensangrentado y derrotado. No importaba si los hombres de Angelo me seguían. Lo único que quería hacer era subir a mi moto y olvidarme de papá.

En el garaje, me subí a mi moto y salí a toda velocidad del estacionamiento. El aire frío no hizo nada para calmar la descarga de adrenalina que me recorría. Una parte de mí quería regresar y terminar lo que había comenzado. ¿Cómo serían nuestras vidas sin papá?

«Yo no soy él», me repetí las palabras en voz alta una y otra vez.

Por los espejos laterales vi a los hombres de Angelo. Por un momento pensé en enfrentarlos también. Pero lo último que necesitaba esta noche era dejar un rastro de cadáveres. No podía darle a Angelo una razón para venir por mí. Necesitaba mi libertad para volver a ver a Aurora.

Así que maniobré entre el tráfico. Después de pasar algunos semáforos en rojo y tomar una esquina, pude esquivarlos. Por extraño que parezca, la breve persecución me ayudó a calmarme. Me detuve y apagué el motor cuando llegué al final de un callejón oscuro. Tenía planes de quedarme en la ciudad unos días más, pero ahora no podía hacerlo. Tenía que salir a la carretera esta noche.

Intenté llamar a Rex nuevamente. Necesitaba saber que Aurora estaba a salvo.

«Enzo», contestó al primer timbre. «Dios, ¿dónde diablos has estado? He estado intentando contactarte».

«Surgió algo. ¿Está hecho?».

«Lo siento», exhaló ruidosamente por el altavoz. «Angelo se la llevó. No pude detenerlo. Mi chofer me traicionó. No sé adónde se la llevó Angelo».

«Mierda», agarré el teléfono. «Podrían estar en cualquier lugar ahora mismo».

Mi móvil vibró con una nueva llamada de Donata. La agregué a nuestra llamada y dejé que Rex explicara la situación. Hice lo mejor que pude para mantenerme concentrado en lo que teníamos que hacer. Pero mi mente seguía revoloteando por diferentes escenarios, todos los cuales tenían que ver solo con Angelo y Aurora. ¿Qué le haría?

Aurora había tenido razón al pensar que Angelo se sentiría engañado si alguna vez descubriera que yo había sido el primer hombre para ella, que ella no era la virgen que él había comprado. ¿Todavía la querría? ¿O se trataba de venganza? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para apaciguar su sentimiento de orgullo?

«Es por eso que los estaba llamando, chicos».

«¿Qué quieres decir?», me di cuenta de que no había seguido la conversación. «¿Sabes adónde la llevó?».

«Eh», se aclaró la garganta. «Prométanme que no juzgarán».

«No tenemos tiempo para esto», mi corazón latía con fuerza. La serenidad que sentí cuando entré al callejón ya no existía, era reemplazada por pura agonía y miedo absoluto por Aurora. «¿Desde cuándo te importa lo que pensemos?».

«Tenía planes de encontrarme con Luca Gallo esta noche», espetó y luego hizo una pausa para lograr el efecto. Cuando ni Rex ni yo comentamos, ella continuó. «Bien. Me alegro de que eso esté fuera del camino. Anoche envié a Giuseppina a nuestra casa en la playa. Ya saben, para preparar las cosas para nosotros».

«¿Y?», pregunté. Podríamos ocuparnos de la situación de Luca más tarde.

«Cuando salía de la casa más temprano, vio a uno de los muchachos de Angelo trasladando un par de contenedores de gasolina a una casa en la playa, cinco casas más abajo. Reconoció al chico porque había estado en nuestro penthouse varias veces. De todos modos, ella me llamó porque sabía que teníamos cierta operación programada para esta noche». Donata nos dio un segundo para digerir esta nueva información. «El instinto de Pina nunca se equivoca. Así que envié a Luca a comprobar las cosas. ¿No dijiste que le compró una casa en los Hamptons?».

«¿Qué está haciendo Angelo?», pregunté.

«Luca volvió a llamar hace un minuto. Los padres de Aurora están allí. Dijo que no parecían invitados. Chicos, si Angelo se llevó a Aurora, ¿creen que piensa casarse con ella esta noche?».

«O si ya tenía órdenes de matar a la familia de Aurora. ¿Qué es uno más?», Rex dejó que la pregunta quedara en el aire.

Pensé en Angelo y en la forma en que mantuvo a Aurora cerca de él en la fiesta de compromiso, en la forma en que la miró como si le perteneciera. Cuanto más intentaba leer todo lo que hizo y dijo esa noche, no podía entender cuál sería su próximo movimiento. ¿Cuánto la deseaba? ¿Lo suficiente como para perdonar el hecho de que ella se había acostado conmigo?

Si fuera yo, no me importaría porque la amaba. ¿Él la amaba? No podía. Ni siquiera la conocía.

En el mejor de los casos, Angelo se casaría con Aurora esta noche y me la alejaría para siempre. En el peor de los casos, la mataría junto con sus padres. Me tragué el nudo en la garganta. De cualquier manera, me la estaba quitando. Y no tenía manera de llegar a ella a tiempo.

«Rex, ¿todavía podemos usar tu avión?». Necesitaba llegar a los Hamptons. Aurora no tenía mucho tiempo.

«No, no podemos. Papá se enteró de que me iba del país con Aurora. Me pidió que me retirara, Enzo». Bajó la voz como si estuviera hablando con un animal herido. «Angelo sabe sobre ti y Aurora. Incluso si la recuperas y logras escapar, él te encontrará. Tienes que considerar la idea de que la única manera de mantenerla con vida es dejarla casarse con Angelo».

«Antes dijiste que tenía intención de matarla. ¿Ahora él es el chico bueno que quiere casarse con ella? ¿Cuál es?».

«No lo sé, Enzo. Ese es todo el punto. Estás volando a ciegas».

El elemento sorpresa era todo lo que teníamos. Y ahora ni siquiera contábamos con eso. Las cosas habían ido de mal en peor, sí, pero no estaba dispuesto a renunciar a Aurora, a renunciar a nosotros. Le prometí que huiríamos juntos. Le prometí que estaría a salvo conmigo.

«Me importa una mierda lo que tu papá y Angelo piensen o quieran. Aurora quiere estar conmigo».

«Espera», la voz de Donata subió unas octavas. «¿Estás pensando en ir a los Hamptons a buscarla? No estás seguro de que Angelo la llevará allí. Si vas y ella no está. ¿Qué?».

«Entonces se acabó».

No tenía idea de adónde llevaba Angelo a Aurora. Pero los Hamptons eran nuestra mejor apuesta; en realidad, nuestra única apuesta. Estaba siguiendo puramente una corazonada, pero ¿qué otra opción tenía? No podía quedarme aquí y perder más tiempo.

«Donata, puedo estar en tu casa en cinco. ¿Puedes estar lista para partir? No puedo volver a casa».

«Sí, estoy lista ahora mismo».

CAPÍTULO 44

Mentirosa tan hermosa

AURORA

«¿A dónde me llevas?», miré hacia atrás, hacia los brillantes faros y la oscura silueta de Rex. «Mis padres me estarán buscando».

Angelo se burló. La grava crujía bajo sus zapatos, luego me quedé sin aire cuando me estrelló contra el costado de la camioneta. Cerré los ojos con fuerza y me negué a mirar en dirección a Rex. No importaba. No podía ayudarme. Incluso si él fuera el siguiente en la fila para ser rey, nadie podría detener a Angelo.

Jadeé en busca de aire mientras Angelo metía su antebrazo justo debajo de mi barbilla. Su aliento mezclado con whisky me llegó a la cara. No volvió a moverse hasta que el auto de Rex se alejó y se perdió en la distancia.

«¿Es eso lo que piensas?», preguntó con los dientes apretados.

Quería suplicar por la vida de Enzo, por mi familia. Pero la pura ira que encontré en los ojos de Angelo me indicaba que humillarme no ayudaría en nuestro caso. Lo peor ya había sucedido. Angelo sabía la verdad. Y aunque nunca me preguntó si quería estar con él, seguía considerando mis acciones como una traición.

«Respóndeme», apretó mi mandíbula y me obligó a mirarlo a los ojos. «¿Crees que tus padres están en casa preocupándose por ti? Te equivocas. Soy el único que cuida de ti. Pero eres demasiado tonta para verlo».

«¿Ver qué exactamente?», hice un gesto cuando sus dedos se clavaron en mis mejillas. «¿Que pagaste un millón de dólares por una virgen?».

«Te ofrecí más que dinero», su mirada buscó la mía. Después de varios latidos, sus rasgos se suavizaron, pero no me soltó. «Estaba dispuesto a salvarte la vida y convertirme en mi reina», presionó su frente contra la mía. «Mentirosa tan hermosa», dijo principalmente para sí mismo.

Mi corazón latía en mis oídos. Angelo estaba demostrando que se preocupaba por mí, aunque parecía estar en conflicto por algo. Entonces me di cuenta de su dicotomía como un balde de agua helada. No quería matarme, pero tenía que hacerlo. Ese era su trabajo: matar a mis padres. Ahora que nuestro contrato resultaba nulo y sin efecto, tenía que matarme a mí también. Y posiblemente a los gemelos. ¿Eran ellos también parte de la ecuación?

Por mucho que odiara la idea de tocarlo, tomé su mano que agarraba mi mejilla. Enzo tenía razón. Yo era la peor mentirosa. Pero en este momento, mentir era lo único que podía salvarnos a mí y a mi familia. ¿Era eso siquiera posible? ¿Para salvarnos a todos? Me devané el cerebro buscando las palabras adecuadas, la mentira perfecta. Cualquier cosa para hacerle cambiar de

opinión. Tenía que cambiar de opinión. Antes estaba siendo egoísta, pensando que podía huir con Enzo y vivir feliz para siempre con él.

Eso había sido solo un sueño.

Angelo era real. Él era la única opción.

«Brody me agredió a principios de semestre. Enzo llegó justo a tiempo antes de que pudiera causar un daño real», divagué las palabras, sin saber realmente adónde iba con ellas. Inspiré y mi garganta se apretó un poco más. Se sentía tan seco y en carne viva que incluso me dolía respirar. «Me odió desde entonces. Mintió sobre mí y Enzo. Apenas conozco a Enzo».

«Apenas conoces a Enzo», dio un paso atrás. «¿Estás tratando de decirme que todavía eres virgen?».

«Sí», las lágrimas corrieron por mis mejillas. «Si perdonas a mi familia, iré contigo. Donde quieras. Lo prometo».

Se quedó allí con los brazos cruzados sobre el pecho mientras su mirada recorría mi cuerpo de arriba abajo. Aparte de los faros que brillaban delante de nosotros, el costado de la carretera estaba oscuro. Dudaba que pudiera ver mucho de mí. No se trataba de lo que podía ver, sino de lo que quería hacer a continuación. Dejé caer mis manos a los costados y lo dejé explorar, como una señal de que era una socia dispuesta de ahora en adelante.

Mis padres no merecían mi sacrificio, pero Jesucristo, nadie merecía morir así. Sin importar lo que hubieran hecho, esto era demasiado cruel. Mis hermanos también estaban en peligro. La Signora Vittoria sabía exactamente dónde encontrarlos porque los había enviado a ese internado. Eran inocentes. Si quedarme con Angelo significaba salvar a los gemelos, al menos tenía que intentarlo.

«¿Puedo ir a casa? Para recoger mis cosas», pregunté después de lo que parecieron horas.

«Entra en el auto», fue su respuesta.

Tan pronto como pronunció las palabras, su chofer salió de la camioneta y nos abrió la puerta. Entré y corrí hasta el final. ¿Me había creído? ¿Era esta su manera de decir que aceptaba mi oferta? En el fondo de mi mente, esperaba que mamá y papá tuvieran una manera de arreglar el desastre que había creado. Pero ¿cómo podrían hacerlo si no entendían que habían venido a Nueva York a morir a manos de un asesino entrenado?

«Conduce», ordenó Angelo cuando su conductor se sentó al volante.

«¿Nos vamos a casa?», el tono tímido de mi voz hizo que se me revolviera el estómago. Pero esta era la elección que yo había hecho. Tenía que aprender a vivir con eso. «Por favor».

«Voltea hacia la ventana», metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

Aleje mi cuerpo de él. Quizá no quería que viera a quién llamaba. O tal vez esto era una prueba para ver qué tan flexible estaba dispuesto a ser en el futuro. Fuera lo que fuese, me mordí el labio y me quedé frente al reflejo distorsionado en la ventana. Me quedé mirando el rímel que me manchaba las mejillas y los mechones de pelo mojados pegados a mis sienes. ¿Podría darse cuenta de que estaba mintiendo?

«Me importa una mierda el plan. Debe suceder esta noche. Mañana será muy tarde».

¿Se refería a nuestra boda? ¿Nos casaríamos esta noche? Apoyé las manos en el asiento y respiré profundamente. Cuando me volví hacia él para preguntarle cuál era su plan, me clavó una aguja en el cuello y luego me empujó contra la puerta. El interior del auto quedó a oscuras. Oí a Angelo hablando con su chofer, aunque no pude entender lo que decían. Sus palabras sonaron como si estuviéramos bajo el agua, amortiguadas y deformadas. Lo peor fue que no podía moverme, estaba semiconsciente y no podía moverme.

Después de un rato, me quedé dormida e incluso tuve sueños. Aunque la mayoría de ellos

eran en realidad recuerdos del poco tiempo que había pasado con Enzo. Se quedaron sin secuencia y en bucle; una y otra vez, lo vi besándome por primera vez. Luego lo vi armando jugadas en el campo de fútbol. Lo vi mirándome desde su mesa de laboratorio al final de la clase de química. Me aferré a las imágenes como si mi vida dependiera de ello. Porque, de ahora en adelante, esto era todo lo que podía tener de él. Los recuerdos eran todo los que a Enzo y a mí nos quedaban entre nosotros.

Abracé mi vientre y me concentré en su hermoso rostro. “Dame mi pecado otra vez”, me susurraba al oído.

¿Quién sabía cuánto tiempo estuve dormida? Pero cuando el auto se detuvo, me empujó hacia adelante y caí de cara en el asiento delantero. Estaba despierta, pero todavía no podía moverme.

«¿Qué me diste?», murmuré las palabras, aunque no estaba segura de que me escuchara.

«Llévala adentro», Angelo me empujó hacia el asiento y luego salió del auto.

Por un momento, no pude decir si todavía estaba soñando o si esto realmente estaba sucediendo. Aunque el aire frío y las ráfagas de nieve que rozaban mi cara se sentían demasiado reales. Unos brazos grandes me sacaron de la camioneta como si fuera una muñeca de trapo. Cerré los ojos y me concentré en lo que estaba pasando. Puertas abiertas y cerradas. Entonces escuché a mamá llorar, llamándome.

«Mamá», la llamé.

El tipo que me llevaba me dejó en un sofá. Estábamos en una casa, pero no parecía nuestro apartamento. ¿Dónde diablos estábamos?

«Levántenla», Angelo se elevó sobre mí, «quiero que vea el lugar».

Dos tipos me sujetaron. Todavía sentía las piernas como gelatina, así que dejé que me mantuvieran parada. «¿Dónde estamos?», suspiré aliviada porque ya no sonaba como borracha. «¿Dónde está mamá?».

«Rory. Estamos aquí».

Los hombres me hicieron girar para verlos de frente. Ambos estaban atados a las sillas del comedor. Papá tenía una mordaza. No es que importara, ni siquiera podía mirarme. Como antes, cuando se metió en problemas en Las Vegas, tampoco dijo una palabra. No se disculpó ni intentó decirnos que todo estaría bien. Simplemente se sentó allí y asumió que mamá arreglaría todo por él.

«Mamá, nos va a matar», a estas alturas ya había descubierto que Angelo no se había tragado mi mentira sobre ser virgen. No solo eso, sino que también había decidido por mí.

«Angelo», suplicaba mamá con lágrimas en los ojos, «déjala ir. Ella es demasiado joven».

«Te compré esta casa en la playa», Angelo se paró frente a mí.

Con una sonrisa de satisfacción, señaló hacia el comedor, que estaba decorado al estilo de una cabaña costera con colores beige y marrón. Sobre las cabezas de mis padres colgaba el candelabro de conchas por excelencia. La habitación era hermosa. Aunque estuvieran atados, apuesto a que aún podían fingir que Angelo era su amigo.

Para mi alivio, los gemelos no estaban aquí.

«¿Estamos en los Hamptons?».

Cuando Enzo y yo rebuscamos entre las cosas de Angelo la noche de la fiesta de compromiso, encontramos la escritura de una casa en la playa. Enzo había mencionado que no estaba lejos de su propia casa. Mi pulso se aceleró. Luego sacudí la cabeza para aclarar el estúpido pensamiento que surgió en ella. Enzo no tenía forma de saber que Angelo me traería aquí esta noche. No podía pensar en que Enzo viniera a salvarme. Porque no lo haría. Si Rex lo

amaba como había dicho, lo mantendría alejado de Angelo y de mí. Aunque solo fuera para mantenerlo con vida.

«Esta casa podría haber sido un refugio seguro para ti», Angelo pasó sus dedos por mi mejilla. «Ahora es el lugar donde morirás», me lanzó una sonrisa espeluznante. «Mis disculpas, pero no pude traer a tiempo aquí a tus hermanos. Verás, se suponía que todo esto sucedería después de nuestra boda».

«Por favor, no hagas esto. Haré lo que quieras».

«Solo te pedí una cosa», se acercó, mientras sus hombres me mantenían en el lugar. «Dime la verdad, ¿te acostaste con el chico Alfera?».

«No», tragué. «Lo juro».

«Ella está diciendo la verdad», gritó mamá desde el otro lado del sofá, luchando con la cuerda que la ataba a la silla. «Ella nunca te haría eso».

«Pensaste que podrías jugar conmigo», me miró fijamente mientras mamá hablaba rápido de fondo, rogándole que nos diera una segunda oportunidad.

Hay que reconocer que ella no le estaba pidiendo que la dejara ir, solo quería que sus hijos estuvieran a salvo. Entonces, durante todo este tiempo, mamá no fingió que las cosas estaban bien porque amaba el brillo y el glamour de este mundo. Honestamente creía que lo estaba haciendo por nosotros. Ella creía que todo ese dinero y nuestro nuevo estatus social nos mantendrían a salvo.

«Cállala», Angelo señaló al hombre que estaba más cerca de mamá.

Rápidamente intervino y le dio una inyección en el cuello, similar a la que Angelo me había dado en el auto. Sus ojos se abrieron con sorpresa mientras intentaba frotar el punto pinchado contra su hombro. Unos segundos más tarde, su mirada oscilaba entre Angelo y yo.

«Escúchame, por favor», tragó, pero la droga ya estaba haciendo efecto. Solo pasó un minuto antes de que sus palabras se confundieran y luego no pudiera hablar en absoluto.

Miró a papá, como pidiendo ayuda. Pero él ni siquiera se movió. Y ahora me preguntaba si él también había recibido la dosis. ¿Qué clase de droga era esa? ¿Nos había dado una sobredosis de Valium? Ese era el único punto de referencia que tenía en materia de drogas.

Cuando estábamos en Las Vegas y me echaron del equipo de animadoras, mamá me había dado Valium para calmarme. Este estado de ensueño se sentía así, pero multiplicado por diez. La mirada de papá se volvió hacia mí. Era como si pudiera verme, pero no reconocirme. ¿Por qué Angelo nos drogaba? ¿Qué sería lo que él querría?

Escaneé el espacio, buscando salidas. Había una al otro lado del comedor. Más allá del área donde se sentaban mamá y papá, había un largo pasillo que conducía a la cocina, donde podía ver otra puerta con una ventana de vidrio. La nieve seguía cayendo contra el marco oscuro del cristal. Mi mirada se movía de un lado a otro.

Aunque mi cerebro todavía estaba confuso, seguí intentando entender las pistas. Cuando el chico que me sostenía se rió entre dientes, me volví para mirarlo. «¿Qué nos van a hacer?».

«¿No es obvio?», Angelo respondió por él. «Seguro que será un accidente trágico».

«Por favor». Ya no estaba segura de lo que estaba pidiendo.

La palabra por favor se repetía en mi cabeza. Aunque sabía que no podía hacerle cambiar de opinión, no podía dejar de suplicarle. Revisé las puertas y luego noté los contenedores rojos de gasolina. Si planeaba quemar el lugar con nosotros dentro, la policía lo sabría. Por otra parte, si estaba haciendo esto para el nuevo rey, lo más probable era que la policía ya estuviera escribiendo un informe que demostrara que todo era un accidente, una fuga de gas.

Ni siquiera teníamos la movilidad para salir por la puerta.

«Vayan a preparar todo», les dijo a los hombres que me retenían.

Cuando me soltaron, Angelo me guió hasta el sofá. La tela olía a gasolina o tal vez el hedor ya estaba por toda la casa. Respiré hondo y ordené a mis piernas que se movieran. Pero nada pasó. Ni siquiera una sacudida.

«Mentirosa tan hermosa», me alisó el pelo y luego me besó en los labios. «Uno de ustedes tenía que pagar por dejarme en ridículo. ¿Entiendes lo que hiciste? Te quedaste ahí en nuestra fiesta de compromiso, burlándote de mí. Todo el tiempo estuviste acostándote con Enzo y Dios sabe con quién más. Apuesto a que tienes una larga lista».

Negué con la cabeza. «Por favor».

Se puso de pie. Cuando se giró para irse, el pánico se apoderó de mí. Me lancé hacia él. Esta vez, mi brazo se estiró y caí al suelo de madera con un ruido sordo. Se detuvo un momento para mirarme y luego se perdió de mi campo de visión. La puerta principal se abrió con un clic y una ráfaga de aire gélido revoloteó por el suelo debajo de mí.

Entonces la casa quedó en silencio, demasiado silencio, y por un momento pensé que tal vez se había llevado a mis padres con él. Pero no lo hizo. Los habían sedado tranquilamente a pocos metros de mí.

Exhalé y entonces la casa explotó con un estruendo atronador. El frío se volvió caliente en un instante. Y yo seguía sin poder mover las piernas.

CAPÍTULO 45

El descenso

ENZO

«¿Sabes cuál es la casa? No he podido localizar ni a Luca ni a Pina», Donata escribió furiosamente en su teléfono.

«Está en mi calle», tomé la curva cerrada que salía de Main Street y me dirigí a casa. «Vi la dirección el día que Aurora y yo irrumpimos en la oficina central de Angelo».

Había hecho este viaje a los Hamptons muchas veces. Pero esta noche todo parecía avanzar a un ritmo más lento. Joder, ya debería estar allí. Cada minuto que no estaba para Aurora se sentía como una eternidad. Lo peor era que no podía quitarme la sensación de que era demasiado tarde, de que ya la había perdido.

Tan pronto como nuestra casa en la playa estuvo en mi campo de visión, apagué las luces y entré al camino de entrada. Había pasado los últimos noventa minutos ideando el plan perfecto para irrumpir en la casa de Angelo sin ser visto, encontrar a Aurora y salir. Pero ahora que estábamos aquí, todo lo que podía ver en mi mente era la cara de Angelo mientras lo golpeaba repetidamente.

«Enzo, espera», me llamó Donata cuando salí del auto. «Esperemos a Luca. No puedes entrar allí solo».

Ella me seguía por la calle. Pero yo no podía esperar. Necesitaba ver a Aurora. Necesitaba saber que ella estaba a salvo. Mis esperanzas se vinieron abajo a medida que me acercaba a la casa. Estaba oscura y vacía. ¿Nos habíamos equivocado? ¿Angelo había llevado a Aurora a otro lugar? Esperaba, al menos, ver a sus padres aquí, más autos, más movimiento.

«¿Quizá ya esté hecho?», Donata siguió mi paso. «Ya se fueron».

Cualquier otra cosa que dijo, no lo entendí. La casa explotó y sus palabras quedaron ahogadas por la explosión. Cuando la onda expansiva me golpeó, agarré a Donata y la abracé. La protegí con mi cuerpo, pero lo peor ya había pasado. Largas lamidas de fuego se extendían desde las ventanas superiores y el ático. En un instante, toda la casa se llenó de luz y humo. Desde este ángulo pude distinguir a una mujer en el comedor. Entrecerré los ojos ante la silueta, mientras tragaba fuerte para que el zumbido en mis oídos desapareciera.

¿Era Aurora? ¿O estaba viendo cosas?

«¿Estaba ella allí?», Donata hizo eco de mis palabras mientras se apartaba de mí.

«No sé», me puse de pie, sintiendo náuseas por los densos vapores en el aire. «Quédate abajo. Y marca el 911», dije por encima del hombro y luego salí corriendo hacia la puerta principal.

«Sabes que no puedo hacer eso», gritó en un susurro, «la policía lo ayudará».

Quizá no llegué demasiado tarde. A lo mejor Aurora ni siquiera estuvo aquí. Tal vez sobrevivió a la explosión.

En cuanto llegué al césped, se produjo otra detonación dentro de la casa. No tan fuerte como la primera, pero sí lo suficiente como para romper más ventanas y lanzar otra ola de aire caliente en mi dirección. Las llamas envolvieron la casa con largos brazos que se negaban a soltarse.

Detrás de mí, la calle estaba vacía y tranquila. Nadie venía a ayudar. Si Angelo quisiera hacer desaparecer a toda una familia, este sería el lugar ideal. Había millones de maneras de deshacerse de un cadáver. Todo lo que necesitaba era una casa alejada de miradas indiscretas.

Seguí el pasillo a la derecha de la casa y caminé penosamente por el camino de entrada. Cuando llegué al costado del lugar, Angelo y cinco de sus muchachos salieron por la puerta, como si hubieran estado esperando en el patio trasero. Mi corazón se aceleró porque la presencia de Angelo aquí sólo podía significar una cosa: Aurora estaba aquí.

«Estoy bastante seguro de que papá te dijo que te fueras a casa», él se rió entre dientes, mientras sus ojos mostraban todo tipo de desprecio hacia mí.

Antes, había querido tener la oportunidad de darle un puñetazo en la cara. Ahora, lo único que me importaba era llegar a Aurora. Si estaba adentro, no tenía mucho tiempo. «No estoy aquí para ti. ¡Apártate de mi camino!». Me dirigí hacia la puerta del patio, pero él me empujó hacia atrás.

Cuando su equipo no intervino, supuse que pretendía encargarse de mí él mismo. ¿Ese imbécil tenía algo que discutir conmigo? No había sido yo quien había pagado por una esposa menor de edad. Yo no había forzado a Aurora, ella me había elegido a mí, no a él.

«El mundo ya no está a tus pies. No eres nada sin tu papá», me miró de arriba abajo. «¿Cómo se siente? ¿Eh? Has perdido».

«Sin importar lo que me pase, ella nunca te amará. ¿Sabes por qué? Porque ella está enamorada de mí».

La presión en mi pecho desapareció al decir esas palabras en voz alta. Aurora y yo ya no éramos un secretito sucio. Éramos reales. Nuestro amor era real. Y Angelo no nos podía quitar eso. Angelo tendría que vivir con el hecho de que Aurora nunca se casaría con él.

«Tomaste algo que no te pertenecía», apretó los dientes. «No puedes quedarte con ella».

«Eso no depende de ti, cabrón».

En este punto, estábamos más allá de las palabras. Angelo sabía lo que necesitaba saber. Aurora me pertenecía. Para siempre.

Lo golpeé directamente en la cara.

Su nariz hizo un crujido satisfactorio antes de escupir sangre en su camisa cuidadosamente planchada. Las mismas imágenes pasaron por mi mente mientras golpeaba su rostro con todo lo que tenía. Pensé en todas las veces que su mirada recorrió de arriba abajo el cuerpo de Aurora, la forma en que la abrazó toda la noche en la fiesta de compromiso y la vez que se masturbó sobre ella.

Cuando sus muchachos finalmente decidieron intervenir, Angelo estaba tirado en el suelo, encogido de miedo ante mis golpes. Cuando me separaron de él, logré darle una patada en la boca, por si acaso.

«Enzo, esto no ayuda», Luca se interpuso entre Angelo y yo. Fue excesivo ya que dos hombres ya me tenían agarrado con fuerza.

«Parece que sí», argumenté.

Las gotas rojas explicaban por qué sentía la mandíbula adolorida y gruesa. Luca se volvió

para mirarme como si se tratara de una pelea en el recinto escolar. ¿No lo entendía? Se trataba de vida o muerte. Aurora necesitaba nuestra ayuda.

«Él la trajo aquí para morir. ¿No lo ves? No puedes ponerte de su lado».

«Aquí no hay bandos, Enzo. Él está con nosotros. Estamos todos juntos en esto».

Eché un vistazo a la casa en llamas. Estaba demasiado tranquilo. Cerca del frente, el muro ya se había derrumbado. Y, aun así, ella no estaba pidiendo ayuda. Debería estar gritando. Tenía que saber que yo vendría por ella.

«Aurora no era parte del trato. Está enojado porque ella me eligió. Esto no tiene nada que ver con el nuevo rey», luché contra los hombres que me sujetaban. «Luca, ella tiene que vivir».

Angelo se puso de pie, se arregló el pelo y luego se volvió para mirarme a los ojos. Una sonrisa engreída apareció en sus labios y cerré mis manos en puños. Mis nudillos en carne viva gritaban en señal de protesta, pero no me importó. Estaba listo para otra ronda con ese pendejo. Al diablo con su mandato y con lo que quería el nuevo rey.

«Puedo encargarme de él», Angelo me apuntó con su arma.

«Espera un minuto», Luca levantó las manos y se acercó para protegerme.

Angelo cambió su postura y ajustó su puntería. Un asesino entrenado como él podría realizar ese disparo. Por la firme mirada en sus ojos, pude ver que ya había decidido que necesitaba morir esta noche. «Tú lo viste. Intentó deshacer lo que comencé aquí. Esta tarea es la más importante. La ascensión de Don Valentino no podrá ser completa hasta que la mano derecha de Alfera esté muerto».

«Angelo», la advertencia en la voz de Luca me indicaba que veía la misma resolución en la mirada de Angelo.

«Si no está con nosotros, entonces está en nuestra contra», Angelo proyectó su voz. Sí, necesitaba testigos si quería ser perdonado por mi asesinato.

«Luca», Donata llamó desde algún lugar detrás de mí.

«Donata, este no es el momento de jugar al héroe. Vete a casa», él vio por encima del hombro para mirarla.

Angelo asintió.

La adrenalina me recorrió cuando sus muchachos me soltaron. Cuando encontré la mirada de Angelo, su arma ya se había disparado y mi estómago sangraba. Me caí, abrazándome el vientre. La casa en llamas se movió y retumbó mientras más se estrellaba contra el suelo, lanzándonos otra onda expansiva de escombros y aire caliente que nos hacía imposible respirar.

«Enzo. Quédate conmigo», los sollozos de Donata se escuchaban muy lejanos.

Mi cabeza golpeó el cemento mientras vigas brillantes flotaban hacia el cielo y se mezclaban con las ráfagas de nieve que corrían entre las copas de los árboles. Me concentré en el fuego crepitante a mi izquierda, tratando de escuchar los gritos de Aurora. ¿Por qué estaba tan callada?

«Necesitamos ejercer presión», Donata hablaba rápido mientras se cernía sobre mí. «¿Dónde diablos está el equipo de limpieza?».

«Ese sería el equipo de Angelo», Luca se quitó la chaqueta y se la puso en las manos.

«Entonces llama a tu gente. Haz algo», la voz de Donata atravesó mi oído izquierdo.

Dolía.

Todo dolía.

Todo parecía estar en llamas, empezando por el atizador ardiente pegado a mi costado. Quise tocar la herida, pero Donata entrelazó sus dedos con los míos, haciendo un 'shh' para calmarme.

Sácalo. Quemalo.

«Aurora», mi voz no sonaba como la mía. Mi cuerpo no se sentía como el mío. No importaba

cuánto lo intentara, se negaba a moverse, a levantarse y salvar a Aurora. «Encuéntrala».

«Shh. No te muevas», Donata usó todo su cuerpo para aplicar más presión en mi estómago. «Rex está aquí. Santino fue tras Angelo. La ayuda está aquí, Enzo. Vas a estar bien. Solo espera. Por favor».

¿Lo estaría? ¿Estaría bien alguna vez si Aurora no lograba salir de la casa en llamas? No pensé que podría vivir sin ella. Era la única luz en mi vida. Era la única persona que me importaba. Me tomó mucho tiempo darme cuenta, pero ahora lo sabía.

Ella sería el comienzo de algo hermoso para mí.

Ella hacía tolerable este mundo mafioso.

Los rostros a mi alrededor se desdibujaron, mientras las voces se acallaron hasta convertirse en ecos, luego susurros y, finalmente, un profundo silencio. Cuando parpadeé, el cielo estrellado se enfocó. La nieve que caía me enfrió la cara y las manos, hasta que el ardor en mi carne disminuyó. Supuse que morir sería más doloroso que este entumecimiento, esta sensación de estar en algún lugar entre caer y flotar.

En cuestión de días lo había perdido todo.

El hermoso rostro de Aurora y sus brillantes ojos azules flotaban dentro y fuera de foco. Cuando su imagen fue clara, pude ver las ráfagas jugando con su cabello. Parpadeé y luego ella desapareció.

La ira y la desesperación devoraron mis recuerdos de ella. Su sonrisa, su tacto, su piel suave; todo se desvaneció con el humo que se elevaba, hasta que no quedó nada, solo locura.

Si ella era el comienzo...,

el incendio de su casa era el final.

El descenso a la oscuridad.

CAPÍTULO 46

Epílogo

REX

Semanas después...

«La dejaste morir», Santino frunció los labios, acusándome de algo de lo que no sabía nada.

Sin embargo, la furia en sus ojos estaba justificada. Hace mucho tiempo hicimos un pacto. No logré protegerlos ni cubrirles la espalda. Pero mantener vivo a Enzo era más importante. No llegué a tiempo a los Hamptons. Ahora tendría que vivir con eso y con la decisión que tenía que tomar. Así era en nuestro mundo, la elección era solo una figura retórica.

«Aurora y Enzo juntos nunca iban a sobrevivir a Angelo», miré el cuerpo inconsciente de Enzo en la cama del hospital. «Traté de ayudarlo. Me ofrecí para quedarme con ella en Canadá. No se puede decir que no me esforcé lo suficiente».

«El todopoderoso Rex al rescate». Santino hizo un gesto fugaz hacia Enzo. «Lo único que puedo decir con seguridad es que tenías prisa por sacar a Enzo del país. Lejos de tu familia y del trono. No finjas que esto se trata de otra cosa que no seas tú».

Me dirigí a Donata en busca de ayuda. Entendí que Santino estaba sufriendo. La vida de nuestro amigo de la infancia estaba en juego y yo tenía la culpa. Porque si no hubiera ofrecido mi ayuda, Enzo habría renunciado a Aurora el día de la Gala Navideña, cuando Angelo descubrió que Enzo y Aurora estaban enamorados y planeaban huir juntos. Fui yo quien les ofreció una segunda salida.

«Leí el contrato de tu padre, Rex», Donata arregló la almohada de Enzo por costumbre.

A Enzo no le importaban sus sábanas ni el agua que ella guardaba junto a su mesa auxiliar todos los días. Llevaba semanas apenas vivo. En ese punto, estaba seguro de que la única que podía traerlo de vuelta era Aurora. Pero ella no podía estar aquí. Había prometido que haría cualquier cosa para mantener vivo a Enzo. Este era yo cumpliendo esa promesa.

«Santino no se equivoca», ella se encogió de hombros. «Probablemente sea mejor si él no está aquí cuando tomes todo lo que era tuyo».

Levanté la vista y respiré profundamente. «Si ves una salida diferente, por favor, muéstrame el camino».

«Vete a la mierda, Rex», Santino agarró su abrigo de los pies de la cama. Con una sonrisa de disgusto en su rostro, se despidió con la mano al salir. «Pesada es la corona, según dicen».

«Volveré más tarde», Donata hizo ademán de seguir a Santino hacia la puerta, pero la agarré del codo para que me mirara.

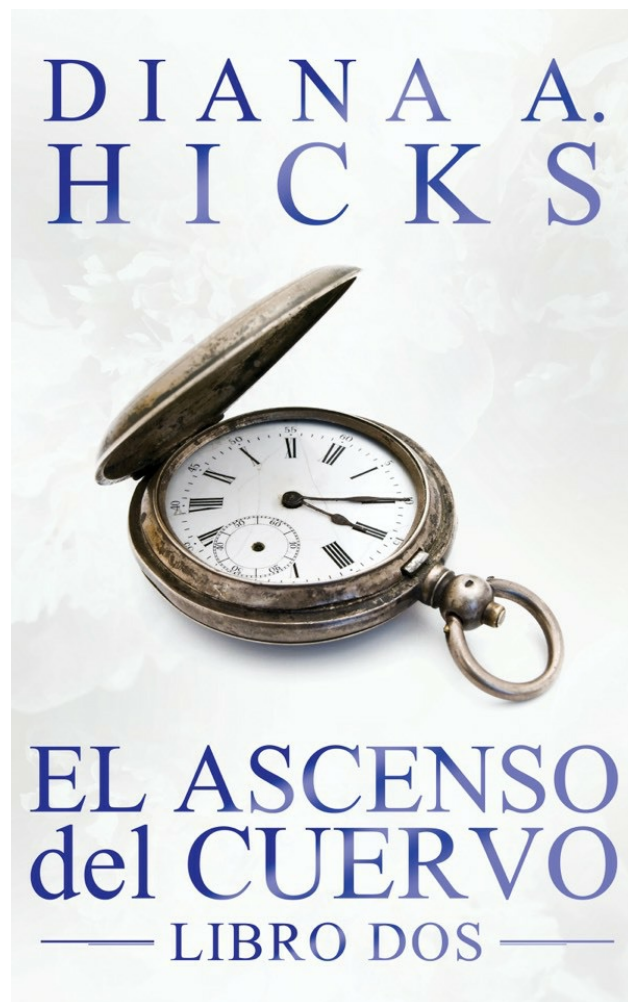
Ya no estaba segura de lo que necesitaba escuchar. «Él me va a odiar. ¿No es así? Cuando él

se despierte y ella no esté aquí, me odiará».

Ella miró mi mano, donde mi agarre se había apretado alrededor de su brazo. «Pesada es la corona».

Quería quedarme con Donata. Sentía como si ella fuera la única amiga que me quedaba. Desde que papá me contó sobre el trato que había hecho con Michael Alfera, mi vida comenzó a deslizarse lentamente entre mis dedos. Me quedé allí y vi a mis mejores amigos abandonarme por algo sobre lo que no tenía control. O al menos, no de la manera que ellos necesitaban.

Lo que quería ya no importaba. Había prometido a Aurora que mantendría vivo a Enzo. Y eso era exactamente lo que planeaba hacer. Incluso si, al final, me odiara por ello, Enzo nunca podría saber la verdad.



MUCHAS GRACIAS POR LEER “CUERVO CAÍDO” (Cuervo Dúo #1). Espero que hayas disfrutado de la historia de los amantes desamparados de Enzo y Aurora. Si lo hiciste, agradeceré si dejas un **comentario**. ¡Estos ayudan a otros lectores como tú a encontrar mis libros!

El romance épico de Enzo y Aurora concluye en “El Ascenso del Cuervo” (Cuervo Dúo #2),

donde Aurora termina como sumisa en un bloque de subasta y Enzo tiene que arriesgarlo todo para recuperarla. He incluido el primer capítulo aquí.

AURORA

Debi haberme quedado muerta.

Debi haber huido cuando él desafió la oferta ganadora.

Debi haber dicho no a su contrato.

Pero el despiadado **Don Enzo Alfera** obtiene lo que quiere.

Quiere venganza.

Más que nada, me quiere a mí.

[¡Descarga El Ascenso del Cuervo \(Cuervo, Dúo #2\) hoy!](#)

El Ascenso del Cuervo

LIBRO DOS

CAPÍTULO 1

Nunca más

ENZO

11 años después, ciudad de Nueva York

«Quítale el vestido», proyecté mi voz para que las dos morenas que se besaban en mi cama pudieran escucharme por encima de la música sensual que sonaba en la suite.

Me recosté en el sofá, frente a ellas, y extendí mis largas piernas. Con las tenues luces de la suite principal proyectando un suave brillo sobre su suave piel y las sábanas blancas, la escena estaba preparada. La cama con dosel era el escenario. Aurora y yo éramos los espectadores ansiosos.

A mi lado, Aurora se ajustó la blusa y acercó su cuerpo al mío. Su mirada se movía entre las dos mujeres que montaban un espectáculo para nosotros, para mí. Dios, me encantaba cuando ella se retorció así. A Aurora le encantaba mirar. Pero todavía tenía que admitirlo ante sí misma.

Esta noche, Ruby y Sage se habían ofrecido a venir a casa conmigo. Después de pasar horas en el Crucible, bebiendo whisky para adormecer el dolor que reaparecía cada verano, no podía encontrar una razón para decirles que no. El juego era siempre el mismo, hacer que Aurora mirara hasta el punto de la locura. Mi recompensa era verla correrse en mi mano, mi lengua, mi pene. Vivía para este momento en el que ella se deshacía solo para mí.

Ahora mismo, ella era lo único que importaba. Inspiré profundamente, esperando que el aire en mi pecho se detuviera, que me apretara el corazón, que me doliera. Pero no fue así. Exhalé fácilmente, perdiéndome en la mirada azul de Aurora. Ella era todo el aire que necesitaba. Sus suaves mejillas se volvieron de un rojo brillante mientras seguía mirando, mientras sus dedos se movían poco a poco debajo de sus bragas. Estaba muy cerca, pero por ahora me quedé en mi lado del sofá con los brazos apoyados en las rodillas. Cuando el vestido de Ruby cayó al suelo de mármol y sus enormes tetas finalmente fueron liberadas, Aurora dejó escapar un pequeño grito ahogado.

«¿Te gusta eso, ángel?», pregunté, apartando mechones de cabello de su cara.

Ella asintió, lamiéndose los labios.

Ruby se sentó sobre sus talones y me miró a los ojos, rogándome en silencio que le dijera qué hacer a continuación. Por la forma en que su pecho se agitaba con anticipación, estaba seguro de que estaba desesperada por alivio. Sus pezones tensos parecían dolorosamente excitados. Sage la había besado intensamente durante los últimos quince minutos y ahora Ruby estaba lista para más. Pero yo no estaba listo para que nuestro juego terminara.

Quería que Aurora se rindiera ante ello. Que me dijera qué quería ver a continuación.

«¿Qué piensas, ángel?», me incliné hacia Aurora y le susurré al oído. «¿Qué crees que necesita?».

Aurora negó con la cabeza, masajeando sus propios pechos sobre la tela sedosa de su blusa. «No sé».

«Creo que sí lo sabes», envolví mis dedos alrededor de su garganta y la giré para que enfrentara a las mujeres listas para follarse entre sí sin sentido. Besé el punto suave detrás de su oreja antes de volverme hacia Ruby. «Bésala».

«Joder, sí», Sage se arrastró hacia Ruby.

Su boca descendió sobre el apretado pico de Ruby, chupando con fuerza mientras jugaba con el otro montículo. Cayeron en un montón de piernas y brazos, arrancándose la ropa interior. Sage lanzó una rápida mirada en mi dirección. Cuando asentí una vez, besó el vientre de Ruby y se acomodó entre sus piernas.

Hace once años, Aurora encontró a uno de mis amigos haciendo un movimiento similar con su novia. En lugar de hacer lo que haría la mayoría de la gente, Aurora se quedó mirando hasta que mi otro amigo la pilló en el acto. La escena la había excitado tanto que no podía alejarse de ella. Sonreí ante el recuerdo de hace tanto tiempo. Ese verano, antes del último año en la escuela, no tenía idea de que había conocido a la mujer que amaría por el resto de mi vida.

«Enzo», me llamó Aurora, deslizando sus manos en mi cabello, justo antes de que sus labios encontraran los míos en un beso acalorado.

Cerré los ojos con fuerza y dejé que su voz se filtrara a través de mí. ¿Cómo era posible amar tanto a alguien? Después de todo este tiempo, ¿cómo podía hacer que mi sangre se agitara tan fácilmente?

Tomando su cara con mis manos, pasé de su boca para mordisquear su cuello y los montículos que presionaban contra su parte superior. El deseo revoloteó en mi estómago y rápidamente se abrió paso hasta mi pecho. El anhelo que sentía por Aurora me hizo perderme por completo, junto con el sentido del tiempo. Sin aliento y al borde de la locura, le arranqué la ropa y cubrí cada centímetro de ella con besos, comenzando por sus hermosas tetas y luego bajando hasta su coño. Estaba tan mojada por mí, tan lista.

«¿Quieres sentir lo que ella siente?», froté la barba incipiente de mi mejilla a lo largo del interior de su muslo.

«Sí», me agarró el pelo con un puño y me empujó hacia su necesitado coño.

Se le puso la piel de gallina en los muslos mientras movía las caderas para darme un mejor acceso. Deslicé dos dedos por su entrada mientras me desabrochaba el cinturón con la mano libre. Murmuró una serie de demandas que en su mayoría tenían que ver con cuánto quería que yo estuviera dentro de ella.

¿Quién era yo para negarle a Aurora?

La levanté por la cintura y la llevé a la cama, donde Ruby y Sage convergieron hacia mí tan pronto como la solté. Me pasaron las manos por todo el cuerpo mientras trabajaban juntas para quitarme la camisa y los pantalones. Aurora se sentó en la cama mientras su mirada recorría mi torso de arriba abajo antes de posarse en mi erección.

Podría quedarme así para siempre, con Aurora mirándome como si fuera la única persona en el mundo.

«Tómalo», agarré su nuca y la guié.

Sus labios alrededor de mi polla fueron lo que más me excitó. Me chupó con tanta avidez que apenas podía contenerme. De alguna manera, logré follar su bonita boca con embestidas implacables. Seguí así, sintiendo la punta de mi eje deslizándose por su lengua hasta llegar al

fondo de su garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando su reflejo nauseoso apareció, me levanté para dejarla recuperarse. Me sonrió y volví a deslizarme entre sus dientes. Joder, era tan perfecta.

Mi Aurora.

Cuando estuve segura de que iba a explotar si no me detenía, la acerqué para encontrar mi boca y darle un beso abrasador. Besé su boca con fuerza, saboreando mi líquido preseminal en su lengua. Sus gemidos me tenían al borde. No podía esperar más. Necesitaba estar dentro de ella ahora. La empujé sobre el colchón y luego le di la vuelta. Aterrizó sobre su vientre con una risa sensual que hizo que mi pene se moviera dolorosamente.

«Enzo, por favor», levantó su alegre trasero en el aire.

«Lo sé, ángel», agarré sus caderas y me metí en ella.

Las manos de Sage y Ruby se alejaron de mí. En este momento, éramos solo nosotros. La follé fuerte y sin piedad, sin pausa.

Aurora era mía.

Siempre había estado destinada a ser mía.

«Dios mío, Enzo. No te detengas», agarró la funda del edredón con el puño y levantó las caderas para recibir mis rápidos empujes, uno por uno.

Joder, me encantaba cómo ella me tomaba por completo. Colocando mi mano sobre la de ella en la cama, le di todo lo que tenía. Ella ya estaba allí. Todo lo que necesitaba era un pequeño empujón. Presioné mi pecho contra su espalda, agarrando su cabello en una cola de caballo, para que pudiera ver mejor a Sage, que había estado mirándonos follar desde lo alto de las almohadas, mientras se frotaba el coño.

«Mírala. Ella está tan cerca como tú», jadeé en su oído.

Mi polla se endureció con cada embestida.

Aurora asintió, con los ojos grandes y muy abiertos mientras se concentraba en los breves movimientos de Sage sobre su clitoris. Clavé mis dedos en la mandíbula de Aurora y la hice girar hacia mí. Busqué su mirada hasta que vislumbré todo lo que éramos hace tantos años. Aurora y yo todavía éramos nosotros. Estaba pintado en sus ojos, sus labios, su piel. Me aferré a esa imagen, besándola larga y fuerte mientras bombeaba dentro de ella como si mi vida dependiera de ello.

«Te sientes tan bien, ángel. Mierda».

«No te detengas», ella gritó, extendiendo la mano para apretar mis dedos.

Estábamos conectados de todas las formas posibles. En el siguiente suspiro, sus paredes resbaladizas se apretaron alrededor de mi polla. Ella se tensó bajo mi peso. Los gemidos que hacía cuando tenía un orgasmo eran mi perdición.

La solté, bombeando mi semen profundamente dentro de ella.

Luego estaba en caída libre hacia un abismo donde solo existíamos Aurora y yo. Cintas de adrenalina surgieron dolorosamente debajo de mi ombligo y corrieron hacia el resto de mí. Intenté concentrarme en el clímax de Aurora, pero era muy difícil no perderme en mi propia liberación y en el intenso placer que solo había sentido con ella.

Me entregué a ello.

Sus gemidos fueron amortiguados por mi propio corazón latiendo en mis oídos. Luego la habitación quedó en silencio y a oscuras. Mañana tendría que dejar de lado esta fantasía imposible, pero por ahora quería sentir el suave cuerpo de Aurora debajo del mío. Quería deleitarme en este espacio donde el dolor de perderla no existía. Me incliné hacia adelante hasta que nuestros cuerpos sudorosos estuvieron presionados y pude besar el brillo salado de su labio

superior. Mordisqueé su hombro y mi polla se puso dura otra vez mientras todavía estaba dentro de ella.

La quería una vez más. Una vez más y luego...

Nunca sería suficiente.

Diez años no eran suficientes.

Nunca la superaría.

A la mañana siguiente me desperté con la madre de todas las resacas. Sentí la cabeza como si un martillo neumático estuviera taladrando justo detrás de mi ojo izquierdo. ¿Cuánto bebí anoche? Me froté el costado de la sien y dejé caer las piernas al costado de la cama. Me senté e hice una mueca cuando la habitación osciló unas cuantas vueltas.

«Buenos días», una voz suave y aturdida se filtró a través de mi doloroso desconcierto.

Me volví para mirar al otro lado de la cama. Carajo. Los tres extraños me miraban con sonrisas expectantes. Y entonces, todos los acontecimientos de la noche anterior volvieron rápidamente. Un rápido recuerdo de haber conocido a Sage y sus amigos pasó por mi mente. Miré a su amiga rubia.

Cuando extendió la mano para tocar mi hombro, mi cuerpo se sacudió en respuesta. «No me toques».

«¿Por qué? Pensé que podríamos...».

«Pensaste mal», escaneé la habitación antes de que mi mirada se posara en la de ella nuevamente.

Bajo la luz brillante y sin el whisky en mi sistema, era imposible fingir, imposible no ver que ella no era mi Aurora.

«¿Quién es Aurora?», preguntó con una sonrisa muy sensual, como si intentara arrastrarme de nuevo al jodido juego de anoche.

La miré con disgusto creciendo en mi pecho. No por ella. Por mí. Por dejarme caer nuevamente presa de esta fantasía. Lo que había jurado nunca volvería a suceder. Respiré superficialmente y todo mi cuerpo sintió dolor por Aurora. El alivio temporal había terminado. A la luz del día, su ausencia quedaba estampada por todos lados.

«Mi ama de llaves pedirá un servicio de automóvil para ti. Te habrás ido cuando termine de ducharme». Crucé el dormitorio hacia el baño privado.

Detrás de mí, la amiga de Sage resopló mientras recogía su ropa que estaba esparcida por el suelo y el sofá. Cerré la puerta detrás de mí y dejé correr el agua. Mientras esperaba que el vapor llenara la habitación y aliviara mi fuerte dolor de cabeza, le envié un mensaje de texto a mi ama de llaves.

Yo: Mis invitadas necesitan un servicio de auto.

Mollie: No estoy aquí para limpiar tus desastres.

Yo: Tan solo deshazte de ellas.

Arrojé el teléfono sobre el tocador. La pantalla se iluminó de nuevo con su respuesta, un gesto con los ojos en blanco. Dos segundos después, irrumpió en el dormitorio.

«Fuera. Se acabó el espectáculo», ella aplaudió varias veces. «Vamos. Su auto está esperando, pero no lo hará por mucho tiempo».

“¿Quién es Aurora?”, las palabras de la extraña resonaban en mi cabeza.

Entré a la ducha y dejé que el agua caliente aliviara la tensión en mis hombros. Si tan solo pudiera eliminar el dolor de mi corazón. Si tan solo pudiera borrar todos mis recuerdos de ella. Intenté luchar contra la película que empezó a reproducirse en mi cabeza. Pero ya era demasiado tarde: la explosión y la casa ardiendo con Aurora dentro ya habían pasado por mi mente. En el

momento en que Rex me dijo que no podía salvarla, todo estaba ahí, claro como el día. Que había llegado demasiado tarde.

“Lo siento, hermano. Ella se ha ido”. Rex estaba junto a mi cama de hospital, mirándome con lástima en sus ojos, como si fuera un cachorro perdido. *“Juro que lo intenté”*.

“La dejaste morir”. Le grité con ira, jalando la aguja en mi brazo para quitar todos los tubos que me tenían cautivo. Me lancé hacia él lentamente. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Todas mis fuerzas se habían ido. Aunque para mí, sentí como si los asesinatos en los Hamptons hubieran ocurrido ayer.

Estuve en coma durante seis meses. Después de eso había pasado un mes entero en el que yo reaccionaba y caía, cargado de drogas. Alguien no quería que volviera a la tierra de los vivos. Pero entonces Rex vino a verme. Literalmente me desperté con la noticia de que nuestros planes para salvar a Aurora se habían ido a la mierda. Yo había sido el afortunado. El que sobrevivió.

Angelo, el imbécil que había comprado y pagado por la virginidad de Aurora, cumplió su promesa. Cuando descubrió que Aurora y yo teníamos planes de casarnos y huir juntos, la mató, quemó su casa en la playa con Aurora y sus padres dentro. Luego me disparó y me dio por muerto.

Durante años, me dije a mí mismo que el equipo de limpieza no podría haber hecho un trabajo tan bueno al hacer desaparecer todos los cuerpos al día siguiente. Quizás ella todavía estaba viva. La busqué. Pero al final me di cuenta de que todo eran solo ilusiones. Que solo buscaba un fantasma.

Aurora llevaba diez años muerta. Y no había nada que pudiera hacer para recuperarla. Follar con tres desconocidas en un estupor de borrachera solo empeoraba las cosas. La extrañaba ahora más que nunca.

Apoyé las manos en los azulejos de la ducha y bajé la cabeza.

Nunca más.

CAPÍTULO 2

Ese es el precio

ENZO

Cuando terminé de vestirme con unos jeans, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero, regresé al dormitorio y lo encontré vacío. Esta era la razón por la que había contratado a Mollie después de que mi antigua escuela la despidiera por perder la cabeza con uno de los estudiantes y arrojarle un plato de arroz al vapor en la cabeza.

“*El pequeño rufián merecía mucho más*”. Me había dicho cuando vino a buscarme para conseguir un nuevo trabajo.

Acababa de regresar de una temporada en Ibiza y acepté la oferta de Rex de convertirme en el próximo Don Alfera. Una semana después de ser contratada, Mollie despidió a la mitad del personal y los reemplazó con personas en quienes confiaba. Ella dirigía la casa, como yo dirigía mi equipo. Sus métodos eran toscos, pero lograba hacer que la mierda se cumpliera. Mantenía la casa impecable. Y para mi sorpresa, su cocina era de primera. No es que alguna vez le reconocería eso. En los últimos dos años, desde que regresé, Mollie se había convertido en mi familia. Pero ninguno de los dos lo decía nunca en voz alta.

En la suite, ya había quitado las sábanas de la cama y tenía un carrito lleno de botellas de limpieza esperando junto a la puerta. Sin duda planeaba desinfectar cada centímetro de la habitación. Negué con la cabeza. Si tuviera el tiempo y la energía para afrontarlo, le diría que nada de eso era necesario. Pero en este momento tenía problemas mayores que las actitudes militantes de Mollie.

Recogí del sofá la chaqueta del traje que había usado anoche y saqué la invitación de Rex del bolsillo interior. Miré las letras en negrita que decían Don Alfera. Luego leí algunas líneas: *Se requiere su presencia. Baile de máscaras. Traje formal. Medianoche en punto*. Dios, era un idiota tan pomposo. Rex era la verdadera razón por la que anoche me había emborrachado en el ‘Crucible’.

Siempre había tenido debilidad por la reverencia y la tradición. Podría haber enviado un correo electrónico para avisar a los Don que nos reuniríamos esta noche. En cambio, enviaba una tarjeta de lino con el sello del rey. Sin duda para recordarme quién era él ahora. Que mi padre, el viejo rey, lo había elegido a él antes que a mí.

«No sé a quién encabronaste hoy, pero hay un ejército esperándote abajo», Mollie entró con un trapeador y una aspiradora y los dejó frente a mí. «Les dije que esperaran en el garaje. No me gustó su tono».

«¿Rex los envió?».

«Eso es lo que dijeron», ella se encogió de hombros.

«Entonces, ¿sabes a quién encabroné esta mañana? ¿O fue anoche?». Arrojé la invitación sobre la mesilla de noche y cogí mi cartera y mis llaves. «Es probable que le haya dicho que su reunión de la junta directiva y él pueden chuparme las pelotas», me reí. Pensé que había soñado nuestra pelea en la sala VIP. Me alegraba de que al menos esa parte hubiera sido real.

«¿Vas a ir vestido así?, señaló mis jeans. «¿Como un mocoso de dieciocho años?».

«Tengo trabajo que hacer. Por mucho que le gustaría pensarlo, el mundo no gira en torno a Rex», me dirigí a la gran escalera.

Detrás de mí, Mollie murmuró algo acerca de que ya no estábamos en la escuela secundaria y que ya debíamos madurar. Sonaba como mi hermana Caterina, quien también pasó gran parte de su tiempo tratando de que Rex y yo arregláramos las cosas. Lo que no entendían era que lo que Rex me hizo requería más que una curita o un apretón de manos.

Aurora estaba muerta por su culpa. Él podría haberla salvado. Pero fue demasiado cobarde para entrar a la casa y sacarla de ahí. Nunca podría perdonarlo por eso. Si la situación hubiera sido al revés. Habría muerto antes que dejar morir al amor de su vida. Habría muerto por mi hermano.

Odiaba tener que inclinarme ante él. Pero por así decirlo, no todo se trataba de mí. Acepté asumir el papel de Don Alfera porque era mi deber. Nací para continuar la tradición centenaria de la Sociedad. Mi familia me necesitaba. Me importaba nuestro mandato de proteger a los nuestros, de mantener la paz. Pero eso no significaba que Rex y yo volviéramos a ser amigos. Eso nunca podría ser.

De camino al ascensor privado, pasé por la oficina de mi casa y recogí mi 9 mm y la funda para el hombro para usarla debajo de la chaqueta. Como nuevo Don Alfera, mis deberes rara vez me exigían salir a la calle. Extrañaba mis días de soldado. Inmediatamente después de la universidad, volví a casa para unirme al equipo de Nueva York. Me convertí en un muy buen soldado porque no me importaba si vivía o moría. Y porque sabía que algún día Angelo y yo volveríamos a cruzarnos. Y quería estar listo cuando eso sucediera.

Quiso la suerte que ese día pudiera ser hoy. Después de todo este tiempo, tenía una ventaja sólida. Angelo Soprano estaba de regreso en la ciudad de Nueva York.

Angelo había sido el cabrón que había matado a Aurora. Habían pasado tantos años y su asesino todavía estaba ahí afuera. Rex dejó morir a Aurora. Pero fue Angelo quien la dejó ser consumida por las llamas. Me estremecí ante la idea de que ella sufriera así porque Angelo pensaba que era su dueño, por el acuerdo matrimonial que el padre de Aurora hizo con él.

Con largas zancadas, me subí a la cabina del ascensor y presioné el botón del garaje. Tan pronto como se abrió, los hombres de Rex se apiñaron en mi camino, al menos diez de ellos. Podía saborear el sudor en el aire y sentir la tensión en mi piel. El equipo de Rex y el mío estaban listos para pelear. Odiaba la teatralidad de Rex. Si quisiera verme, podría haber llamado.

«Rocco», llamé a mi mano derecha.

«Aquí, jefe».

Vito, un tipo grande con una sonrisa en el rostro, se hizo a un lado para mostrarme a Rocco en el suelo. Rocco tenía instrucciones de tener preparados a los muchachos y mi auto para una vigilancia. Sabía que no podía perder esta oportunidad de encontrar a Angelo. Esa fue la única razón por la que luchaba, sabiendo que iba en contra de la autoridad superior de Rex.

«Deja que se levante», miré a Vito mientras apuntaba con una pistola a la cabeza de Rocco. «Me importa una mierda quién te envió. Rocco es mi mano derecha. Él te supera en rango», di un paso adelante. «Apártate de mi camino».

Había que reconocer que Vito bajó el tono de la sonrisa. «El jefe quiere asegurarse de que asista a la reunión esta noche».

«Sí, él mencionó eso», esperé hasta que Rocco se puso de pie y luego cambié mi atención al tipo que aparentemente estaba a cargo. «Tengo algo que debo hacer primero. Dile a Rex que lo veré cuando termine».

Cuando nadie hizo ningún esfuerzo por moverse, le hice un gesto a Rocco con la cabeza y luego me acerqué a mi Ducati. Si bien el equipo de Rex se sentía perfectamente bien golpeando a mis muchachos, no se atrevieron a seguirme. Tenían mi SUV cubierto, pero no pensaron en bloquear también mi motocicleta.

No tenía tiempo para cuidar a estos imbéciles. Rocco sabía dónde encontrarme. Y no necesitaba un gran séquito para cazar a un cobarde. Pasé mi pierna por encima del asiento. Ajustando mi peso, puse la llave en el contacto y puse en marcha la moto.

«Salgan de mi casa», dije por encima del fuerte ruido del motor y luego salí de allí.

Algunos hombres de Vito corrieron detrás de mí con sus armas apuntando al suelo. Pero eso era más que nada memoria muscular. ¿Qué iban a hacer? ¿Disparar a un Don?

Una vez que los neumáticos de la moto tocaron el asfalto, dejé de pensar en Vito y sus muchachos para centrarme en Angelo y en lo que tenía que hacer a continuación. Cuando Rex me dijo que Aurora se había ido, me tomó mucho tiempo aceptar ese hecho. Perdí años buscándola. Pero tan pronto como recobré el sentido y acepté la verdad, mi objetivo cambió. En lugar de buscar a Aurora, comencé a buscar a Angelo. Para entonces, Angelo ya había pasado a la clandestinidad. Había desaparecido en el aire.

Decisión inteligente, dado que la ascensión de Rex hace dos años dejaba a Angelo desprotegido. El péndulo había oscilado en la otra dirección. Él ya no estaba bajo la protección de la junta, principalmente porque ahora yo pertenecía a dicha junta. Durante años, tuve que dar un paso atrás y dejarlo en paz. Pero el viejo rey, el padre de Rex, estaba muerto. Cualquier acuerdo que Angelo tuviera con él era nulo y sin valor. Eso era lo que pasaba en nuestro mundo mafioso. La buena suerte llega y se va en un abrir y cerrar de ojos.

En el momento en que llegué al final del túnel Lincoln, se me erizaron los pelos de la nuca. Incluso si los equipos de Jersey ahora respondían ante la Sociedad, no se podía confiar en ellos. Seguí mi GPS hasta un motel recientemente renovado que había sido convertido en un club de sexo. Me detuve en la calle lateral y estacioné detrás de un camión de reparto. Me bajé de la moto y me acerqué, manteniéndome oculto. Desde este ángulo, tenía una vista de la entrada trasera y del portero que custodiaba la puerta.

Según mis fuentes, Angelo había regresado para iniciar su propia versión del ‘Crucible’. Un club de sexo llamado ‘Pandemonium’. Este era su nuevo lugar, y no me impresionó. La lúgubre entrada y el pequeño vestíbulo no gritaban exactamente ostentación y glamour. Sin embargo, tenía la vibra grasienta de Angelo. Algo en ese tipo siempre se había sentido espeluznante.

Sin ningún motivo, una imagen de él con sus manos sobre Aurora apareció en mi mente. Habían pasado once años. ¿Por qué no podía superarlo?

Angelo pagaría por lo que nos hizo. Mi mente se quedó en blanco cuando intenté imaginar una vida sin esta sed de venganza. Ya sabía cómo era sin Aurora. Muy pronto, tenía que dejar de lado esta ira que me aplastaba el pecho, día tras día.

«¿Es una Ducati Streetfighter V2?». La pequeña e inocente voz se registró en mi cabeza uno o dos segundos después de que desenfundé mi arma y apunté al rostro del chico. Sus grandes ojos azules me devolvieron la mirada, llenos de confusión y miedo.

«Jesús, maldito Cristo. ¿Tienes deseos de morir, chico? Nunca te acerques así a un adulto.

Podría haberte matado».

«Podría haberte matado primero», me mostró su navaja.

Bueno, jódeme. «¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?».

«No sé».

«Sal de aquí, chico. Lárgate», le hice una señal con la mano para despedirlo. Pero luego me di cuenta de que un chamaco fisgón como él podría saber algo sobre el ‘Pandemonium’.

«Espera», lo llamé. «¿Vives por aquí?».

Su mirada se dirigió hacia el portero al otro lado del camino. «Sí».

«¿Conoces a ese tipo?».

Él se encogió de hombros. «Supongo».

«¿Supones?», crucé los brazos sobre el pecho, inclinándome sobre él.

Sus ojos volvieron a agrandarse. Me miró como si fuera el gigante más grande que jamás hubiera visto. Tragó y juré que podía ver las maquinaciones funcionando en su cabeza.

«Doscientos dólares», apretó los puños y se los metió en la sudadera. «Y un paseo en tu motocicleta».

«Q... ¿Qué?».

«Quieres información. Ese es el precio».

«¿Estás bromeando?», moví mi chaqueta a un lado para que pudiera ver mi arma. «¿Qué tal si me respondes algunas preguntas y, a cambio, no te mato?».

Qué pelotas tenía este chico.

«Pero luego tendrás que encontrar a alguien más que te cuente lo que sucede allí», señaló al portero de nuevo. «Y luego tendrás mucho que limpiar. La tía Sofía dice que cuando le disparas a un hombre en la cabeza, sus entrañas vuelan por todas partes. Es un desastre».

«Tu tí... ¿sabes qué? No importa», solté un suspiro. «Eres todo un emprendedor, ¿no?», cogí mi billetera.

«No sé qué es eso», se encogió de hombros.

Mi plan original había sido sentarme aquí y esperar hasta que Angelo apareciera. Pero este chico tal vez sabía algo que podía aprovechar. Sí, había una gran posibilidad de que estuviera jugando conmigo. Parecía el tipo. Tenía inteligencia callejera. Pero la cautela en sus ojos me decía que sabía algo.

Saqué mi billetera del bolsillo trasero de mis jeans y luego saqué dos billetes de cien dólares. Su rostro se iluminó como un árbol de Navidad. Cuando se estiró para tomar el dinero, levanté la mano para mantenerlo fuera de su alcance.

«¿Conoces a este tipo? ¿Lo has visto merodeando por ahí?», le mostré una foto en mi teléfono. «Su nombre es Angelo. Pero es posible que tenga un nombre diferente».

Se inclinó y frunció el ceño. No tenía ninguna duda de que este chico era mafioso. Hacer que alguien pensara que estaba obteniendo el valor de su dinero era un viejo truco de estafador.

«No. Nunca lo he visto por aquí. Por aquí pasan muchos tipos. Pero este no».

«Bien», le dejé uno de los billetes. «Entonces, ¿qué clase de hotel necesita un puto portero vigilando la puerta trasera?».

«Oh, ese es Danny. Está aquí por las bailarinas», me arrebató el dinero y lo dejó caer en la capucha de su sudadera atrás de su cabeza.

«¿Las mantiene a salvo? ¿O evita que se vayan?», pregunté.

Su mirada se dirigió hacia mí. «Jesús, maldito Cristo. ¿Eres un puto cerdo?».

«Q... ¿qué? No», me acerqué a él. «No soy un maldito policía. Y cuida tu lenguaje».

«¿Por qué? Tú lo dijiste antes».

«Olvidalo», lo miré con los ojos entrecerrados. «Cuéntame de Danny».

«Le da una paliza a los clientes que se ponen espeluznantes», se encogió de hombros. «Realmente golpea a todos».

Mi pecho se apretó al pensar en ese imbécil golpeando a las mujeres. Y posiblemente también a niños. Miré al niño en busca de moretones. «¿Cómo te llamas, niño?».

«Leo», dijo automáticamente, luego me miró sorprendido. «Quiero decir. No tengo un nombre».

Me reí. «No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. ¿Cuántos años tienes Leo?».

«Diez».

Jesucristo. «¿Tu mamá trabaja aquí?».

«Eh, sí», asintió.

Mentiroso.

Le di el otro billete. «Regresaré mañana. Si ves al chico que estoy buscando», le mostré la foto de Angelo nuevamente, «necesito que vengas a buscarme. Te daré dinero extra».

Sus mejillas se hincharon al considerar mi oferta. «Sí, puedo hacer eso», hizo ademán de irse.

Alcancé su hombro y lo detuve. «¿No eres demasiado joven para ir a lugares como ese?».

«La tía Sofía siempre dice: 'si quieres sobrevivir, tienes que crecer rápido'», se encogió de hombros con desdén, como si pasar el rato en un club de sexo no fuera gran cosa.

Lo solté y salió corriendo.

Me quedé oculto detrás del camión de reparto y lo vi acercarse a Danny, el portero. Sin ningún motivo, el imbécil agarró a Leo por el cuello de su camiseta y lo sacudió. Luego, metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón de Leo y sacó el billete de cien dólares. Leo se retorció hasta que Danny lo soltó, satisfecho ahora de haber aceptado el dinero de Leo. Bueno, la mitad de su dinero.

Chico listo.

El aire se movió detrás de mí. Fue tan sutil que casi me lo perdí. El instinto entró en acción y, en un movimiento rápido, golpeé al hombre detrás de mí en la cara y luego le apunté con mi arma a la barbilla.

[¡Descarga El Ascenso del Cuervo \(Cuervo, Dúo #2\) hoy!](#)